MI MENTIRA MÁS SINCERA

A. M. Irún

MI MENTIRA MÁS SINCERA

A.M. Irún

© A. M. Irún, 2021
© Marina Velasco, por la ilustración de la portada

Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798744795023

La narrativa es al mismo tiempo
una mascarada y un camino de liberación.

ROSA MONTERO

Primera parte

1

¿Por dónde empiezo? Por el principio... Claro, es muy fácil decirlo, pero es difícil saber cuál es el principio de una historia. Creo que tengo que contar una cosa antes para entender algunas de mis decisiones de después.

Había quedado con Gabi en el paseo Independencia, en uno de los monolitos que recuerdan las ruinas que hallaron cuando intentaron construir un aparcamiento debajo. ¿No te resulta curioso que, con los antecedentes que tiene Zaragoza, decidan levantar el paseo Independencia? Antes de que picaran la primera capa de alquitrán ya se sabía que iban a encontrar algo debajo, ¿verdad? ¿Te acuerdas de lo que encontraron? Yo lo supe después, porque cuando ocurrió no tenía conciencia. Bueno, y que vivía en el pueblo y ahí las cosas que pasan en la ciudad pues como que nos dan un poco igual, ¿sabes? Estas mesas que hay en cada acera del paseo tienen en relieve las ruinas de un antiguo barrio musulmán. Sinhaya se llamaba. Mientras esperaba a Gabi veía a la gente pasar como sombras sin ser conscientes de por dónde transitaban sus pasos. Algún día, ellas también quedarían sepultadas bajo el asfalto. Cerré los ojos un momento y me imaginé paseando por la morería, con el sol del invierno que se marchaba calentando mi cara, yendo al zoco a comprar algo para casa, alguna pieza de barro que diez siglos después sería descartada por su escaso valor histórico. Cuando abrí los ojos vi la melena pelirroja de Gabi acercándose a mí como un fulgor entre la gente.

—Yo no sé por qué me dejo engañar por ti. Pero vaya, que es la última vez —dijo.

Ya llevábamos unas cuantas "últimas veces". Si no era fingir que me iba a casar para ir a probarnos vestidos de novia a Rosa Clará, era ir hasta Utebo para asaltar la tienda de chocolates Lacasa o, como ahora, citarnos con una afamada tarotista de Zaragoza. Jorge te lo puede confirmar, ¿verdad? Desde que nos conocimos, Gabi y yo somos uña y carne. Nunca he tenido una amiga como ella. Jo, cómo la echo de menos.

Ojo, que yo también la he apoyado a ella. Cuando se divorció de su marido porque este le había puesto los cuernos, nos pillamos un pedal del quince y acabamos comprando huevos en una tienda de 24 horas para tirarlos

a la fachada del gilipollas. ¿Que nos confundimos de bloque de pisos? Sí, pero ahí Gabi supo que me tenía para lo que hiciera falta.

Y de estas, un montón.

Pero me estoy yendo por las ramas. Es muy típico en mí. Ya me perdonarás.

Decía que habíamos quedado para ir a una tarotista. Gabi va de guay, de mujer de ciencia, escéptica y esas cosas. Yo creo en el destino. ¿Tú crees? ¿Tampoco? Bueno, tú crees en lo que convenga para cada caso, ¿verdad? Lo que yo quiero decir es que el universo es tan vasto que hay cosas que sólo se explican con leyes superiores a nosotros. Y no me refiero a la gravedad o la termodinámica. Solemos llamar suerte o casualidad a cosas que ocurren de manera fortuita porque nuestra mente es incapaz de comprender toda la complejidad que nos rodea. Vamos, eso creo yo. Si no, no estaríamos aquí.

A lo que iba. Llegamos a la casa de la tarotista. Era una señora mayor de pelo blanco y pomposo, con los labios y las cejas tatuados, y bata de cola. Nos invitó a pasar y al entrar al piso quedamos enterradas en un mar de objetos de lo más variopinto. Las paredes estaban cubiertas de cuadros que tapaban grietas, que ocultaban años de errores arquitectónicos. Las baldosas del suelo apenas eran visibles por un caminico que se abría entre las cosas. Jarrones de diferentes estilos, muebles apilados, ropa sobre esos muebles, muñecas de porcelana sobre esa ropa. Me pareció ver una escopeta, pero mis ojos fueron incapaces de abarcar tanto detalle. ¿Ves? Como lo del universo. Sigo. Nos centramos en seguir a la tarotista por el camino de baldosas amarillas y llegamos al salón.

El salón estaba menos recargado y pudimos respirar. Había una mesa camilla en el centro, un sillón a un lado y un sofá al otro. Por la ventana se colaban destellos de luz entre los dibujos de las cortinas de ganchillo. La mujer nos invitó a sentarnos en el sofá y bajó la persiana hasta la mitad. Nos quedamos en una penumbra que daba miedo y, a la vez, era acogedora. Ella echó la cola de la bata a un lado y se sentó en el sillón. Era bonito, majestuoso, de terciopelo granate y tapetes de ganchillo en los brazos. El dibujo de los hilos me pareció una locura. Me hubiera gustado hacerle una foto para intentar bordarlo yo después.

—¿Cómo te llamas, guapa? —me preguntó la tarotista.

—Lorena.

—Lorena, Lorena… —repitió.

Tras una charla amistosa, comenzó a barajar las cartas y me pidió que cortara.

—Ajá, ajá, ajá —decía mientras echaba los naipes sobre la mesa.

Yo me aupé para verlas mejor. Las figuras eran muy recargadas y apenas intuí una luna y una torre.

—¿Qué dicen?

La tarotista levantó la mano para pedir silencio y siguió a lo suyo.

Gabi me miró con una ceja alzada y marcando papada. Era la papada de

la desconfianza. La usaba cuando no se creía algo, cuando olía que le estabas mintiendo, pero no te quería decir a la cara que te había pillado. He visto esa papada muchas veces.

Por fin, la tarotista habló.

—Lo más reseñable que me han contado las cartas es que vas a encontrar el amor.

—¿De verdad? —pregunté entusiasmada.

La mujer miró las cartas y tocó cada una de ellas con sus manos arrugadas, pero bien cuidadas. Tenía varios anillos en los dedos y las uñas pintadas de un bonito coral.

—Sí, pero no lo fuerces, porque es algo que escapa a tu control. Ajá, ajá —volvió a decir.

Su respuesta me satisfizo y miré a Gabi para buscar su aprobación. Ella sonrió con simpatía.

—No obstante… —dijo la señora—. No obstante, hay algo en tu pasado que no acaba de encajar.

—¿De mi pasado?

Gabi prestó atención.

—Sí. Hay algo en tu vida que no es lo que parece —dijo y retorció los dedos haciendo que sus anillos rozaran unos con otros —Tal vez hay algo de tu pasado que no has entendido bien o hay una verdad que te resistes a aceptar.

La mujer repasó con la lengua sus labios perfilados y me dio repelús.

—Pues no sé qué puede ser —dije.

—¿Pero es algo del ámbito familiar o del trabajo? —preguntó Gabi—. ¿O del amor?

Le di un codazo. ¡Ahora resultaba que sí le interesaba el tarot!

—Ahí ya no puedo entrar, pero creo que tu amiga ya lo intuye.

—Ni idea, chica —dije rebuscando en mi bolso el monedero para pagarle.

Mi entusiasmo se tornó recelo. Sólo quería pagar e irme.

—¿A ti no te interesa que te tire las cartas? —le preguntó la tarotista a Gabi.

—No, no. Yo no creo en estas cosas.

—Ah, que no crees —repitió la señora. Miraba el pelo rojo de Gabi mientras barajaba las cartas—. No será un truco para que te las eche gratis, ¿verdad?

—No, de verdad que no —dijo Gabi con educación.

Ya nos íbamos a ir cuando la mujer saltó.

—Ea, pues siéntate que te las leo. Me has caído bien.

Gabi le dijo que no hacía falta, pero la tarotista insistió.

—Que sí, que ahora me ha picado la curiosidad. Tienes un no sé qué.

—Venga, Gabi, anímate. Nunca está de más saber qué te deparará el destino.

Me miró desde arriba con su infinita paciencia. Chascó la lengua y relajó

los hombros.

—Está bien.

—Corta —le ordenó la señora.

Gabi cortó con desgana y la mujer comenzó a descubrir las cartas. Su gesto se iba torciendo con cada carta que lanzaba. Las tres nos estábamos arrepintiendo de haber accedido a esa segunda tirada.

—No hace falta que me diga nada —dijo mi amiga.

—No, no es malo, sólo que no es lo que esperas. Sí puedo decirte que tu hijo será feliz si tú eres feliz.

—¿Cómo sabe que tengo un hijo?

La mujer levantó la vista, sonrió con autosuficiencia y señaló las cartas.

—¿Pone ahí si encontraré trabajo?

—Veo que eres una mujer de fuertes principios y eso te impide desarrollarte profesionalmente.

Gabi me miró pasmada. La tarotista lo estaba clavando.

—Pero conseguirás conciliar las dos facetas, aunque sea a través de una decisión que tratas de rehuir.

Mi amiga había enmudecido. Le costó recomponerse y hasta que no pisamos la calle no habló.

—Al final no nos ha dicho nada concreto —dijo—. De hecho, nos ha dicho lo mismo a las dos: que tenemos algo que rehusamos decir o hacer. Y ahí nos las apañemos.

No quise indagar más. Sabía que llevaba tiempo rumiando la idea de volver al pueblo, no por deseo, sino por necesidad. Es difícil ser una contable con principios porque los principios no engordan la cuenta corriente.

2

Imagino que la tarotista se refería a mi familia cuando habló sobre una fuerza que me frenaba. Siempre hay temas de los que no se tratan en las reuniones. Hay más silencios que palabras en nuestras comidas. Y así es difícil avanzar. ¿Qué temas? Pues uno de ellos es el típico: la Guerra Civil. En los pueblos, en el mío en particular por lo menos, se vivió de manera muy intensa y aún quedan rencores y heridas abiertas. Mis hermanos y yo tenemos que andar con pies de plomo a la hora de hacer amistades, no sea que aquel denunciara a este y ahora seamos colegas de sus descendientes.

Tengo una hermana mayor y un hermano pequeño. Me llevo muy poco tiempo con Elvira. Un par de años. Carlos, sin embargo, llegó diez años más tarde, para sorpresa de todos: para mis padres porque no lo habían buscado, y para nosotras porque no imaginábamos que ellos siguieran teniendo relaciones.

—En fin, así lo ha querido Dios —dijo mi madre cuando nos lo comunicó.

Es muy religiosa y cree que Dios la pone constantemente a prueba, por

eso hace montañas de un grano de arena.

Mi padre, por el contrario, es más terrenal. Criado en el campo, conoce cuál es el mejor momento para recoger esta u otra hortaliza, sabe el tiempo que hará durante la semana con sólo mirar el cielo y tiene la piel tostada y cuarteada por el sol.

Cuando voy a comer los domingos, suelo encontrármelos en los mismos escenarios, como si me estuvieran esperando a mí para comenzar la función. Mi madre en la cocina y mi padre en el corral, cortando leña. Tenemos montones de leña, pero él sigue partiendo troncos. Creo que es porque le gusta manejar el hacha, sentirse fuerte, poderoso. Junto a él suele estar mi hermano intentando conectar con él. Mi hermano Carlos se empeñó en comprar una motosierra cuando mi padre tuvo un susto con el astral. El filo de la cadena sigue intacto porque mi padre se negaba a usarla. Cuando llegué, estaban hablando del imbécil del pueblo que había hecho no sé qué.

—A ese le hace falta una buena hostia —dijo mi padre alzando el hacha.

—Papá, deja que lo corte con la motosierra, que es muy grande.

—Como la que le dieron en casa a su padre.

El filo del astral brilló antes de caer sobre el tronco y partirlo por la mitad.

—Iba para julandrón, ¿sabes? —le decía a mi hermano levantando el hacha a una mano con los gruesos músculos del antebrazo en tensión—, pero le dieron un bofetón a tiempo y se le fue la tontería.

Carlos resopló.

—¿Habláis de Servando? ¿Qué ha hecho ahora? —pregunté.

—Se ha electrocutado —me dijo Carlos.

—¡No jodas! ¿Y eso?

Mi hermano se encogió de hombros sin saber qué responderme. Estaba triste.

—Te lo digo yo, una buena hostia, que las mariconerías se heredan.

—Como el nombre, ¿verdad? —dije.

Anda que ponerle Servando a un chaval poco más mayor que mi hermano…

Les dejé cortando leña y fui al segundo escenario donde encontré a mi madre con el machete, partiendo trozos de ternasco. Sí, mis padres tienen una fijación con partir cosas a hachazos. Le fui a dar un beso, pero me asqueó la sangre y no lo hice.

—Tranquila, que para ti hay borraja.

Me puse a hacer la ensalada mientras ella me ponía al día de los últimos marujeos. No suelo tener el menor interés por la gente del pueblo a la que ya me cuesta ubicar, pero la dejo hablar. Es de los pocos temas de conversación que tenemos.

—Oye, ¿sabes quiénes se han separado? —dijo—. La Mariángel. ¿Te lo puedes creer? Si parecían tan felices. Para que te fíes de las apariencias.

—Mejor para ella. Él es un putero.

—¡Lorena, esa boca! Tiene cerca de 50 años y dos hijos adolescentes. Nadie la va a querer.

—No seas antigua, mamá. Tener 50 años ahora no es como en tus tiempos. Además, mejor sola que mal acompañada.

—Ah, por eso tú no traes a nadie. Ay, hija mía. ¿Por qué no vuelves con Jorge? Con lo que te quería.

—Y yo a él, pero no de la misma manera.

—Bueno, ¿y qué? Es un chico amable, guapo y te trataba bien. A los hombres no se les puede pedir más.

Sí, sí, dijo eso. Y también hizo alusión al dinero que ganaría de abogado, pero no entré al trapo. Además, en ese momento llegaron Elvira y José Luis.

Mi hermana me agarró por detrás y me inundó con su perfume. Siempre tan bien peinada y maquillada. Ahora yo me arreglo un poco más, sin embargo, durante la adolescencia, éramos la antítesis la una de la otra. Ella se arreglaba un montón para salir y yo era una dejada. Cuando empecé a salir con ella tuve que arreglarme para que me dejase acoplarme con su cuadrilla.

Ella y José Luis son como la pareja perfecta, ¿sabes? Son los hijos de las dos familias más adineradas del pueblo. A ver, no me malinterpretes, tampoco estamos en Falcon Crest. Pero ya sabes cómo es en los pueblos. Todo se sabe. Quién maneja, quién no. Esas cosas.

Aún recuerdo el primer beso de Elvira y José Luis. Llevaban meses de idas y venidas, tonteando, tocándose de más en la piscina. Todo apuntaba a que en fiestas se liarían. Y así fue. Parece que estoy ahí. Los cristales de las casas de la plaza retumbando por los bajos de la orquesta tocando éxitos de ayer, hoy y siempre, las luces coloreando las fachadas y el ambiente es relajado, alegre. Ya sabes que las fiestas de los pueblos abren un paréntesis en el que todo se perdona, en el que puedes decir y hacer cualquier cosa. O casi cualquier cosa. Ya te lo contaré más adelante.

Pues eso, que estaban Elvira y José Luis en el medio de la plaza, bajo la luz de una farola, con un litro de calimocho en las manos, morreándose como si no hubiera un mañana. Ella tenía 16 y yo 14. Se convirtieron en mi modelo a seguir. No me conformaría con menos de eso. ¿Entiendes lo que quiero decir? Yo quiero una persona a la que poder besar en mitad de la plaza de mi pueblo, con las luces del escenario pintando nuestras caras, y que la gente nos admire, que comente la bonita pareja que hacemos.

Elvira y José Luis se conocen a la perfección. Con una mirada se lo dicen todo, llevan juntos más de 15 años, boda mediante. No tienen hijos y, bueno, ahora ya no creo que los tengan para disgusto de mi madre, obviamente.

La otra cosa es lo de mi hermano. ¿Que qué es lo de mi hermano? Lo de mi hermano sólo lo sabemos sus hermanas. De cara a los demás es el hijo tardío de los Usón, un chicarrón fuerte, tímido y educado que sonríe a las abuelas aunque no las conozca y que no rechista cuando su madre le manda hacer recados. Pero mi hermano sabe desde muy pequeño que a él no le gustan las chicas, y la pena es que, por muchos recados que haga, por mucha

leña que corte, por muy buenas notas que saque, tarde o temprano, acabará siendo una decepción para mis padres.

Una cosa es ser la antítesis de mi hermana. La otra es que eso me convierta en la síntesis de mi hermano.

No podemos hacerle esto a mis padres.

3

Jorge estas cosas ya se las sabe porque quejarnos de la familia o el trabajo es uno de nuestros temas favoritos en los vermús de los domingos. Al principio éramos más gente en los vermús, pero entre bodas e hijos, fueron cayendo por el camino y ahora sólo somos tres: Gabi, Jorge y yo.

—¿Qué tal vuestros días de celebración de culto al Capitalismo? —solía preguntar Gabi al vernos. Y al ver nuestras caras de desconocimiento profundo de su vocabulario anticapitalista, aclaraba—: ¿Que qué tal el curro?

Como te digo, los domingos eran el día de quejarnos. Jorge de lo mucho que trabajaba en el bufete, Gabi de lo poco que trabajaba en general, y yo, que trabajo lo normal, que no tengo problemas de hipotecas ni hijos y que tengo buena salud, me quejaba de mis padres.

—Creo que es eso lo que me pasa, ¿sabéis? Como Elvira y José Luis son tan perfectos yo no quiero menos de eso.

—Pero ¿es por exigencia tuya o por cumplir las expectativas de tus padres? —quiso saber Gabi, siempre sagaz, siempre tocapelotas.

—Yo cumplía las expectativas de sus padres y me dejó —respondió Jorge —, así que me atrevería a decir que son las de Lorena las que le impiden encontrar el amor.

Se burlaron de mí, de mi fijación por encontrar a mi media naranja, la persona que encajara conmigo sin necesidad de hacer esfuerzos o concesiones.

Desde lo alto nos observaba la enorme figura de César Augusto. Ya lo sabes, en los vermús y en los afterworks, Puerta Cinegia es un hervidero de gente como nosotros: jóvenes sobradamente preparados que se gastan la nómina en tomarse unas cervezas y dejarse ver vestidos como si fuéramos a misa.

—Siempre hay que hacer concesiones y esfuerzos —dijo Gabi—. Una relación se trabaja a pico y pala. Pero, claro, tienen que trabajar los dos.

El consejo de Gabi venía por su experiencia personal con su ex marido. Siempre me da reparo hablar de estas cosas con ella porque a su lado yo soy una privilegiada.

Pasaron junto a nuestra mesa una pareja buscando con la mirada un puesto libre donde sentarse. Ella era menudica y con cara de mala leche. Él, alto y de pelo engominado. Jorge agarró su brazo y el chico se vio obligado a mirarle. Cuando le reconoció se abrazaron.

—Hostia, Jorge. ¿Qué haces aquí pues? —preguntó el chico.

Se llamaba Felipe y era amigo de Jorge, aunque llevaban tiempo sin quedar. La pareja estaba ofuscada porque no encontraban una mesa libre y Jorge les invitó a sentarse con nosotras. Ella se llamaba María y la cara de mala leche se le fue en cuanto la aceptamos. Como agradecimiento, se pagaron una ronda de cervezas.

—¿Qué? ¿Cómo van las cosas por la Opel? —le preguntó Jorge a su amigo.

—Lo de siempre. Amenazando con la huelga otra vez porque se quieren llevar la fabricación del Corsa a Polonia.

—Menudo bucle —dijo María.

La conversación se fue animando. Eran majos y, sobre todo, traían historias nuevas, que es algo que siempre agradecemos.

—Felipe, tú no encontrabas novia ni para atrás. ¿Cómo se ha obrado este milagro? —preguntó Jorge señalando a María.

—Pues me da un poco de vergüenza decirlo —Felipe miró a su novia como pidiéndole permiso—. Fue a través de una aplicación de citas.

—Yo la verdad es que no soy muy fan de esas cosas, pero me habían hablado muy bien de esta aplicación —dijo la chica—. Se basa en tus perfiles de redes sociales y tu historial de navegación y aplicaciones para encontrar a tu pareja ideal.

—¡Qué miedo! —exclamó Gabi—. Algoritmos al poder.

—Por lo visto, están testeando esta aplicación en Zaragoza —informó Felipe—. Ya sabéis que aquí prueban muchas cosas. Somos los conejillos de Indias de España.

—¿Ah, sí? ¿Qué cosas han probado? —pregunté.

Y entonces comenzaron a jugar como si estuvieran en el 1, 2, 3… Responda otra vez. Con mímica y todo. Felipe y María por un lado, y Jorge y Gabi por el otro.

—Las escaleras mecánicas.

—El prefijo de teléfono.

—La TDT.

—Los autobuses híbridos.

Era el turno de Jorge y Gabi y se habían quedado sin ideas. Jorge pensó un momento y, por fin, se acomodó en la mesa, puso su mirada de ligar y se pasó el pulgar por los labios. Gabi, confundida al principio, comprendió.

—El chispazo de Martini.

La otra pareja aceptó la derrota, pero no por ello dejamos el tema.

—Es que Zaragoza es la ciudad ideal para probar cosas, por tamaño, por población, por cultura… —siguió explicando Felipe—. De ahí que Destiny se haya promocionado primero aquí. No tardarán en dar el salto al resto de España. Pero en los Estados Unidos está muy extendida ya.

—¿Destiny? —pregunté.

—Sí, así se llama la app de citas donde nos conocimos —dijo María.

—Me suena… —dijo Jorge—. ¿El logo es como un diamante o algo así?

—Ese mismo —respondió Felipe.

—Me han salido anuncios en Facebook, creo.

—Pues ahora que lo dices, a mí también me suena —dijo Gabi.

—Es que segmentan muy bien la publicidad —indicó Felipe que parecía que en lugar de trabajar en la Opel era un comercial de la dichosa aplicación.

—Pues a mí no me ha llegado nada —refunfuñé.

Entre el concursito del 1, 2, 3 y que no me estaba enterado de nada me sentía apartada. ¿Por qué no me había llegado la publi? ¿Qué le pasaba a mi perfil para que se quedara fuera de la segmentación? Le daba vueltas a esto mientras el resto seguía hablando de sus cosas, hasta que me percaté de que Jorge me miraba con media sonrisa. Le dije que no con la cabeza, pero él ya se estaba frotando la barbilla. Sabes cómo te digo, ¿verdad? Jorge lo dejó estar y seguimos con nuestra amigable charla con Felipe y María hasta que nos despedimos. La pareja se fue por su lado y nosotros por el nuestro. Apenas salimos de Puerta Cinegia por plaza España, Jorge me cogió el móvil de las manos. Protesté.

—Es por tu bien —dijo.

—¿Por su bien qué? —preguntó Gabi que nos miraba como una madre a punto de perder la paciencia con sus hijos que se creían que el centro de la ciudad era un parque para jugar.

—Pretende instalarme Destiny.

—¡Piénsalo bien! Está hecha para ti.

—No, de lo contrario me habría saltado la publicidad.

—Los algoritmos a veces fallan —dijo Jorge.

Tenía sus manazas en mi móvil. Bueno, tenía una de sus manazas en el móvil. La otra la movía para deshacerse de mí.

—¿Podéis estaros quietos? Me dais vergüenza —protestaba Gabi.

Para no molestar nos metimos en el portal del antiguo Casino Mercantil que ya tenía desplegados sus toldos amarillos, señal de que el calor se acercaba.

—Déjame que te instale la aplicación —pidió.

—Paso.

—¡No tienes nada que perder!

—El tiempo.

—Chica, no seas desustanciada e instálatela —dijo Gabi.

—Instálatela tú.

—Pues igual lo hago, a ver si encuentro a alguien que me mantenga.

—Mira, la digna. Lo que tendrías que hacer es dejarte de escrúpulos y aceptar el curro en el bufete de Jorge.

—¿Que deje mis escrúpulos? ¿Y entonces qué me quedaría? —respondió indignada Gabi. Su pelo parecía fuego emanando de su cabeza.

—Tu hijo. Estabilidad financiera. Vivir en Zaragoza. Vivir cerca de tus amigos. Tonterías de nada.

—Para ti es fácil hablar porque te lo han dado todo hecho.

—¿Y qué? Eso no me define, de la misma manera que a ti no te define como persona tu trabajo. Tu trabajo es un medio para vivir. Punto.

Lejos de parecer una conversación dramática, Gabi y yo discutíamos en estos términos bastante a menudo. Creo que ella sabe que tengo razón, pero es muy cabezona y no lo va a admitir.

—¡Ya está! —saltó Jorge.

—¿Ya está qué? —preguntamos al unísono Gabi y yo, enfadadas porque nos había cortado el rollo de la discusión.

Jorge sacudió mi móvil delante de nuestras narices.

—Ya te he instalado Destiny y he dado acceso a todas tus redes sociales. Ahora sólo toca esperar a que te lleguen los pretendientes.

Me enfadé mucho con él. Berreé tanto que la gente nos miraba desde la otra acera, pero el sonido de una campanita aplacó los gritos.

Miré el móvil: Además de un anuncio del nuevo Opel Corsa, tenía mi primer pretendiente.

Y era muy guapo.

4

¿Que a qué se refería Gabi con lo de que tenía la vida hecha? Bueno, como te he contado antes, mi familia tiene dinero. Durante la burbuja inmobiliaria mi abuelo vendió un par de campos que tenía en propiedad. Se murió tres o cuatro años más tarde y ese dinero lo heredaron mi padre y mi tío. La burbuja estalló justo en la época en que me tocaba decidir qué hacer después del Bachillerato, así, cuando les dije a mis padres que quería estudiar algo relacionado con la odontología, ellos pudieron comprarme un piso en Valdespartera para ahorrarme un alquiler o los desplazamientos diarios del pueblo a Zaragoza.

La suerte nos echó una mano. Sólo eso. Por eso Gabi decía lo de que tenía la vida hecha, porque nunca me he visto agobiada por el peso de pagar una casa. Yo creo que ella se precipitó a la hora de casarse con su ex, pero yo no tengo la culpa de eso. Hay que tener muy claro con quién decides pasar el resto de tu vida antes de dar el paso. Por eso, mi experiencia con Destiny no fue la mejor. Gabi y Jorge se burlaban de mí cada vez que me preguntaban por las citas que iba teniendo. "¿Tenía el pelo demasiado ondulado? No, ¿era incapaz de pronunciar la erre? No, no. ¿Tenía cercos bajo las axilas?", trataban de adivinar. Decían que a todos les sacaba pegas, que era demasiado exigente.

Jorge había completado mi perfil a la perfección. Pocos me conocían como me conocía él. Gracias a eso, las tres o cuatro citas que tuve fueron con hombres que encajaban conmigo al 90%. Pero un 90% no es un 100%. ¿Te cuento cómo fueron mis citas?

El primer pretendiente se llamaba… Bueno, da igual. Le llamaremos Cita Número 1. Fuimos a cenar a un restaurante vegetariano, me habló de su

pueblo, que apenas estaba tiempo allí porque se había desconectado tras una temporada en Londres, que se volvía a Zaragoza al acabar la comida en casa de sus abuelos, y que sus padres estaban chapadados a la antigua. Yo asentía todo el rato, al principio entusiasmada; después, un poco aturullada por el monólogo. Fue imposible meter baza.

Un par de mesas más allá había una pareja de chicas. La que estaba de cara a mí llevaba una americana negra y una camiseta con el rostro de Marilyn Monroe. Parecían estar también en su primera cita porque a la chica de la americana se la notaba nerviosa.

Le pedí disculpas a Cita Número 1 y me fui al baño. Necesitaba un poco de descanso mental. Ni siquiera tenía ganas de hacer pis. Sólo me senté en la taza y cerré la puerta del cubículo. Al poco rato, la puerta del baño se abrió y oí entrar a una persona. La chica se puso a hablar.

"La cosa va b-bien. Sí, me gusta, pero no sé, parece un poco p-parada", le decía, imaginé entonces, a alguien al otro lado de su móvil. La chica tartamudeaba. Arrastraba algunas consonantes hasta la exasperación. Pensé que Cita Número 1 estaría esperando de más y salí de mi escondite.

—Hola —saludó la chica.

Estaba lavándose las manos y me miraba a través del espejo. En ese momento descubrí que era la chica de la camiseta de Marilyn. Pero no vi por ningún lado su móvil, ese con el que supuestamente le contaba a alguien sobre su cita.

—Hola —respondí—. ¿Una mala primera cita?

No sé por qué lo pregunté. Ni que me importara, ¿sabes?

—Sí, b-bueno, no —respondió. Las palabras se le atascaban en la lengua —. Es maja y eso, pero apenas habla.

—¡Te la cambio! El mío no para de cascar —bromeé.

Y quiero recalcar que era una broma y que la chica se rio dejando claro que entendía que era una broma. Apúntalo, que yo te vea.

—¿No t-te dan ganas de escapar? —preguntó ella mirando una minúscula ventana que había en el baño.

—Mi culo no cabe por ahí.

La chica miró hacia mis caderas y alzó las cejas como con aprobación. Me puse algo tensa.

—Afrontemos esto como las adultas que somos —le dije, y la invité a que saliera del baño antes que yo. No quería que me mirara otra vez el trasero.

Cita Número 1 y yo continuamos con nuestra cita: él hablando sin parar, y yo… Bueno, yo había dejado de escucharle hacía rato. Noté cómo la chica del baño me miraba de vez en cuando. Demasiado de vez en cuando, lo que me ponía de los nervios.

—¿Nos vamos? —le sugerí a Cita Número 1.

—Pero nos queda el postre —respondió desconcertado.

—Que le den al postre.

Dejé la servilleta en la mesa y me levanté. Cita Número 1 se levantó con

estruendo, moviendo mesas y sillas, y me siguió. Al menos, dejó de acaparar la conversación durante lo que quedó de noche. Claro que yo tampoco hablé mucho más.

Por supuesto, no hubo segunda cita.

El segundo chico con el que Destiny me citó tenía un defecto que no parametrizan los algoritmos. Al menos, de momento. Cita Número 2 era muy, pero que muy torpe. Durante la cena se le cayó el cubierto en el plato un par de veces. No le di mayor importancia porque ya me dijo que estaba nervioso. En una de esas, la cuchara hizo de catapulta y se salpicó la camisa de crema de calabaza y cebolla caramelizada con crujiente de jengibre. Dimos un paseo por El Tubo después de la cena y su vaso de cerveza acabó rodando por la mesa barril. El líquido mojó la tapa de queso y ahí ya empecé a mosquearme. Me imaginé teniendo hijos con él. ¡Se le caerían de las manos! Hubo un par de incidentes más antes de la despedida. Ondeaba la mano para decirle adiós a aquel peligro con patas cuando tropezó con un adoquín y se pegó un tozolón. Me quedé pasmada. Jamás he visto tal prodigio de la torpeza. Cita Número 2 se quedó en el suelo, aturdido, y cuando se llevó la mano a la frente y se la vio manchada de sangre, me miró horrorizado. Un hombre que pasaba por ahí se agachó a socorrerle.

—A este chico hay que llevarle a Urgencias —dijo, y me miró—. Tú vas con él, ¿no?

Asentí. Aún tenía la mano en gesto de despedida.

Tú tampoco querrías estar con alguien así, ¿verdad? Pues eso.

Cita Número 3 era un hombre negro y tenía cierto aire militar: pecho cuadrado, manos unidas en la espalda, barbilla alta. En el trato era muy educado y amable. ¡Y me escuchaba! En realidad aquí la cagué yo.

—Jolín, hablas muy bien español, sin acento ni nada. ¿De dónde vienes? —le pregunté nada más sentarnos en la mesa.

—De la Maternidad del Servet.

Su respuesta me dejó estupefacta. Se notaba que estaba cansado de decirlo. A partir de entonces no di pie con bola, hice preguntas impertinentes y acabé callada por miedo a cagarla más.

No me llamó.

Según Destiny, decía que la Cita Número 4 era ideal para mí. Aunque, claro, lo había dicho con todos. Le gustaba el arte y la fotografía, y presumía de cocinar unos canelones divinos. Sí, esa fue la palabra que usó en su biografía. Confiar en Destiny era un acto de fe.

"¿Deseas chatear con él?", me preguntó la app.

Estaba en la clínica, entre un paciente y otro. Quise darle al No, pero el Sí estaba resaltado en naranja. Destiny jugó con mi mente y presioné el botón que no quería. Se abrió una ventana de chat en la que Cita Número 4 aparecía como disponible. Saludé y casi al segundo Cita Número 4 me escribió. Le expliqué que no podía hablar en ese momento y que le escribiría luego.

La gente viene al dentista que parece que viene al matadero. Me acuerdo

de aquel paciente. Era joven y me miraba con ojillos de cordero degollado, no era tanto por la caries que le estaba empastando mi jefe, como por la cantidad de tontadas que decía el susodicho.

—Aspira, aspira —me reclamaba entre chorrada y chorrada.

Y yo aspiraba.

Y yo aspiro, aspiro a trabajar en otra clínica, pero con los líos de las franquicias la cosa pinta regular.

—A picar piedra les ponía yo a los titiriteros esos.

Mi jefe se refería a los actores y actrices que habían vuelto a pedir la reducción del IVA para los productos culturales. Lo que desconocía, o había olvidado convenientemente, es que su cliente, ese chaval que tenía la boca abierta y salivaba profusamente, era un titiritero. De Binéfar, concretamente.

Lo vi hace poco, en las fiestas de Las Delicias, moviendo los hilos de uno de sus muñecos, y le pedí disculpas. No ha vuelto a la clínica desde entonces.

Noté que mi móvil vibraba en el bolsillo. Miré hacia abajo y una lucecita traspasaba la tela de la bata.

—Aspira, Lorena, que estás en Babia.

Salí de la sala y abrí Destiny. Por fin parecía que la app había hecho un buen trabajo: el chico tenía una conversación interesante y era hasta divertido. Hablamos de la nueva exposición en el Palacio de la Infanta y me preguntó si quería quedar para ir a verla juntos y luego tomar algo por la zona. Metida de lleno en la madriguera del conejo, acepté su propuesta.

Quedamos al salir de trabajar, así que no me dio tiempo de pasar por casa y arreglarme algo. Mendigué maquillaje entre mis compañeras y me acicalé un poco en el baño antes de salir. Luego dirá Gabi que visto siempre igual, pero con una americana, un vaquero y una camisa vas bien tanto para ir a trabajar como para una cita.

Me miré al espejo y me iluminó un fogonazo de confianza en mí misma.

Podría ser esta vez.

Podría ser él.

Sí, eso pensé.

5

Tenía muchas ganas de ver esa exposición, que incluía obras de Picasso, Saura o Miró, y Cita Número 4 no podía ser mejor guía. Decía cosas como que el arte es un sismógrafo del cambio social o que en los cuadros no sólo hay que ver la mancha de pintura, sino también sus vacíos, que me dejaban embobada, sinceramente.

Cita Número 4 era perfecto. Ni guapo ni feo. Venía de buena familia, pero le encantaba ir al pueblo de sus abuelos maternos a ayudarles con el huerto.

—Yo soy vegetariano y cuando vuelvo me vengo con un montón de verdura.

—¡Yo también! —dije dando un saltito en la silla. Habíamos ido a tomar algo a un restaurante por Francisco Vitoria—. Yo también soy vegetariana. El otro día me vine del pueblo con un montón de borraja y acelgas.

—Yo hago unas judías del Pilar con borrajas divinas —dijo.

Vale. Le gustaba usar la palabra. No pasaba nada, no era tan grave. No es como si hubiera dicho "colosal", "sensacional" o "chupi". Desvié la mirada al suelo de baldosas geométricas hasta que vino el camarero a decirnos que nuestra mesa estaba lista.

—Sensacional —dijo Cita Número 4, y mi entusiasmo cayó por los suelos—. Aquí tienen unos platos veganos divinos.

Sonreí y me escondí tras la carta. Pedí algo ligero y esperé a que la cena pasara rápido. El hombre seguía siendo encantador, pero me chirriaba el abuso que hacía de determinadas palabras.

Miraba de reojo a las otras mesas. Un grupo de amigos en una mesa alta tomándose unos vinos después del trabajo, una pareja de novios en su cena de aniversario, dos chicas que no paraban de toquetearse las manos, un par de tipos encorbatados discutiendo sobre comisiones y márgenes. Todos bañados con la luz tenue y naranja del local. De fondo oía el monólogo de Cita Número 4 hablando sobre separar al artista de su obra en referencia a Picasso. Le miré a los ojos y, de repente, me pareció feo.

Hablaba mucho. Hablaba más incluso que mi primera cita. ¿Por qué os gusta tanto hacer monólogos a los tíos? Seguro que es por lo mismo por lo que mi madre es la más alcahueta del pueblo: para llevar ella el mando de todo lo que se dice y se piensa.

—¿Vamos al Birkin a tomar algo? —sugirió él.

El camarero vino con la cuenta y tuvimos un pequeño rifirrafe por ver quién pagaba la cena. Al final, pagó él.

—La verdad es que quiero irme a casa. Estoy un poco cansada —dije.

—¿No te habrás enfadado por lo de la cuenta? —dijo con sorna.

—No, no. Es sólo que ha sido un día largo para mí.

—¿Dónde vives? Te puedo acompañar.

—Puedes acompañarme a la parada del tranvía, si quieres —cedí.

—Pero dime dónde vives. Igual somos vecinos.

Cita Número 4 seguía insistiendo. Caminábamos hacia la plaza Aragón, esquivando a la gente y a los árboles.

—No tengo vecinos. Vivo en Arcosur —mentí.

El chico se rio.

—¿Te compraste allí el piso?

Asentí molesta.

—¿Te pensabas que era el nuevo Valdespartera? —insistió.

Me encogí de hombros. Ya no me apetecía seguir la conversación. Cita Número 4 lo notó y se retractó.

—Bueno, a ver, en algún momento tendrá servicios y eso, y si vendes el piso ganarás bastante dinero.

—Me gusta el barrio. Es tranquilo.

—Sí, sí, tranquilidad ahí tienes de sobra.

Vi la arcada del paseo Independencia y apreté el paso. A Cita Número 4 le costaba seguirme, pero contó con la ayuda del coche que limpiaba las calles que, en ese momento, se me cruzó por delante.

Mi cita me agarró del brazo.

—Escucha, Lorena —dijo—. Perdona, no quería que te ofendieras. A veces, soy un poco bocazas.

Me miraba con sus ojos de color miel. Tenía la mandíbula cuadrada y bien afeitada, y la yugular marcada avanzaba un pectoral y unos hombros fuertes.

Qué pena…

—Y lo de separar al artista de la obra lo he dicho para que reaccionaras. Te he notado un poco callada y quería chincharte. ¿Sabías que Pablo Picasso decía que para él el arte y la sexualidad eran lo mismo? ¿Cómo encaja eso con las acusaciones de violación? En fin, que podemos hablarlo en otra cita. O no, si no quieres. Podemos hablar de lo que tú quieras. Tenemos muchos temas en común. Me has gustado, Lorena.

Se me escapó la sonrisa. Cita Número 4 se agachó para verme a los ojos y sonrió.

—¿Te he gustado yo también?

La campana del tranvía nos alertó de que el tiempo para las segundas oportunidades se acababa.

—Me has parecido divino —dije, y salí corriendo hacia el tren.

Cita Número 4 no entendió mi humor, porque apenas había entrado en el vagón ya tenía un mensaje suyo pidiéndome una segunda cita. Me pregunté qué había visto en mí si apenas había hablado en toda la noche y sólo había asentido, a veces anonadada, otras aburrida, a sus monólogos.

Quizá fuera eso lo que le gustaba de mí.

Así fueron mis cuatro primeras citas. Y claro, yo le contaba esto a Jorge y a Gabi los domingos de vermú y ellos se metían conmigo. ¿Me reí yo de Jorge cuando nos hizo comprarnos unos patines de línea para sumarnos a un grupo de patinadores donde había una chica que se quería ligar? Patines que me costaron un ojo de la cara y que no he vuelto a usar, por cierto. No. ¿Me reí de Gabi cuando seguimos al padre de un compañero de su hijo del que estaba colgada y que le tiraba los trastos para descubrir al final que ya le era infiel a su mujer con otra mujer? Tampoco. Yo siempre he estado ahí, al pie del cañón con ellos. Y ellos no hacían más que hacer mofa de mis citas. O de mí siendo exigente, entre comillas, con mis citas. Pero ¿a que tú me entiendes? Bueno, tú eres hombre, no eres parcial.

Estábamos en la plaza San Felipe. Me acuerdo porque Lorien, el hijo de Gabi, estaba dibujando la plaza en su tableta y le insté a que hiciera justicia poética y pintara la desaparecida Torre Nueva. Su madre le contó que se empeñaron en tirarla porque al estar inclinada daba la sensación de que se iba

a caer de un momento a otro, pero en realidad fue porque había un afán especulador en la zona. No sólo tiraron abajo la torre, también muchas edificaciones de alrededor. Te gusta la casa Montal, ¿verdad? Pues así eran todas. En fin, así es Zaragoza. Como diría Gabi, perdiendo personalidad con cada obra.

Entonces, cuando me preguntaron qué tal había ido mi última cita les dije que mal y ellos se rieron.

—¡Basta! —grité y las palomas que pululaban a nuestro alrededor salieron volando—. Me estáis pintando como una tiquismiquis.

—¡Porque lo eres! —dijo Jorge.

—Lore, cariño, debes admitir que tienes un problema con los hombres. No me mires así. No les das una segunda oportunidad. ¿Y qué si dice mucho la palabra "divino"? Hay maneras de hacérselo notar si tanto te molesta. ¿Acaso crees que esos pequeños defectos que tanto te tiran para atrás son más graves que el de ser extremadamente perfeccionista? Ni que tú fueras perfecta.

Encogí las cejas en señal de protesta.

—No es por atacarte, pero sé justa con esto. ¿Acaso no tienes tú ningún defecto? Vistes siempre igual, eres protestona y gruñona. Claro, que eso no se ve en una primera cita…

—Es que si en una primera cita no te parece todo perfecto, apaga y vámonos —me defendí—. Vienen a la cita con el guión ensayado, como si estuvieran recitando la lección, y me aburren. Entonces salen a relucir esos fallicos, pequeños y estúpidos, y ya me sacan de la cita por completo.

—Si quieres enamorarte te la debes jugar. Decir "venga, voy a probar con este". Puede funcionar o no, pero tienes que jugar y tú apenas pasas de la primera pantalla. No sé, ¿cómo te pasó con Jorge?

—Con Jorge era joven e inocente y no sabía lo que hacía.

—Pues igual deberías recuperar a esa joven e inocente Lorena antes de que acabe devorada por la ancianita cultureta que hace punto. Por cierto, me debes un chaleco.

—Pues ahora no te lo doy, hombre.

Gabi me pellizcó la mejilla y no dijo nada más. El que estaba muy callado era Jorge, y eso, como ya sabes, es mala señal. Le llamamos la atención para que volviera en sí. Estaba maquinando algo entre trago y trago, y no paraba de mirarme.

—Me estás poniendo de los nervios.

—Estaba pensando —dijo por fin—, que podemos hacer una cosa.

—¿Qué cosa? —pregunté

—El modo aleatorio.

—¿Qué es eso?

—En Destiny tienes la opción de poner el modo aleatorio. Simplemente, activas la opción y la aplicación te cita a ciegas con una persona afín a ti. Sólo te da fecha, hora, lugar y qué debes llevar para identificarte. Y tú te plantas allí y esperas. O te están esperando ya. Si lo que quieres es improvisación y

que no esté todo premeditado, puede ser una buena opción para ti.

—Vaya chorrada —dije.

—¡Es una buena idea! —saltó Gabi—. Pero dime, Jorge, ¿por qué sabes tanto de la aplicación? ¿Acaso soy la única que está a dos velas en esta mesa?

—Mamá, no estás a dos velas; me tienes a mí —dijo Lorien con su sonrisa desdentada.

Nos enseñó cómo llevaba su dibujo. Había buscado en Internet la Torre Nueva y la había colocado en su sitio. Jorge aprovechó ese momento para coger mi móvil y cambiar la configuración de Destiny.

—Creo que no te consentía tanto cuando eras mi novio —le dije.

Reconozco que el famoso modo aleatorio me hacía cosquillas en el estómago.

Destiny había demostrado que me conocía bien, que sabía encontrar perfiles que podían encajar conmigo y con mi estilo de vida de ancianita cultureta, como decía Gabi. El problema eran otras cosas que una aplicación no podía parametrizar: la torpeza, la incontinencia verbal, la química.

El modo aleatorio sería la última oportunidad que le daría al algoritmo de Destiny.

6

Estaba realmente ilusionada con la cita a ciegas. Me decía a mí misma que era el equivalente a chocar con alguien por la calle y tener un flechazo. La diferencia estaba en que este flechazo era virtual y en lugar del destino, era Destiny quien te hacía chocar con la otra persona.

A mí me valía.

Ya me lo dijo la tarotista: encontraría el amor, pero no debía obsesionarme porque vendría de algo que escapaba a mi control. ¿Qué hay más lejos de nuestro control que un algoritmo?

La tenía un sábado por la noche. Destiny me dijo que estuviera a las 8 junto a la estatua de Miguel Servet, en el edificio del Paraninfo. Hasta entonces, yo seguí con mi rutina, como si no fuera a conocer a mi alma gemela en unas horas.

Igual Jorge te lo ha contado alguna vez. Nos gusta jugar al pádel, pero somos tres y necesitamos engañar a un cuarto para poder alquilar una pista. No es nada competitivo, sólo por las risas. Yo no sé de dónde vino la moda del pádel, igual surgió de otro testeo, pero sí entiendo por qué se extendió tan rápido en Zaragoza: ¡Es muy divertido! Y quemas calorías sin darte cuenta. ¡Que Jorge te traiga alguna vez! Bueno, aprovechamos un viernes que Jorge pudo escaparse del bufete después de comer. Yo suelo salir pronto los viernes y me vino a buscar a la clínica. No veas lo contento que se puso mi jefe al ver a Jorge. Mi jefe es un pelota y como Jorge tiene el apellido que tiene, pues se piensa que tiene poder o algo en Zaragoza. Le invitó a entrar, le puso un café él mismo y sólo le faltó lamerle la punta del zapato, bueno, del maripí, porque

Jorge iba con ropa deportiva, claro.

—¿Es que no le has dicho que hemos roto? —me preguntó Jorge al salir.

Le dije que no, que no le quería romper el corazón.

Aunque es un facha rancio, le tengo cariño. Me recuerda un poco a mi padre si mi padre, en lugar de hacer pacas de alfalce, pusiera empastes, claro. Pero ya sabes, esos hombres nostálgicos que ven cómo el mundo en el que eran los amos, los privilegiados, se deshace ante sus ojos y la única manera que tienen de afrontarlo es enfadándose porque tampoco les han enseñado a hacerlo de otra manera.

Fuimos con el tranvía a mi casa. Allí me cambié rápido y cogimos el coche para ir a Cuarte, donde habíamos alquilado una de esas pistas de pádel fantasma. Allí ya nos esperaban Gabi y la amiga a la que había engañado. A Jorge le hicieron chiribitas los ojos. La chica era guapa y atlética. Se llamaba Sandra.

—Hay un problema —dijo Gabi nada más vernos—. No va el código.

Estas pistas las puedes reservar online y te mandan un código que tienes que meter en un lector para que se te abra la puerta de la pista. Gabi había probado varias veces y el código no funcionaba. Además, había llamado a la empresa y nadie le cogía el teléfono.

—Bueno, esto habrá que denunciarlo —dije yo—. Es desatención del cliente o algo así, ¿verdad, Jorge?

Pero Jorge no estaba a lo que estaba. Seguía embobado con Sandra.

Gabi volvió a llamar y esta vez se lo cogieron. Le informaron que una persona de mantenimiento se acercaría en un momento, que esperáramos, que por supuesto nos regalarían un bono para otro día.

Yo me senté con la espalda pegada al cristal de la pista y Gabi me acompañó, mientras Jorge y Sandra se quedaron de pie. El día estaba nublado así que no apretaba el calor. Se escuchaban nítidamente los ruidos provenientes de otras pistas, la pelota rebotando contra la pala o la pared y las risas y gemidos de esfuerzo de la gente.

Sandra resultó ser una chica divertida y con facilidad para la conversación.

—La verdad es que es la primera vez que vengo a jugar al pádel aquí. Parece un poco rollo clandestino, sin ver la cara de nadie, metiendo un código en un teclado y eso, ¿no?

—Y eso que es a la luz del día. Si vienes de noche, es peor todavía —dijo Jorge.

Sandra se rio.

—Lo más clandestino que he hecho yo en mi vida es hacer un sinpa. Y fue porque pensaba que la otra persona ya había pagado. Casi me dio un ataque cuando salió el camarero a la puerta y nos llamó ladronas.

—Y hablando de eso... Mañana tienes la cita, ¿no, Lore? —preguntó Gabi para romper el hielo.

—Sí, la verdad es que me da morbillo lo de la cita a ciegas.

Sandra me miró y me señaló con el dedo.

—¿Destiny?

—¡Sí! —respondí.

—¡Qué bueno! Yo también la he usado.

—Ah, ¿estás buscando pareja? —preguntó Jorge ilusionado.

—Estaba. La verdad es que la app me funcionó muy bien.

Se escuchó a alguien quejarse amargamente por no llegar a una bola y fue el efecto de sonido perfecto para la cara que había puesto Jorge.

—Y no tenía mucha fe, eh —siguió hablando la chavala—, porque no es fácil encontrar lesbianas nuevas en Zaragoza. Quiero decir, más allá del círculo en el que te sueles mover.

Jorge y yo nos miramos por el rabillo del ojo. Intentamos mantener el gesto impasible, pero ambos sabíamos lo que pensaba el otro.

—No sabía que también era para gays —dije.

—Es un poco reduccionista eso, ¿no? —dijo Sandra—. Quiero decir, tu alma gemela es tu alma gemela. Da igual el género.

—Bueno, a mí no me da igual —respondí.

—Entonces, ¿rechazarías a una chica si supieras que es tu media naranja?

—Sí, sería mi amiga, y ya está. Como Gabi.

—¡Yo no soy tu media naranja! —protestó mi amiga—. No tenemos nada en común.

—Claro que lo tenemos.

—Dime, pues, tres cosas que tengamos en común —me retó.

Yo sonreí porque me parecía que iba a ser muy fácil encontrar esas tres cosas, pero me puse a pensar y no di ni con una.

—Nos gusta ir de compras.

—A mí no me gusta, pero tengo que ir. ¿No te fijas que al final sólo compro cosas para Lorien?

Recordé las últimas veces que habíamos salido de compras y tenía razón. Le daba apuro gastarse el dinero que no tenía en ropa para ella.

—Te gusta la ropa de punto que te hago.

—Porque te compro la lana y te paso fotos de qué es lo que quiero. Y además, no me cobras.

—¡Déjalo, Lorena! No tenéis nada en común —dijo Jorge—. Yo soy vuestro punto en común, yo os presenté y seguimos los tres juntos porque el resto de la pandilla se han casado y han tenido hijos. Y no se han separado, claro.

—¿Y entre vosotros nunca ha habido nada? —preguntó Sandra por curiosidad.

—Lorena y yo sí fuimos pareja.

—¿Lo dejasteis?

Asentimos.

—Pues sois muy monos, hacéis buena pareja.

—Gracias —dije—, pero no funcionó.

—¡Anda! ¿Y eso por qué?

La pregunta me pareció un poco impertinente. Apenas conocía a la chavala y ya estaba haciendo ese tipo de preguntas tan personales.

Jorge fue a responderle, o eso me imaginé, cuando llegó el tío de mantenimiento y ahí se quedó la cosa.

Ni confirmo ni desmiento que apunté un par de veces al cuerpo de Sandra mientras jugamos al pádel.

7

Antes de la cita, y como todos los sábados, fui al pueblo. Estaba en casa de mis padres con los músculos agarrotados por las agujetas. Estaba tan nerviosa que hablaba sin ton ni son, me mordía los pellejos de los dedos, reía de manera histriónica. Mi hermana también estaba nerviosa, pero lo expresaba de otro modo. Ella daba vueltas al anillo de bodas y tenía la mirada como perdida.

El ambiente estaba cargado. Los hombres de la casa, Carlos, José Luis y mi padre, fumaban Farias, bebían coñac y llevaban la voz cantante. Mi madre aprovechaba los escasos ratos de silencio para lanzar puyitas a Elvira y José Luis sobre si iban a tener un hijo ya.

—Mamá, por favor —le pidió mi hermana.

—Hija mía, yo creo que bastante he respetado ya vuestro periodo de luna de miel. Que me parece estupendo, eh. Yo igual no hubiera tenido hijos tan pronto, pero eran otros tiempos.

—Pues díselo a Lorena.

—Lorena ni siquiera tiene novio. ¡Que ya te vale, hija! Con lo estupendo que era Jorge y vas y lo dejas.

A mi hermana la jugada le salió redonda porque ahora el foco de atención estaba puesto en mí. Cuando le susurré lo mamona que era sonrió por primera y única vez aquel día. Dado que iba a ser el centro de atención, decidí divertirme y trolear a mi madre.

—Mamá, no te preocupes, que si tú quieres nietos, yo me insemino. O mejor, adopto un niño. Madre soltera.

—Tú te has propuesto matarme de un disgusto.

—¡Hay que modernizarse, mamá! —dijo Carlos—. Estamos en el siglo XXI, por si no te habías dado cuenta.

—Eso afuera. Aquí las cosas se hacen bien.

—Venga, mamá, que serás abuela pronto. Si no es Elvira, seré yo —solté, porque ya te he comentado que no hacía más que decir tontadas.

—¿Tienes algo que contarnos o qué, cuñadica? —preguntó José Luis poniéndome un brazo por encima de los hombros.

Me puse colorada como un tomate y me subieron los calores.

—No te pongas así, mujer. Sin presión —dijo mi cuñado antes de echarse a reír. Cuando se ríe le bota el pecho y parece que le va a dar un infarto—.

Míranos a nosotros, nos lo tomamos con calma.

—¿Y no será que no te funciona el aparato? —soltó mi padre tras una bocanada de humo espeso.

La cara de José Luis pasó del rojo al blanco en un segundo. Mi padre le miraba receloso, con las cejas haciendo sombra en sus ojos. Hubo unos tensos segundos de espera hasta que mi padre rompió a reír.

—Que era broma, joder —dijo—. Si tu abuelo tuvo ocho hijos, muy mal se te tiene que ir la cosa para que tú no saques un par.

—Ah, ahora ya son dos los hijos que tenemos que tener —dijo Elvira con ironía.

Había una extraña tensión en el ambiente que me recordó a los tiempos de nuestra adolescencia, cuando Elvira volvía a casa a las mil, se unía a nosotros a los postres y no soltaba prenda cuando mis padres le reprochaban que usara la casa como un hotel. Como Carlos era un bebé que requería muchas atenciones (tuvo que ser intervenido un par de veces porque tenía problemas en el corazón), la cosa se quedaba ahí… Hasta el fin de semana siguiente. Yo sabía qué hacía Elvira los fines de semana, pero la admiraba, y era una tumba cuando mis padres, buscando una aliada, me preguntaban a mí. Elvira y yo éramos un equipo. Reñíamos, por supuesto, pero al final hacíamos las paces con un abrazo y nuestra relación se hacía más fuerte. Luego llegó Carlos y… Bueno, no voy a decir que todo se fuera a la mierda, pero un poco sí. Elvira tenía 16 años. Ya salía con José Luis y, para qué nos vamos a engañar, las compañías no eran las mejores. Todos los sábados iban a la Coliseum. A veces mi hermana podía colarse, y otras no. Sin embargo, eso no impedía que estuviera toda la noche fuera. Dormíamos en habitaciones separadas hasta que Carlos pasó de la cuna a la cama. Cuando ya dormíamos juntas, empecé a asustarme de la vida que llevaba Elvira.

Pero me estoy yendo por las ramas otra vez.

La cosa es que yo pensaba volar tras una breve sobremesa, pero mi madre nos anunció que había fallecido Mercedes y había que ir a cumplir.

Mercedes había llevado una tienda de chucherías con futbolín y sofás en la que habíamos pasado horas muertas varias generaciones. Muchos primeros cigarros, muchos primeros besos y sobre todo muchas, muchas risas habían tenido lugar en su local. Como era de esperar, el tanatorio estaba lleno cuando llegamos nosotros.

Nuestra estrategia en el tanatorio era siempre la misma: caminábamos detrás de mi madre y dábamos el pésame a quien ella se lo daba.

A Carlos y Elvira los tenían más vistos, pero yo era la sensación. Como no pisaba el pueblo más que para ir a casa de mis padres…

—¿Esta es tu hija? ¡Cómo ha cambiado!

Yo sonreía con educación mientras a mi madre se le hinchaba el pecho.

—Es dentista. Tiene una clínica en Zaragoza y se ha comprado un piso en el centro.

La capacidad de mi madre para adornar la realidad también estaba

hinchada.

Escuché a alguien comentar que la caja estaba abierta y se lo trasladé a mi familia.

—Pasamos de verla —dijo Carlos hablando también por nosotras.

—Pues tiene una carica de paz... La han arreglado muy bien —dijo mi madre.

Nos juntamos unas cuantas personas de diferentes edades a comentar anécdotas de su bar.

—Pues claro que sabíamos lo que hacíais allí —comentó el padre de uno de los amigos de Carlos—, nosotros también hacíamos nuestras barrabasadas allí de jóvenes, pero siempre era mejor que os emborracharais donde la Mercedes a que lo hicieseis en cualquier otro antro desconocido y fuera del pueblo.

Nos reíamos. Siempre es extraño reírte en un tanatorio. Pensábamos estar unos minutos, pero nos estábamos divirtiendo. Todo el mundo se estaba divirtiendo. Como digo, era muy raro.

Un par de viejas amigas me cogieron por banda. Que si cuánto tiempo, que si qué guapa estás, que si no has cambiado nada. Me sentí un poco tonta por no salir más por el pueblo, pero una vez dejas de ir un tiempo, es difícil volver. Todo es frío e incómodo. Sin embargo, nada era frío ni incómodo en ese tanatorio. O quizá porque lo era para todos dejaba de serlo.

—Recuerdo el pedal que se pilló Vicky donde la Mercedes —dije, aludiendo a una de mis amigas—. Empezó a contar chistes de Lepe con un cachirulo puesto en la cabeza. Fue la sensación.

Vicky me miró como si yo fuera un extraterrestre y el resto de amigas la imitaron.

—¡Qué va! Pero si la de los chistes de Lepe eras tú —rectificó.

—¿La jauta de mi hermana contando chistes? Ya me extraña —dijo Carlos.

—¿Estás segura?

—¡Y tanto!

Miré al resto de chicas que asentían. Fugaces recuerdos comenzaron a llegar a mi mente como centelleos.

—Puede ser, puede ser —concedí.

Hacía calor en la sala. Una mano encontró el mando del aire acondicionado y lo activó. Sin embargo, la gente seguía llegando y la temperatura no bajaba.

Las conversaciones se mezclaban. Se acercaba una nueva crecida del Ebro y era algo que preocupaba en el ambiente. Especialmente, a aquellos que tenían tierras en las laderas del río.

En una esquinica había una fuente con un bidón de agua y fui a refrescarme la garganta. Alguien me tocó el hombro.

—¿Lorena? ¿Eres tú?

Me giré todavía con agua en la boca y casi me atraganté.

—¿Esther?

La mujer sonrió y afirmó. Nos quedamos paradas, dudando si besarnos o no. Al final, lo hicimos. Su perfume había cambiado.

Esther se metió las manos en los bolsillos de su cárdigan y ladeó la cabeza.

—¡Qué fuerte! No has cambiado nada —dijo.

Nunca sé si esa expresión es buena o mala. Ella, sin embargo, sí había cambiado. Mucho. Tenía el pelo cortado a lo chico y estaba más gordica. Por lo visto, tuvo problema de tiroides durante un embarazo. Perdió el niño a los seis meses de gestación, pero el hipertiroidismo se quedó. Esto me lo contó mi madre antes de añadir que había sido castigo de Dios.

—¿Qué tal te va? —pregunté.

—Bien, bien. Vivo en Barcelona.

—¡Anda!

—Sí. Fui allí a estudiar y ya me quedé.

—Qué bien.

—¿Y tú? ¿Qué es de tu vida? ¿Vives aquí?

—No, no —respondí un tanto ofendida—. Vivo en Zaragoza. Trabajo en una clínica dental.

—Ah, dentista, ¡qué bien!

No la corregí. Nos quedamos en silencio un momento. El calor empezaba a subírseme a la cabeza y di otro trago de agua.

—Qué pena lo de Mercedes, ¿verdad? —dijo.

—Sí, bueno, era mayor ya. Por lo visto, los últimos años ya no salía de casa.

—Ay, pobrecica.

Sonreí. Pese a llevar años en Barcelona, todavía tenía sus cosicas de maña. Tampoco habían desaparecido sus colmillitos desiguales ni sus ojos almendrados.

—¿Te acuerdas los veranos en su bar? ¡Qué vicio con los flashes de limón!

—¡Sí! —exclamé, y mi boca salivó al recordarlo.

Otro momento de silencio.

—¿Tienes hijos o algo? —me preguntó Esther.

—No, ¡qué va!

La pregunta me pilló totalmente de sorpresa.

—Ah, yo sí. Bueno, es adoptado.

Se le notaba con ganas de presumir de familia porque enseguida sacó su cartera. Me acuerdo que era una cartera de esas con velcro y el sonido al abrirlo se escuchó quizá demasiado alto porque noté un par de miradas dirigiéndose a nosotras. Sacó una foto en la que estaba ella con un niño y una mujer.

—Se llama Andrey. Y ella es Nata, mi mujer.

Me sorprendí y a la vez no. Ella me lo vio en la cara.

—Sí, al final los rumores de la chopera eran ciertos —dijo con una cálida sonrisa.

—Ya veo…

Quedé absorbida por una nebulosa tórrida y asfixiante en la que apenas me llegaba el eco de las conversaciones y el susurro de la respiración de Esther. A la boca me vino un regusto a flash de limón.

Mi hermano llegó a nosotras como un elefante y reventó nuestra burbuja. Me di de bruces con la imagen de Esther guardando la foto en el bolsillo de manera apresurada.

—Esther, ¡qué fuerte! —dijo braceando demasiado para el gusto de mi madre, que le chistó por detrás.

A veces mi hermano no puede contenerse.

Nos salimos fuera los tres, Esther, Carlos y yo. Ellos hablaban con mucha cordialidad, como si lo llevaran haciendo toda la vida, y me pregunté si, como homosexuales que eran, tendrían algún tipo de código secreto con el que comunicarse sin que el resto lo supiéramos.

¡Qué tonterías!

8

Por una vez, hice caso a Gabi, cambié de vestimenta y en lugar de la socorrida americana y los vaqueros, me puse un vestido de flores con botines y chupa. ¡Que se notara que estábamos en primavera! Me eché un último vistazo en el espejo de la entrada y cogí el tranvía al centro.

Ya os he dicho que Destiny me había citado en las escaleras del Paraninfo, junto a la figura de Miguel Servet, que, con el codo apoyado en la butaca y su mano en el mentón, me miraba con desgana. Parecía hastiado por sufrir la persecución de la Santa Inquisición. Ahí estábamos él y yo. Mi sangre corría veloz por mis venas y hacía galopar mi corazón. ¿Lo has pillado? Como Servet descubrió la circulación sanguínea…

Perdón.

Sigo.

Jorge tenía razón al fin y al cabo y el modo aleatorio resultó ser un aliciente que me devolvió la ilusión. Una cita a ciegas, sin nada más preparado que la hora y el lugar; el resto lo poníamos nosotros. Sin guiones, sin teatrillos. Sin presiones.

Y, finalmente, resultó ser eso: una ilusión. Un espejismo.

Escuché un claxon, la campana del tranvía, el ruido del tráfico, el alboroto de la gente que cruzaba la plaza Paraíso de un lado a otro, siempre de paso. Cerré los ojos, tomé aire y guardé ese momento como uno de mis momentos favoritos, el instante antes de algo maravilloso, como cuando te dan un helado de limón y tus papilas gustativas saltan en la boca adelantándose a lo que se viene.

Abrí los ojos y vi a una chica subir las escalinatas. Me imaginé que ella,

como yo, habría quedado con alguien en las escalinatas del Paraninfo. Se detendría, se sentaría en algún lugar y esperaría. Era alta y desgarbada, y su cara no me resultaba del todo desconocía. Pero esto es Zaragoza, donde todas las caras nos suenan.

La chica no se detuvo y siguió subiendo la escalinata. Me miró, miró luego al escalón para asegurarse de que ponía bien el pie, y me sonrió.

—¿Destiny? —me preguntó.

Me señalaba con el dedo y guiñaba un ojo, como si esperase que le llegara un tortazo de un momento a otro.

La sangre se me congeló en las venas.

—¿Eres de Destiny? —volvió a preguntar la chica.

Creo que repitió el "de", pero no presté mucha atención.

Le miré la camiseta. El retrato de Marilyn Monroe me devolvió a mi primera cita de Destiny. En el baño del restaurante esta era la chica que hablaba sola.

Exhalé el aire de golpe. Por lo visto, había dejado de respirar. Tosí. Me defendí con las manos y las puse delante de ella para que dejara de subir escaleras.

—Creo que ha habido un error —dije.

—Ah, perdona —dijo ella y se quedó parada.

Alargó el cuello, miró el reloj, miró la placa de la estatua.

—Es Servet, ¿no?

—Sí —dije—. No te has confundido tú. La aplicación se ha equivocado. Yo soy tu cita, pero no debería serlo. No salgo con chicas. Lo siento.

—Ah —la chica parecía decepcionada—. V-Vale… Bueno, no… no pasa nada.

Me sentí mal por ella y traté de consolarla.

—La aplicación falla más que una escopeta de ferias. Conmigo no ha dado ni una, y mira que llevo citas —le dije.

Ella sonrió.

—Lo siento mucho, de verdad. Espero que encuentres a tu… chica. Yo me voy a ir yendo… —dije, y bajé a brincos la escalinata.

Aún eché algún vistazo hacia atrás camino de Gran Vía. Sentía la desazón de la chica, que parecía sentirse más sola y más desamparada que en toda su vida.

No dejé de pensar en ella. ¡No en el sentido romántico, claro! Me costó quitarme de la cabeza esa sonrisa tímida, esos ojillos tristes, esa mano ondeando al viento para decirme adiós.

Me devoraba la cabeza la elección de la aplicación para mi cita aleatoria. ¿De qué coño iba Destiny? ¿Por qué había considerado que una chica era una posible pareja para mí? ¿Acaso el algoritmo había decidido que mis gustos eran típicos de una chica lesbiana?

Revisé mis redes sociales. Bueno, más bien, las examiné. ¿Qué había extraído de ahí Destiny para concluir que mi pareja ideal podría ser una chica?

En lo más reciente aparecían las entradas de los grupos y cuentas que seguía sobre punto, ganchillo, Urban Knitting y demás. En YouTube reproducciones de canciones de Malú, Miriam Rodríguez, Vanesa Martín, algo de Efecto Pasillo, Estopa, Amaral… Había descubierto recientemente a Carmen Boza y, vale, sí, es lesbiana, pero la tía es buena y no iba a dejar de escucharla sólo por eso. Concluí que Destiny había errado el tiro y lo dejé estar. Todos somos humanos y las aplicaciones móviles, al fin y al cabo, las diseñan humanos, ¿verdad?

¿Que si me pareció guapa en ese momento? ¿A qué viene la pregunta? Pues no sé, del montón. Estaba tan sorprendida por el hecho de que mi cita fuera una chica como para fijarme si era guapa o no. Se notaba que se había arreglado. Llevaba el pelo suelto y liso. También llevaba máscara de pestañas y algo de colorete, pero poco más. No vestía muy femenina. Unos vaqueros rotos, unas Converse blancas y una cazadora encima de la camiseta de Marilyn. Me recordó a Esther, la chica de la que os he hablado antes. También era una chica morena del montón, de esas con una personalidad que te cautiva conforme la vas conociendo.

Estoy un poco cansada. Siento como si me pesaran los hombros. ¿Cuánto tiempo llevamos? No se ve nada ahí fuera, está muy oscuro. ¿Podemos seguir mañana? ¿A la misma hora?

Segunda parte

1

¿Has notado la capa de antiojeras que llevo? Anoche me costó dormir. Estuve hasta tarde haciendo punto. Me ayuda a pensar porque pongo las manos en piloto automático y no pienso lo que pienso, simplemente fluyo. Es como meditar, ¿sabes? Me enseñó mi abuela y creo que es la mejor herencia que me pudo dejar. Ella era una mujer muy callada, pero cuando nos poníamos delante del fuego a tejer me contaba muchas cosas de su infancia y de su juventud, de cómo trabajaban en el campo, de cómo empezó a festejar con el yayo y de cómo todo cambió por la guerra. Cuando fui más mayor y vi alguna película sobre la guerra civil tuve una revelación. Casé las historias de mi abuela con los personajes de las películas y mi abuelo siempre encajaba mejor en el papel del malo.

Por cierto, toma, es un juego de gorro y cuello de lana. Espero que te guste. A Jorge se lo daré cuando venga.

Como te decía, estuve pensando hasta que me dormí. Y mis sueños han sido bastante clarificadores. ¿No te pasa eso de acostarte con un problema en la cabeza y que encuentres la solución en tus sueños? A mí me pasa bastante.

No soñé nada concreto, nada que pudiera explicar con un argumento lineal como un relato, pero me he despertado con la idea de esa similitud que hice entre Esther y mi cita fallida. Es verdad que se parecen, algo que va más allá de lo físico. No sé cómo explicarlo. Y algún gesto de Sandra también me recordó a ella. Sandra, la amiga de Gabi, la del pádel ¿te acuerdas? El viernes la había conocido a ella, el sábado me reencontré con Esther… El destino no hacía más que rodearme de lesbianas, como si quisiera decirme algo. Si ya me lo dijo la tarotista: tenía que estar atenta a las señales. Pero no eran señales. Ahora lo sé. Eran señuelos. Nos vigilan, eso es seguro. Ese móvil que guardas en el bolsillo es un espía. Destiny cruza datos con tus redes sociales y otras apps, y estas cruzan, datos con el GPS o el WiFi del móvil. Destiny vería que últimamente me rodeaba de lesbianas, se pensó lo que no era y me mandó una de ellas. Eso es lesbofobia. Apúntalo también.

Y claro, una vez entras en el bucle, no sales. Buscas un sitio para ir a tomar algo y te lo recomienda en función de toda la información que tiene. La tuya y la de los demás. “Sal por El Tubo”, me sugirió Google Maps, “muchos

de tus conocidos han recomendado locales de ahí".

Así que el vermú del domingo después de la fallida cita a ciegas, Jorge, Gabi y yo nos metimos en las callejuelas de El Tubo.

Era uno de esos días frescos de la primavera, así que, en lugar de la americana, me puse la chupa con el cuello de borreguillo. Me gusta mucho porque tiene bolsillos interiores donde llevar el monedero, y como íbamos a El Tubo siempre es preferible no ir con bolso. Ya sabes que aquello se pone de gente hasta arriba y dadas las estrechuras de las calles es mejor ir sin nada de lo que estar pendiente.

Quedamos los tres en la puerta de un bar, pero se nos uniría más gente al poco rato. Gabi y Jorge tenían mucho hype con lo de mi cita. Por lo visto, el darle largas en los mensajes que me habían mandado horas antes no había hecho sino que aumentaran sus expectativas.

—Pues lo de siempre —dije.

La derrota se reflejó en sus caras, pero como me debieron notar triste no se metieron conmigo.

—No te preocupes. Otro será —me animó Jorge.

Enseguida se nos sumaron un par de parejas y no les pude decir que me había desinstalado la aplicación.

Gabi se inclinó hacia mí asegurándose de que nadie la escuchaba y me preguntó:

—Oye, ¿no será que estás boicoteando tus citas porque, en realidad, sigues enamorada de Jorge?

—¡No! —grité, y todo el mundo me miró. Bajé la voz—. No, lo de Jorge es agua pasada.

—¿Segura?

—¿Qué pasa? ¿Te mola a ti y quieres mi bendición o algo?

—¡No!

Esta vez fue Gabi quien gritó. Jorge nos pidió con un gesto que dejáramos de gritar porque sus amigos iban a pensar que éramos dos locas. Tampoco irían muy desencaminados, la verdad.

No es que pase nada con Jorge. Es un tío muy válido, pero para nosotras ya es como un hermano y no haríamos nada que cambiara la relación que tenemos. ¿Verdad, Jorge? Toma, un gorro y una bufanda. Sí, ya sé que estamos en agosto, pero anoche estuve tejiendo y meditando.

Gabi metía ficha con uno de los amigos de Jorge. Ficha laboral, concretamente. En su curro necesitaban un contable o alguien con formación similar y Gabi quería sondear la cultura de empresa. Es una cosa a la que mi amiga da mucha importancia porque ha tenido malas experiencias en el pasado. Si tuviera que definir la cultura de empresa de la clínica dental en la que trabajo sería la del macho alfa, con el jefe metiendo cizaña entre nosotras, no sea que nos aliemos y pidamos un aumento del sueldo.

Me quedé un poco descolgada del grupo. Cuando salgo con gente desconocida siempre soy la rara por lo de ser vegetariana. Jorge tenía que

disculparme todo el rato.

—Vamos a pedir unas bravas para que pueda comer algo Lorena.

—Déjalo, Jorge, ya me pillo yo una tapa aparte.

Luego, o pago a escote lo que otros se han comido o quedo de tacaña pagando lo mío por separado.

Además de esto, tenía el come-come de haberle ocultado a mis mejores amigos que Destiny me había citado con una chica, pero es que me podía la vergüenza.

Así que esa mañana apenas probé bocado. Me tomé la licencia de picar algo de queso, una croqueta de setas y un par de bravas. Al Cariñena sí le di, y así me fue. Se me subió enseguida a la cabeza. El cuello de borreguillo comenzaba a agobiarme, pero no quería quitarme la chaqueta para llevar un tarro en la mano. Hubiera ido haciendo eses si las calles de El Tubo lo hubiesen permitido. En su defecto, iba chocando con la gente, algo que tampoco es raro.

Para contrarrestar la ligera borrachera, me enfoqué en las caras de la gente que me iba encontrando de frente. Tardé un rato en darme cuenta de que, en realidad, sólo me fijaba en las mujeres. ¡Destiny me había condicionado!

En mi ángulo de visión, camino de otro bar, me crucé con tres chicas y una de ellas captó mi atención. Era alta y desgarbada, tenía el pelo largo y negro, sujeto en un lado con horquillitas, mientras que en el otro la melena ondeaba libre. No llevaba la camiseta de Marilyn Monroe, pero no me hizo falta para reconocer a la chica que Destiny había dicho que era mi media naranja. Ella también me miró y nos quedamos enganchadas entre la marabunta. Sonrió y me saludó con la mano, y yo apenas pude mover vagamente la cabeza. Mi cuerpo estaba atenazado por una fuerza desconocida, entre un no puedo respirar y un quiero vomitar. Quería levantar los adoquines del suelo y enterrarme entre las ruinas.

Se me debió quedar mala cara porque Gabi me preguntó si me encontraba bien.

—Sí, sí —respondí—. ¿Qué tal con ese? ¿Te interesa el curro?

—Tienen horario flexible que al final se traduce en que salen de currar a las 7 de la tarde como pronto. Me gustaría ver a mi hijo crecer, gracias.

No recuerdo mucho más de ese día.

2

¿Tenéis agua? He perdido el hilo un poco. Me pasa como con los sueños, que los recuerdos no me vienen seguidos, sino como imágenes sueltas difíciles de capturar. Tras aquello, estuve una temporada sin salir mucho. Del curro al trabajo y a la inversa. Casi no iba al vermú. Jorge y Gabi pensaban que estaba entrando en una depresión por no encontrar pareja, pero lo que me pasaba realmente era que tenía miedo de encontrarme a la chica de Destiny

otra vez. Sólo de pensarlo me ponía enferma. ¿Por qué? Pues no sé. No soy homófoba ni nada de eso. ¡Pero si tengo un hermano gay! Elvira y yo intentamos darle todo el apoyo que no tiene por parte de mis padres. A ver, mis padres no lo saben, y no creo que se lo imaginen. Entiendo que Carlos no haya salido del armario aún, no sé cómo podrían reaccionar.

Sí me acuerdo de cuando Gabi me dijo llorando que se iba al pueblo. Le había dicho a Lorien que sería sólo a pasar el verano, pero ella sabía que iba a ser una temporada más larga. Quizá para siempre.

—Una vez cortas el hilo con un lugar, es difícil retomarlo —me dijo.

Y yo pude sino assentir porque me recordó a mi historia de amor-odio con el pueblo. Mira, ahora me viene otro recuerdo de mi yo preadolescente, porque Gabi me hablaba en la fuente de La Seo y siempre que paso por ahí me acuerdo de otra cosa sobre la Historia y sobre mi historia.

¿Te la cuento?

¡Es igual! No tienen nada que ver con el caso.

¿De verdad la quieres conocer? Vale, vale. Puede que tengas razón y que al final nunca sabes dónde comienza realmente una historia.

La primera vez que estuve en el museo romano fue con el colegio, en una excursión. Tendría 14 años porque recuerdo a mi madre poniéndome el almuerzo con un bombo enorme.

—Que vamos a Zaragoza, no al Monasterio de Piedra —le dije, pero ella ni flores.

Así que ahí estaba yo con mis amigos y mi media barra de pan con jamón y tomate en la plaza de La Seo. El autobús nos había dejado en la misma calle Don Jaime y la plaza del Pilar se extendía más allá de donde alcanzaban nuestros ojos. Sin embargo, los profesores nos hicieron dar media vuelta para entrar al museo. Hacía un frío terrorífico. El agua de la fuente estaba congelada. Un gracioso de mi clase dio una patada al hielo con sus botas de punta de acero y casi se cae de bruces.

No sé qué esperábamos del museo, la verdad. Alguna historia impresionante sobre la fundación de la ciudad, restos de guerras o incluso alguna casa de la época romana. Lo que desde luego no esperábamos era viajar a las cloacas de la antigua ciudad. Que sí, que fue toda una obra de ingeniería que mejoró considerablemente la calidad de vida de los caesaraugustanos, o como se diga, pero, a fin de cuentas, caminábamos por donde habían pasado toneladas de excrementos siglos atrás.

—Pues vaya mierda —dijo el payaso que casi se cae a la fuente, y todos le rieron la gracia.

Nos sentamos en el suelo, en torno a la maqueta del foro de la antigua ciudad, y se abrió un debate.

—Se dice que Zaragoza es la ciudad de las cuatro culturas ya que a lo largo de la historia han habitado esta urbe las grandes civilizaciones que han ocupado el país durante más de dos milenios: los íberos, los romanos, los árabes y los cristianos creando un crisol de saberes y monumentos que hoy

podemos disfrutar —dijo la guía.

A continuación, la mujer nos explicó los restos de todas esas civilizaciones que hay bajo el suelo de Zaragoza. Entonces nos contó lo ocurrido con el teatro romano.

—Al final del Coso, en pleno proceso de restauración, está el teatro romano. Con el teatro se dio una circunstancia paradigmática de lo que es la Zaragoza moderna —nos contó—. El terreno lo compró una empresa con el fin de construir un parking subterráneo, pero dieron con los restos arqueológicos del antiguo teatro. La empresa propietaria se disponía a taparlo sin dar aviso cuando un vecino vio las ruinas entre las lonas desde lo alto de su balcón. Alertó al Heraldo de Aragón y este lo denunció en sus páginas. Gracias a eso, en breve podremos visitar las ruinas de lo que fue el teatro de una de las ciudades más importantes de la Antigua Roma.

—Sí, y de más atascos —dijo el gracioso que, de nuevo, se ganó las simpatías de mis compañeros de clase.

La guía se quedó perpleja.

—Es más importante la cultura que el poder aparcar —dijo.

—Si la cultura va a frenar el desarrollo de la ciudad yo diría que no —dijo Vicky.

Vicky es de mi pueblo, la que me encontré en el tanatorio, ¿recuerdas? De hecho, era amiga mía. Al instituto íbamos gente de diferentes pueblos de alrededor, como el imbécil ese que no paraba de decir tontadas.

La guía le lanzó una mirada fulminante.

—Para ser una ciudad importante debemos auparnos sobre la Historia de la que somos fruto, no ignorarla y taparla bajo el asfalto como si no hubiera pasado nada —dijo.

Yo estaba con la guía porque de ella había escuchado por primera vez la palabra “crisol” y me había parecido mágica. Quise intervenir para decir que teníamos que saber qué nos ha aportado cada cultura para poder conocernos a nosotros mismos. De lo contrario, ¿cómo sabríamos cómo éramos si tapábamos aquello que nos había construido? Pero al final no dije nada porque Vicky me quitó la palabra.

—Pero es un lastre —insistió—. No podemos tener metro porque hay miles de ruinas en el subsuelo, pero tampoco podemos hacer aparcamientos para coches por lo mismo. ¿Cómo se va a mover la gente por Zaragoza para ir a trabajar, a estudiar o a hacer la compra?

—¡Aun tendrán que volver a poner el tranvía! —soltó el profesor en una carcajada—. Venga, a callar todos. El autobús ya está aquí.

—¿Pero no vamos a ir al Pilar? —preguntó alguien.

—Sí, para dejaros sueltos por el Pilar estáis vosotros.

Fui la última en levantarme. Me hice la remolona para poder hablar con la guía, pero esta se había ofuscado y huyó del lugar. Me quedé un poco desamparada. Me reuní con mis compañeros y salimos a la calle. El recuerdo del pasado romano se había esfumado.

Subí al autobús que me llevaría de vuelta al pueblo. Mmm, ¡qué curioso! En ese mismo sitio me bajaría tiempo después de otro autobús para ver una exposición en La Lonja.

Allí me encontraría a Ioana.

Tenías razón. Nunca se sabe dónde empieza una historia.

3

Llevaba tanto tiempo sin salir de casa que ya me había hecho todos los jerséis para este invierno. Llamé a Gabi para ver si quería venirse conmigo a una exposición, pero me dijo que tenía que hacer cosas de la mudanza y no podía. Le prometí pasar a ayudarla. A Jorge la verdad es que ni le llamé porque dedicaba las tardes de los findes a su nuevo proyecto profesional que, obviamente, conocí después, y no estaba disponible. Así que me fui sola a La Lonja.

Yo estaba absorta en una fotografía en la que el segundo plano decía tanto o más que el retrato en primer plano. Una joven pecotosa estaba sentada al borde de una cama vestida con un camisón roído. Tenía una mano posada en el asidero de una silla de ruedas y un rayo de sol que entraba por la ventana le partía la cara. Tras ella, el cuerpo de un hombre al que no se le veía el rostro. La habitación estaba sucia y desordenada, había restos de droga en las mesillas, paquetes de tabaco arrugados y una pistola. El fotógrafo había forzado la exposición en una esquina de la imagen para mitigar la oscuridad que escondía un Kalashnikov apoyado en una pared del fondo.

—"El arpa" —leí el título en un susurro.

—El autor es un cachondo —dijo una voz a mi espalda.

Se le había atascado la última palabra y sin girarme ya supe quién era. Lo supe porque volví a sentirme con las mismas ganas de que me tragara la tierra y que construyeran un aparcamiento encima de mí.

La chica con la que Destiny me había citado unos días atrás sonreía de manera franca. Su boca se abría más allá de sus dientes y le levantaba las orejas.

Como yo ante todo soy una chica educada, la saludé y nos presentamos. Entonces supe que se llamaba Ioana. Recalcó mucho la I. Ese nombre no es español, pero en vista de cómo la cagué con Cita Número 3, no me atrevía a preguntar nada más.

—¿Por qué dices eso del autor? —le pregunté.

Su dedo señaló la metralleta de la foto.

—Hace referencia a un poema de Bécquer.

Quise saber cuál, pero no se atrevió a recitármelo. Fingió no recordarlo y lo buscó en su móvil.

—Esto le da otro sentido a la fotografía —dije.

Entre tartamudeos me contó que había localizado otras fotografías cuyo

título cambiaba el sentido de la fotografía o le otorgaba una nueva capa de significado. Cada pocas palabras se disculpaba por no ser capaz de hacer un frase seguida sin atascarse.

Le dije que no pasaba nada. Esther, por ejemplo, estuvo mucho tiempo sin poder decir la erre. Fue motivo de burla. Como si no se burlaran de ella ya lo suficiente por los rumores.

Repasamos juntas la exposición y entre ella y yo inferimos el doble sentido de las fotografías extrayendo referencias de la cultura popular, de la poesía y hasta del refranero español. Era como una gymkana para gafapastas. Íbamos cuadro a cuadro emocionadas, chocando cuando sacábamos el significado, llamándonos de una punta a otra, porque, al final, nos dividimos el trabajo para acabar antes. La sala iba a cerrar pronto y los de seguridad estaban hartos de llamarnos la atención.

—Se acabó el juego —dijo uno—. Vamos a cerrar.

Ioana y yo nos miramos y luego miramos al último cuadro que nos quedaba.

—¿Podemos hacerle una foto? —pregunté.

El tipo de seguridad señaló el cartel con la cámara de fotos tachada.

—D-déjalo, Lorena —dijo Ioana.

Levantó el folleto de la exposición que llevaba en la mano y vi que la foto aparecía en él, con su título incluido.

Salimos a la calle. Estaba nublado y amenazaba lluvia.

Pensé que, con la marcha de Gabi, iba a necesitar una amiga para salir y despejarme un poco, así que Ioana me vino como caída del cielo. Siempre, por supuesto, dejando las cosas claras.

—¿Te apetece tomar algo? —sugerí.

Ioana asintió de nuevo con su sonrisa enorme.

Fuimos al Botánico porque las dos teníamos antojo de tarta. El aire de tormenta se arremolinaba en el pasaje del Ciclón y nos adentramos dos segundos antes de que empezara a llover. Al final fueron cuatro gotas, pero en ese momento nos sentimos tocadas por la diosa de la fortuna.

Junto a mí silla había una caja de fresas y de vez en cuando me llegaba su olor. Pedí la tarta de chocolate y la combinación en mi paladar fue deliciosa. Si cierro los ojos aun puedo notarla.

—Así que… Destiny —dije para romper el hielo.

Ioana bajó la cabeza avergonzada.

—No hay de qué avergonzarse. Yo también la usaba, pero acabé desinstalándola. No acertaba nada conmigo.

Ella no dijo nada, se limitó a sonreír tímidamente.

—Además, el amor no funciona así. Quiero decir, debería ser algo más espontáneo, más natural, que la fuerza del destino haga su trabajo, ¿no crees? —Como seguía sin hablar, continué—: Ya sé que cada vez tenemos menos tiempo y estamos perdiendo la paciencia, pero tampoco te vas a ir con el primero que aparezca. Al menos yo no. No es que sea superexigente, sin

embargo tengo unos mínimos que mi pareja debe cumplir.

—¿Cuáles son esos mínimos? —preguntó Ioana por fin.

—Pues lo típico: que sean divertidos, pero no pesados; inteligentes, pero no pedantes o con complejo de superioridad; que se sepa comportar en cada situación, eso es muy importante; que tenga un buen trabajo, ¡no! Que sea feliz con su trabajo. Sí, creo que eso es más importante.

—Que sea hombre, por lo que veo.

El comentario me sorprendió no tanto por el contenido en sí, sino por cómo lo había rumiado mientras yo hablaba. Comprendí cuál era su método. Hablaba poco por su tartamudez y cuando lo hacía amasaba la frase en su cabeza hasta que estaba segura de poder decirla sin tropezarse.

—Sí, es un requisito imprescindible.

Di un bocado a la tarta para pasar el mal trago de ver el gesto triste de Ioana. Se le había borrado la sonrisa de la cara.

—¿Y por qué la aplicación te citó con una chica? —dijo Ioana del tirón.

—Pues no sé. El alta y la configuración me la hizo un amigo, así que igual pondría como preferencia hombres y mujeres para hacer la gracia.

Con esa trola di carpetazo a esa incómoda conversación.

—¿Me enseñas el folleto?

Me pasó el papel y observé la foto. Era pequeña, pero podían apreciarse a dos niños jugando en la orilla de un río. En el segundo plano, un cadáver flotaba aguas abajo.

—Cuando el río suena —leí.

Ioana soltó una leve carcajada.

—¿De qué te ríes? ¿Has visto la foto? Es bastante dramática, mira.

—Es que el refrán te va muy bien a ti.

—¿A mí por qué?

—Por lo de Destiny citándote con una mujer.

Dejé el folleto en la mesa y comí el último trozo de tarta de chocolate que había en mi plato.

—¿Qué quieres decir?

—No sé, el algoritmo de una app te ha citado con una chica. Igual deberías darle una vuelta.

—¡Que le den ellos la vuelta! No me interesan las mujeres. Nunca lo han hecho.

Ioana apretó los labios y puso las manos en señal de paz.

—Vale, perdón, lo siento. Ya eres mayorcita para saber lo que te gusta y lo que no.

Ella intentaba retomar el rumbo de la conversación, pero para mí ya era tarde. Si iba a estar cada dos por tres tirándome indirectas sobre lesbianismo, pasaba de que fuera mi amiga.

Salimos de la cafetería. El suelo de la calle Alfonso estaba mojado y brillante. Me despedí de ella sin darle opción a otra cosa que a una fugaz despedida con la mano. Enfilé dirección al Coso para coger el próximo

tranvía, pisando con rabia los charcos donde se reflejaba el arco iris.

4

Las semanas siguientes fueron como un pozo negro. Apenas recuerdo nada que no sea estar yo en el tranvía, yendo o viniendo de trabajar. Estaba que no estaba.

—¿Nos hemos quedado sin guantes? —me preguntó el jefe—. ¿Cómo pretendes que trabajemos si no tenemos guantes? De verdad, Lorena, que no sé qué te pasa últimamente que no das pie con bola.

Se me acercó. Yo estaba sentada en el puesto de recepción y él se inclinó sobre mí e invadió todo mi ángulo de visión con su enorme figura.

—He leído que las embarazadas a veces se desorientan. ¿No estarás embarazada?

—No, no estoy embarazada.

¿Por qué todo el mundo quería que yo tuviera hijos? Vale que voy un poco tarde con respecto a las fechas que se marcan para casarte y tener hijos, pero, ¿qué pasa si yo no encajo dentro de esos tiempos que me han marcado? Siempre me he sentido fuera de lugar, ¿sabes? Como lo que te contaba antes de las ruinas romanas y Vicky. Yo tenía mi propia opinión, pero no parecía que fuera la opinión general. De hecho, nunca encajé con Vicky, tan guapa, tan consciente de su destino como mujer, tan en sincronía con los tiempos. Creo que ahora está casada y tiene un par de niños. Era difícil llevarle la contraria en clase porque opinaba como opinaban los profesores. Nunca sentí que podía dar mi opinión libremente. Siempre pensaba que diría alguna barbaridad o algo fuera de lugar, y se reirían de mí o me dejarían de lado. Alguna vez lo intenté tímidamente, pero cuando me contraargumentaban la cagaba. No era capaz de desarrollar mi tesis más allá de mi primera intuición. Me exigían pruebas y explicaciones que, en ese momento, desconocía. Luego, en la soledad de mi habitación, rumiando la conversación antes de irme a dormir, me salían todo tipo de argumentos para defender mi opinión. Aunque claro, ya era a destiempo. Siempre a destiempo. ¿No te pasa nunca?

En fin.

Un día me llamó Gabi. Tenía que preparar la mudanza para volver al pueblo. No quería que Lorien viera el piso vacío, así que lo preparó todo cuando él no estaba en casa. Al llegar a su calle había un camión de mudanzas aparcado frente a su portal. Un par de hombres bajaban un colchón.

Subí a casa de Gabi y la vi metiendo cosas en una caja con expresión triste.

—Que te vas a Ráfales, no al fin del mundo —intenté consolarnos.

—Vendrás a verme, ¿verdad?

—Por supuesto.

La ayudé a guardar cosas en cajas y me quedé encargada de entregarle la llave al casero. Así podría ir otro día con el coche a por un par de muebles que

quería quedarme para mi piso.

Nos quedamos en silencio ante el salón vacío. En la puerta estaban ya las maletas con lo justo para pasar el verano en el pueblo. Esa era la idea que había que darle a entender a Lorien.

—Todo va a ir bien —le dije—. Recuerda lo que te dijo la tarotista.

Gabi me miró con incredulidad.

—Lorena, por favor, con lo lista que eres no me puedo creer que te creas todas esas milongas. Además, ¿han acertado contigo?

—No —dije en un murmullo.

Había dos bolsas de basura y me ofrecí a tirarlas mientras Gabi echaba un último vistazo para asegurarse de que no se dejaba nada.

Bajé a la calle. El día estaba húmedo, con algo de neblina, y un biruji me erizó la piel. Volví la esquina y crucé la calle para tirar las bolsas de basura con cosas que Gabi había desechado. Un gato saltó del contenedor y pegué un chillido. Tiré la bolsa dentro y, con el susto en el cuerpo, me volví. Escuché unos pasos lejanos a mi espalda. Iban por la acera de enfrente. Caminé más deprisa y entré en la calle de Gabi. Los pasos me siguieron y a esos pasos, su eco. Tenía que cruzar la calle para entrar en el portal. Miré hacia atrás y el corazón se me salió del pecho. ¿Qué probabilidades había de que la persona que me seguía fuera Ioana? Me agaché detrás de un coche y escuché cómo sus pasos, el eco y el frufrú de unas bolsas de plástico pasaban de largo.

—¡Lorena! ¿Qué haces ahí? —gritó Gabi desde su balcón—. ¡Lorena!

Agachada, como si estuviera meando entre dos coches en una noche de marcha, me llevaba el dedo a los labios y le pedía silencio.

—¡Qué shh, ni qué nada! ¡Que subas a ayudarme con las maletas!

Salí de mi escondite. Gabi no sólo me había llamado a mí la atención, sino que también había captado el interés de mi perseguidora, que se había detenido en mitad de la calle.

—¿Lorena? —preguntó Ioana—. ¿Qué haces aquí?

De sus largos brazos colgaban dos bolsas del supermercado. Sus ojos eran mitad sorpresa, mitad felicidad.

—Yo…

—¿Quién es esa? —preguntó Gabi desde lo alto.

—¿Te quieres meter dentro? Ahora subo.

Crucé la calle y alcancé la acera de enfrente.

—¡Qué casualidad! Tú por aquí.

Me hubiera encantado decirle que no creo en las casualidades. O no creía. Pero eso significaría que tendría que admitir que nuestro encuentro estaba destinado a darse tarde o temprano por una razón superior a nosotras, y no estaba por la labor.

—¿Vives por aquí? —le pregunté.

—Sí, la segunda calle a la derecha.

Estábamos frente a frente y no pude evitar sentirme estúpida al recordar mi rabieta de niña pequeña la última vez que nos vimos.

—Siento lo del otro día —dije—. No sé por qué me puse así. Fui una gilipollas.

—Sí —dijo Ioana.

Protesté por su respuesta tan directa y ella se encogió de hombros. Llevaba manga corta y también tenía la piel de gallina.

—¿No tienes frío?

—Un poco. En principio iba a ser un viaje corto a la tienda.

—No te entretengo más. Yo me subo —dije.

Dio un paso hacia adelante para interponerse en mi camino. Entiendo que al tener las manos ocupadas con las bolsas no podía hacerlo de otro modo, pero esa invasión me intimidó un poco.

—¡Espera un momento! —Se me quedó mirando unos segundos antes de hablar—. ¿Has ido a la exposición del palacio de Sástago?

—No he salido mucho de casa últimamente.

—¿Querrías ir conmigo?

—Yo no…

Quise disculparme, ponerle una excusa, poner tierra de por medio, y no seguir con esta amistad, pero ella me convenció con una frase que me creí.

—Solo como amigas.

5

Quedamos en la puerta del palacio. Ella vino por el Coso Alto y yo por el Bajo, y llegamos casi a la par. Nos dimos dos besos y me inundó el olor a suavizante de su ropa.

—No sé si nos hará falta alguna droga para entender a este artista —bromeé cuando entramos.

Ella rio.

Una vez dentro, comprobamos que no nos hubiera venido mal algún estupefaciente. La profusión de colores, el miedo al vacío del pintor, las capas sobre capas de óleos que no dejaban transpirar la tela nos agobiaron de tal manera que apenas nos acercábamos a los cuadros. Saltábamos de uno a otro con una mirada rápida, pero ninguna de las dos se atrevía a tomar la iniciativa y sugerir una huida del lugar.

Finalmente, Ioana se detuvo en mitad de la sala. Cruzó los brazos en el pecho y esperó paciente a que yo me fijara en ella. La miré, ella inclinó la cabeza hacia la puerta y la seguí.

Paseamos sin decir mucho por la calle Alfonso y nos sentamos en una de las pequeñas mesas de mármol del interior del Gran Café.

—Me siento mal cuando no entiendo un cuadro —dijo Ioana al cabo de un rato.

Por el módico precio de dos cortados podíamos creernos burguesas del siglo XIX sin otro quehacer que ver a la gente pasar o admirar el techo artesonado y las columnas de hierro fundido.

—Me hace sentir estúpida —continuó.

—¿Por qué?

Ioana daba vueltas a su café, como si le diera pena bebérselo.

—Imagino que todo artista tiene un men… men…

—Un mensaje, sí.

—Y si no lo cap…

—Sí, si no lo captas es como si fueras estúpida. O más estúpida que él. Yo me siento igual.

Ioana se removió en el asiento.

—Mi logope…

—Tu logopeda —dije.

Se inclinó sobre la mesa y me tapó la boca con sus largos dedos.

—Mi logopeda dice que no deje que me terminen las frases.

Al decir la frase del tirón comprendí que la había dicho muchas veces antes.

—Vale. Perdón.

Durante el largo silencio que se hizo nos acabamos el café. No tardarían en venir a preguntarnos si querríamos algo más, la manera sutil de los camareros de echarte de un local.

—El arte es arte, no tienes por qué entenderlo, ¿no? —dije.

Ioana negó con la cabeza.

—El arte sin un mensaje es una manualidad.

Alcé una ceja para mostrar mi sorpresa por la expresión.

—¿Has estudiado Arte? —le pregunté.

Un camarero pasó a nuestro lado y ella fingió beber de su taza.

—Ingeniería informática.

—¿Y trabajas de eso?

Asintió.

—¿Tú?

—Yo hice un FP de Higiene Bucodental y trabajo en una clínica dental en la calle Sagasta.

—No pareces contenta.

Me encogí de hombros.

—Me da para viajar, salir de tapas o tomarme un café aquí —dije—. ¿Tú trabajas? ¿Estás contenta?

Ella asintió.

—Estoy trabajando. Gracias a eso pude quedarme en España.

—¿Perdón? ¿Es que no eres de aquí?

—Yo s-soy de Ru…

—¿Van a querer algo más? —nos asaltó el camarero.

Ioana no pudo ocultar su cara de fastidio. Pedimos la cuenta y salimos a la calle, dirección El Pilar.

—Decías que eras de Ru...

—De Rumanía. Vine con unos 10 años.

Hablaba despacio. A veces se atascaba, otras hablaba de manera más fluida. Ioana me contó que llegó con sus padres hace tiempo, pero ellos siempre tenían la idea de volver en cuanto tuvieran dinero. Su padre se dedicó a la construcción y su madre a la limpieza. Así pudieron pagarle la carrera a Ioana y ahorrar dinero para volver. Ahora ella estaba sola en Zaragoza.

—Jope, qué mal, ¿no?

—Soy una tía independiente. Hacemos videollamadas a menudo y estas Navidades iré a p-pasar unos días allí. ¿Has estado alguna vez en Rumanía?

—La verdad es que no es el típico destino vacacional que tengo en mente.

—Te gustará —dijo.

No dijo "te gustaría" o "quizá te gustase". Ni siquiera dijo "busca fotos en Google y verás como te gusta". No, afirmó que me gustará, como si diera por hecho que yo la iba a acompañar en algún momento. Eso me fastidió. Menos mal que en ese momento llegamos a la plaza del Pilar. El sol se colaba entre las nubes y la iluminaba tenuemente. Pude respirar y encauzar mi enfado. Me había sabido mal lo que había dicho, pero no quería parecer infantil por picarme a la mínima.

Nos sentamos en las escaleras y estuvimos un rato en silencio. La plaza vivía un día normal: turistas haciendo fotos, niños espantando a las palomas, y gente de aquí para allá, sin rumbo ni prisa.

—Tus padres saben que eres…

—¿Que soy qué?

—Que eres… eso…

—A ver, que la t-tartamuda aquí soy yo.

—Joder, que eres lesbiana.

Un niño soltó su pelota, una pareja detuvo su andar y hasta las palomas se quedaron suspendidas en el aire. O, al menos, eso me pareció.

—Sí, claro —dijo Ioana y, de nuevo, todo fluyó—. Aunque quizá no se lo conté de la mejor manera.

—¿Cómo fue?

Ioana se recolocó en el escalón y comenzó a relatarme con su estilo oral tan particular.

—Pues les acompañé al aeropuerto. En un principio, mi padre quería ir en coche hasta Rumanía, porque tenían mucho que llevarse. ¡Casi media vida! Pero mi madre no le dejó. Hicieron un arreglo con un compatriota para que llevase el coche hasta allí, donde lo recogerían mis tíos. Entonces, los tres fuimos al aeropuerto. Me despedí de ellos con mucha pena. Y en la cola de embarque, cuando le estaban escaneando los billetes, les dije: "¡Por cierto, si alguna vez llevo una pareja a Rumanía, será una chica, no un chico!". La cara de mi padre se quedó blanca. Mi madre no sé si no me escuchó bien o quiso echarme un cable. Le cogió del brazo y tiró de él para dentro.

—Joder, tía, ¿cómo les haces eso?

—No era mi intención. Siempre quise contárselo, pero nunca encontraba el momento. Pensé: Ahora o nunca.

—Imagino que tiene que ser duro estar sola.

—Bueno, me apaño bien. No es que la soledad me agobie, pero sí echo en falta a mi familia.

—¿Y qué te dijeron cuando hablaste con ellos a su vuelta a Rumanía?

—Supongo que durante el vuelo vivirían todo tipo de emociones, así que, cuando por fin nos conectamos, estaban bastante normales. Esto fue hace tiempo. Incluso les presenté por videollamada mi ex en su día.

Creo que lo pasaba yo peor con esa conversación que ella. Ioana no sólo era una lesbiana fuera del armario sino que además tenía una ex.

—¿Tú sí buscabas una chica en Destiny? —me atreví a preguntar.

Ioana asintió.

—Bueno, al menos contigo acertó —dije.

—¿Crees en eso? ¿En lo de las medias naranjas?

—Claro. Mis amigos insistieron en que me instalara la app, pero conmigo no ha acertado nada.

—Bueno, es un algoritmo, tiene su margen de error.

—Yo soy su margen de error.

—Eso es. Su margen de error —repitió.

Llamadme loca, pero en ese momento, con Ioana mirándome de reojo mientras se peinaba los pelitos oscuros del brazo y movía los dedos gordos de los pies nerviosamente, me vino el olor a césped recién cortado y a cloro. ¡En mitad de la plaza del Pilar! Apenas había comenzado la primavera y yo ya olía el verano. ¿Es eso amor o sólo una enajenación?

6

El verano siempre ha sido mi estación favorita.

Cuando eres pequeña parece que todas las cosas pasan en verano.

En verano, por ejemplo, conocí a Esther. ¿Te acuerdas de ella? Era la del tanatorio. Sí, la lesbiana, aunque cuando la conocí no sabía que era lesbiana. Ella, digo.

La sombra es fresca en mi pueblo, siempre que huyas de las calles nuevas y te cobijes por las callejuelas estrechas. Jorge ya lo conoce. Tenemos el río a un tiro de piedra y una piscina municipal que se ha quedado pequeña, pero que nos hace el apaño. Cuando éramos críos, éramos los dueños del agua. Las señoras nos regañaban si saltábamos a la piscina muy cerca de ellas y les mojábamos el pelo. A veces, lo hacíamos adrede.

Mi madre era de las fijas en el césped. Cogía sombra, extendía la hamaca y desplegaba el arsenal para pasar la tarde: merienda, protector solar, botella de agua, algo de dinero y un monedero con céntimos de peseta para jugar a las cartas con sus amigas. Era la época en la que la peseta iba a desaparecer por el euro y casi se alegraban más por arruinarse y perder todo su dinero que por ganar y acaparar chatarra que tendrían que ir a cambiar al banco. Con un ojo vigilaba a sus hijas y con el otro jugaba al rabino francés con sus amigas.

Hacía ya varios años que yo ya no me ponía con ella en la piscina y me iba con mi cuadrilla. Lo que sí hacía era ir a su sitio corriendo, porque a esa edad no conocía otra manera de andar por la vida, y le pedía dinero para comprarme un polo de limón.

—Primero la merienda —me decía, y sacaba de su capaceta de mimbre un bocadillo de chorizo envuelto en papel de plata. Yo me sentaba ahí mismo y me lo comía en cuatro bocados, algo que exasperaba a mi madre—. Respira un poco, hija mía, que pareces una muerta de hambre.

Allí, con el aliento a chorizo Pamplona inundándome la boca, jugaba con mi hermano, que era un bebé lleno de lorzas deseoso de recibir tantas atenciones. Él se ponía a cuatro patas y yo metía la cabeza por debajo. Su risa llegaba a todos los rincones de la piscina.

—¿Y tu hermana? —me preguntaba mi madre con el euro de mi propina suspendido sobre mi mano. Era la prueba final.

—En el agua —respondía yo esforzándome para que mis ojos no me traicionaran y mirasen a la caseta del socorrista.

Un día, había una chica de mi misma edad con las mujeres que acompañaban a mi madre en sus tardes de piscineo. Una de ellas me pidió que me la llevase con mis amigos. Acepté sin ninguna intención de disimular que aquello era un fastidio para mí y, para mi sorpresa, mi madre no me llamó la atención. Le hice una especie de casting de camino al bar. Tenía que estar segura de que no era una pringada porque si le llevaba a mis amigas a una pija de la capital me la tendría que comer yo sola.

La chica en cuestión era Esther. Sus padres la habían llevado al pueblo con sus abuelos porque a su hermano lo habían ingresado y no podían atenderla.

Yo iba descalza y ella llevaba unas chanclas azules que me gustaron mucho.

—Peleé mucho con mi madre porque me comprara este modelo, ya que había otras rosas que a ella le gustaban más.

—Rosa. Puag —dije, y nos reímos.

Decía palabras que no había escuchado nunca y no tenía acento. O al menos, no tanto como el nuestro. Me pareció maja y pensé que, si a mis amigas no les gustaba, no iba a ser tan malo quedarme a solas con ella.

El bar tenía dos tipos de público, cada uno con su puerta de entrada: los abuelos entraban por la plaza, y los críos por la piscina. Había una máquina recreativa, una tragaperras al lado, un mostrador con chuches y otro con cosas de mayores como encurtidos y tapas con el pan blandurrio.

—Como ves, hay un crisol de chucherías para elegir —dije para impresionarla.

Ella se aguantó la risa educadamente y estiró su cuello. Me sacaba una cabeza, algo que tampoco era muy difícil porque mi crecimiento se había estancado aquel año. Me gasté la propina en chuches y cuando fue el turno de Esther preguntó si tenían pepinillos. Le dio un euro al del bar y este volvió

con una bolsa llena de pepinillos, olivas y cebolletas. Me dio a probar una y pegué un brinco.

—Está súper ácido —dije con el rostro torcido.

Ella se rio un montón y yo alargué mi reacción de manera teatral para seguir escuchando su risa.

Al salir del bar, Esther se fijó en la máquina recreativa. Me preguntó si jugaba al Super Pang y le dije que no, que me gastaba todo el dinero en cosas para comer.

Había un cartel escrito a mano con un mensaje: "No jugar descalzos" y Esther me preguntó por qué. Hinché el pecho porque esa respuesta me la sabía.

—Porque da garrampa —dije.

—¿El qué?

—Que da garrampa, un chispazo. Mira —Toqué con la mano el mando, pero no pasó nada. Había una rejilla abajo y la toqué con el dedo gordo del pie sin que nada ocurriera en mi cuerpo—. Bueno, no sé, pero dicen que es por eso —proferí con decepción—. En este pueblo dicen muchas cosas para asustar a los niños que al final resultan ser mentira.

Salimos del bar. Esther tenía la piel dorada y el pelo con unas mechas muy rubias, casi blancas. Me dijo que había ido a la playa antes de lo de su hermano.

—Ah, a Salou —afirmé.

—No, hemos ido a la Costa Brava. ¿La conoces? Está en Gerona.

Negué con la cabeza.

—Cuando vamos a la playa vamos a Salou o a La Pineda. Un año fuimos a Peñíscola y moló un montón porque iba con mi hermana al castillo. Ella era la princesa y yo el príncipe que iba a rescatarla.

Se acercaba el momento crítico de presentársela a mis amigas y yo mordía nerviosamente la tira de regaliz rojo. Mis amigas estaban sentadas en círculo. Se habían unido algunos chicos también y comencé a ponerme nerviosa. Ya no tenía miedo de que Esther no gustara a mis amigas, sino de que gustara demasiado a los chicos. Los chicos de mi pueblo eran bastante idiotas y, ahora que Esther me caía bien, no quería pasar vergüenza por culpa de ellos.

—Hola, esta es Esther, de la familia de los Herreros. Viene de Zaragoza así que no seáis muy cazurros con ella —dije dirigiéndome a los chicos.

Pero bastaba que les dijeras que no hicieran tal cosa para que la hicieran porque así sois los tíos.

—¿Y las tetas te las has dejado en Zaragoza también? —dijo uno.

Hubo un silencio. Quise saltar y defender a Esther, pero ella se adelantó.

—Si no tienes pelos en los sobacos, no hables de mis tetas, cretino —respondió.

Vale. La chica se sabía defender. Mis amigas se miraron unas a otras y luego me interrogaron con la mirada. Yo, que no podía aguantar la risa, me

encogí de hombros. Los amigos se rieron de la respuesta hasta que el protagonista se levantó furioso y se fue al agua a sofocar la quemazón.

—¿Nos sentamos? —me preguntó Esther. Mis amigas nos hicieron hueco —. No sé por qué los chicos se creen con el derecho a juzgar nuestro cuerpo.

A ellas, Esther les impresionó tanto como a mí. Su rico vocabulario, su voz modulada y sus historias de la ciudad acabaron por conquistarlas. Nos contaba que quedaba con sus amigas en los cañones de El Corte Inglés para ir a tomar algo al paseo Independencia y nosotras nos imaginábamos a un grupo de mujercitas con zapatitos de tacón y bolsos paseando con estilo por la ciudad y sabiéndose el callejero de memoria.

Las ideas revolucionarias de Esther, hoy las denominaríamos feministas, corrieron como la pólvora en mi pandilla. Dejaron de comprar la SuperPop, dejaron de hacerse las presas fáciles en los juegos de piscina de los chicos y, más importante todavía, formaron parte activa de sus propios juegos dentro de la piscina. Mi favorito era el de tirarnos al agua representando la figura que nos había dicho una amiga. Si te decía de Superman, tú debías tirarte como si fueras el superhéroe. Pronto se dieron cuenta de que el bikini era incompatible con esos juegos y se pasaron al bañador de una pieza. Los chicos nos molestaban y nos hacían la burla.

—No pueden soportar que pasemos de ellos —sentenciaba Esther.

Las chicas nos sentimos poderosas. Si antes iban con la toalla atada a la cintura para no mostrarse demasiado, ahora iban al bar únicamente con el bañador y las chanclas. Y el dinero que se ahorraban de las revistas para chicas lo metían en la máquina recreativa. La máquina, que era casi un objeto de adorno hasta entonces, despertó el interés de los chicos de mi quinta, que comenzaron a coparla.

—Podríamos hacer turnos para jugar —dijo Vicky.

—Vale. Nosotros jugamos ahora y vosotras nunca —le respondió un crío.

Vicky me miró y sonrió con malicia. Ser amiga suya desde pequeñas nos daba esa capacidad de comprender lo que estaba pensando la otra. Dejé caer un poco de naranjada al suelo y la pendiente hizo el resto. El líquido se escurrió hasta mojar los pies de los chicos y la electricidad hizo el resto.

—¡Me cago en la hostia! —bramaron tras recibir el garrampazo.

Los abuelos que jugaban a las cartas les llamaron la atención.

—Manuel, es que están jugando descalzos —le dije al dueño del bar.

El hombre se acercó a la máquina y les pidió a los chavales que, si querían jugar, se fueran a calzar. Los chicos se fueron escaldados y ya no volvieron.

Vicky y yo nos volvimos a mirar, esta vez con preocupación. Sabíamos que ellos ya estarían rumiando su venganza.

7

Una tarde, al salir de trabajar, Ioana estaba esperándome en la puerta de

la clínica. No sé qué debió pensarse mi jefe cuando vi el mensaje que me había llegado. Quizá puse alguna cara extraña. El caso es que me preguntó si Jorge venía a buscarme. Sin dejarme responder, me acompañó abajo.

Dios, está obsesionado contigo, tío. Deberías invitarle a salir o algo. Estudió en Marianistas. Seguro que tiene contactos que os puedan ayudar.

Aquel había sido un día de mierda, de esos que te da la sensación de que no llegas a nada, de que todo te supera y sólo quieres llegar a casa y hacerte una bolita. Así que el mensaje de Ioana me dejó sentimientos encontrados.

—Esta no es Jorge —dijo mi jefe al verla.

—No, no lo es. Es una amiga.

—Ah, vale. Bueno, hasta mañana.

—¿Quién es Jorge? —preguntó Ioana.

—Es mi ex.

Al final, me vino bien que el jefe bajara conmigo porque me ayudó a remarcar las distancias con Ioana.

—¿Qué haces aquí?

—Pasaba por aquí —dijo señalando su bici—, y pensé que quizá podría acompañarte a casa.

—¿Y cómo has sabido que trabajaba aquí?

—¿Sabes que hay siete clínicas dentales en este paseo? He b-buscado una a una en LinkedIn y redes sociales hasta reducir la búsqueda a dos y… Me la he jugado.

—Vale. Me das miedo.

—T-todo está en Internet. O casi todo.

—A pesar de que estás más cerca de una acosadora que de una amiga, voy a dejar que me acompañes porque va a ser un paseo muy corto. Vivo en Valdespartera y cojo el tranvía aquí —respondí señalando dirección Gran Vía —. Aunque ahora me arrepiento de haberte dicho dónde vivo.

Paseamos cinco minutos, ella con su bici a un costado. Con una mano era capaz de mantenerla rodando en línea recta mientras con la otra subrayaba sus palabras.

Hacía muy buena tarde y pasamos de largo la parada de Gran Vía para caminar hasta la siguiente. Hablábamos amistosamente de esto y aquello.

—Así que te va el rollo del destino y todo eso —dijo.

Estábamos llegando a Fernando el Católico y me pregunté si este nuevo tema no era una treta para quedarme con ella y seguir hablando. Me dejé engañar y volvimos a pasar de largo la parada del tranvía.

—La verdad es que sí. Es que, piénsalo, el universo es vastísimo y no todo es abarcable dentro del sistema binario principio y fin, blanco o negro, bueno o malo, verdad o mentira.

—Entonces, ¿crees que nuestro destino ya está escrito? ¿Que no podemos hacer nada para cambiarlo?

—Sí. Si algo pasa es porque tenía que pasar.

—Y las casualidades no existen.

—No, todo ocurre por algo, aunque no seamos capaces de verlo.

—¿Y por qué crees que nos hemos conocido nosotras?

Ioana debió pensar que me había pillado, pero ya tenía respuesta para eso.

—Mi amiga, la de la mudanza, se vuelve al pueblo. Quizá para siempre. Jorge, mi otro amigo…

—Tu ex.

—Sí, mi amigo y además mi ex va a su bola últimamente. Creo que trama algo, pero no me lo va a decir hasta que no lo tenga bien cerrado. Así que el error de Destiny me ha proporcionado lo que realmente necesito ahora: una amiga.

Alcé la vista y vi la estatua de Fernando el Católico en la plaza San Francisco. El ambiente universitario nos había rodeado. Jóvenes con carpetas apretadas al pecho, corrillos de estudiantes decidiendo si ir a la biblioteca o al Nevada, profesores sentados en las terrazas ahogando la jornada en una Ambar.

—Interesante —dijo Ioana. Tenía la cara estampada por las sombras de las hojas de los árboles—. Yo tengo otra teoría.

—Mira, si tu teoría es que un algoritmo me conoce mejor que yo, te equivocas.

—No, no iba por ahí. Aunque ese es un debate que, como programadora, me interesa mucho.

—¿Y cuál es tu teoría?

Ioana se detuvo bajo la estatua de Carlos V.

—¿Seguimos andando o coges el tranvía ya? El siguiente trecho es más largo —preguntó arrastrando algunas consonantes.

—Cuéntame esa teoría mientras llega el tranvía.

Y como si Ioana lo tuviera medido, se escuchó la campana del tren.

—Venga, rápido —le apremié.

—Quedamos otro día y te la cuento.

—Mamona —dije mientras me dejaba arrastrar por la gente hasta el interior del vagón.

Nada más llegar a casa, la llamé por teléfono. Tardé un tiempo en decidirme, pero yo no podía quedarme con la duda así, ¡no dormiría! Atendió al teléfono. Me contó que se acababa de duchar y que su compañero de piso estaba haciendo la cena para los dos. Empezamos a hablar de cómo era su vida. Convivía con un chico que era, además, compañero de trabajo. Se llevaban bien, pero tenían los típicos roces de la convivencia. Confesó que ella era algo desordenada en casa. También me contó que echaba mucho de menos a sus padres aunque hablara con ellos casi todas las semanas.

—Muchas veces pongo la tablet en una mesa y hacemos una videoconferencia mientras seguimos haciendo nuestras cosas en casa, como si no viviéramos a más de tres mil kilómetros de distancia.

Al final me colgó porque tenía que cenar. Total, que no me había contado su teoría y le escribí para que me llamara en cuanto acabase. 47 minutos

después, me entró una videollamada. Era ella. Estaba sentada en una silla de esas tipo gamer, delante de un ordenador. Vestía un pijama estampado con setas de Super Mario Bros y se había recogido el pelo en una coleta.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Espero que no te importe. Hago algún t-trabajillo de diseño web o aplicaciones sencillas para ganarme un dinerico extra.

—Me encanta cuando te sale el acento maño.

—Claro, es que soy rumaña —dijo.

Me reí.

—No, no me importa que trabajes siempre y cuando me cuentes tu teoría de porqué Destiny me citó contigo—. En ese momento le noté algo raro en el pelo—. ¡Un momento! ¿Qué llevas en la coleta?

—Me he puesto un poco de tinte en las puntas.

—¿De qué color?

—Rosa. Creo.

—¿No sabes lo que te pones en el pelo?

—Me gusta jugar con él.

—¿Hasta quedarte calva?

—Sí, no pararé hasta que mi cabeza sea la bola de billar blanca.

—¿Ves? No puedes ser mi media naranja porque mi pelo es sagrado. Voy a la misma peluquera desde que tenía 18 años. Por cierto, tengo que pedir cita porque ya se me abren las puntas.

—Eres todo un mundo de diversión, Lorena. De todas maneras, ¿no es eso ser una media naranja? ¿El complementarse?

Yo también tenía que seguir haciendo mis cosas, pero no quería colgar así que me llevé el móvil al baño y comencé mi rutina de belleza para ir a la cama. Que te cuente Jorge cómo es. Tardo mil horas. Muchas veces, me lo encontraba dormido en la cama cuando acababa.

—Yo lo entiendo como una perfecta compenetración —le respondí con la cara llena de jabón—, que sepas lo que está pensando la otra persona sin decirlo.

—Pero eso no se consigue de manera aleatoria, sino con años de relación. Y no tiene por qué ser tu pareja, también puede ser una amiga.

—Puede ser.

Cuando acabé de ponerme todas las cremas, me fui con el móvil a la cama y lo dejé apoyado en la mesilla. En la pantalla, Ioana seguía concentrada en su proyecto. Casi podía ver el código web reflejado en sus ojos.

—¿Te queda mucho?

—No, en un par de horas lo tengo hecho.

—¿Y no te vas a la cama hasta que lo acabes?

—Será la 1 o por ahí, no muy tarde.

—Yo a esa hora estoy en el quinto sueño, lo que me recuerda que me tienes que contar tu teoría. No sea que me duerma y no la escuche.

Me pidió un momentico de silencio porque había algo que no le estaba

saliendo bien y necesitaba localizar el origen del problema. No sé cuánto sería fue aquel momentico, pero cuando me desperté ya era de día. Miré el móvil y tenía un mensaje de Ioana: "Quedamos hoy y te lo cuento".

8

Era muy fácil hablar con Ioana. Y a ella también le costaba cada vez menos hablar sin tartamudear cuando estaba conmigo.

Conforme avanzaba la primavera, nos sobraba la ropa y no tardé en ver al desnudo sus largos brazos velludos, la nuca bajo la coleta y sus clavículas huesudas, capaces de almacenar el agua de las lluvias torrenciales que siempre nos sorprenden en mayo: nos fiamos, salimos de casa en mangas de camisa y volvemos chipiadas, con la ropa pegada a la piel y cara de bobas.

Ioana se rascaban la piel del cuello con sus uñas, muy cortas y maltrechas por sus dentelladas, y yo podía escuchar el sonidito afelpado del roce. Miraba la carta de Doña Hipólita con indecisión: se mordía el interior de los carrillos y se le arrugaban los labios.

—¿Tú sabes ya lo que vas a pedir?

Levantó la vista. La luz del sol que entraba por el ventanal rebotada por las nubes le contrajo las pupilas. Tenía motitas amarillas en el iris.

—Sí, esta —dije señalando la carta al azar—. El bagle de brotes verdes —leí con alivio.

—Ajá —dijo aprobando mi decisión—. Voy a pedir la tostada de aguacate. ¿Querrás compartir?

Asentí.

Miré a la plaza. Hacía pocos días estaba tomando el vermú en la terraza de enfrente con Jorge y Gabi, diciéndoles lo difícil que me estaba resultando encontrar la persona ideal para mí, y ahora estaba frente a Ioana, que era, a todas luces, la persona ideal para mí. Era atenta y cariñosa, conformada, pero con las ideas claras, y sobre todo, paciente, una virtud que conmigo le haría mucha falta.

—¿Qué miras? —me interpeló Ioana con una sonrisa traviesa.

Debí quedarme abstraída en la angostura de su cuello, en la suavidad de su piel, en el nervio de sus brazos y sus dedos. Era toda una mujer, y eso lo desbarataba todo, claro.

—Nada... Ahora que te tengo aquí toda para mí —dije, y me puse roja al instante—, sin proyectos que hacer ni tranvías que coger, quiero decir. Ahora me tienes que contar tu teoría de por qué Destiny cree que eres mi media naranja.

—Te lo iba a explicar la otra noche, ¡te lo juro! Pero te quedaste sopa.

—Es que me dijiste que ibas a tardar cinco minutos en acabar no sé qué y tardaste un huevo.

—Tardé cinco minutos, pero tú te quedaste dormida en tres.

—¿Ah, sí?

—Sí, así que te tapé con la mantica, te di un besito en la frente y me fui a dormir yo también.

Llegó nuestro pedido y la mesa se llenó de verde.

—Creo que esto es una de las cosas más complicadas, lo de encontrar una persona que también sea vegetariana —dijo Ioana—. Y es una fuente de conflictos en la pareja, te lo digo yo.

Sabía qué pretendía Ioana. Quería desviar la atención, que le preguntara por su ex y que se fuera otra vez sin contarme su teoría, así que la frené.

—Ioana, que me expliques —le dije.

Ella rio.

—Está bien. ¿Quieres un bocado?

—Sí, pero empieza a hablar.

Y Ioana, obediente, empezó a hablar.

—Yo no creo en el destino. Yo creo en los universos paralelos. Hay teorías científicas sobre ello, menos risas. Si tienes una vida interesante, no una vida en la que vas a cortarte las puntas a la misma peluquería desde los 18 años...

—Yo te mato.

— Si tienes una vida interesante, decía, tienes por lo menos un par de momentos de tu vida en los que te encuentras en una encrucijada. Piénsalo. P-piensa en tu yo de niña, en tu yo adolescente, y busca esos puntos —dijo y me dio un momento para pensar. Como no le dije nada, siguió—. En esos puntos tu historia cambia por completo tomes la decisión que tomes. Si tomas un camino, tu vida va por un lado, y si eliges el otro, se desarrolla de otra manera. Has creado un universo alternativo.

—Para que luego diga mi madre que no he hecho nada con mi vida.

—Y siempre volverás a ese punto y te preguntarás: ¿Qué hubiera pasado si…? Por ejemplo, ¿qué hubiera pasado si hubiera hecho caso a Destiny y ahora Ioana fuese mi novia y no mi amiga, la loca? Cuando me rechazaste cambiaste el rumbo de tu destino y te desviaste de ese universo paralelo en el que yo sí soy tu pareja ideal.

El cristal a mi espalda comenzó a repiquetear y a llenarse de pequeñas gotas.

—O sea, que ahora estamos en una realidad alternativa.

—Sí, bueno, no. Esta es tu realidad, pero en otra realidad tú y yo somos novias.

—Gabi va a flipar contigo.

—¿Ya me vas a presentar a tus amigos? ¡Guau! Esta realidad va muy rápido.

Un par de señoras entraron apuradas y entre risas a la cafetería comentando que se habían librado por los pelos de mojarse el cardado recién hecho. La lluvia había tamizado la luz y ya no se veían las motitas amarillas en los ojos de Ioana, pero sí sus mejillas encendidas.

—Ahora sí —le dije—. ¿Me hablas tú de tu ex?

Se sobresaltó y una hoja de lechuga morada se le cruzó en el garganta. Tosió hasta reconducirla y bebió un poco de agua.

—Perdón —se disculpó—. ¿De cuál de ellas? ¿De la loca o de la más loca todavía?

—Así que el mito es realidad: Todas tenéis una ex loca, pero nunca sois vosotras.

Ioana rio.

—Exacto. No, en serio. Sólo tengo un par.

—¿Sigues en contacto con ellas?

—Con una sí. Con la otra no, y mejor.

—¿Esa es tu ex loca?

—No, más bien mi ex maléfica —Ante mi mirada de sorpresa, siguió explicándome—. Me lo hizo pasar muy mal por mi tartamudez, se avergonzaba de mí, no me presentaba a sus amigos.

—Conmigo apenas tartamudeas ya, ¿no te pasa cuando coges confianza con alguien?

—Sí, pero ella nunca me dejó llegar a ese punto. Siempre me estaba corrigiendo, o me acababa las frases o me apremiaba. Y, claro, cuanto más lo hacía, peor hablaba yo. Justo por aquella época comencé a ir al logopeda y le pedía que siguiera los consejos que me daba, pero ella no hacía caso.

—Qué payasa —murmuré.

Ioana se encogió de hombros.

—Quería una novia perfecta y al final la encontró. O al menos eso se ve en su cuenta de Instagram, no hacen más que publicar fotos en plan romántico.

—Una vez leí que las parejas que más publican en redes sociales son las que más necesitan aprobación social porque no están muy seguras de sí mismas.

—Eso me encaja más. Mi ex me hundía para superar su inseguridad —Dio el último mordisco a su tostada, se limpió las manos con la servilleta y buscó en su móvil—. Mira, es la de la derecha.

Me enseñó una foto de dos chicas muy guapas y muy sonrientes con sendos gorros de punto en algún paisaje nevado del Pirineo oscense.

—Se las ve felices.

—Y ojalá lo sean, de verdad.

—¿No le guardas rencor?

Ioana negó con la cabeza.

—Al principio sí, pero luego comprobé que el odio sólo me envenenaba a mí y pasé página.

—Muy bien hecho.

—Mira lo mejor.

Tocó la foto y se desplegaron las etiquetas de varias marcas de ropa y complementos.

—¿Son influencers? —pregunté asombrada.

—¡Ya quisieran! Pero fingen serlo. Y muchos se lo creerán, claro.

Hice tap en la marca etiquetada en uno de los gorros y vi que costaba 30 euros.

—Yo te lo hago gratis, si quieres.

La lluvia se había parado y el sol se volvía a abrir paso entre las nubes y en los ojos de Ioana. Sonrió.

—Bueno, ahora ya no hace mucha falta.

—Para el invierno que viene. Te lo tejeré en amarillo, como tus ojos.

Ioana se ruborizó ligeramente.

—Bien.

Salimos de la cafetería enganchadas del brazo y paseamos por las callejuelas de paredes pintarrajeadas y esquinas mojadas, riéndonos de la wanabe de su ex.

—Era una chica a un móvil pegada —comenzó a relatar Ioana—, con un ego que desbordaría la plaza del Pilar, en su pelo se podían freír todos los bocadillos de calamares de un sábado en el Calamar Bravo y su aliento por las mañanas olía peor que cuando la papelera está a pleno rendimiento. Aunque tenía un buen culo, todo hay que decirlo.

Tanto nos reímos de ella que pareció que la invocáramos porque al doblar hacia César Augusto, cuando caminábamos en eses para esquivar columnas y terrazas, chocamos con Belén, que así se llamaba la aludida.

La chica levantó la vista del móvil, molesta por haber sido repelida de su mundo de likes y DMs, y no pudo evitar la sorpresa mayúscula del encontronazo inesperado.

—Vaya, Zaragoza es un pañuelo —dijo.

Ioana asintió sin poder aguantarle la mirada.

La ex nos examinó y se percató de nuestros brazos anudados. Levanté la barbilla y apreté a Ioana contra mi cuerpo.

—¿Es tu novia? —preguntó la ex señalándome con desdén.

—Sí —respondí—. Lorena. Encantada.

Belén enarcó las cejas con una aquiescencia bovina y volvió a dirigirse a Ioana.

—¿Todo bien?

Ioana asintió de nuevo sin articular palabra.

—Ya veo que no has cambiado nada —dijo Belén—. Bueno, me voy. Tengo mil cosas que hacer.

—Vale, ¡chao!

—A-Adiós.

Belén nos sorteó y la seguí con la mirada.

—Tampoco tiene tan buen culo.

Continuamos nuestro camino, pero Ioana seguía muda. Me había acompañado a la parada del tranvía de las murallas y a la altura de la estatua de César Augusto se liberó de mi brazo.

—¿Por qué has dicho que eras mi novia? —preguntó molesta.

—No sé. La he visto tan subida que me daba rabia que pensara que…

—¿Qué? ¿Que soy una perdedora que no ha podido encontrar novia?

El emperador romano parecía mirarme extrañado.

—¡No! Quería que supiera que la habías olvidado, que habías seguido con tu vida.

—Pues igual no lo he hecho.

Quise acercarme a ella y abrazarla de alguna manera, pero no se dejó. Se despidió de mí con un murmullo ininteligible, cruzó la calle con sus largas piernas y desapareció por una de las calles del Gancho. Iba en manga corta. Yo ya estaba en la parada del tranvía cuando comenzó a llover de nuevo y me imaginé a Ioana llegando a su casa enfadada y con la camiseta empapada.

9

La mezcla de vergüenza y miedo me impidió contarles a mis amigos que me estaba viendo con Ioana. Mantenía largos diálogos conmigo misma sobre si el hecho de no hacerlo me hacía culpable de algo.

—¿De qué? —me preguntó Agustina de Aragón una vez que pasé por el Portillo.

—De lesbianismo.

—No seas estúpida, Lorena. Puedes ser amiga de una mujer homosexual y eso no te convierte en lesbiana.

Por favor, no anotes que me pienso que las estatuas interactúan conmigo. También me pasa a veces con los carteles de publicidad, pero no viene al caso.

Con Gabi tenía fácil evitar la conversación, porque ya se había ido al pueblo. Trabajaba en el bar de su padre. Plena primavera, comarca del Matarraña. Le venía bien una mano en el bar para atender a los turistas. Quién me iba a decir que iba a echar de menos sus quejas por vivir en un mundo despiadado, en un entorno laboral hostil para la conciliación, en una ciudad pequeña. No dejaba de ser irónico que se quejara de que Zaragoza la agobiaba y que ahora viviera en un pueblo que no debe llegar a los 200 habitantes.

Jorge, por su parte, seguía ausente, pero insistía en que me quería presentar a un chico. Claro, entonces no entendía ese afán de mi ex novio en presentarme a un hombre. Lo habíamos dejado bien, pero quizá emparejarme con otro es demasiado buenrollismo para un ex. ¿Acaso no le quedaba un poquito de amor, un poquito de celos?

¿Que por qué lo dejamos Jorge y yo? ¿Te importa que le esperemos? No sé si es relevante para el caso y si él quiere que lo cuente. A ver, que tampoco es gran cosa. Simplemente, vimos que nos iba mejor de amigos que de pareja. Discutíamos menos. Es verdad que por aquella época él estaba muy estresado por su trabajo y cuando llegaba a casa se traía ese cabreo, y daba vueltas en la cama, y no descansaba, lo que aumentaba su mal genio. Quizá si él hubiera estado en otro curro no hubiéramos discutido tanto y ahora seguiríamos siendo pareja. Seguro que estaríamos casados y con algún hijo.

Quizá en un universo paralelo.

Sí, es raro que un abogado, una higienista dental y una contable sean amigos. En realidad veníamos de cuadrillas diferentes. Tres por aquí, cuatro por allá, dos colgadas por este otro lado. Luego la gente se va emparejando y casando y nos quedamos los tres gatos solteros que somos Gabi, Jorge y yo. Pero entonces los tres gatos se desperdigan también. Gabi vuelve al pueblo, Jorge se monta su propia firma de abogados y yo… Bueno, yo me quedé con Ioana. Pero como amigas, eh. Porque, como le dije a ella, era eso lo que Destiny había puesto en mi camino: Una amiga. ¡No necesitaba un amante! Ya tengo a mi Satisfyer.

Eso no lo pongas, por favor.

Hablamos poco desde nuestro tropiezo fortuito y literal con su ex. Un día, saqué el móvil de la bata y le escribí un mensaje para preguntarle si le apetecía quedar. Me la imaginé sentada en su sitio, con los auriculares puestos, concentrada en sus líneas de código, con la pantalla puesta en vertical y aislada por completo del resto de sus compañeros.

"¿Dónde y cuándo?", me respondió.

Quedamos en las murallas y, aprovechando que hacía bueno, paseamos por Echegaray y Caballero. La gente se asomaba al río, bravo y sucio por la crecida, y comentaba que, al final, no había sido para tanto.

—Seguro que mi padre no piensa lo mismo —dije por romper el hielo—. Está cegado con que hay que limpiar el fondo, y cada vez que sale un ecologista en la tele diciendo que eso sería desastroso para el ecosistema lo llama porrero y perroflauta y le dice que se ponga a trabajar.

Ioana apenas sonrió. Seguía con la mirada baja y la expresión triste.

—Escucha, Ioana, siento mucho lo que pasó con tu ex. Entiendo que todavía te duela verla.

—Lo que me fastidió es que tienes razón. No la he olvidado y me duele pensar en ella.

El Pilar se alzaba imponente sobre nuestras cabezas, pero en lugar de entrar a la plaza, giramos a la izquierda y nos adentramos en el Puente de Piedra, congestionado por las bicis, los paseantes y los autobuses. Nos escabullimos de la corriente humana metiéndonos en uno de los balcones que forman los espolones del puente. Había un grupo de personas haciéndose una foto con el Pilar de fondo y otro grupo esperando para hacer lo propio. Nos echamos a un lado, intentando no molestar, con los codos apoyados en la piedra y la mirada puesta en la otra orilla.

—Las rupturas son siempre dolorosas.

—Tú llevaste genial la de Jorge.

—Bueno, fue de mutuo acuerdo.

Rasqué un trozo de piedra con la uña.

—Ojalá fuera verdad —dijo ella.

Sostenía la mirada al frente y el cierzo que empezaba a levantarse le revolvió el mechón suelto.

—¿El qué?

—Que estuviéramos en una realidad alternativa en la que yo lo hubiera superado y que tú fueras mi novia —soltó, se giró y me miró por fin. Habían vuelto las motitas amarillas a su iris y ahora, además, sus ojos ya no eran marrones, sino que eran de color caramelo. El mechón seguía moviéndose a su aire y yo seguía rascando la piedra nerviosa hasta que noté su mano sobre la mía.

—Deja de hacer eso. Me da dentera.

—Lo siento.

Una ráfaga de aire recorrió el río y empujó a Ioana. La fuerza hizo que casi chocara contra mí y nos quedamos a pocos centímetros la una de la otra. Levanté la cabeza para verla. Me miraba interrogante desde lo alto, con los labios mojados y entreabiertos. Las puntas rosas de su pelo apuntaban hacia mí. Era como en una película, ¿sabes? En las películas, la chica se pone de puntillas y cierra los ojos, así que eso hice.

¿Hubiera dejado que me besara? ¡Por supuesto! Estaba confusa. Ella estaba triste, quería consolarla de alguna manera. El destino nos había puesto ahí, el aire nos había animado, las películas románticas me habían triturado el cerebro hasta convertirlo en una máquina de dejarse besar. Ni si quiera veía a Ioana como una chica, ¿sabes? Tenía el corazón en la garganta, totalmente desbocado. Pero al final, como el río, todo se quedó en nada.

Una voz interrumpió nuestro momento. Abrí los ojos y un japonés de cara redonda me sonreía al tiempo que me entregaba un móvil.

—¿Una foto, por favor? —dijo en un esforzado inglés.

—Sí, claro —refunfuñé.

Ioana se lo tomó con más deportividad que yo y se apoyó en la piedra para ver cómo me desenvolvía como fotógrafa.

El cierzo, ya imparable, jugaba con el cabello y las ropas de la gente. Le devolví el móvil al turista y vio las fotos que había hecho. Se inclinó para darme las gracias y sonrió con la resignación de saber que nada iba a retratar mejor su paso por Zaragoza que aquella foto de él y sus amigos con el Pilar de fondo y el viento jugando con sus cabellos.

Nosotras decidimos cruzar la acera y refugiarnos en la basílica. El rugido del cierzo dejó paso al suave murmullo de voces y pasos nada más cruzar la puerta. Estaban dando misa y el olor a incienso predominaba en el aire. La gente se arrodillaba en los bancos de la capilla de la Virgen, que llevaba un manto rojo, se oían las monedas caer en los lampadarios, el sermón del cura, un rezo murmurado en una esquina…

Caminábamos despacio, sin hacer mucho ruido. No hablamos, un poco por respeto a la misa y otro poco porque no sabíamos cómo continuar lo que habíamos dejado a medias en el puente.

Nos detuvimos bajo la bóveda que pintó Goya y, por fin, Ioana habló.

—¿Pasas la ofrenda para el Pilar?

—Antes sí. Iba con mi familia y otra gente del pueblo. Ahora ya no.

—¿Has perdido la fe? —preguntó medio en broma.

—Engordé, el traje se me quedó estrecho y en ese momento no me apetecía pagar por arreglarlo o por uno nuevo —respondí—. Aunque es verdad que el dinero tampoco hubiera sido un problema. Mi madre me lo hubiera pagado de mil amores, pero ya no tenía la ilusión de otros años.

Ioana caminaba con las manos cogidas a la espalda y ligeramente encorvada para escuchar mis susurros. Parecía que estaba confesándome.

Seguimos caminando. Aunque no lo habíamos hablado, ya sabíamos que daríamos la vuelta completa a la basílica y saldríamos por la puerta opuesta a la que habíamos entrado.

—Yo participaba en el concurso de carteles, pero también perdí las ganas.

—¿En serio?

—Sí, he hecho mis pinitos en el diseño gráfico, pero nunca he sido seleccionada.

—Eso lo tengo que ver yo.

El sol nos dio de cara al salir por la puerta de la plaza.

—Cuando quieras —me invitó.

Un patinador pasó por delante de nosotras como una ráfaga de colores. Iba esquivando turistas y locales hasta que en un giro mal dado, unos pocos metros más allá, se cayó al suelo.

De nuevo sin hablarnos, ya sabíamos lo que tocaba. Íbamos hacia las murallas donde ella caminaría hasta su casa y yo cogería el tranvía hasta la mía.

En la despedida, Ioana me agarró por la cintura con su largo brazo y me dio un beso en cada mejilla. Fue raro porque nunca me había vuelto el corazón del revés un beso en la mejilla.

Caminé por el vagón en sentido contrario a la marcha sin perder de vista a Ioana que me decía adiós con la mano y me sonreía con un halo de tristeza.

10

Un sábado, desperdigados ya en la sobremesa, Carlos se deslizó por el banco de la bodega y se pegó a mí.

—¿Qué es eso de que estás saliendo con una chica?

Le miré con los ojos desorbitados.

—¿Y tú cómo te has enterado?

—Así que es verdad —dijo.

Mi hermana giró el cuello por encima del sillón orejero donde se recuperaba del festín de ternasco y nos miró inquisitivamente. Chisté a Carlos para que bajara la voz y Elvira se acercó.

—No estoy saliendo con ella. Y ni una palabra.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Elvira con las dos manos apoyadas sobre la mesa.

—Nada.

—Lorena está saliendo con una chica —se chivó Carlos. Le fulminé con la mirada, pero me ignoró—. Oye, no se te ocurra salir del armario con los papas antes que yo, que te mato.

Elvira se sentó frente a nosotros, cogió un palillo y se hurgó en los dientes. Y que las sospechas de lesbianismo recayeran sobre mí…

—¿Es verdad eso? —preguntó.

—No, no es verdad. ¿Y a ti qué te pasa con José Luis? Podríamos hablar de eso.

Durante la comida, Elvira había dejado caer que quería volver a abrir su peluquería y su marido se había puesto muy nervioso, a la defensiva.

—¿Para qué? ¿Es que te hace falta algo o qué?

Su orgullo de hombre proveedor se había visto atacado.

—José Luis tiene razón —dijo mi madre—, ¿para qué meterte en líos de negocios ahora, con lo bien que estás? Además, ¿qué harías cuando te quedases embarazada? ¿Contratar a alguien? ¿Volver a cerrar?

Elvira se sintió atacada y ya no abrió la boca en lo que restó de comida hasta que José Luis se fue al bar con mi padre. El tema que había sacado Carlos le había animado un poco el semblante y ni mi comentario la desalentó.

—Mis fuentes dicen que te han visto varias veces con la misma chica. Y no es Gabi —informó Carlos.

—Tus fuentes son unas alcahuetas.

—Por supuesto. Por eso son mis fuentes.

Me di cuenta de que estaba apretando la mandíbula porque me dolía la cara. Bufé.

—No estoy saliendo con ella. Es sólo una amiga. Que ella sea lesbiana no quiere decir que yo lo sea. Puedo tener amigas lesbianas.

—Claro —dijeron ambos sin creerse a sí mismos.

—¿Cómo la conociste? —preguntó Elvira.

Les oculté la parte de la aplicación para citas que me hubiera metido en la boca del lobo y fui directa al encuentro casual en la exposición de La Lonja.

—¡Qué romántico!

—¿El qué es romántico? —preguntó mi madre cuando entró en la bodega.

Con una habilidad inusitada en mí di sendas patadas a las espinillas de mis hermanos.

—Una película —dije.

—Sí, una película de lesbianas —añadió Carlos frotándose la pierna.

—Osús —dijo mi madre antes de santiguarse.

Volviendo al tono de confidencia, mi hermano quiso saber más.

—¿Cuánto tiempo lleváis saliendo?

—Te repito que no estoy saliendo con ella. No soy lesbiana. Es sólo una amiga a la que le gustan las mismas cosas que a mí.

—A mí eso me suena a novia —dijo Elvira.

—Iros a cascarla un rato.

Me levanté airada y salí a tomar el aire al corral.

El cierzo movía las nubes a una velocidad de vértigo y el sol brillaba de manera intermitente en el cielo azul. Mi móvil vibró en el bolsillo. Era Ioana. Quería quedar para ir a tomar algo esta noche. La cabeza me bullía y no le respondí.

En el corral había restos de madera en el suelo y una pequeña banqueta junto al tronco para cortar leña. En esa banqueta se sentaba mi abuelo para afilar la sierra. Se la ponía en el regazo y con una lima iba diente por diente sacándole punta. Si te veía pasar, levantaba la mirada y gruñía, que era como sonreír para él, aunque a mi hermana y a mí nos llevó tiempo entenderlo. Era un hombre huraño, pero mis padres insistían en que le teníamos que estar eternamente agradecidas porque de no ser por él, ahora no tendríamos nada.

—¿Ves la fachada de los abuelos de tu amiguita Esther, que se cae a pedazos? —me decía mi madre—. Eso es porque no tienen dinero para arreglarla. Imagina cómo estará por dentro.

Yo la había visto por dentro, pero no se lo podía decir a mi madre porque le hubiera sentado muy mal. Tardé en saber por qué.

¿Os acordáis de que había una venganza pendiente por aquel comentario que Esther le hizo a un chico de mi pueblo en la piscina? Pues lo peor de todo es que, al final, yo también participé en ella.

Esther llevaba unos días triste. Notaba el desprecio de los chicos y la creciente desconfianza de las chicas. Habíamos pasado de jugar todos juntos por las calles del pueblo a que el juego consistiera en ser perseguidas por ellos y, finalmente, a que las chicas nos tuviéramos que quedar quietas en un lugar, hablando de nuestras cosas mientras los chicos se hacían dueños de las calles.

Muchas tardes, casi todas, me iba con ella al río.

—¡Mira, mira, ahí! —señaló Esther.

Su dedo apuntaba a una pequeña poza que las olas del río hacían en la orilla. Cogí el tarro de cristal, lo hundí en el agua y lo llené. Levanté el bote a la altura de nuestros ojos y esperamos a que el barro se posara lentamente en el fondo. Conforme el lodo iba hacia abajo, la arena quedaba flotando e irisaba el agua de motitas doradas, como la arena de la playa que fue aquella tierra cientos de miles de años atrás. Con el agua más clara podía verse a los renacuajos moviendo la cola y nadando en círculos para no chocar entre ellos.

—Uno, dos, tres, cuatro… —contaba Esther.

Yo veía sus ojos agrandados y deformes a través del cristal. Se movían rápido para seguir a los renacuajos.

—Lo menos hay ocho o diez —dijo.

Nos sentamos en mi toalla y usamos la suya como mantel donde desplegamos un saquete de patatas, una bolsa de chucherías y una botella de Fanta Naranja.

El miedo adquirido por las historias mil veces oídas de niños arrastrados por los remolinos del río había hecho que apenas nos metiéramos los pies. El

verano secaba el río y buscar algo más de profundidad significa adentrarse demasiado y arriesgarse a que el agua nos traicionara.

También se suponía que no deberíamos estar en el río. ¡Para eso había una piscina en el pueblo! Pero Esther había insistido. Ya no se sentía cómoda en la piscina y yo quise complacerla. Buena me la liaría mi madre después cuando me viera llegar con el bañador y la toalla sucios de barro y un tarro de renacuajos en la mochila.

—Si no me estampa el bote en la cabeza, ni bien, ni mal —le dije a Esther, medio en broma, medio en serio—. Ya no se fiará de irse a Zaragoza otra tarde y dejarme sin vigilancia.

Estuvimos un rato en silencio hasta que Esther lo rompió dando una palmada en su muslo para matar un mosquito.

—¿Me va a salir habón? —dijo y contorsionó su cuerpo para que yo pudiera ver su muslo desde más cerca.

Yo vi el muslo y algo más. En su final, en la ingle, asomaban unos pelitos negros que hicieron sonrojarme, no porque yo no tuviera sino por lo cerca que estaba de su sexo. Mi respiración se hizo corta, como si el aire no pasara más allá de mi garganta.

—Creo que sí —respondí. Me levanté rápidamente—. Tengo frío.

En realidad, no. Mi piel ardía y las sienes me latían fuerte.

Seleccioné un par de piedras planas del suelo y me acerqué a la orilla para hacerlas rebotar contra el agua. Una casi alcanzó la otra orilla.

Como una premonición, el aire se levantó de manera repentina. La ráfaga surcó el río y se dividió en la isla de sedimentos que había en medio. La mitad del aire siguió río abajo, la otra se metió en el bosque de chopos que teníamos a nuestra espalda y sonó como un susurro.

Nos quedamos quietas, escuchando.

—Parece gente hablando —dijo Esther.

Entonces pensé en los rumores del pueblo, en que quizá era ahí donde nacían, donde la gente oía cosas que no entendía y las acababa completando con su imaginación o su maldad, o ambas.

—Esther, dicen algo sobre ti —confesé.

Esther me miró desde la toalla y me preguntó qué decían de ella.

—Tonterías.

—¿Qué tonterías?

Cogí otra piedra más gorda, la tiré con rabia y el agua sonó hueca.

—¿Qué dicen de mí, Lorena? —preguntó elevando la voz.

Me volteé hacia ella pero no me acerqué. Seguí manteniendo la distancia de seguridad.

—Dicen que te gustan las chicas, que eres… lesbiana —Y al decir esto sentí que la toalla estaba más limpia que yo.

Esther se levantó y se acercó a mí.

—¿Y tú qué crees?

Su mirada era desafiante, pero también suplicante, y triste y alegre al

mismo tiempo, y esperanzadora, y temerosa. Entonces no supe qué significaba esa mirada.

—Son rumores de la chopera —zanjé, y ella no dijo nada más.

Recogimos en silencio, nos subimos a la bici y pedaleamos hasta el pueblo, yo por delante de ella. Escuchaba el ruido intermitente de su cadena, algo oxidada. Era la vieja bici de un primo suyo y hacía tiempo que nadie la había cogido. Su abuelo, siempre dispuesto a complacer a su nieta, le había cambiado las cámaras de las ruedas y le había arreglado el freno, pero no habían podido encontrar una cadena en condiciones.

El chirrido metálico se escuchó cada vez más acelerado y cercano. Esther acabó por rebasarme. Pedaleaba a una velocidad endiablada. Intenté seguirle el ritmo pero mis piernas no daban para más y dejé que se fuera. Desde lejos, vi su figura entrando en el pueblo y desapareciendo en una esquina.

Esa fue la última vez que la vi.

La fui a buscar a su casa al día siguiente para ir a la piscina como todos los días. Su abuelo estaba en la puerta fumando con los ojos cerrados y una raya de sol en la cara.

—¡Lorena! —oí que me llamaban desde lejos.

Alertado por el grito, el abuelo abrió los ojos e irradiaron fuego cuando me enfocaron. Me quedé parada en mitad de la calle. La primera vez que entré en su casa de la mano —metafórica— de su nieta me miró igual. Notaba mi espalda arder cuando subí las escaleras de la casa para ir al cuarto de Esther.

—Creo que no le caigo bien a tu abuelo —le dije.

—No te lo tomes como algo personal. No le cae bien nadie de este pueblo. Dice que está lleno de fachas —respondió y se encogió de hombros dando a entender que no sabía muy bien qué significaba eso.

Aquella primera vez, Esther me había invitado a ver sus dibujos. Estaba muy orgullosa de ellos, pero a mí me parecían muy recargados y extraños. Desde luego, muy lejos de las figuras femeninas que había visto hacer a otras chicas.

—¿Ves los Pokémon?

Negué con la cabeza y ella trató de venderme la serie contándome las historias detrás de aquellos personajes que había dibujado. Mientras tanto, yo ojeaba su habitación. Era muy parecida a como era la mía antes de que hicieran la obra: la enorme grieta en una esquina, los maderos del techo a la vista, las persianas de listones, el floreado papel de la pared, los muebles antiguos, el cabecero de la cama de metal. Seguro que todavía mantenía el colchón viejo. Me senté para comprobarlo y Esther se puso algo nerviosa.

—¿Qué haces? —me preguntó.

Me levanté de un salto.

—Lo siento.

Cuando volví a casa le conté a mi abuela dónde había estado. Ella suspiró sin levantar la vista de las agujas. Vestía una falda azul marino con un estampado beige y era la prenda más clara que le había visto llevar.

—Rencillas de la guerra, jamía —me contó—. Tu abuelo delató al hermano del abuelo de esa niña, se lo llevaron una noche y lo fusilaron en la tapia del antiguo cementerio.

La miré horrorizada.

—¿Por qué hizo eso?

—Porque era republicano —respondió como si tal cosa.

Pero por detrás, con la voz grave y profunda de mi padre, tuve una explicación más detallada.

—Por eso y por un lío de lindes del campo. Luego mi padre le compró las tierras por cuatro perras a su viuda.

Me parecieron un par de monstruos y así se lo hice saber. Mi padre se acercó a mí y me obligó a mirarle desde abajo, como si yo fuera una cucaracha y él la suela de una gran bota de campo.

—Ten por cierta una cosa, Lorena —me dijo—. Si hubieran ganado los rojos, ellos hubiesen hecho lo mismo, se hubieran quedado con nuestras tierras, habrían dado el pelotazo vendiéndolas a cualquier constructora y sería nuestra casa la que se estaría cayendo a pedazos. No lo olvides.

—¡Lorena! —me volvió a llamar Vicky, devolviéndome a la realidad. Me vi de nuevo en mitad de la calle, con la bici entre las piernas, sin saber qué hacer.

El abuelo de Esther me lanzó una última mirada, pisoteó la colilla y se metió dentro.

Me di la vuelta y pedaleé hacia ellos. Tendría que olvidarme de Esther. Al fin y al cabo, ella se iría en unos días y yo tendría que convivir con mis amigas todo el año.

Sin decir media palabra, nada más llegar a la piscina me sumergí en el agua y no salí en toda la tarde. Buscaba que el agua y el cloro me purificaran de toda la mierda que sentía dentro.

11

Menudo invento las redes sociales, ¿verdad? Me puedo pasar horas chafardeando perfiles. En mis tiempos mozos teníamos el Messenger que era otro pozo de pérdida de tiempo importante.

El Instagram de Ioana es un páramo. Yo no es que sea una usuaria muy activa, pero al menos subo alguna foto de las cervezas del fin de semana hashtag lo mejor la compañía, pero ella ni eso. Un gato callejero, una paella mal enfocada, los grafitis de La Madalena y poco más.

El de Belén, sin embargo, era otra historia. Había coherencia en los filtros, en la temática y hasta en los colores. Ninguna de sus fotos era azarosa, sino que estaba muy pensada. Había comenzado a dejarse ver por los sitios más modernos de Zaragoza, a codearse con sus influencers, dueños de bares y discotecas, promotores, músicos, trasnochados y algún artista. Su novia era una de estas últimas. Había estado nominada a los Premios de la Música

Aragonesa por la portada de un disco y a la gala habían ido juntas. Foto in fraganti hablando con Santiago Auserón hashtag viva la música aragonesa filtro Nashville compartir. Viajes al Pirineo, posados en Aínsa, escalada en los Mallos de Riglos, besos húmedos en Jaraba. Las dos guapísimas siempre. Entendí por qué a Ioana le costaba olvidarse de su ex. Había muchas chicas de Zaragoza que las seguían. No podía imaginarme que hubiera tantas lesbianas aquí. Salté de perfil en perfil por si me sonaba alguien, pero muy pocas de ellas mostraban su foto.

La siguiente búsqueda fue más intencionada. Busqué a Esther y, tras saltar varios perfiles con su mismo nombre y apellidos, di con ella. Tenía el perfil cerrado. Miré entre la gente a la que seguía y encontré a su mujer. Ella sí tenía el perfil abierto. Puede que sus fotos no fueran tan bonitas como las de Belén, pero desde luego, a mí me gustaban más. Se las veía felices. Tenían fotos de ellas dos solas, con amigos, con familia, con su hijo. Una foto me llamó la atención. Posaban ellas con su hijo y un hombre muy mayor que no me era del todo desconocido. Sus ojos me habían mirado con rencor hacía años, pero ahora eran dulces e irradiaban felicidad. El abuelo rojo, su nieta lesbiana y su bisnieto adoptado. La envidia me corroyó por dentro. Parecían una pareja… normal.

Me quedé perdida en la foto hasta tal punto que perdí el enfoque. Ya no miraba el móvil sino que tenía la mirada puesta muy dentro de mí. Escuché algo de fondo. Era lejano. O más bien, profundo, como si yo estuviera sumergida en una bañera. O en una piscina. En la piscina del pueblo, sentada en el fondo, con los mofletes apretados para aguantar la respiración y los ojos cerrados impidiendo el paso del cloro, purificándome tras traicionar a Esther. Un sonido traspasaba las ondas. Alguien me estaba llamando al teléfono. Emergí del agua y tomé aire. La cara de Ioana en la pantalla había sustituido a la de Esther en mi recuerdo.

—¿Te apetece quedar? —me preguntó.

Me tomé unos segundos para recuperar la respiración.

—Sí. Dame la dirección de tu casa —dije.

Su repentino silencio denotaba sorpresa. En media hora, la tenía delante. Se había cambiado de ropa, pero el pelo lo tenía sucio y despeinado. Se disculpó.

—Quería venir aquí para ver tus dibujos —dije.

Ella me llevó al salón y me presentó a su compañero de piso y de trabajo que estaba jugando a la videoconsola. Había otro mando reposando en el sofá así que imaginé que Ioana había estado jugando con él. El chico saludó. No dijo nada reseñable, así que podemos ir directos a la habitación de Ioana.

Yo ojeaba su cuarto mientras ella encendía su portátil y buscaba sus diseños. Era pequeño y había una cama, en la que estaba sentada yo, una cómoda y el escritorio. En las paredes había carteles de películas y bandas de música y un gran póster de Bucarest.

Me enseñó el diseño con el que se presentó al concurso de carteles de las

fiestas del Pilar y luego me enseñó otros que hizo, pero que nunca presentó. Yo no sé mucho de diseño, pero estaban chulos.

—¿Por qué no los presentaste a concurso? Alguno hubieras ganado seguro.

Ioana suspiró y se sentó en la cama.

—Por eso precisamente. Me di cuenta de que a los ganadores los entrevistan, los llevan al Ayuntamiento a hablar con el alcalde, con gente importante, salían por la tele…

Tartamudeaba tanto que me puso nerviosa. Le cogí la mano para tranquilizarnos.

—Entiendo…

Me miró con sus ojillos de cordero degollado y luego se miró las rodillas. Hizo esto dos o tres veces más, como si quisiera hacer algo y tartamudeara también con el cuerpo. Por fin fijó su posición: ladeó la cabeza y se humedeció ligeramente los labios.

—¿Vas a besarme? —pregunté.

Ella saltó como un resorte y se puso en pie.

—¡No, claro que no! —respondió—. Voy a por una Coca-Cola, ¿te traigo algo?

Le dije que no quería nada y salió de la habitación. Cuando volvió yo ya me había ido. Hui de su piso con sigilo, con vergüenza, aterida por la idea de qué hubiera pasado si, en lugar de intimidarla, hubiera dejado que se abalanzara sobre mí y me besara.

Otra realidad alternativa se habría abierto.

No sé cuántas llevamos ya.

12

Cuando te levantas de la cama nunca sabes si ese día va a cambiar tu vida para siempre o va a ser uno más.

Me acuerdo que mi hermano dormía en mi casa. Venía algún fin de semana a Zaragoza, a relacionarse con otros chicos homosexuales, salir del pueblo, sentirse libre. Algunas veces avisa, otras me lo encuentro sentado en la acera, esperándome. Siempre le digo que le tengo que dar una copia de las llaves, pero luego nunca me acuerdo.

El hecho de que Carlos estuviera en mi casa aquel fin de semana tampoco es relevante para el caso. Es sólo un punto de referencia en mi memoria. Por ejemplo, también recuerdo que estuve hablando con Gabi por teléfono y tampoco es relevante. La visita de mi hermano y la llamada de mi amiga nada tuvieron que ver con lo que ocurriría después.

Quedar con Jorge sí lo fue. ¿Recuerdas que insistía mucho en presentarme a un amigo suyo? Quedamos ese día en La Clandestina. Hacía un bochorno que auguraba lluvia. Jorge chascó los dedos delante de mis ojos para sacarme de mi ensimismamiento. ¿En qué pensaba? En lo que llevaba

pensando hace días: en Ioana. Me había estado cortejando todo el rato. Un vacileo por aquí, un piropo por allá, ahora te toco el brazo, ahora te agarro de la cintura para cruzar… ¡Hasta trató de besarme dos veces! Quería llevarme a su terreno. No entendía que lo nuestro era sólo una amistad, y si no lo entendía, tendría que alejarme de ella.

—¿Lorena, estás bien?

—Sí, sí, perdón —dije—. Me decías que este amigo…

—Iván, se llama Iván. Es muy majo, ya verás. Es de esas personas a las que le contarías tu vida en una primera cita. Es inteligente, es sensible.

Jorge me vendía a este nuevo amigo del que yo nunca había oído hablar y yo no entendía nada. No entendía el afán de Jorge por buscarme pareja, no entendía estas confianzas que tenía con una persona nueva, no entendía nada. Yo sólo quería que Gabi volviera, que Jorge se dejara de historias y que volviéramos a ser los tres, como antes, como siempre. Incluso con el pequeño Lorien enganchado a su tableta.

Estoy pensando que igual ese no fue el día en que mi vida cambió, sino que había estado cambiando progresivamente y yo no me había dado cuenta.

¡Yo no quería una pareja, ¿vale?! Yo estaba bien con mis amigos. Yo no andaba buscando un novio, ni una novia, ni nada. Si no había encajado en su día con Jorge no iba a encajar con nadie, ni siquiera con su nuevo amigo del alma. Y a pesar de ello, no dejaba de pensar en Ioana porque con ella sí encajaba y si el destino había dicho que, en este o en otro universo, ella debíamos ser novias, ¿quién era yo para negarme? No es como si viviese con mis padres y tuviera que guardar unas apariencias. Vivía en Zaragoza y mis padres no tendrían por qué enterarse de lo mío con Ioana.

Esa frase resonó en mi cabeza. “Lo mío con Ioana”. Jorge seguía hablando y yo sólo asentía con una sonrisa.

—Tiene que estar a punto de llegar.

—¿Me disculpas un momento? —dije—. Tengo que hacer una llamada.

—Sí, claro —respondió Jorge mirando su reloj de muñeca.

Cogí el bolso y salí esquivando las mesas. El bochorno se había hecho más intenso, casi se palpaba el agua en el aire. El bar era un trajín y en una de esas imagino que entraste tú, pero no me di cuenta.

Llamé a Ioana. Miré dentro del local desde la puerta de cristal. Jorge te daba un abrazo y señalaba hacia mí. “Está hablando por teléfono, ahora entrará”, diría. Tú sonreíste y os sentasteis. La idea de que mi ex novio fuera a presentarme a mi futuro marido me espeluznaba. ¡No te rías!

Llamé a Ioana y no tardó en descolgar.

—¿Dónde estás? —le pregunté.

—En casa de un amigo.

—¿Podemos quedar un momento?

—¿Ahora?

—Sí, por favor. ¿Dónde está la casa de tu amigo?

Ioana me dijo que estaba en La Jota, que saldría ahora hacia el centro,

que iba en bici y no tardaría nada.

Jorge me miraba desde dentro, impaciente. Me levantó el pulgar para preguntarte si todo iba bien. Sonreí con timidez y le levanté el pulgar. Luego salí corriendo. No sé qué cara se os quedaría.

Corrí calle abajo lo más rápido que pude. Las gotas comenzaron a estamparse contra mi cara. Ya me veía calada hasta los huesos. Me detuve en seco al ver un cartel azul que ponía: "Café y mirador del Museo". Me metí en la callejuela y anduve hasta que la barandilla me detuvo el paso. A mis pies la vieja piedra milenaria que formaba el teatro romano de Cesaraugusta resurgía del olvido. Había gente paseando por dentro protegidas bajo la característica carpa blanca del teatro que daba una luz viscosa al ambiente. Las gotas retumbaban en la lona.

Respiré hondo, cogí aire y seguí corriendo. La humedad se me pegaba en la garganta.

Alcancé San Vicente de Paúl cambiando la velocidad de mis zancadas en función del aire que me quedaba en los pulmones. Volvía a ser la niña que corría para ir a los sitios, que vestía pantalones con parches en las rodillas, que se subía a los árboles para lamer el néctar de los higos y que volvía a casa con los pelos pegados a la cara sucia de tanto sudar.

Llegué al final de la calle y crucé la acera hasta llegar a las barandillas del río. Giré a la derecha. Si Ioana venía de La Jota tendría que cruzar por el Puente de Hierro.

La lluvia se había hecho más intensa pero los árboles amortiguaban la caída de las gotas. Esquivé bicis y peatones y llegué hasta el puente. El corazón me iba a explotar. Entré andando, bien atenta a cualquier bicicleta con la que me pudiera cruzar. La gente había desaparecido espantada por la lluvia que había adquirido carácter de tormenta. Sin el resguardo de los árboles caía con fuerza. Vi a Ioana a lo lejos y me peiné un poco. Fue inútil porque tenía el pelo chipiado.

Levantó una pierna, la colocó en el lado derecho y fue frenando lentamente hasta llegar a mí. Ella también tenía el pelo empapado y la camiseta pegada al cuerpo.

—Lo siento mucho, Ioana —dije—. Siento haberme ido de tu casa a hurtadillas. Tenía miedo.

Ioana me cogió la cintura con una mano y me abrazó.

—Lo sé.

Hablábamos a gritos para escucharnos por encima de los truenos.

—Soy gilipollas.

—Eso también lo sé.

Sí, nos besamos. Mi lengua saboreaba su saliva mezclada con el agua de la última lluvia de mayo. Éramos dos locas empapándonos en mitad del puente, incapaces ya de separarnos.

Al final, Destiny tenía razón: Era ella.

Tercera parte

1

Ahora que lo pienso, técnicamente hablando, no salimos juntas.

Me explico.

Después del beso, yo me sentía muy rara. Trataba de evitar que mis pensamientos fueran a ese lugar, pero ya sabes que cuanto más quieres dejar de pensar en algo, más se te representa. Evité a Ioana. Quería quedar y yo le ponía excusas vagas. Ella entendió enseguida lo que me pasaba, aunque yo no se lo hubiera dicho. Se mostró comprensiva conmigo y, aunque me dejó mi espacio, no dejamos de hablar. Me mandaba mensajes para darme los buenos días, me preguntaba qué tal estaba, qué comía, qué tal el trabajo y, al final del día, me daba las buenas noches. Finalmente, me preguntó si podíamos llamarnos y comenzamos a quedar a una hora por la tarde para hablar por videoconferencia: ella en su ordenador, yo en la cama o en el sofá o cenando o lo que fuera. Era como si mantuviéramos una relación a distancia, aunque viviéramos en la misma ciudad.

Me encantó lo comprensiva y dulce que se mostró. Ni siquiera le había contado cómo eran mis padres, pero no le hizo falta. Yo le pedí tiempo y ella me lo dio, sin preguntas. Era como si supiera que, tarde o temprano, íbamos a acabar juntas. Lo cual me ponía más nerviosa todavía.

Un día no me llamó. Solía llamarme ella cuando colgaba con sus padres. Pensé que quizá la conversación con ellos se había alargado más de lo habitual, por algo bueno o malo. En cualquier caso, esperé paciente su llamada. Pasaron las horas y seguí sin saber de ella, así que la llamé yo. "El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura". Le escribí mensajes y le mandé emails. No contestó. Pensé que se le habría agotado la paciencia, pero esperaba que al menos me hubiera escrito o llamado para decírmelo, que me hubiera dado un ultimátum con la vana esperanza de que yo cediera ante lo inevitable.

Empecé a preocuparme por su silencio y rastreé las redes sociales en busca de algún contacto con el que pudiera hablar. Sin embargo, todas las redes sociales me llevaban a una persona: su ex. Hice de tripas corazón y le mandé un mensaje privado. No tardó en contestarme. Toda la simpatía de la

que adoleció en nuestro encuentro fortuito la derrochó en nuestros mensajes directos. Me dijo que no sabía nada de Ioana y me dio el nombre de usuario del compañero de piso.

Escribí al chaval: "¿Dónde está Ioana?".

Tardó unas horas en responderme. Supongo que no estaba tan pendiente de sus redes sociales como Belén.

"En el hospital", contestó.

"¿Quéééééé???".

El tontolaba había sido incapaz de avisarme de que Ioana había tenido un accidente con la bici.

"Está en la habitación 815 del Servet. Cuando la veas parece muy aparatoso, pero sólo es la pierna".

Y, efectivamente, parecía muy aparatoso.

Entré a la habitación con cautela, no fuera que el idiota de su compañero me hubiera dado mal el número. Asomé la cabeza y la vi tumbada, tapada con una sábana, los brazos por fuera, y la cabeza ladeada sobre la almohada. Tenía las cuencas de los ojos oscuras, una herida en el labio y un raspón en la cara. También tenía la pierna izquierda escayolada hasta la rodilla y una venda en la mano derecha.

Me senté en una de las sillas de la habitación, a la espera de que se despertara. Leí su apellido en la pulsera que llevaba: Petrescu. Ioana Petrescu. Inmediatamente pensé en qué apellidos llevarían nuestros hijos. Pensé que sonaba mejor Petrescu Usón, para usar la u del final de su apellido y unirla con el mío, pero, claro, mi padre se opondría a que su apellido quedara relegado por un apellido rumano. ¡Menudas tontadas estaba pensando! Mi padre se negaría a que yo tuviera hijos con una mujer, fuera rumana o española. Jamás podría tener una familia con Ioana, tener una boda con doscientos invitados, tener una vida normal. Recogí mi bolso con la intención de irme. Lo juro. Me hubiera ido y hubiera dejado a Ioana ahí sola si una enfermera no hubiese entrado en la habitación.

—¿Eres familia? —me preguntó.

Cometí el error de mirar a Ioana y claudiqué.

—Más o menos, soy su n-novia —respondí, y la palabra me ardió en la boca.

La mujer me examinó unos segundos y me pidió que esperara fuera, que la tenía que cambiar. Salí y pensé: ¿Cambiar el qué? Y entonces caí en que Ioana llevaría pañal y se me cayó el alma a los pies. Sin padres, sin nadie que le acompañara y con pañal.

En el pasillo se oía el murmullo en las habitaciones mezclado con el pitido de las máquinas y el trajín de enfermeras y auxiliares. Me trasportaron a los días en los que murió mi abuelo. Estuvo una semana encamado hasta que finalmente murió. Sentí un alivio instantáneo cuando la enfermera salió y me permitió entrar.

La persiana de la habitación apenas estaba subida un par de dedos y por

esa raja se colaba una tímida raya de sol.

—Hola —saludó con un hilillo de voz.

Me acerqué a ella y le acaricié la frente. Creo que ella esperaba que le diera un beso, pero no me salió.

—¿Qué ha pasado?

Ioana trató de incorporarse, pero se lo impedí. Toqueteé el mando de la cama para poner los pies y la cabecera a su gusto.

A la tartamudez se le sumó un poco de carraspera. Me contó que hay conductores que piensan que el semáforo en rojo es sólo una sugerencia, y ya sabes que en Zaragoza hay muchos semáforos en rojo. Le atropelló un coche. Ella no lo vio venir, sólo sintió el impacto antes de salir volando. Cayó en el capó de otro coche y de ahí rodó al suelo. Fue en el capó del coche cuando se le partieron la tibia y el peroné, pero dadas las circunstancias, había que dar gracias de que sólo fuera eso.

—Yo creo que perdí el conocimiento en el aire, porque no recuerdo nada, sólo volar.

La habían operado, y le quedaban unos días más de ingreso y un largo periodo de rehabilitación. Le dije que le acompañaría en lo que hiciera falta.

—¿Has avisado a tus padres? —le pregunté.

—No, no les quiero preocupar.

—¡Estás hospitalizada!

—Por eso. ¿Qué van a hacer? ¿Venir para ver cómo me crecen los pelos de las piernas debajo de la escayola? Además, tengo el móvil roto.

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues esperar a que me den el alta e irme a casa. Tendré que venir a la rehabilitación y creo podré teletrabajar sin problemas.

—¿Y cómo vas a ir y venir a la rehabilitación?

—Puedo pedir una ambulancia. O un taxi, No sé, ya veré.

—Tu casa no tiene ascensor. ¡Vente a la mía!

Simplemente, lo escupí sin pensar. Los hombros de Ioana saltaron.

—Te lo agradezco mucho, de verdad, Lorena, pero prefiero estar en mi casa, con mi ordenador y mis cosas.

—Pues te las cojo yo.

—¡Lorena, para! —gritó Ioana—. ¿Me pides espacio y ahora quieres que me vaya a vivir contigo?

—Las cosas han cambiado —dije.

—No, no han cambiado para nada. Puede que esté coja, pero sigo queriendo besarte y tú sigues teniendo delante el muro que te impide avanzar.

El muro.

Llevaba años construyendo ese muro, ¿sabes? No iba a ser sencillo echarlo abajo.

—Sí, lo sé —le dije—, pero aun así quiero que vengas. Quiero cuidarte. No creo que tu compañero de piso esté capacitado para hacerlo.

La variante cabezonería del virus maño se le había metido en los más

profundo de su ser y se negó.

—De verdad que no. Si quieres, vienes a mi casa y me cuidas allí. Además, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Pago el alquiler para no dejar a mi compañero tirado, pero no vivo allí? ¿Y cuándo ya me pueda valer? ¿Me vuelvo a mi piso?

—Ay, Ioana, no sé, ya se verá. No te rayes con eso ahora.

Éramos dos cabezonas que no iban a dar su brazo a torcer.

Si quieres te detallo los argumentos que fuimos esgrimiendo la una y la otra, pero al final, gané yo.

En cuanto le dieron el alta, pedimos un taxi y fuimos a mi casa. Imagina la cara que pusimos cuando vimos el cartel de "No funciona" en la puerta del ascensor. Tuve que subirla a corderetas.

2

Ioana fue una buena enferma. Su compañero de piso venía casi cada día con alguna cosa que ella le pedía. El ordenador, los periféricos, la ropa, tinte para el pelo, las zapatillas de ir por casa… Él, con tal de que Ioana no dejara de pagar el alquiler, hacía lo que fuera. Ella, con tal de tener su ordenador, era feliz. Lo instalamos en la mesa del comedor porque, total, nunca se usaba. Así, ella podía trabajar y ver la tele a la vez. En cuanto le quitaron el vendaje de la mano y tuvo algo de movilidad pudo adelantar bastante esos proyectos que tenía entre manos, pero no tardó en pedir el alta laboral, pese a que todavía seguía escayolada.

Dormíamos en habitaciones separadas porque, aunque la mía tiene baño dentro, resulta difícil ir hasta él si te mueves con unas muletas. A pesar de eso, Ioana era bastante autosuficiente. Ni siquiera me dejaba acompañarle al baño para ayudarle o limpiarle, pero era una cuesión de orgullo más que de vergüenza.

Yo me iba a trabajar por las mañanas y volvía a casa por las tardes, a una hora definida por el humor de mi jefe. Cuando llegaba a casa me encontraba a Ioana en el mismo sitio donde la había dejado: frente a su ordenador. Le daba un beso en los labios, le preguntaba qué tal su día y nos sentábamos en el sofá a ver la tele y charlar.

—Me siento un poco sola a veces —dijo un día—. ¿Ves ese plástico que tienes en la ventana? ¿Ese que está pisado por una maceta que no has regado desde que estoy aquí? —continuó—. Pues con el aire se mueve y parece un duendecillo cheposo labrando la tierra de la maceta.

—Vale. Creo que iré a adoptar un gato mañana mismo.

Y así fue como Liz llegó a nuestras vidas. Liz es una gatita atigrada que nos salió un poco fura. Enseguida se acomodó a nosotras. Literalmente. Le da igual si estás sentada, tumbada o haciendo el pino puente que la gata encuentra la manera de tumbarse sobre ti.

¿Éramos una pareja Ioana y yo? Todo apunta a que sí, pero técnicamente, no estábamos saliendo, puesto que no salíamos de casa, no paseábamos por la calle, no íbamos a tomar un café. No se nos veía, en definitiva. ¿Y cómo es esa frase? Lo que no se ve, no existe. Entonces, nadie nos veía besarnos, ni hacernos carantoñas durante la cena, ni el L corazón I que dibujé en su escayola.

Una vez, tras volver tarde de la clínica, me encontré a Ioana en el sofá viendo un programa de prensa rosa.

—¿Qué haces viendo eso? —le regañé—. Es todo mentira, está todo preparado.

—Es divertido cuando empiezas a seguir las tramas entre los famosillos. Además, prefiero ver esto que los programas de política.

—O sea, que tenemos mi Netflix y mi Filmin, y tu HBO y tu Amazon Prime y te pones a ver telebasura.

Ella se reía y a mí se me olvidaba todo.

Pasaron los días. Algunos sábados iba al pueblo y otros ponía una excusa peregrina y me escaqueaba de la visita semanal. Una de esas excusas fue que había pillado un virus extremadamente contagioso y que el médico me había dicho que estuviera quince días de cuarentena. ¡Y se lo tragaron! En otra ocasión les dije la verdad: que una amiga había tenido un accidente y la estaba cuidando porque estaba sola en la ciudad. Les debió tocar la fibra porque no hicieron muchas preguntas.

—¿Jugamos a algo? —le propuse un día.

Dijo que sí y en ese momento recordé que no tenía ningún juego de mesa en casa. Pero sí tenía una baraja.

—¿Sabes jugar al guiñote?

Asintió. Nos pusimos en la mesa del salón donde daba el sol de tarde y comencé a repartir.

—Cuéntame cómo aprendiste a jugar.

—No lo quieras saber… —respondió Ioana.

Y falta que me respondan eso para que yo lo quiera saber. ¿Tú no?

Entonces, Ioana comenzó a tartamudear, lo cual me sorprendió porque llevaba tiempo sin hacerlo cuando hablaba conmigo. Me contó entre trompicones que de adolescente no era muy buena persona. Se unió a una pandilla que la andaban liando semana sí, semana también. Robos, estafas, drogas, borracheras, movidas varias. Iban al Casco a liarla. Ioana era menor, pero como era alta pasaba como alguien más mayor.

—No sé cómo salí viva de aquello —me confesó.

Me contó que tuvo que pasar una prueba inicial que consistió en robar el bolso a una señora en el Parque Grande. Fue pan comido para ella. La policía les pilló un par de veces, pero conforme unos entraban en la cárcel otros entraban en la pandilla. Sus padres estaban desesperados. Ahorraban dinero para volver a Rumanía y cuando parecía que lo tenían, su hija la liaba y tenían que pagar una multa aquí o unos desperfectos allá. Un día Ioana y sus amigos

se metieron en un lío de drogas. No quise preguntarle más detalles y ella no me los dio. Fue la primera vez que ella sintió que se estaba metiendo demasiado en un mundo del que luego quizá no podría salir tan fácilmente. La policía estaba tras la pista y les pillaron. La mayoría acabó en la cárcel, otros en centros de menores. A Ioana, por ser menor y no haber formado un papel importante en el plan, le castigaron con trabajos en beneficio de la comunidad. Estuvo medio año en un centro de día para personas de la tercera edad.

—Se montaban unas partidas de guiñote que ríete tú de las timbas de póker —dijo Ioana—. Había un hombre al que le caí en gracia. Decía que le recordaba a su nieta, la que nunca iba a verle. Me enseñó a jugar al guiñote, los trucos, las estrategias…

—¡Un momento! ¿Trucos? ¿Qué trucos?

Ioana recogió las cartas en el taco y comenzó a barajar con sus hábiles dedos. Yo había perdido dos cotos mientras ella me contaba su historia. Estaba claro que sabía jugar al guiñote como un abuelo aragonés.

—Hay que fijarse mucho en las cartas, casi memorizarlas —dijo dándose importancia mientras repartía—. Lo ideal en el descarte es quedarte con el menor número de p-palos posible y así usar triunfo en el arrastre. Y más ideal todavía es que tú tengas unos palos y tu pareja otros, así os cubrís las espaldas. Con Valero, que así se llamaba este abuelo, usábamos algunos gestos para indicarnos qué palos teníamos.

—¿Y no os pillaron nunca?

—No, porque era sutil: golpear el taco de cartas contra la mesa una, dos, tres o cuatro veces según el palo: oros, copas, espadas o bastos. ¿Entiendes? También pones un par de cartas más altas en el abanico para indicar que tienes para cantar. Y, no sé, alguna más que no me acuerdo. Pero vaya, lo mejor es esto —dijo tocándose la sien con la esquina del mazo.

—Yo no tengo capacidad para memorizar.

—Es más sencillo de lo que piensas. Al fin y al cabo, las cartas son finitas y sus combinaciones también. Es un algoritmo sencillo.

Como decía, la situación era la ideal para mí. Encerradas en casa, dándonos mimos, intimando, sin pensar más allá de las cuatro paredes de mi piso.

No obstante, antes te he dicho que Ioana era más o menos autónoma… Salvo por una cosa: Necesitaba ayuda para la ducha.

Recuerdo que las primeras veces me ponía muy nerviosa. Ella se quitaba la ropa entre suspiros de dolor como si tal cosa, como si yo no estuviera allí. Al ponerle la bolsa en la pierna para que la escayola no se mojara tenía que ponerme de rodillas; ella completamente desnuda, su sexo a pocos centímetros de mi cara. Tenía moratones por todo el cuerpo, así que no podía decir que me resultara atractiva esas primeras veces, pero había algo…

Nos peleábamos por la esponja. Yo quería enjabonarle todo el cuerpo y ella no permitía que lo hiciera por determinados sitios.

—Esto ya lo hago yo —decía.

Muchas veces acababa yo empapada porque no conseguíamos coordinarnos del todo bien. Que si dame tu hombro que me apoyo, que si quita que me estás mojando, que si no me sueltes, que si trae la alcachofa que te aclaro por aquí. En fin, un cuadro.

Reconozco que me encantaba ver el agua saltar en sus pechos y bajar luego por el vientre hasta morir en su pubis.

Me daban ganas de beber de ese agua.

Por cierto, ¿tienes agua? Estoy un poco seca.

Gracias.

3

Un día estábamos Ioana, Liz y yo tiradas en el sofá dispuestas a pasar otro fin de semana confinadas. Empezaba a hacer calor y Ioana vestía con un short y una camiseta de manga corta. Le dije que le cortaría las puntas de la melena porque las tenía abiertas. En realidad, tenía ganas de que desapareciera el rosa de su pelo. Cantaba demasiado. Ella asintió sin dejar de mirar la tele. Tenía la pierna escayolada encima de mi regazo y el short se le abría por la ingle. Había visto su pubis muchas veces, pero aquella vez, visto así, de refilón, parecía algo prohibido y, por lo tanto, excitante. Comencé a acariciarle el muslo, así, subiendo con las yemas y bajando con las uñas. Cada vez subía un poco más. Ella me miró de reojo y abrió la pierna un poco. Le ardía la piel. O tal vez era mi mano la que ardía. Mis dedos se metieron bajo el pantalón. Ya casi rozaba su vello púbico cuando noté una extraña vibración en mi entrepierna. Al principio la asocié a la excitación, pero no tardé en descubrir que estaba recibiendo una llamada.

La cara de Carlos apareció en la pantalla de mi móvil y, sin descolgar, ya sabía que estaba en Zaragoza.

—No, ahora no…

—¿Qué pasa? —preguntó Ioana incorporándose rápidamente.

—Mi hermano está aquí. Querrá que le vaya a buscar a la estación.

Nos miramos con preocupación.

—Bueno, no pasa nada —dije—. Sólo eres una amiga que está aquí porque necesita ayuda.

—Sí, vale.

—Voy a buscarle. No te muevas.

—No podría aunque quisiera.

De camino al garaje hice cálculos. Mi casa iba a tener tres personas y dos camas. Las cuentas no salían.

Rodeé la ciudad por la Z-40. Lo último que quería era quedarme atascada en los semáforos de Vía Hispanidad. El alquitrán de la calle ardía y ascendía formando ondas en el horizonte. Mirando por la ventanilla pensé que, si Zaragoza no fuera una ciudad, sería un desierto en el que nadie pondría un pie. Sólo la característica de ser un cruce de caminos junto a un río caudaloso

la ha salvado del ostracismo de la Historia. ¿Quién me salvaría a mí de esta?

Llegué a la estación de Delicias y dejé el coche en segunda fila mientras mi hermano corría hasta él. Un taxi nos pitó y Carlos le pidió disculpas con la mano. O lo mandó a la mierda, no me quedó claro.

—Le he dicho a los papas que me quedo en tu casa —dijo nada más cerrar la puerta.

—¿Y dónde te vas a quedar?

—Con un chico. Estaré bien. Es muy majico.

En ese momento sólo pude dar gracias a Grindr.

Carlos toqueteó el GPS y enseguida la máquina me comenzó a dar órdenes de por dónde ir.

—¿Seguro que estarás bien?

—Sí, tranquila.

—¿Llevas…? Ya sabes…

—¿Preservativos?

—Sí —dije.

—Si no llevara, ¿me los ibas a dar tú? —bromeó—. Sí, llevo.

—¿Qué tal la Selectividad?

—Ya no se llama así, pero bien. Los papas se han quedado tranquilos, pero yo sigo sin saber qué haré. ¿Y tú qué tal? ¿Ya te has curado de la gripe esa?

Tosí un poco.

—Sí, sí —dije—. Ya sé que os parecí una exagerada, pero con estas cosas, nunca se sabe.

El GPS me obligó a meterme por Vía Hispanidad.

—Ya, claro. ¿No pretenderás que me lo crea?

—¿Qué quieres decir?

El tonito inquisidor de mi hermano, los putos semáforos y el autoritarismo del GPS me ponían de los nervios. El calor tampoco ayudaba. Si estábamos así en junio no quería ni pensar cómo estaríamos cuando llegase agosto. Subí dos puntos el aire acondicionado y los ventiladores comenzaron a tronar.

—Sigues con la chica esa, ¿verdad?

—¿Qué chica? ¿Qué dices?

Algo debió notar en mi voz porque no me creyó. Eso y que en la pantalla del ordenador de a bordo apareció un mensaje de Ioana: "¿Os queda mucho? ¿Preparo algo para cenar?".

—¡Es que lo sabía, co!

—No, no, no te confundas. Es sólo una amiga.

—Gire a la derecha en la siguiente intersección —dijo el GPS.

—Ya, ¿y qué hace en tu casa? Porque es obvio que está en tu casa.

—Está escayolada y necesitaba ayuda. Además, ¿a ti qué coño te importa?

—Gire a la derecha… Recalculando.

—Es más, ¿con qué superioridad moral te crees para juzgarme?

—Recalculando… Recalculando.

Apagué el aparato, lo cual fue un error porque el piso del amigo de mi hermano estaba en Valdefierro y siempre me pierdo por ese barrio.

—¿Pero es que no te das cuenta de lo que le puedes hacer a los papas?

—Podemos…

La altura de los edificios bajó de manera repentina. De los pisos verticales pasamos a las casas de una planta, a los coches aparcados en ambas aceras y al miedo a toparte con algún vehículo en un cruce de calles.

—Les va a dar algo. ¡Co, nos van a desheredar!

—¿Y vas a vivir siempre así, a escondidas?

Conducía con el cuerpo echado hacia delante, asomando el morro en cada intersección, leyendo los nombres de las calles y dando vueltas al barrio sin encontrar nuestro destino.

—¿Cómo era la calle? Creo que por aquí ya hemos pasado.

—No lo sé —respondió irritado Carlos. Iba agarrado a su mochila donde llevaba lo mínimo para pasar el fin de semana—. Hay más hombres gays en el pueblo, ¿lo sabías? Lo mío no es tan grave.

—¡Pero serás cabrón!

Un chico rubio y de ojos azules nos saludó desde la acera.

—¡Para, para! Es él.

Detuve el coche en seco y recé por que no viniera nadie detrás. Carlos se bajó.

—Carlos, Carlos, ¡espera!

Puse las luces de emergencia, que es como una carta blanca para dejar el coche donde quieras, y me bajé tras él. Le agarré del brazo. Su cita nos miraba más con una curiosidad antropológica que con impaciencia o malestar. Estaba claro que no era español. O sí. ¡Yo qué sé!

—Carlos, por favor, no se lo digas a los papas.

Mi hermano me lanzó una mirada vacía, se zafó de mi mano y fue hasta el chico, al que saludó con dos besos. En ese momento, un coche entró en la calle y tuve que arrancar y volver a casa.

Ioana me preguntó lo evidente cuando le conté lo ocurrido.

—Pero tu hermano no te va a delatar porque él también es gay, ¿no?

Agarré un cojín y me lo puse en la cara. Es verdad que hay más gays en el pueblo. Mi madre ha hablado de ellos en alguna ocasión con esa indulgencia paternalista que le han enseñado en misa: Señor, perdónales porque no saben lo que hacen.

Pero no hay ninguna lesbiana. Bueno, miento. Había una, y ya fuera por cosas de familia, de la guerra o de su sexualidad, a mi madre le caía fatal. De hecho, me prohibió salir con ella. Le hice caso. Después de haberle hecho el vacío abandonándola por mis amigos ella tampoco quería saber nada de mí. Y ahora que necesitaba representación en el pueblo, ese vacío se me estaba volviendo en contra.

4

Conforme avanzaba el verano, Ioana iba teniendo más autonomía y ya podía dejarla sola en casa. Bueno, sola no, que estaba con Liz. Un sábado, les di un besito a las dos y cogí el coche dirección al pueblo. De vez en cuando, me miraba en el espejo del parasol y me veía un brillo en los ojos que estaba segura que mis hermanos no lo pasarían por alto. Sin embargo, nadie notó la felicidad reflejada en mis ojos. Allí, cada uno iba a su rollo.

—Claro, dejas de venir los fines de semana y se viene todo abajo —me reprochó Carlos.

—Ni que yo fuera la moderadora de la familia.

—Los papas están de uñas.

—Pero, ¿qué ha pasado?

Mi hermano me contó que mis padres le habían pillado una revista gay. Él les mintió diciendo que regalaban una muestra de un perfume que le gustaba mucho, pero que es muy caro.

—No sé qué fue peor, si que creyeran que fuera gay o que fuera de pobre por la vida, rascando muestras de revistas guarras. El papa estampó su mano en la mesa con una fuerza y una rabia que no le había visto en la vida. Cuando la levantó, había un billete de 100 euros. Yo intentaba disimular el acojone que llevaba encima. Luego dijo: "Cómprate la puta colonia de los cojones, pero no quiero ver una revista de maricones en esta casa en la vida".

—¿Y tú qué hiciste?

Carlos acercó su cuello hacia mí. Olía muy bien.

Luego llegó Elvira. A mesa puesta, como quien dice. Iba en pijama, algo que me descolocó, se sentó a mi lado y sólo abrió la boca para comer la lechuga de la ensalada. Mi madre, que llevaba la botella de vinagre en una mano, le dio un manotazo.

—Que está sin apañar —le dijo.

Y acto seguido echó un chorro de vinagre a la cara de mi hermana. Te lo juro. Me quedé pasmada. Elvira saltó de la silla y gritó.

—Joder, mama, se te va la olla.

—¿A mí se me va? ¡Tú! ¡Tú no haces más que darme disgustos! ¿Qué he hecho yo para que me tratéis así? Nunca os ha faltado de nada y tú me lo pagas así.

Elvira se fue a lavarse la cara.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté.

Mi hermano iba a responderme, pero en ese momento entró mi padre. Tardó en verme. Venía de hacer leña a juzgar por la suciedad de sus manos. Echó a un lado a Elvira y las puso bajo el fregadero. Fue entonces cuando me vio.

—Hombre, Lorena, ¡qué honor verte por aquí!

Carlos se apartó de mí, como si le fuera a contagiar un virus letal. Sin

embargo, mi padre dulcificó el gesto conforme se acercó a mi sitio. Al fin y al cabo, yo era su única hija modélica en aquel comedor. Mi padre me acarició la mejilla, que era lo máximo que se le podía pedir en cuanto a gestos de cariño.

Me preguntó por mi trabajo, por la vida en Zaragoza y hasta por esa amiga de la que estaba cuidando.

—Ya está mejor. De hecho, ya le han quitado la escayola y todo.

—Entonces ya se habrá ido a su casa, ¿no? —dio por sentado mi madre.

—Sí, sí —mentí.

—Tráela para las fiestas.

—¿Cómo? —preguntamos Carlos y yo a la vez.

—Pues eso, que la traigas. ¿No es tan amiga tuya?

—Bueno, ya veremos —respondí sin saber dónde dejar la servilleta. Si no sabía dónde meterme yo, ¿cómo iba a saber dónde meter el menaje del hogar?

Comimos en una tensa calma, intercambiando tres o cuatro frases cada uno, salvo Elvira, que permaneció muda durante toda la comida. Tenía el rostro cansado, ojeroso y pálido. Yo había visto esa imagen antes y, sin que Carlos me contara nada, ya podía figurarme qué le pasaba a Elvira. Además, José Luis no estaba y eso era muy raro.

A los postres, mi hermano me hizo un rápido resumen: Elvira y José Luis se habían separado y ella pasaba los fines de semana de farra por ahí. Había vuelto al consumo de drogas, pero, en esta ocasión, no tenía a su novio para pasar con él el síndrome de abstinencia como en los viejos tiempos.

Tampoco pude hablar con ella. Subió a su habitación sin despedirse nada más acabar de comer. Fui tras ella.

—Hola —la saludé desde la puerta.

En el marco, la madera estaba resquebrajada, como si hubieran puesto un candado y alguien muy fuerte lo hubiera hecho saltar abriendo la puerta de una patada. O un hachazo. No me podía imaginar por lo que estaba pasando mi hermana, atrapada en una casa en la que no era bienvenida, castigada por no cumplir sus deberes de buena esposa.

Me senté en la cama junto a ella. Tiritaba. Le agarré la mano y le acaricié los dedos.

—¿Qué ha pasado, Elvira?

Ella no me contestó de primeras. Frotaba su cabeza en mi hombro como lo hacía Liz.

—Yo sólo quería volver a abrir la peluquería.

Estuvimos un rato así, fingiendo ser un par de hermanas normales, con una vida normal en un mundo normal.

Al bajar para despedirme, mi padre me pilló por banda. Su cara amable estaba muy lejos de aquella otra que le mostraba a mi hermana. Seguía siendo su ojito derecho.

—¿Echamos un guiñote, como en los viejos tiempos?

Y tan viejos. No jugaba a las cartas con mi padre desde hacía siglos. Primero porque yo apenas pisaba el pueblo y segundo porque mi padre tiene

que llevar gafas para poder ver las cartas, pero no quiere admitirlo. En más de una ocasión sus amigos del bar le pillaron en un renuncio por echar la carta que no era.

Nos sentamos en la misma mesa donde habíamos comido. Mi padre se colocó las gafas y jugamos al mejor de cinco. Le sorprendió que no hubiera perdido ni un ápice de inteligencia en el juego y le comenté que solía jugar con Ioana.

—¿Qué Ioana? —me preguntó.

Entorné los ojos. Hacía escasa media hora la había invitado a las fiestas y ahora no sabía de quién le hablaba.

—Ah, vale. Oye, pues tráela para las fiestas.

No le conté todo esto a Ioana cuando llegué a casa. No me apetecía revivir todo de nuevo. Ya se lo contaría en otro momento.

Además, estaba trabajando con su ordenador y no quería distraerla. Estaba de vacaciones y quería aprovechar esos días para sacar un encargo importante.

Le abracé por detrás y le di un beso en el cuello. Tenía la piel caliente y me reconfortó.

—Es como si escribieras en marciano —le dije cuando me asomé a la pantalla.

—Parecido. Es JavaScript —Reflexionó un momento, y luego añadió—: En realidad, estoy convencida de que si alguna vez tenemos contacto con vida en otros planetas, será a través de lenguaje de programación cuántico, así que está cerca.

—¿Y universos paralelos?

—Mmm, puede ser. Al fin y al cabo, con JavaScript se pueden hacer sentencias if else.

—¿If qué?

—If else: Si ocurre esto, haz esto, y si no, haz lo otro.

—Y ahí se abre un nuevo universo paralelo.

—Eso es.

—El universo habla JavaScript.

Ioana se rio de mi ocurrencia.

Ioana siempre se reía de mis ocurrencias, por muy tontas que fueran.

5

Ya os dije que tuve que hacer cálculos de personas y camas cuando mi hermano me avisó por sorpresa de que venía, pero en otra ocasión no tuve tanta suerte con el invitado y Gabi se presentó en mi puerta una tarde de viernes. Había dejado a Lorien con su padre y pretendía pasar un fin de semana loco conmigo. Sin embargo, en cuanto vio mi cara de póker al abrirle la puerta entendió que igual había llegado en mal momento.

Liz llegó al recibidor, husmeó a Gabi y se restregó por su pierna. Mi

amiga miró a la gata y luego me miró a mí.

—¿Desde cuándo tienes gato? ¡Oh, Dios mío! ¿Estás con alguien? —dijo estirando el cuello por encima de mi hombro.

—Sí, bueno no. Es decir, sí, pero…

—¡Lo sabía! ¿Sabes por qué? Porque la tarotista acertó de pleno. ¡Es buenísima! Me gustaría que fuéramos a verla otra vez.

Gabi entró en mi casa y me empujó para hacerse paso.

—¿Cómo? Pero si tú no crees en estas cosas.

Tuve que dejarla entrar, obviamente. Ella se metió hasta el salón y dio un brinco al ver el ordenador de Ioana montado sobre la mesa. Ioana se asomó desde el sofá y la saludó con la mano.

—Hola… —respondió Gabi, luego se giró hacia mí, esperando una explicación.

—Ioana es una amiga. Tuvo un accidente con la bici y la escayolaron. Le dije que se viniera a mi casa para poder llevarla a rehabilitación y esas cosas.

—Oh, vaya. Pensaba que la tarotista también había acertado contigo y estabas con un hombre.

Dejó la mochila en el suelo y se sentó en el sillón.

—Encantada —dijo por fin.

Ioana sonrió con educación.

Gabi se sentía incómoda. Pude notarlo en cómo se frotaba las manos hasta retorcerse los nudillos. Le traje una cerveza, le dio un trago y pareció calmarse.

—Como te decía, la tarotista esa acertó de lleno conmigo. Lorien y yo llegamos al pueblo. Él no es tonto, que para eso es hijo mío, y enseguida se dio cuenta de que no nos quedábamos sólo para el verano, pero no le importó. Se ha juntado con los chicos del pueblo, va a la piscina, al bar, al campo. Todo el día con la bici arriba y abajo. Lo pasa genial.

—¿Y tú?

—Yo con que él sea feliz ya tengo suficiente. Trabajo en el bar de mis padres. Me han dejado escaparme este fin de semana.

—Bueno, no es el trabajo de tu vida, pero así te mantienes ocupada, ¿no?

—Sí. A ver, si te gusta la gente y eso trabajar en un bar está bien. Y también les he hecho una limpia de proveedores, que pedían demasiadas cosas que no se vendían.

—El problema es que a Gabi no le gusta la gente —le dije a Ioana a modo de broma.

—¡No es verdad! Tampoco es que sea una hater ni nada de eso —se defendió mi amiga—. Es sólo que, de entrada, la gente me cae mal. Luego ya, si eso, me van cayendo mejor.

—Ajá —dijo Ioana.

—¿El ordenador es tuyo?

El interés de Gabi por Ioana era genuino. Comprendía que yo tenía que rehacer mi vida también, construir nuevas amistades.

—Sí, soy p-programadora.

Conozco muy bien a Gabi y supe que en ese momento hizo un gran esfuerzo por no reírse del tartamudeo de Ioana.

—¿Hiberus? ¿Integra? ¿Everis?

—He t-trabajado en las tres. Ahora estoy en una más p-pequeña.

—Mejor para ti. Al final en las empresas grandes acabas siendo sólo un número.

Ioana sonrió. Le miré la pierna. Pocos días atrás le habían quitado la escayola y se la habían cambiado por una venda. El dibujo de L corazón I era ya historia.

Me quedé empanada con los ojos clavados en la pierna mientras volvía a pensar en el tema de las camas. Ioana había empezado nuestra convivencia durmiendo en la cama de la otra habitación porque la escayola era muy incómoda para compartir colchón. Ahora que tenía un vendaje, algunas noches, cuando no le dolía en exceso, dormíamos juntas. Y si bien eran pocas noches a la semana, en mi habitación quedaban rastros suyos: el olor, una sudadera en el respaldo de la silla, las zapatillas de ir por casa.

Por lo visto, ellas estuvieron hablando un rato sobre el mundo laboral en Zaragoza mientras yo decidía con quién iba a dormir esa noche.

—Lo mejor será que Ioana se quede donde está y Gabi duerma conmigo —dije.

Las dos me miraron sorprendidas, como si hubieran olvidado que yo seguía allí.

—Igual duermo yo con Ioana —bromeó Gabi.

Ioana se rio. Yo lo hice unos segundos más tarde, cuando me di cuenta de que si no lo hacía sería sospechoso, pero la verdad es que no me hizo ninguna gracia. Empezaba a desarrollar un sentimiento de propiedad muy fuerte hacia Ioana.

—Venga, ¿nos vamos a tomar algo por el barrio? —sugirió Gabi.

—Ioana no está para muchos meneos.

—¡Cómo que no! —saltó Ioana—. Si voy al médico, puedo ir al bar.

—¡No se hable más!

Gabi se levantó de un brinco y su pelo saltó como un muelle. No lo tenía tan cuidado como antes, pero estaba mucho más guapa y ella lo sabía. Ya en el bar, sonreía, bromeaba, toqueteaba constantemente a Ioana cuando ella de normal es más jasca que un bocadillo de tuercas. Había algo en ella que irradiaba luz. Habló por los codos de su nueva vida, del color que estaba tomando la piel de Lorien, de la gente del pueblo, adúlteros, jugadores, ganaderas…

—Hay hasta una pareja de lesbianas, ¿os lo podéis creer?

Yo me mantuve imperturbable y Ioana me miró de reojo, aguantando una sonrisilla diabólica.

—Claro —dijo Ioana—, es que nos pensamos que en los pueblos son unos paletos y no.

—Bueno, en el mío sí. Los primeros, mis padres.

Zanjé así ese tema antes de que adquiriera un interés desmedido en aquella conversación.

Ya en casa, hicimos la cena y vimos un poco la tele. Ioana fue la primera que se retiró a su dormitorio diciendo que la medicación le daba sueño. Gabi y yo no tardamos en irnos a dormir también.

Nos tumbamos en mi cama, hombro con hombro. Es un decir, hacía calor y no queríamos que se nos pegara la piel de la otra. Recuerdo que estábamos las dos boca arriba, con las manos en el pecho, como esperando a que nos viniera el sueño como por arte de magia.

Así, en susurros y en mitad de la oscuridad, me confesé.

—Gabi.

—¿Qué?

—Tienes razón: la tarotista también acertó conmigo.

—¿Qué quieres decir?

—Ioana es… más que una amiga.

La cabeza de Gabi giró en el almohadón para verme. Aunque es un decir puesto que nos envolvía la negrura.

—¿En serio?

—No me juzgues, por favor. Aun no sé qué pensar.

—¿Estás bien con ella?

—Sí, mucho.

—Pues eso es lo único que tienes que pensar —dijo, y se hizo el silencio durante un rato. Luego, siguió susurrando—: Me parece muy maja. Deberíais veniros a Ráfales algún día. ¡Y lo mejor! Ahora tu hermano y tú podéis aunar fuerzas para contárselo a vuestros padres.

—Sí, claro —respondí.

Y en verdad, me lo creí. Me sentía tan liberada al contarle a mi mejor amiga que mi pareja era otra mujer que me sentí capaz de todo.

6

Me creí capaz de todo… Dentro de las cuatro paredes que era mi casa. Cuando salimos a la calle, la historia era otra.

Gabi, Ioana y yo fuimos al centro a la tarde siguiente. Sin mucha historia: nos sentamos en una terraza, nos tomamos un helado, paseamos por Independencia hasta que a Ioana le aguantaron las fuerzas en las manos. Sin la escayola había ganado movilidad, pero aun dependía de las muletas para andar.

Zaragoza estaba preciosa. Sol, una leve brisa, ¡hasta la gente sonreía! Además, entre Gabi y Ioana había tan buen rollo que casi me ponían celosa.

—¿Y no echas de menos Rumanía? —le preguntó Gabi.

—Prefiero el cierzo a estar a 30 grados bajo cero. Bueno, no. Lo que no echo de menos es atropellar borrachos en la carretera —soltó Ioana mientras

sorbía de su pajita. Llevaba el pelo recogido y unas gafas de sol y estaba preciosa.

Gabi y yo la miramos con los ojos desencajados y le exigimos que nos contara aquello.

—Yo no lo atropellé —comenzó—. Tendría 9 o 10 años, porque fue poco antes de venirnos a Zaragoza. Iba en el coche con mi tío, en el asiento de atrás. Me acuerdo de que yo estaba toqueteando la pestaña de un disquete en el que llevaba mis deberes de informática. ¡Qué tiempos! Era muy temprano. Pasábamos por una zona rural y un señor apareció por un lado de la carretera. Debía haberse perdido en el bosque al volver a casa. ¡Yo qué sé! Yo hacía clac, clac, clac con la pestaña del disquete y mi tío se giró dos segundos para pedirme que parara porque le estaba poniendo nervioso. En esos dos segundos el borracho puso un pie en la carretera y el guardabarros de nuestro coche le dio de refilón. El hombre dio dos vueltas como una t-ti…

En ese momento, Ioana se atascó. Se rascó la frente mientras repetía titi todo el rato.

—¿Como una tirita, una tinaja, una tijera…? —le ayudé.

—No. Es una cosa que gira así —dijo haciendo girar un pirulo imaginario.

—¿Una peonza? —preguntó Gabi.

—¡Sí, eso! Es que en rumano se dice titirez y se me ha cruzado en la cabeza. Bueno, el borracho dio un par de vueltas y se cayó al suelo. Mi tío bajó del coche y, aunque me pidió que yo me quedara dentro, bajé detrás de él. Mi tío le preguntó si se encontraba bien y le ayudó a levantarse. El borracho se puso borde. Movía los brazos para quitarse de encima a mi tío y decía que sí, que estaba bien, que lo dejara en paz. Nos quedamos como dos tontos mirando cómo el borracho acababa de cruzar la carretera para meterse otra vez en el bosque.

—¡Qué fuerte! —dijo Gabi—. Lorena también atropelló a una señora.

Di un brinco en mi silla.

—¿Qué dices pues?

—¿No te acuerdas? Estábamos en Sabiñánigo y te saltaste un paso de peatones. Te llevaste a una señora por delante.

—¿Perdona?

—Sí, sí. Menos mal que ibas despacio y que la señora cayó sobre su carro de la compra, si no, le habrías hecho un destrozo. ¿No te acuerdas? Joder, tía. Esto es de lo más normal —le indicó a Ioana—. Cuando algo no le gusta o le resulta traumático o vergonzoso, lo borra de su mente.

—Eso no es verdad —me defendí y para evitar que siguieran difamando me levanté de la mesa—. Bueno, ¿qué? ¿Arrancamos o segamos? —dije.

Gabi se puso en pie de un salto.

—Vamos a bailar. El Umala ya estará abierto.

Le informé que, por si no se había dado cuenta, Ioana no estaba para bailar, pero la aludida tenía otra opinión.

—¿Cómo que no? —dijo, y se puso en pie, apoyada en las muletas—. Estoy lista para perrear.

—¿Será verdad? —le pregunté sorprendida.

Ella asintió. Eran dos contra una, así que nos fuimos al Umala.

Estaba abierto, pero aún era pronto y no había mucho ambiente, lo que les pareció perfecto porque tenían toda la pista para ellas. Yo me quedé en la barra pidiendo los cócteles. Pedí uno sin alcohol para Ioana, porque seguía con la medicación, y al final me lo tuve que beber yo porque ella se bebió el mío.

Un chico se acercó a Gabi y Ioana aprovechó ese momento para venir a la barra conmigo.

—¿Por qué no bailas?

—Me da vergüenza.

—¿Tan mal bailas?

Aquí fue cuando se bebió mi cóctel pese a mis protestas.

—No sé si bailo mal, pero me da vergüenza moverme delante de la gente.

Ella se acercó a mí hasta que no quedó hueco e inclinó su cabeza hacia mi oreja.

—¿Y luego en casa bailarás para mí? —me preguntó.

Bailar me da vergüenza, pero todas esas carantoñas en un lugar público me estaban dando más palo todavía. Me zafé de ella y salí a la pista a moverme como un pato mareado. Ioana me miraba divertida desde la banqueta hasta que se cansó de ser sujeto pasivo y quiso entrar en acción.

Ayudada por la muleta, se acercó a mí. No me preguntes cómo lo hizo, pero se puso a perrearme. Ponía su culo en mi pelvis y yo no entendía por qué la tierra no se abría debajo de mis pies y me tragaba. Encima, Gabi la animaba más.

—¡Tengo que ir al baño! —les dije antes de huir de ahí, acalorada por la vergüenza y el enfado.

Ioana no tardó en aparecer en los aseos. Me encontró sentada encima de la tapa del váter. Se apoyó en el umbral de la puerta, con la cabeza apoyada en el quicio, y me dedicó una mirada comprensiva. Tenía los coloretes rojos.

—Esto me recuerda a la primera vez que nos vimos, en el baño del restaurante. Estabas muy guapa. Como hoy.

La miré con suspicacia. Ioana es una zalamera.

—Perdón. No quería incomodarte —dijo ella.

—Pues lo has hecho.

—Sí, ya lo veo. No pensaba que te fuera a molestar. Estábamos pasándolo bien.

—Ya, pero es que yo no estoy fuera del armario. Para ti puede ser normal, pero para mí no. Todavía no.

—¡Si sólo éramos dos amigas bailando!

—Pues haber bailado con Gabi.

—¡Ja! Si lo hubiera hecho te hubieras puesto celosa.

—¡Qué va!

—Lorena… Que nos vamos conociendo.

La miré. Me había pillado. Quizá había sido demasiado obvia al mostrarme molesta por su complicidad.

—Os lleváis muy bien.

—Sí, Gabi es muy maja, pero nunca perrearía con ella. Sólo tú eres mi perrilla —dijo y me pizcó la mejilla.

—Tu perrilla… —repetí con guasa—. Anda, tira.

—¿Bailarás para mí en casa? Cuando Gabi ya no esté.

Me puse en pie y me arreglé la ropa.

—Ya veremos —dije envalentonada al salir del baño.

Esto que te cuento te parecerá una tontería, pero tiene su porqué.

Ya lo verás.

Unos días después de aquello, a Ioana le quitaron por fin la venda de la pierna. Ella se notaba con más movilidad y con el calor era más una molestia que otra cosa.

Hablamos sobre si debía volver a su casa o quedarse conmigo y concluimos que lo mejor era seguir en mi piso, para que yo pudiera llevarla a rehabilitación cuando le hiciera falta, aunque las últimas veces ya había ido ella sola. En realidad, Ioana era perfectamente autónoma, pero necesitábamos una excusa para seguir estando juntas. Yo la necesitaba.

De paso, también se quedó fija en mi cama.

¿Que si tuvimos sexo? Es una pregunta un poco morbosa. La respuesta es que sí. ¿Que cómo fue? ¿A qué te refieres? ¡Ah, eso! Sí, fue deseado. Y sí, yo lo disfrutaba mucho. Con una chica es menos violento, creo que se pueden hablar más las cosas. Al menos yo con Ioana me sentía muy cómoda. Fue muy natural y muy sensual a la vez. A ver, al principio, con la escayola y eso, no lo hacíamos. Nos dábamos mimitos, nos enrollábamos de vez en cuando, pero no íbamos a más. A ella le cortaba el rollo no poder moverse como quería, y se frustraba. Yo le decía que no pasaba nada, que podíamos esperar, que teníamos toda la vida por delante. Cuando por fin pudimos hacerlo fue como si toda la energía sexual que no habíamos consumido durante semanas explotara en los casi dos metros cuadrados que era mi cama. Nunca había sentido nada igual. Si os soy sincera, todavía siento un hormigueo en el estómago al recordar a Ioana desnuda encima de mí.

Siento que tengas que oír esto, Jorge.

¿Que si me he acostado con otras mujeres antes? ¡Por supuesto que no! No estaría aquí si lo hubiera hecho, ¿no crees?

7

Me rondaba la cabeza la idea de llevar a Ioana al pueblo. Antes incluso de que me lo sugiriera mi padre. Pero no quería llevarla como una amiga, sino como mi pareja. Vivía muy a gusto con ella, era una persona sensacional,

inteligente y divertida. ¿Que era una mujer? Sí, ¿y qué? ¿Acaso no preferirían mis padres eso a que saliera con un samarugo o que me quedara sola?

Pero al instante siguiente de pensar eso me acordaba de mis hermanos. Carlos insistía en que no le dijera nada a mis padres, que si salía yo del armario le ponía a él en una situación comprometida.

—¿Pero no decías que a ti te lo perdonarían? ¡Pues qué más te da! —le decía yo.

—Ya, pero si te adelantas pensarán que yo no tengo personalidad. Además, ya sabes cómo son. No soportarían tener un hijo homosexual, como para tener dos.

—Siempre puedes seguir vendiéndote por una colonia.

—Mírala ella, que ahora va de digna. Si quieres hablo, eh, Lorena. Si quieres, hablo.

¿A qué se refería? ¡Vete a saber! No deja de ser un crío al que se le va la fuerza por la boca.

Discutí con mi hermano un par de veces por lo mismo. Necesitaba un aliado que me apoyara en el momento más difícil de mi vida.

—Pídeselo a Elvira.

—¿Pero tú has visto cómo está? Nosotros somos los que deberíamos ayudarla a ella y míranos, discutiendo por ver quién sale antes del armario. Su salud está en peligro.

—Bueno, Lorena, la nuestra también, eh.

Es verdad que Carlos puede ser muy dramático a veces, pero en esta ocasión, no iba tan desencaminado.

—Creo que al papa se le está empezando a ir la cabeza —le dije.

Estábamos en la puerta falsa de casa. Mi hermano fumaba un cigarro después de comer. Teníamos ante nuestros ojos campos y árboles y un poco más lejos, el monte. Algún día, todo eso sería nuestro. Bueno, el monte no, pero los campos sí. Era una conversación que nunca abordaba con mis hermanos, la de qué haríamos con todos esos campos, ahora con muy poco valor, cuando mi padre no estuviera.

—¿A qué te refieres con que se le va la cabeza?

—No sé, que repite cosas, que no se acuerda de lo que ha dicho hace un momento.

—Pues yo vivo con él y no he notado nada.

—¿Hablas con él al menos?

—La verdad es que poco. Ya ni me pregunta qué carrera voy a hacer.

—¿Ves?

—No creo que sea porque se haya olvidado, sino porque se habrá dado por vencido.

A mi hermano le tiraba la mecánica. Se le daba bien arreglar motores y mi padre quería que estudiara alguna ingeniería, pero Carlos no quería estudiar más.

Elvira salió y se unió a nosotros. Estaba en una especie de éxtasis,

sonriendo al cielo mientras el sol le calentaba la cara.

—Elvira, ¿estás bien?

—Mejor que nunca —dijo.

Carlos y yo nos miramos y pactamos en silencio hacer la vista gorda. Llevaba unos días mal, con el ánimo por los suelos, de broncas con mis padres, de autolesiones leves, y para una vez que la veíamos en paz y tranquila, la dejamos estar. Creo que independientemente de lo que le dijéramos, ella ya estaba en su camino. No podríamos haber parado lo que finalmente acabó ocurriendo. Recuerdo que abrió los ojos y me miró sonriente, ignorando lo que su destino tenía preparado para ella.

—¿Vas a traer a tu novia a las fiestas? —me preguntó mi hermana.

—Pues igual sí, no se lo he preguntado. Pero no sé si presentarla como mi pareja.

—Hazlo. Yo te defenderé —dijo.

Miré a Carlos que apuró el cigarro, lo tiró al suelo y lo aplastó con su maripí del 45.

—Está bien. Yo también te defenderé si hace falta.

Pasé mis brazos por encima de sus hombros y los atraje hacia mí.

¿Tú tienes hermanos? Sé que Jorge no. Siempre está bien tener unos hermanos con los que puedas contar.

Volví a Zaragoza armada de valor e invité a Ioana a las fiestas del pueblo, que serían en un par de semanas.

—Pero… ¿estás segura?

Asentí realmente convencida. Tampoco sabía lo que el destino me tenía preparado.

8

Había una persona a la que quería presentar a Ioana antes de llevarla al pueblo.

Jorge llegó a mi casa entusiasmado, con una botella de champán en las manos y una sonrisa de oreja a oreja. Temí que hubiera entendido mi invitación por donde no era.

—¿A qué viene todo esto?

—¡Qué bien que me hayas invitado a tu casa! Tengo algo que contarte —dijo, y sin esperar a que le ofreciera entrar, se metió hasta el salón.

No te preocupes, Jorge. No me sentó mal. Sabes que tú eres bienvenido a mi casa siempre.

Al ver a Ioana se quedó parado.

—Jorge, esta es Ioana. Era por lo que te he invitado. Quería que la conocieras.

—Ah, muy bien —Se acercó a ella y le extendió la mano—. Encantado.

Ioana se la estrechó.

Luego Jorge vio a la gata e hizo un triángulo con la mirada entre la gata, Ioana y yo, siempre con el ceño fruncido, ese que pone cuando está intentando atar cabos.

—¿Recuerdas mi última cita de Destiny? Os dije que había ido mal, y era verdad. La aplicación me trajo a Ioana y, aunque al principio me lo tomé a mal, la fui conociendo y… Bueno, ahora estamos saliendo.

Se quedó mudo mientras calculaba la hipotenusa de nuestro triángulo.

—Jorge, ¿estás bien?

Le cogí del hombro y le sacudí, pero no reaccionó. Estaba en shock.

—Será mejor que m-me vaya —dijo Ioana—. Voy a la pelu.

—Pero si la cita es en dos horas —le dije.

—Sí, así m-me hacen esperar más t-tiempo.

Quiso darme un beso en los labios, pero le puse la mejilla y la cosa quedó en un beso incómodo.

Acomodé a Jorge en el sofá y metí el champán a la nevera. Estuve unos minutos en la cocina, esperando escuchar algún ruido en el salón que me indicara que Jorge había vuelto en sí. Como no hubo ruidos volví a su lado y le puse la mano en la rodilla. Él se alejó de mí y mi mano cayó muerta en el sofá.

—Entiendo que haya sido un shock para ti. Lo ha sido también para mí…

—¿De verdad lo ha sido? —soltó.

—Sí, claro. ¿Qué querías contarme? —le pregunté en un intento de suavizar su hostilidad.

Sí, Jorge, estabas hostil. Y lo entiendo, de verdad. Después de todo lo que hemos pasado y enterarte de que tu ex es… bisexual, supongo. Bueno, tampoco me voy a poner etiquetas.

—He dejado el trabajo —me respondió con la mirada en otra parte—. Me lo monto por libre. ¿Recuerdas al chico que te quería presentar en La Clandestina? Pues es Iván, mi socio.

—¡Eso está genial! Espero que te vaya muy bien, Jorge. Te deseo lo mejor.

Me acerqué de nuevo y volví a tocarle la rodilla, pero él se levantó. Quería irse.

—Puedes quedarte el champán.

—Espera, Jorge —Le perseguí por el pasillo—. El caso es que quería pedirte un favor.

—¿Qué favor? —preguntó molesto con el picaporte ya en la mano.

—Ioana y yo nos vamos a las fiestas de mi pueblo. ¿Podrías pasarte el sábado a echar un vistazo a Liz?

—¿Quién es Liz?

Y como si supiera que estábamos hablando de ella la gata maulló a los pies de Jorge. Este encogió la pierna y me miró desconcertado.

—¿Pretendes que después de confesar que estás saliendo con una chica y

mientras tú estás de farra por el pueblo yo venga hasta Valdespartera a dar de comer a un gato?

—Por favor.

Jorge se fue sin decir nada más, pero al día siguiente nos llegó a casa un comedero de gatos automático que yo no había encargado.

Cuando Ioana llegó de la peluquería, la que se quedó sin palabras fui yo.

—¿Qué te han hecho? —pregunté horrorizada al verla.

Le habían cortado la melena hasta dejársela a la altura de los hombros y le habían rapado al dos media cabeza por encima de la oreja.

—¿No te gusta?

—¡Claro que no! Tienes unas pintas de bollera que no puedes con ellas.

—Pero es que es lo que soy.

—Ya, pero es que nos vamos a mi pueblo mañana. Tienes que disimular un poco.

—¿Pero no se lo vas a contar a tus padres?

—Sí, es mi intención, pero tampoco quiero ir pregonándolo por ahí.

—Entonces, ¿para qué voy? ¿Para que sigamos siendo unas novias de sofá y mantita?

No me apetecía discutir. No después de la despedida tan áspera de Jorge. Dejé las cosas estar y salimos a cenar para que nos diera un poco el aire y dejar contenta a Ioana. Le permití que me hiciera mimos, que me cogiera la mano, que me mirara como si me fuera a comer ahí mismo. Era algo que aún me incomodaba, pero estaba lejos de casa, lejos de mis amigos y sólo Ioana paliaba mi soledad.

Al final de la noche, acabé viéndonos como una pareja normal.

9

Sólo hay una calle para entrar al pueblo desde el desvío de la carretera, y al principio de esa calle, antes de que te puedas meter a ninguna otra, hay un bar. Siempre hay un bar a la entrada de cualquier pueblo con una terraza muy alcahueta. No es considerado de mala educación desviar la atención de la conversación que estés teniendo para ver pasar el coche que entra al pueblo y hacer el escáner pertinente: marca, color, conductor, ocupantes.

—Me ha parecido que era Lorena Usón e iba con una chica al lado.

—¿Una chica?

O algo así me imagino que dirían cuando vieron mi coche pasar. Yo levanté un poco la barbilla para saludar y ellos hicieron lo mismo.

Reconozco que sentí un hormigueo de felicidad al ver las banderillas colgando de lado a lado de la calle, a la gente vestida de peña con su camisola, de momento, impoluta, riendo y saludándose con la amabilidad que esconden a lo largo del año. Para fiestas todos somos amigos, aunque las peleas más legendarias que se hayan visto en el pueblo han sido durante algunas fiestas.

Esto le iba contando a Ioana para ponerla en canción.

—¿Como cuáles? —me preguntó.

—Una vez vino una orquesta muy mala, pero como la gente iba borracha tampoco se enteraba mucho. Un imbécil desenchufó un par de cables, los instrumentos dejaron de sonar y los músicos se enfadaron, bajaron del escenario y se liaron a hostias con los de la peña del imbécil.

—¡Qué bestias!

—No creas, a las 4 de la mañana podías encontrarte a los músicos tomándose unos litros con los de la peña, todos con los ojos morados, como si no hubiera pasado nada.

Detuve el coche en la puerta de mi casa, pero no apagué el motor.

—Aún estamos a tiempo de volvernos —le dije.

Ioana se inclinó sobre mí con su sonrisa traviesa en la boca. Casi se me salió el corazón del pecho. Luego, giró la llave y el runrún del coche cesó.

Apenas me dio tiempo a sacar las llaves del bolso cuando salió mi madre a recibirme.

—¿Ya has venido? —preguntó antes de abrazarme demostrando una vez más que el aragonés pregunta lo que ve.

—Sí, mamá, ya he venido.

Miró a Ioana y luego me miró a mí. Otra intentando calcular la hipotenusa entre nosotras. No me salían las palabras. Las había ensayado una y otra vez, pero ahora no me salían.

—Soy Ioana —dijo ella—, encantada.

—Ah, muy bien.

Mi madre le dio dos besos y la cosa quedó ahí. Entramos en casa y nos topamos con mi padre en el salón, despatarrado viendo la tele.

—Hola, hija.

Abrazos, besos, preguntas obvias.

—Esta es Ioana. Mi… compañera.

—¡Ah! ¿Tu compañera de piso? ¿La de la escayola?

—Sí, o sea, no. Ioana no es mi compañera de piso, quería decir que es… mi… —Ahora era yo la que tartamudeaba, a la que los nervios la traicionaban y le espesaban la lengua—. Ioana es mi pareja —solté por fin.

A mi madre se le congeló la sonrisa en la cara. Tenía la habilidad de poder quedarse así largos minutos. Cualquier cosa antes de mostrar una emoción que no estuviera aprobada por mi padre. Así se quedó a la espera de su reacción, que no se hizo esperar. Mi padre me miró con los ojos muy abiertos. Parecía enfadado, pero no tanto como yo pensaba que se iba a poner.

—Serás traidora —dijo en tono burlón. Mi evidente confusión le hizo explicarse—. ¡Qué pronto has tardado tú en sustituirme!

—¿Cómo? —le pregunté sacando de la chepa un cuello de tortuga.

—Como yo no veo un pijo, ya te has echado nueva compañera de guiñote.

Mi boca se movía, pero no salían las palabras. Parecía un mal mimo arrastrado por una corriente humana que, por la fuerza de la costumbre, no

podía gritar.

—Al… al… g-guiiiñññ…

Ante el mutismo de Ioana y mi incapacidad para articular palabra, mi padre tomó la palabra.

—Lorena y yo nos apuntábamos todos los años hasta que empezó a tener vergüenza decir que es de pueblo y ya casi no venía por aquí. Pasa, pasa —Mi padre agarró a Ioana del brazo y la arrastró hacia la librería—, te voy a enseñar los trofeos que hemos ganado.

No supe interpretar a mi madre cuando la miré. Era como si, en un primer momento, quisiera una confesión en exclusiva y al siguiente parpadeo deseaba que ratificara la idea de mi padre y que Ioana sólo fuera mi pareja de guiñote. Mi padre mostraba orgulloso nuestros trofeos, esos naipes de bronce sobre un pequeño pedestal que atestiguaban tiempos pasados, tiempos mejores. Era feliz por aquella época porque la ignorancia es una fuente inagotable de felicidad.

Al oír el escándalo que estaba montando mi padre en el salón, Carlos bajó de su habitación. Me abrazó y me dio un beso, momento que aprovechó para preguntarme en voz baja si ya les había contado a mis padres lo mío con Ioana.

—No he podido.

Él me abrazó con más fuerza.

—¡Cuánto amor! —dijo mi madre—. Cualquiera diría que no os habéis visto hace años. ¿No le vas a presentar a Ioana?

—¡Claro!

Carlos le dio un par de besos a Ioana y formalizamos las presentaciones.

—Yo me iba a tomar un vermú —dijo Carlos—. ¿Os venís?

—Bueno, nos tenemos que instalar —dije levantando la mochila.

Mi madre la cazó al vuelo, y luego le arrancó a Ioana su mochila de las manos.

—Irsus, que yo tengo que preparar la habitación de Elvira para esta chica.

—No hace falta, mamá, puede dormir conmigo.

—¡Ni hablar! —Miró a Ioana de abajo arriba—. No cabéis las dos en tu cama.

Se me ocurrían mil maneras de encajar mi cuerpo con el de Ioana para dormir con ella en mi cama, pero no era cuestión de enumerarlas en voz alta.

—No querría ser una molestia. Puedo volverme a Zaragoza por la noche, en el autobús —dijo Ioana.

La carcajada fue coral.

—Esto no es Zaragoza. Aquí no hay autobuses cada quince minutos —le informé.

Carlos insistió en salir de casa y le seguimos. Subiendo hacia la plaza le explicamos lo que había ocurrido y mi hermano rio aliviado.

—Desde luego, no hay más ciego que el que no quiere ver —dijo Ioana —. Y vuestros padres están cegatos perdidos.

10

Para mí fue muy raro. Hacía tiempo que apenas salía por el pueblo. Cuando iba, comía en casa de mis padres y apenas digerido el postre, me subía al coche y volvía a Zaragoza. Me daba urticaria ver a alguien y que me preguntara por mi vida. Y más en ese momento cuando estaba saliendo con Ioana. No podía, ni quería explicarlo. ¿Por qué tenía que hacerlo? Una chica llevaba a las fiestas de su pueblo a un chico y, ¡bum! De manera instantánea ya se sabía que era su novio, le acogían como a uno más y se proponían emborracharlo. ¿Por qué yo tenía que dar más explicaciones?

Si Ioana estaba nerviosa, lo disimulaba muy bien. Caminaba por la calle con su larga zancada y hablaba con mi hermano. Parecía más su novia que la mía.

Fuimos al bar de la plaza cuya terraza estaba a rebosar. Yo miraba a todo el mundo, refugiada tras mis gafas de sol. El mundo, sin embargo, se fijaba en Ioana por su altura y su pelo, y luego, si eso, reparaban en mí, un paso por detrás y con los brazos cruzados.

—¡No me lo puedo creer! —oí a mi espalda—. Lorena, ¿tú por aquí?

Haciendo gala de su arte para el disimulo, Carlos tiró de Ioana y se la llevó dentro del bar.

—¡Vicky! —saludé camuflando mi desgana en una voz de pito que no sé de dónde salió.

—¡Qué fuerte! —Vicky se me acercó y me dio dos besos. Se retiró las gafas de sol y se las colocó a modo de diadema. Llevaba puesta la camisola de la peña—. No sabía que ibas a venir.

—Bueno, yo tampoco. He venido a casa de mis padres y sólo quería salir y tomar algo.

—¡Ni de coña, tía! Esta noche viene una orquesta buenísima. ¡Quédate!

—Si no tengo el abono de fiestas.

—¡Da igual! Yo soy de la Comisión y te pienso colar —dijo, se giró y señaló con los pulgares las letras que había a su espalda donde podía leerle "Comisión de Fiestas", y más pequeño: "Enséñame el abono, co".

—Gracias, pero tampoco he venido sola.

—¿Ha venido Jorge?

Alzó el cuello por encima de mí para localizarlo.

—No, no, ya no estoy con él. Lo dejamos hace tiempo. He venido con una amiga.

Me arrepentí de habérselo dicho para que no sumara uno y uno. Al fin y al cabo, si le había dicho que había venido a comer con mis padres y que no tenía intención de vivir las fiestas, ¿qué hacía llevando una amiga a comer? Pero Vicky se quedó con la primera información.

—¿Ya no estás con Jorge? ¡Qué pena! Bueno, o no. Si lo habéis dejado será por algo.

La ausencia de Vicky en la mesa llamó la atención de sus amigas que, por

fin, repararon en mí. Estaban sentadas en un par de mesas que habían juntado y que ya estaba llena de vasos de tubo y platos vacíos. Me llamaron, me dijeron lo guapa que estaba y me hicieron hueco.

—Gracias, pero mi hermano está ahí dentro con una amiga (¿Con una amiga de él? ¿Con una amiga mía? Empezaba a dominar el lenguaje para no delatarme) y me estarán echando de menos.

—¡Que les den! Nosotras sí que te echamos de menos, que no se te ve el pelo, tía —dijo otra vieja amiga.

Parecían clones, con las gafas de sol última moda, la pulsera de las fiestas y la camisola de la peña rosa y amarilla. El grupo era ahora más amplio que cuando yo lo dejé. Habían reclutado a chicas más jóvenes, y alguna de una generación precedente también se habían unido. Lo típico: durante el año ni se hablan y para fiestas, las más amigas del mundo. No podía con esa falsedad, con esa doblez, y por eso ya no pisaba el pueblo.

Carlos me asaltó por detrás.

—Esto está petado. Vamos al otro bar.

No me hizo falta girarme para saber que Ioana estaba detrás: las chicas la examinaban sin disimulo alguno.

—Bueno, nos vamos —dije.

—Búscame esta noche y te meto en el pabellón. Te va a encantar la orquesta —dijo Vicky dándome así su beneplácito para marcharme.

Las siguientes horas me las pasaría esquivando cualquier grupo donde hubiera una camisa rosa y amarilla. Era fácil verlas, así que era fácil evitarlas.

—Esas son sus amigas —informó Carlos a Ioana—. Tan amigas son que no saben que a Lorena no le gustan las orquestas ni la música estridente.

—La de veces que le he dicho de ir al Urano y no hay manera —añadió Ioana.

El cierzo ligero refrescaba la mañana, mediodía ya. Cuando se parase, el calor sería insoportable. El aire agitaba las banderolas y las banderas de Aragón que colgaban en los balcones, pero también hacía remolinos en las esquinas con los vasos de plástico y las latas que había dejado la noche anterior.

El bar de la entrada del pueblo parecía más vacío y pudimos hacernos con una mesa. Esta vez, Carlos se quedó fuera guardando el sitio y nosotras entramos. Ioana aprovechó el tumulto en el interior para agarrarme por la cintura. Me gustó y me asustó a partes iguales. El camarero enseguida la vio y nos sirvió tres cervezas y una ración de calamares.

Al tiempo que salíamos con la consumición pasó un coche gris que acaparó la atención de los que estaban en la terraza, yo incluida. Hubo un cuchicheo generalizado. Nadie tenía claro quién eran esas dos mujeres que parecían llevar un niño atrás.

—¿Dejas los calamares o qué? —me preguntó Carlos.

Seguía teniendo la mirada clavada en la de la conductora. Me había mirado y nos habíamos reconocido. Tampoco hacía tanto de la última vez que

nos vimos.

La aparición me había dejado un poco tocada y no lograba enfocar la mirada, pero Carlos y Ioana estaban tan metidos en el ambiente festivo que no se percataron de mi aturdimiento. La llegada de la charanga con los últimos éxitos del momento versión murga aumentó mi aislamiento. Arrastraba tras de sí un río confuso de niños y borrachos. Uno de estos últimos era especialmente ruidoso. Caminaba dando tumbos y amenazaba con caerse en cualquier momento.

—¿Quién es ese? —me preguntó Ioana al oído.

—¿Te acuerdas de la historia que te he contado de cuando desenchufaron los cables de la orquesta? Pues fue ese chaval. Se llama Servando —y dirigiéndome a Carlos, añadí—: Ya parece recuperado de la electrocución.

—Cállate, co.

Los bandazos del imbécil se acercaban peligrosamente a la zona de las mesas y agarramos nuestras jarras de manera instintiva. Pasó de largo y respiramos aliviados. Carlos se llevó la mano a la cara tratando de disimular su vergüenza ajena. Servando no era muy buen estudiante, había repetido varias veces y se codeaba en el pupitre con chicos a los que les sacaba tres y cuatro años, entre ellos, mi hermano. Y ahí estaba bailando al ritmo del "I will survive" charanguero.

Llegaron un par de amigos de Carlos y se sentaron a nuestro lado a reírle las gracias al imbécil mientras la charanga cambiaba de tercio y pasaba al "Paquito, el Chocolatero". Se formó rápidamente una fila de beodos y beodas de todos los colores cortando la calle, subiendo los decibelios y metiendo más y más bolas en el bombo de los sucesos aleatorios. Todo podía pasar. Desde que un coche se cansara de esperar a que se disipara la conga y atropellara a alguien hasta que a alguien vomitara en la espalda de otra persona y se desatara una pelea que acabara en batalla campal. Y ambas cosas habían ocurrido en años anteriores.

Los borrachos se dieron la mano por debajo de las piernas mientras gritaban "eh, eh, eh". Entonces uno de ellos dio un traspiés (porque ya hay personas a las que bailar "Paquito, el Chocolatero" estando sobrias les supone todo un desafío para su equilibrio, así que imagínate bebidas), y se produjo un efecto dominó que provocó alguna herida sin importancia y la risa del personal que soltaba así toda la tensión del momento al comprobar que lo peor había pasado.

De aquel tumulto de personas que se revolcaban por el suelo intentando ponerse en pie emergió la figura de nuestra hermana.

—La que faltaba para el duro —dije.

Elvira se recompuso y vino hacia nosotros.

Su estado era alarmante. Tenía las mejillas moradas y la mirada estrábica.

—¿Vamos a casa a comer? La mama ha hecho migas —dijo. Tenía la lengua tan blanda que las palabras se le caían de la boca.

Hasta que no nos pusimos en pie y nos dirigimos a casa no se percató de

la presencia de Ioana.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó.

—Soy la p-pareja de guiñote de tu hermana.

Elvira asintió sin más y se descolgó de nosotros. De repente, le parecía de lo más interesante el desconchado de una fachada. Luego levantó la nariz como si hubiera dado con algo en lo más profundo de su cerebro. Nos miró y, desde lejos, gritó:

—¡Ah, ya! Tú eres la novia de mi hermana.

Fui rápidamente a taparle la boca. Aunque la calle estaba vacía, en pueblos como el mío, las ventanas ven y oyen.

11

Todo era como antes, pero nada era igual. A mi derecha, la presencia de Ioana en la mesa lo enrarecía todo. A mi izquierda, Elvira parecía una bomba a punto de estallar. En frente, mis padres permanecían aferrados a esa antigua normalidad que no querían soltar. Mi padre nos miraba a los tres, Lorena-Elvira-Carlos, Carlos-Elvira-Lorena, con esos ojos que no sabes si está pensando en darte un beso o una hostia. Me recorrió un escalofrío al adelantar su reacción cuando se enterase de todo.

Mi madre entró en la bodega con la enorme sartén de las migas.

—A ver, platos —dijo posando la sartén en un extremo de la mesa. Fuimos pasándole los platos y cuando fue a rellenar el de Ioana le preguntó—: ¿Tú eres vegetariana también o te puedo echar pancetica?

Ioana me pidió ayuda con la mirada.

—Preferimos con melón.

—Los huevos son de la Hortensia, eh. Esas gallinas viven mejor que tú.

—Bueno, pues pon uno en mi plato —respondió Ioana por complacer a mi madre.

Llamaremos conversación a lo que entonces surgió por el apego que tengo a mi familia, pero no eran más que frases deslavazadas sobre nada en general. Carlos comía sin levantar la vista del plato con el apetito voraz de un joven en fiestas, Ioana se dedicaba a decir que sí a todo lo que decían mis padres y Elvira murmuraba cosas que a duras penas se entendían. Comía con avidez, aunque pareciese que se fuera a dormir en cualquier momento. Luego espabilaba y daba la sensación de que podría ponerse a bailar encima de la mesa.

—Me voy a echar un rato antes de las vacas —dijo mi hermano.

Con cuidado, cogió a Elvira del brazo y se la llevó con él arriba. El hermano pequeño cuidando de la mayor. Una imagen que mis padres tampoco quisieron ver.

Nosotras no teníamos sueño así que nos fuimos a tomar un café. No me

apetecía que se nos viera mucho juntas, pero mi casa me ahogaba. El sol brillaba en todo lo alto. Era la hora de la modorra y el pueblo estaba en un extraño silencio. Aguantamos el repaso por parte de los cuatro fijos del bar y nos sentamos con un par de cortados con hielo en una mesa junto a la ventana que daba a la plaza, una enfrente de la otra. Yo hacía tiras con una servilleta de papel y Ioana me miraba. Habíamos hablado de mis padres, de su ceguera voluntaria. Era una herramienta que dominaban para protegerse de la vergüenza.

—Otra es tener el control la conversación —le dije.

—¿A qué te refieres?

—Mi madre es de las más enredadoras del pueblo. Le gusta chismorrear y no se corta a la hora de juzgar a quien crea ella y sus amigas que se sale de la norma. De la norma establecida por sus estrictos estándares, se entiende. Ya sabes, eso de que habla más quien más tiene que callar. Pero así se asegura de que ella es la dueña de los temas de conversación, ¿sabes? De lo que es trending topic en la Casa de la Mujer, por así decirlo.

—Pero a su espalda la criticarán.

Me encogí de hombros.

—Seguramente, pero mientras no se lo digan a la cara ella estará feliz.

El ruido de un cohete nos interrumpió. Indicaba que en 15 minutos empezaría el encierro.

—¿Iremos? —me preguntó Ioana.

—Si quieres… No es nada apasionante. A mí al menos no me lo parece. Además, en este pueblo el recorrido es muy largo y ves una vaca cada media hora. Se gastan un pastón para que cuatro tíos las recorten y el resto les vean desde las vallas.

Pero de camino al encierro, nos encontramos con Vicky, que salía de su peña con un par de botellas de calimocho. Había bajado la guardia y no vi salir de aquel local a la chica con la camisa rosa y amarilla.

—¡Lorena! —gritó. Le dio las botellas a dos chavalas que se fueron al encierro—. Entra y échate una cerveza.

Entramos a la peña y me sorprendió lo acogedora que era. Cuando éramos crías, nuestra peña era una antigua cuadra con puntales de acero para sujetar el techo, una nevera de bar, un par de sofás viejos y un intenso olor a alcohol. Pero esta era ya una peña de adultos. Había una mesa de pino grande, un cesto con juguetes de niños y hasta una cocina con vitro. Le pregunté por sus hijos y me dijo que en fiestas se los encasquetaba a los abuelos. Los críos encantados, porque les compraban todo lo que pedían, y los abuelos también porque así salían de su rutina. Eso me dijo ella, habría que preguntarles a sus padres lo que opinaban de ir cargando con los niños a todas partes.

No obstante, la atención de Vicky se centró en Ioana y eso me puso muy nerviosa. Necesitaba que mi vieja amiga me preguntara a mí, me hablara a mí, se centrara en mí para yo poder llevar la conversación por un lado y desviarla si ella intentaba llevarla por otro, pero Vicky me debía tener muy vista ya.

—Me mola tu pelo —le dijo a Ioana.

Se había sentado en el apoyabrazos del sofá donde estábamos sentadas las dos con sendas cervezas en las manos.

—A mí tu camiseta —respondió Ioana señalando el minúsculo top con enorme escote de Vicky.

Le golpeé con la rodilla.

—¡Gracias! El dibujo lo ha hecho mi hermano. ¿Lo ves?

Vicky le acercó el pecho para que Ioana viera de cerca el dibujito de marras y al mismo tiempo me miraba a mí. ¡Te lo juro! Alucinaba con esa desfachatez. Le aguanté la mirada, urdí en sus ojos qué pretendía poniéndole las tetas en la cara a Ioana. Conociéndola, pretendía picarme, pero no lo consiguió. Me mantuve impasible.

A pesar de que estábamos más personas, la conversación se centró en ese triángulo que formábamos Vicky, Ioana y yo. Ella nos preguntaba cosas sobre nuestra relación, aunque no de manera directa. Que cuánto tiempo hacía que nos conocíamos, que por qué no había traído antes a Ioana, que si salíamos mucho a cenar… Sus preguntas hacían círculos sobre el mismo eje, pero este eje era invisible. Al menos, para el resto. Y así como Vicky no podía asegurar del todo que éramos pareja salvo que lo preguntara de manera directa, nosotras tampoco sabíamos si ella lo sabía a no ser que se lo dijéramos a las claras.

—Me da vueltas la cabeza —dije.

—Es que esta cerveza es un asco —dijo uno. La última vez que vi a aquel chico era un mocoso que encorría a las chicas en la plaza—. Pero nos han hecho precio y en fiestas no nos ponemos exquisitos.

El tipo se levantó, se subió el cinturón y preguntó si alguien iba a las vacas con él. Nos sumamos todos y, tal y como le adelanté a Ioana, apenas vimos nada emocionante.

—¿Quieres que nos escapemos a las ferias? Ahora no habrá nadie y no tendremos que hacer cola.

Las ferias eran cuatro o cinco cacharros, la mayoría para niños. Castillos hinchables, camas elásticas y esas cosas. Para adultos estaban los autos de choque, el toro mecánico y una especie de olla que saltaba y giraba y de la que salías con los brazos llenos de moratones de agarrarte para no caer y partirte la crisma. Vi meterse en la cabina al feriante de las camas elásticas y aproveché el momento.

—¡Vamos!

Tiré de Ioana y compré dos fichas. Las camas elásticas apestaban a olor de pies, pero me daba igual. ¡Hacía años que no saltaba en una! Y además, estábamos solas. Saltábamos de cama en cama y nos atrevimos con alguna voltereta. Acabamos las dos en una cama, tratando de coordinar nuestros saltos para que no se nos plegaran las rodillas al rebotar cuando el elástico subía. Vi los mofletes de Ioana cediendo a la gravedad, como si fueran los de una abuelita, y no pude aguantarme la risa. Me tiré al suelo y Ioana siguió

saltando sobre mí. Mi cuerpo retozaba y no podía parar de reír. Por no pisarme, Ioana perdió el equilibrio y cayó. Una de sus rodillas me golpeó en las costillas, pero pese al dolor yo seguía riéndome.

—A ver si te vas a partir otra vez el peroné y acabamos en urgencias.

Mmm, premonición.

La cosa es que acabamos tumbadas en la cama, acaloradas y sudadas, mirándonos a los ojos, a los labios. Ioana se pasó la lengua por los suyos y se inclinó hacia mí. Mi cabeza era una nebulosa, densa y llena de colores.

—¿Podemos subir ya? —oímos que le preguntaba un niño al feriante.

Levantamos la vista. El feriante nos invitaba a salir para que los chavales pudieran saltar sobre las colchonetas.

Un cohete en el cielo anunciaba que el encierro había terminado y, poco tiempo después, cuando Ioana y yo ya estábamos en la cola para comprarnos un cucurucho de patatas fritas, bajó desde la plaza una riada de gente con ropas de todos los colores. La bocina de los autos de choque sonó y se encendieron sus luces. De pronto, parecía haberse hecho de noche, pero sólo era el efecto que las bombillas y neones provocaban en nuestra percepción. Me vi reflejada en una niña rolliza y alocada que corría rauda hacia la cabina del feriante y se dejaba la propina de sus abuelos en fichas seguida por otra niña que bien podía ser Vicky o Esther.

Esther… Tenía que estar por ahí, con su familia. Escudriñé con disimulo a la gente que iba llegando, pero ella no era de ninguna peña y buscarla por colores quedaba descartado.

—¿Te apetece que nos montemos en el toro mecánico? —me sugirió Ioana que, en el tiempo que yo había perdido vagando en mis recuerdos y proyecciones, se había comido lo que quedaba de cucurucho.

Le limpié la comisura de los labios porque tenía un poco de kétchup y, acto seguido, miré alrededor para asegurarme de que nadie me había visto.

—No mucho, la verdad —dije.

—¡Vamos! Será divertido.

Y así como yo había tirado de ella para que nos subiéramos a las camas elásticas, tiró ella de mí para montarnos en el toro mecánico.

Parece que escucho la canción. Te la voy a cantar para que la tengas toda la tarde en la cabeza: “En una tribu Apache, jau, jau, jau, llena de comanches, jau, jau, jau…”. ¡Vale, vale! Ya paro.

Invocados por el espíritu de Zapato Veloz, la charanga se coló en el recinto ferial (así es como llaman en mi pueblo al descampado que hay detrás del pabellón) y comenzó a tocar el “Tractor amarillo”.

Me senté a horcajadas en el enorme cilindro de escay, acomodé el culo y me agarré fuerte a los asideros. Cuando alcé la vista, preparada para los meneos, vi el rostro de Esther entre la multitud. El toro dio una sacudida y mi cara aterrizó en el suelo.

Me levanté rápidamente, antes de que los zarandeos fueran a más. Eché un vistazo rápido en dirección a Esther. Su mujer era guapísima y su hijo una

monada que no se separaba de ellas a pesar de los irresistibles reclamos infantiles que le rodeaban. Ella también me vio subida al toro. La saludé con la mano y caí a la colchoneta de nuevo. Ioana seguía sobre el toro. Parecía una profesional sacada de los rodeos de Texas. Intenté ponerme de pie, pero una sacudida me envió al suelo de nuevo. Me agarré al asidero del toro tan fuerte que casi me disloco el hombro. No quería ni imaginar lo ridícula que me vería Esther. En un momento de calma, di un salto y me monté en el toro. Me arreglé los pelos de loca que llevaba y sonreí como si no hubiera pasado nada, pero Esther ya no estaba ahí. Ioana vacilaba sujetándose a una mano y no me quedó más remedio que empujarla yo misma al suelo. Ella se tomó la venganza: me agarró de la cintura y se me llevó por delante. Caímos las dos a la colchoneta. Había dolor a veces, pero sobre todo había risas y una especie de complicidad entre los que estábamos tratando de domar aquel toro. Había una pareja del pueblo y otra chica de la cuadrilla de mi hermana.

Hice un último esfuerzo. Me hice con un asidero y me monté en el toro. Eran los últimos instantes y todos lo sabían.

—¡Venga ahí, Lentejera! —me animó el hombre de la pareja.

Me llamaba por el apodo de mi familia porque no recordaba cómo me llamaba. Abracé el toro como si me fuera la vida en ello, pese a que ardía por la fuerza del sol. Ya llegaría el momento de hacer balance de daños. Tocaba apretar los dientes y aguantar como una jabata lo que no estaba escrito. La canción del indio apache de las narices daba ya sus notas finales y el toro se detuvo lentamente.

Había ganado.

Me incorporé, soplé hacia arriba para retirarme el flequillo y alcé los brazos victoriosa. Ioana me miraba orgullosa. Esther, desde el castillo hinchable, también.

—No puedo cerrar las manos —le lloriqueé a Ioana.

Ella me cogió a corderetas y bajamos las escaleras entre los vítores, mitad burlones, mitad amables, de los que esperaban a subir.

—Llévame al castillo hinchable. Quiero saludar a alguien.

12

Esther y su mujer miraban a su hijo saltar dentro del castillo hinchable que era, en realidad, un Bob Esponja amorfo que daba más miedo que otra cosa.

Me bajé de Ioana cuando estábamos a un par de metros de ellas y me peiné un poco. Bob se inclinaba peligrosamente por los embistes de los críos.

—Hola —saludé tímidamente.

Primero se giró la mujer que tiró de la manga de la camisa a Esther para que se volteara.

—Cielo —la llamó.

Había seseado. Tenía la piel morena, los pómulos altos y los ojos más oscuros que jamás había visto.

Esther se dio la vuelta y me miró. Una gran sonrisa se asomó en su cara.

—¡Hey! Lorena, ¿qué tal? —dijo.

O algo así porque yo había entrado en un túnel del tiempo por el que las palabras me llegaban distorsionadas. Esther me abrazó y nos dimos dos besos. Me preguntó cómo me iba la vida, pero antes de que pudiera responderle (como si supiera qué responderle) me presentó a su mujer. Se llamaba Isabel, se conocieron por Internet. Era de Colombia, aunque llevaba en España casi una década, el mismo tiempo que llevaban saliendo.

—Me pidió que nos casáramos en cuanto bajé del avión, pero le dije que no —contó Isabel—. No quería que se pensara que había venido aquí sólo por los papeles, así que me hice de rogar.

Nos reímos las tres y luego lo hizo Ioana, con cierto retardo, como si fuera un eco de nuestras risas. Las dos mujeres la miraron. Esperaban que se las presentara así que tomé aire por la nariz y sonreí.

—Esta es Ioana. Es una amiga de Zaragoza.

Pude notar cómo el corazón de Ioana se rompía, la sonrisa helada en la cara.

Oímos la voz de un niño que reclamaba alguna de su madres e Isabel fue rápidamente a atender a su hijo. Nos quedamos en un silencio incómodo. Ioana me odiaba, yo lo sabía, y Esther, probablemente, era capaz de palpar esa tensión negativa.

—Pensábamos ir esta noche al pabellón. He oído que la orquesta es muy buena —dijo Esther—. ¿Vendréis vosotras?

—¡Claro! —respondí yo.

—Ya veremos —objetó Ioana.

Isabel vino con el niño y la foto que Esther me enseñó en el tanatorio cobró vida. Por un momento, tuve envidia. Me vi a Ioana y a mí con una niña de la mano, tirándonos de la muñeca cada dos por tres para pedirnos algodón de azúcar, fichas o un peluche de la caseta de tiro. Como nosotras no consentiremos todo lo que ella querrá, buscará a sus abuelos, mis padres, por toda la feria, se camelará a su yayo y él, con su habilidad con las armas, le conseguirá el peluche más grande de la caseta de tiro. La trataremos de convencer para que lo deje en casa de sus abuelos, pero la niña no cederá y tendremos que volvernos a Zaragoza con un pasajero más en el asiento de atrás que me tapará todo el ángulo de visión del espejo retrovisor.

Una ilusión.

—Bueno, pues, nos vemos esta noche —dijo Esther—. O no.

Buscó la mirada esquiva de Ioana. Me pregunté si intuiría lo nuestro y me

asqueé. Todo este juego de secretos a voces, de pensar doble, de no digas y no preguntes, de tú-sabes-lo-que-yo sé-pero-no-estoy-segura-dame-una-señal-o-algo, me dejaba mentalmente agotada.

Se fueron.

Ahora era yo la que buscaba la atención de Ioana, pero me rehusaba y no la podía culpar.

—¿Vamos a mi casa? —le pregunté.

Ella se encogió de hombros.

Tenía que pensar una manera para volver a ganarme su confianza y di con ella enseguida, aunque necesitaba bastante menos luz.

Recorrimos el camino de vuelta a casa en silencio, pero en un pueblo en fiestas es difícil llegar a casa sin coger algún capazo con este o aquella, y en cada capazo yo martillaba un clavo más en mi armario. "¡Cuánto tiempo" ¿Qué tal te va? Esta de aquí es mi amiga…". Ioana menguaba un palmo con cada conversación.

—¡Tata! —oí que me llamaban a mi espalda. Carlos venía corriendo apuradísimo. Su amigo no tenía mejor fondo físico ya que llevaba la camiseta de la Comisión de fiestas chorreante de sudor—. Lorena, tía, llevo buscándote toda la tarde. Tienes que venir.

Me llevé una mano al corazón para que volviera a galopar porque me estaba temiendo lo peor.

—¿Le ha pasado algo a Elvira? ¿Sobredosis? ¿Coma etílico? ¿Se ha tropezado y se ha abierto la cabeza?

—¡Joder, no! Qué agorera eres, co.

—¿Qué es eso tan urgente pues?

—Hombre, pues… después de todo eso que has dicho ahora esto te parecerá una chorrada —dijo el chico de la Comisión.

—Queréis decirlo de una vez —exclamó Ioana, irritada ya por tanto rodeo.

—Se nos ha caído una pareja en el concurso de guiñote —dijeron.

Ahora entendía a qué venía tanto sudor y tanto apuro. La mirada de Ioana se clavaba en mi nuca como un aguijón. No me atrevía a mirarla y, sin embargo, lo hice. Volteé la cara hacia ella, lentamente. Intenté mostrarme inexpresiva. Que decidiera ella. Nos mantuvimos la mirada durante unos segundos que al chico de la Comisión le debieron parecer eternos. Los labios de Ioana se arquearon ligeramente.

—Odio tu pueblo, Lorena.

—¿Eso es un sí? —preguntó Carlos.

Asentimos y, escasos cinco minutos después, estábamos sentadas en una de las mesas del bar de la plaza una frente a la otra con seis cartas en la mano y una pareja de quinceañeros como oponentes que nos pulimos casi sin pestañear.

Gracias a las horas que echamos jugando a las cartas cuando Ioana estuvo escayolada habíamos conseguido construir un entendimiento casi telepático,

por no hablar del algoritmo del guiñote que me enseñó Ioana. Esto ayudó a que nuestros nombres avanzaran en la pizarra ronda a ronda.

Ioana cantaba las 20 en la mayoría de las partidas lo que le hizo ganarse el sobrenombre de "la cantaora de Rumanía". Ella alzaba las manos y decía que las cartas le entraban así, que era cosa del azar.

—Afortunada en el juego… —dejó caer uno de nuestros últimos contrincantes.

—Desafortunada en amores —completó ella—. Ya lo sé, ya —dijo, y me miró sin disimulo alguno.

Yo clavé tanto los ojos en mis cartas que temí que fueran a prender de un momento a otro.

La campana sonó al final de nuestra última partida. Las que habían llegado para rellenar un hueco se habían colado en la final frente a los vigentes campeones.

Porque Ioana había caído en gracia, porque éramos dos mujeres, o porque les arrebatamos el triunfo a los sempiternos ganadores, el caso es que corrió la voz por todo el pueblo y en los capazos de vuelta a casa ya pude decir sin miedo que Ioana era mi pareja.

Aunque fuera de guiñote.

13

En fiestas se pierden dos cosas: los horarios y el respeto. De lo segundo podría enumerar ejemplos bochornosos mil veces vividos, como el incidente que ya os he contado con la orquesta. De lo primero se deriva que las casas son como las de Tócame Roque, sea quien fuera. La mujer de la casa hace la comida y sus hijos se la van comiendo conforme llegan, se levantan o tienen hambre. Lo que antes ocurra.

Al llegar por fin a casa tras el torneo de guiñote, Carlos, Ioana y yo pillamos a Elvira a punto de devorar entera la tortilla de patatas que mi madre había dejado sobre la bancada para la cena. Nos lanzamos sobre ella para impedir que se la acabara toda. Nos sentamos en la mesa los cuatro. Entre croqueta y croqueta, miraba a mi hermana. Tenía un aspecto horrible. Los ojos rojos y hundidos, la nariz roja y los labios descortezados. No sabía, ni quería, qué tipo de droga se estaba metiendo, pero sí sabía que, si queríamos tener la cena en paz, no debíamos mentar nada al respecto o la furia se desataría en la bodega. Porque esa es otra de las normas de fiestas: si la casa tiene bodega, o cochera, o una vieja cuadra en el corral más o menos acondicionada, se hace vida ahí. Nada de entrar a la casa con la ropa apestando a tabaco y alcohol y las suelas llenas de caca de vaca.

—Voy a la peña y luego iremos al toro de ronda —dijo mi hermano—. ¿Os venís?

Se dirigía a Ioana y a mí, que rechazamos su invitación para descansar un poco, pero Elvira se dio por aludida y Carlos tuvo que llevársela convencido de que nuestra hermana lo abandonaría en cuanto encontrase a otra persona por la calle más conveniente para sus intereses.

—¿Entonces el plan es ir al toro de ronda y luego al pabellón? —preguntó Ioana con tono aburrido—. La verdad es que lo del toro no me hace mucha gracia.

Recorrí su muslo largo y desnudo con mis dedos. Estábamos sentadas en el sofá de la bodega, anticuado e incómodo, que tantas horas de televisión y peleas por el mando había aguantado mientras estuvo en la casa durante nuestra infancia.

—Tengo un plan mejor.

Me abalancé sobre ella antes de que me saliera con alguna queja por mi incapacidad para salir del armario en el pueblo y ella recibió mi ímpetu primero con sorpresa y luego con complacencia. Hacía muchas horas que no nos besábamos así y se notaba que nuestros labios se echaban de menos. Ya me perdonarás la cursilería, pero si alguna vez has estado enamorado te harás una idea.

La cosa es que cuando ya íbamos a desprendernos de las ropas oímos la puerta de casa y mis padres no tardaron en entrar en la bodega. Nosotras ya estábamos recompuestas y fingimos estar abstraídas en el móvil.

—Ay, qué pena de juventud, que no saben hacer otra cosa para distraerse que mirar el móvil —lamentó mi madre.

No se nos escapó la ironía y nos sonreímos sin mirarnos.

Mi padre se acercó a Ioana con los brazos abiertos.

—Mira quién está aquí. La que ha cerrado la boca a Laplana y Abadía —dijo y la obligó a ponerse en pie para poder abrazarla—. Ven aquí, zagalica.

Laplana y Abadía eran los campeones de guiñote, y si te parece que tienen apellidos de pareja cómica o de bufete de abogados no te falta razón en ninguna de las dos cosas. ¡Mira, como vosotros!

Si alguna vez Ioana tuvo reticencias con mi padre se le disiparon con el abrazo que le dio. En ese momento mágico y misterioso quise decirles la verdad.

Otra vez.

—Ioana es una pareja estupenda, nos entendemos a la perfección. Llevamos ya un tiempo juntas y eso se nota.

—Claro, claro. La complicidad es lo primero en una buena pareja —dijo mi padre.

Me puse en pie. Aunque los dos me sacaban una cabeza me sentí tan alta como ellos. Creo que hasta mi madre, que seguía la conversación en un discreto segundo plano, también me vio crecer.

—Sí, pero no sólo del guiñote, sino en general. De la vida, vaya —Era evidente por la sonrisa bobalicona e indulgente de mis padres que no me estaban entendiendo, así que seguí picando piedra—. Nadie me había

entendido tan bien como ella hasta ahora y he comprendido muchas cosas de mí que hasta entonces no sabía.

La ceja de mi madre comenzó a temblar y quiso defender su fuerte.

—Hija, ni que fuera tu novia.

Un cohete sonó y los cuatro pegamos un salto.

—Venga, Lorena, vamos al toro que no me lo quiero perder —dijo Ioana.

Salimos de casa con la enorme carga de la frustración a cuestas. Era imposible salir del armario con mis padres.

—Saldría por la tele encima de una carroza del Orgullo con una camiseta que pusiera "Soy bollera" y aun así no lo pillarían.

—No querrían pillarlo, que es diferente.

Los adoquines del suelo ya se le hacían familiares a Ioana y sus pasos se encaminaban hacia el centro del pueblo. Al fondo se veían las luces de la plaza y el murmullo de la gente. Le cogí la muñeca antes de llegar y la metí en una callejuela.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

En el callejón apenas veía el brillo de sus ojos. La empujé hasta que su espalda contactó con la rugosidad de la pared.

—Es un secreto —dije antes de llevarme el índice a los labios.

Le di un beso y salí corriendo. Tras recomponerse de la sorpresa, Ioana me siguió y, con sus largas zancadas, enseguida me alcanzó. Cruzamos las estrechas calles de la parte vieja tocando con las yemas de los dedos las paredes de piedra grande, gruesa y porosa. De manera abrupta, las casas dieron paso al campo y cruzamos por los ribazos.

—Ten cuidado dónde pisas, no se te vaya a torcer el tobillo.

El suelo estaba negro, como el cielo, como la hierba.

—Por menudos caminos me llevas. No lo iremos a hacer en un campo, ¿verdad?

De la linde saltamos al otro lado de una acequia y cruzamos un camino de tierra que daba a un muro largo.

—Es aquí —le dije.

Ioana miró hacia arriba. Unos árboles de frondosa copa daban sombra a mediodía, pero de noche parecían tétricos y poco hospitalarios.

—¿Qué es esto?

Sin contestarle, metí el pie en una hendidura del muro y luego en otra y en otra. Estaban hechas para escalar el muro. Esperé a que subiera Ioana sentada en lo alto de la tapia. Cuando asomó por fin la cabeza lo vio con claridad. Nuestros ojos ya se habían acostumbrado a la noche. Vio las estrellas reflejarse en una masa de agua mansa, olfateó el cloro y el césped y escuchó el goteo de las duchas llenas de cal.

—Es la piscina del pueblo —le dije.

—¿Y quieres entrar?

Asentí.

—¡Pero nos pueden pillar!

Sonó el segundo cohete.

—Están todos en el encierro.

Bajé del muro y ayudé a Ioana a que sus pies dieran con el suelo de la forma menos violenta posible. La volví a besar contra el muro. Su corazón latía deprisa.

—¿Seguro que no vendrá nadie?

—¿Dónde está la Ioana rebelde que cumplió trabajos para la comunidad?

—Por eso precisamente. No querría repetirlo.

Bloqueado el sentido de la vista y ampliada la sensación de peligro nuestra excitación aumentaba como nunca antes lo había hecho. Ni siquiera las primeras veces. Ioana exhaló una palabrota cuando le quité la camiseta y le mordí las costillas. La diferencia de altura es lo que tiene.

Nos desnudamos sin dejar de sentirnos, de besarnos. No podíamos separarnos la una de la otra. Llevábamos tantas horas sin tocarnos… Comencé a desnudarme. Quería que Ioana pensara que lo hacía para tener sexo con ella, jugar con sus expectativas, desconcertarla. Eché a correr y me lancé de cabeza al agua. Al sacar la cabeza, Ioana me pidió silencio desde la orilla. Ella también se había desnudado.

—Venga, miedica —le salpiqué.

Ioana se acercó y metió un pie.

—Está fría.

—Pero yo estoy muy caliente.

Me aupé en el bordillo. Mi cara quedó a la altura de su pubis y le eché agua que había guardado en la boca.

—¡Perra! Ahora verás.

Por fin, Ioana saltó al agua y fingimos forcejear hasta que ella, que hacía pie, me arrinconó contra la pared de la piscina. Anudé mis piernas a su cuerpo y ya no podría explicar lo que pasó a continuación sin que esto sonara a una película porno. Tampoco creo que, para lo que nos trae aquí, tenga relevancia.

Fue divertido. Fue muy divertido. Pero sobre todo nos conectó la una a la otra en un nuevo nivel. Nos mirábamos a los ojos y nos veíamos más allá de todo lo físico y, en ese momento, con el agua haciendo olas y la gotica de aire que corría entre las copas de los árboles, di gracias a Dios y, sobre todo, a Destiny, por haberme unido a aquella mujer. Nunca había conectado con nadie así, nunca había sentido la necesidad de contarle todo a otra persona. Y podrás pensar que era fruto de esa debilidad, esa rendición que sentimos después de un buen orgasmo, pero no, esto era real. El destino nos había unido y nada nos iba a separar.

Y sin embargo… aquí estamos.

—¿Habías estado aquí antes? —me preguntó.

Estábamos sentadas en el césped, vestidas ya, esperando a que se nos secara un poco el pelo.

—No —respondí—. Siempre se oía que la gente venía aquí, no sé si a hacer el amor o, simplemente, el gamberro. Cuando tuve la edad yo era muy

pardilla y me asustaban estas cosas. Siempre creí que me iban a pillar a mí cuando medio pueblo ha estado aquí.

A lo lejos se oía música, aunque no llegaba tan nítida como para saber qué estaba tocando la orquesta o si lo estaban haciendo tan bien como decían. Pensé que Esther estaría allí con su mujer.

—¿Quieres que vayamos al pabellón?

Ioana asintió.

—¿Sabes lo que quiero? Que nos encontremos a alguien y que nos invite a tomarnos algo en su peña.

Ya le iba pillando el tranquillo a las fiestas de los pueblos.

—Entonces, daremos un rodeo.

—Nada de ribazos, por favor.

Nos besamos una última vez y nos fuimos en busca de alguien a quien acoplarnos.

14

Acabo ya con la parte de las fiestas del pueblo. Sólo me he detenido un poco más aquí porque fue cuando Ioana me dejó y todo explotó.

O al revés más bien.

Fuimos al baile. La gente tenía razón, la orquesta era muy buena y todos los cables permanecieron en su sitio. Pero yo no estaba disfrutando del todo porque dos cosas me incomodaban. Esther e Isabel estaban en el pabellón, bailaban juntas, muy pegadas, se besaban. Al principio la gente las miraba, pero luego la única que las miraba era yo. Pero es que era inevitable fijarse en ellas. Ioana se envalentonó y cada vez se arrimaba más a mí. ¿Te acuerdas de cuando me perreó en el Umala y lo malo que me supo? Pues volvió a hacerlo. Frotaba su pelvis contra mi culo, me abrazaba por detrás, intentaba besarme. Me sentí muy violentada por ella. Notaba mi sangre bullir en las venas, las miradas de la gente, las risas por lo bajini. La música estridente y las luces dando vueltas tampoco me ayudaban a mantener la calma. Traté de apartarla con delicadeza y de buenas maneras, hasta que me cansé de que no pillara la indirecta y comencé a ser más brusca.

¡Qué manera de estropear la noche, joder!

Si unas horas antes había amado la manera en que me rodeaba con sus brazos, ahora me parecían larguísimas extensiones de un ente que me atrapaba contra mi voluntad. Harta, le cogí la muñeca y la lancé hacia atrás. Golpeó el vaso de una persona y medio litro de cerveza helada acabó derramado sobre la espalda de Ioana. La ira le retorció el rostro. No sólo la había rechazado, sino

que había acabado bañada en cerveza. Le pedí disculpas, pero fue en vano. Ioana salió airada del pabellón y yo me quedé parada en mitad de la pista. Se había hecho un círculo en torno al incidente del vaso y yo había quedado en medio, totalmente paralizada. Recibí un empujón. No fue un empujón agresivo, sino más bien una invitación a moverme, a actuar. Me giré y vi a Vicky con su camisa rosa y amarilla anudada a la cintura. "Vete a por Ioana", le leí en los labios. La orquesta había comenzado con el repertorio de punk español y los decibelios eran incompatibles con la conversación. "¡Ve!", dijo de nuevo y me empujó, esta vez sí, con más ímpetu.

Salí corriendo bajo la curiosa atención de la gente, incluida la de Esther, con cuyos ojos me crucé fugazmente. No paré de correr hasta encontrar a Ioana. Se había sentado en un banco de la plaza. Cuando me vio se puso en pie.

—Quiero irme a casa.

—Sí, vámonos —convine.

—No, quiero decir a mi casa. Llévame a Zaragoza. A La Almozara.

—¿Ahora?

—Sí —dijo en tono de exigencia.

Me pitaban los oídos y la cabeza me daba vueltas. Me acerqué a ella para intentar apaciguar los ánimos.

—Estamos cansadas. ¿Por qué no vamos a mi casa, dormimos un poco y mañana por la mañana nos volvemos?

—No quiero dormir contigo.

—Vale, duerme en la cama de Elvira, seguro que ella no pasa por casa hasta la hora de comer.

Ioana se mordía los carrillos lo que le afiló la mandíbula y le estiró los tendones del cuello. No había desaparecido ni un ápice de furia de sus ojos. Echó a andar con los puños apretados. La verdad es que hacía una noche estupenda para pasear. Yo caminaba uno o dos pasos por detrás de ella, imposible de alcanzarla tras su larga zancada.

—Escucha, Ioana, me he sentido violentada ahí dentro —dije. Ella no reaccionó—. Nunca me ha gustado bailar en público, y menos con una chica.

Entonces, se detuvo y se giró hacia mí.

—Me alegro de que sólo sea una chica para ti porque tú y yo hemos acabado —dijo y se puso a caminar sin esperar mi reacción.

—¡Vamos! No te pongas así.

—Eres igual que mi ex. Estoy harta de vivir en el armario.

—Habló la que le dijo a sus padres que era lesbiana… en la puerta de embarque.

Emitió un bufido.

—Necesito mi tiempo —le insistí—. Ya has visto que no lo tengo fácil. Mi entorno, mi familia, mi trabajo… no es como el tuyo.

—Tienes el entorno que construyes —sentenció.

Y aunque mis piernas siguieron andando mi cabeza se estancó en esa

frase. Fue como un adoquín que se levantaba del pavimento.

Luego llegó la ambulancia y me detuve. La sirena sonó por todo el pueblo, se colaba por las calles y era difícil saber si iba o venía. La vimos pasar por una calle perpendicular, dirección salida.

Al anquilosamiento de piernas y cabeza se sumó el del corazón. Tuve un mal presentimiento que se confirmó cuando mi móvil comenzó a sonar en el bolsillo.

—Carlos —dije al descolgar.

—Se llevan a Elvira a Zaragoza. Está muy mal.

Perdí la fuerza de los dedos y el móvil resbaló por mi mejilla.

15

Mi hermano caminaba en círculos en la sala de espera, al fondo del largo pasillo. Se mordía los pellejos del pulgar de manera implacable, como si quisiera arrancarse la piel a tiras. Alzó la cabeza cuando escuchó el eco de mis pasos, pero no avanzó hacia mí, se quedó parado en mitad de la habitación.

—Ya viene —dijo dirigiéndose a alguien que estaba en la sala pero que yo todavía no veía.

Avivé el ritmo porque una energía me pedía abrazarlo. Lo veía aplastado por una tristeza y un miedo invisibles, pero palpables.

—Carlos —dije cuando llegué a su altura.

Nos abrazamos con una fuerza inédita en nosotros. Me clavó los dedos en mi espalda y yo hice lo propio en la suya. Sollozaba e intenté calmarlo. Le acaricié la cabeza y me di cuenta de que la tenía mojada.

—¿Dónde están los papas? —le pregunté, pero él lloraba tanto que no podía articular palabra.

—Lo he traído yo. No ha querido avisar a vuestros padres —dijo la tercera persona en la habitación.

Me separé de mi hermano y busqué con la mirada el origen de esa voz que no me era del todo desconocida.

La figura corpulenta de Servando, el imbécil del pueblo apareció ante mí. Él también tenía el pelo mojado.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué han dicho los médicos? —pregunté cuando me repuse de la conmoción inicial.

—Llamaron a la ambulancia porque había empezado a convulsionar. Estaba con lo peorcico del pueblo —dijo Servando—. Avisaron a Carlos y, cuando llegamos, la ambulancia ya se la había llevado.

Parecía haber mutado, como si fuera otra persona. Tampoco es que hubiera hablado mucho con Servando, pero lo que conocía de él no me gustaba. Se emborrachaba con facilidad, la liaba en cuanto podía y tendía a meterse en líos. Pero entonces, mientras me daba el parte de mi hermana, era

el hombre adulto que se esperaba de él. Contenía su cuerpo en una posición encogida, con las manos enlazadas por delante y ligeramente encorvado.

—En la ambulancia le han dado algo para dejarla tranquila, no recuerdo qué. Soy muy malo para memorizar cosas —se disculpó—. Ahora está estable, pero no han dejado entrar a Carlos todavía.

—Tampoco sé si quiero entrar —dijo mi hermano por fin. Estaba más calmado—. ¿Y Ioana?

—La he dejado en su casa —respondí de refilón.

En ese momento salió una médica. Nos dijo que Elvira había despertado y se encontraba mejor. Podíamos entrar uno, pero no debíamos agitarla.

Pasé yo.

Elvira tenía la mandíbula y el cuello muy marcados. Me di cuenta de manera súbita de lo que había adelgazado. Se había escurrido ante nuestros ojos y no habíamos sido capaces de verlo. Me escuchó acercarme y se giró. La clavícula marcada, los labios llenos de heridas.

—Hola —susurró.

Me limité a sonreír porque si abría la boca para decirle algo, hubiera roto a llorar.

—¡Cómo las lía tu hermana, eh!

—Joder, Elvira. Elvi…—Le cogí la mano y ella apretó levemente mis dedos—. ¿Qué has hecho?

Se encogió de hombros y los huecos de las clavículas se le hundieron todavía más.

—Forma parte de mi plan para destruirlo todo —dijo con la voz serrada por las yagas de la garganta.

—¿Destruir el qué?

—Todo. Nuestra familia, mi matrimonio, mi vida…

—¿Pero por qué? ¿Qué te pasa, Elvira?

Volvió a girar el cuello hacia el otro lado y cerró los ojos. Le temblaban los labios y las mejillas y el temblor fue extendiéndose por todo el cuerpo. Temí que volviera a darle una convulsión, pero no, sólo era que estaba llorando.

—No soporto mi vida, tata. Es una mentira —dijo—. Mi matrimonio… Éramos la pareja perfecta, hechos el uno para el otro.

—Sí.

—Claro que sí, los putos amos, los dueños de medio pueblo, porque su abuelo y el nuestro delataron o, directamente, mataron al otro medio. No nos admiran, Lore. Nos temen —me dijo.

—Eso fue hace mucho.

Volvió a mirarme.

—En mi boda sonó el "Cara al sol". ¿No te acuerdas?

No, no lo recordaba. Gabi tiene razón: borro cosas de mi mente cuando no me interesan para mi relato.

—Tanto que admiras a José Luis, que sepas que es un facha de mierda,

que pone a parir a Carlos. Disimula muy bien, pero le detesta. Le da asco, dice. Pero no se lo digas. El pobre Carlos ya tiene suficiente —Hizo una pausa, no sé si esperaba que yo dijera algo, pero no sabía qué decir. Siguió hablando con su voz rota—. Las drogas me ayudan a evadirme. Siempre lo han hecho. Si no es de la presión de la mama, es del perfil verdugo del papa. ¿No te da la sensación de que siempre nos mira como si fuésemos una decepción? Bueno, tú no, claro. Tú eres la favorita y siempre has vivido ajena a nuestra realidad, a la de Carlos y mía.

—Eso no es verdad —dije con un hilillo de voz.

Hubo otro silencio.

Imagino que Elvira se refería a que me fui, hui más bien, a Zaragoza, a que apenas pasaba con ellos unas horas a la semana, a que me había desconectado de ellos. Como mi madre, yo también había permanecido ciega a lo que no quería ver.

—La primera vez que fumé un porro fue tras una bronca con la mama por las notas. El papa no habló, se dedicó a mirarme con decepción. Sólo el humo de la marihuana consiguió borrar esa imagen.

—¿Te estás justificando? —le pregunté.

—No, te lo estoy explicando.

Hasta entonces Elvira había sido mi hermana la problemática y no había visto nada más allá. Ahora que me contaba sus primeras veces con las drogas, la entendí. Y una vez entendí su historia, su realidad y su identidad se me hicieron palpables. Ella sonreía mientras me lo contaba porque, por fin, alguien lo había escuchado.

La defendí cuando mis padres llegaron al hospital desinflados por la vergüenza y la humillación a la que le sometían sus hijos. Frené su discurso que pretendía culparnos de echar por tierra toda la buena reputación de la familia en el pueblo. Discutimos en la puerta del hospital, entre bisbiseos, susurros y silencios. Ni siquiera en medio de la peor crisis que había vivido mi familia se nos permitía levantar la voz.

Elvira y Carlos entraron en el coche como dos cordericos. Mi madre se acercó a mí y me besó amorosamente. Yo seguía siendo la buena hija.

Aunque era una de esas noches infernales de Zaragoza, yo tenía frío. Mi hermana había estado a punto de morir, la grieta entre mis padres y nosotros se había agrandado tanto que ya ni nos mirábamos a los ojos, y la que supuestamente era la persona de mi vida me había dejado en mitad de la plaza del pueblo.

Tenía un lío de identidad tremendo culpa de una app que me hizo creer que manejaba los hilos de mi destino. Todo había sido un espejismo, un querer querer, querer ser, querer conectar con alguien. La realidad echó tierra sobre la ensoñación. Circulen, circulen, aquí no ha pasado nada.

Liz ya me estaba esperando en la puerta de casa cuando llegué y se sorprendió al verme entrar sola. Me siguió como pidiéndome explicaciones, pero no podía dárselas y la aparté de mí. Me sentía decepcionada, con el

corazón roto y sola. Tremendamente sola. La casa estaba a oscuras, el olor de Ioana todavía presente, y su ordenador apagado para no leer JavaScript, para no desentrañar nuestro universo.

Me dio un pinchazo en el pecho, como si una espada afilada penetrara mi esternón rompiendo tendones y huesos, abriéndose paso con violencia para llegar al corazón. Cuando por fin llegó, el pinchazo se hizo más agudo e intenso. Mi cuerpo se retorció de dolor. Quise sentarme en el sofá, pero no llegué y caí al suelo. Me recordé a uno de los troncos de mi padre desplomándose en dos pedazos divididos por el filo de su hacha. Lo último que vieron mis ojos fue el sol saliendo entre los edificios de enfrente.

Alguien tenía que pagar por todo este dolor.

Y ya sabía quién iba a hacerlo.

Cuarta parte

1

Miro por la ventana, que más que una ventana es una pared de cristal, cómo la gente se arrima a la sombra. El calor aprieta como nunca, como siempre en la Zaragoza estival. Hay un tipo con los chinos remangados hasta la espinilla que ha metido los pies en la fuente. Su americana y la mochila del portátil descansan en el suelo, junto a sus lustrosos zapatos, muy parecidos a los que calzan mis interlocutores, esos que han escuchado con paciencia y asombro mi historia.

—Y en resumidas cuentas, por eso estamos aquí —digo.

El aire acondicionado está encendido, pero para mí no hay diferencia entre el calor exterior y el que siento dentro de mi cráneo.

Conté hasta diez, escribí con buenas palabras a Ioana, escribí a Destiny para quejarme, pero nada aplacó la indignación que me devora, y antes de que acabara conmigo he tomado esta decisión.

Una mesa me separa de Iván. Ha estado tomando notas en su Moleskine. Tiene una letra nerviosa, muy viva, y dudo que nadie salvo él pueda interpretarla. Quizá Jorge, que me mira desde una esquina de la sala. Como Iván, ha estado escuchando en silencio. Han alquilado este rinconcito en un co-working para empezar a trabajar por libre y voy a ser su primer caso.

—Vaaale —dice Iván. Cierra el cuaderno y resopla—. Demasiados detalles en algunos pasajes, pero todo puede ayudar. ¿Verdad, Jorge?

Jorge asiente sin dejar de mirarme. Agacho la cabeza y me concentro en un pellejo del pulgar. Ante su silencio, Iván retoma la palabra.

—Desde mi punto de vista, disponemos de tres frentes para atacar —Vuelve a abrir el cuaderno y anota una frase que subraya dos veces, luego hace una lista con tres palabras ilegibles para mí—. El algoritmo, la violación de la intimidad y la publicidad engañosa.

Al oír aquello Jorge se acerca a la mesa y arrastra una silla. Ya no queda ninguna libre. Además de la mesa y las tres sillas, hay una estantería de Ikea vacía. El recién nacido despacho de abogados Arjol & Soriano no es lo que una esperaría de un bufete de capital.

—Escucha, Lorena —se dirige a mí con seriedad. Casi no le reconozco

—. ¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—Totalmente —respondo de inmediato.

Quiero sonar segura, inamovible, pero no paro de morderme el pellejo del dedo. Me hierve la sangre. Me siento engañada, estafada por una aplicación móvdil que prometió encontrar a mi alma gemela. Y está claro que Ioana no lo es. Estamos en momentos diferentes, en etapas opuestas, más bien, y buscamos cosas distintas.

—Destiny es una app con un crecimiento brutal. Tendrán sus abogados, la legislación es más laxa en los Estados Unidos, no sé, Lorena, creo que no tienes mucho que hacer.

—Tenemos —digo.

—¿Cómo?

—Os he contratado. Mi petición es vuestro caso. Yo pago.

—Me da cosa cobrarte porque estoy al 90% seguro de que vamos a palmar.

—Entonces buscaré otro bufete.

Me doy cuenta de que estoy de pie. No recuerdo haberme levantado. Sigo teniendo calor y el pulgar comienza a sangrar. Aun así, no dejo de rascármelo, hasta que Jorge me coge la mano y mis dedos quedan atrapados. Tira de mí y me veo obligada a sentarme de nuevo.

—Como tú has sido sincera con nosotros, yo quería serlo contigo.

—Honestidad brutal.

Sonreímos y ambos recordamos el viaje por la Costa Brava en coche, con el disco de Calamaro en bucle.

—¿Quieres demandar a Destiny? Vamos a hacerlo. Buscaremos por dónde hacerles cosquillas. Porque eso es lo único que vamos a poder hacerles: cosquillas.

—Bueno, algo más podremos hacer —interviene Iván que nos mira con sus ojos traviesos. Apenas le conozco y ya le he contado casi toda mi vida—. Vayamos por partes. El punto más débil es el de la violación de la intimidad.

—Yo le instalé la app y le di a aceptar a todo. No leí los términos —le interrumpe Jorge que parece haberle leído la mente (o el cuaderno) a su socio

—En casa del herrero… —dice Iván.

—Los leí ayer y, básicamente, le entregamos tu alma a Destiny —me dice —. Likes, canciones que escuchas, vídeos que ves, artículos que lees… Prácticamente todo.

—Pero precisamente por eso podría ser uno de nuestros puntos fuertes — explica Iván—. Si tú te abres completamente a una aplicación de citas que te promete al… —lee en sus notas— 95% que va a localizar a tu alma gemela, esperas que así sea. La demanda por daño moral la veo más que justificada. Y cuanto más altas se generan las expectativas al cliente, si estas no se cumplen, mayor es la frustración y, por tanto, mayor la indemnización. Yo diría que un 95% es una expectativa bastante alta, ¿no creéis?

Asiento y noto que me pasa algo. Cuanto más habla Iván más segura me

siento. Sí, Jorge es el sensato, el cabal, el que no quiere que me genere de nuevo altas expectativas con el caso, pero Iván me dice lo que quiero oír y es justo lo que en este momento necesito. Me convence, se convence a sí mismo y, lo que es más difícil, convence a Jorge.

Nos estamos creyendo nuestro propio cuento.

—Además, tenemos el algoritmo —continúa Iván—. Un algoritmo que promete encontrarte a la persona con la que vas a pasar el resto de tu vida debería ser público. Imagina que te conecta con un maltratador.

Me asusto e Iván se asusta de mi gesto de susto.

Jorge se masajea las sienes ajeno a nosotros.

—Creo que… —se detiene para repensar—. Creo que podríamos acusar al algoritmo por lesbófobo —dice algo inseguro.

Iván y yo le lanzamos la misma mirada interrogante.

—¿Cómo puede un algoritmo que ha formado una pareja de chicas ser lesbófobo? —pregunta su socio.

—Se han detectado algoritmos machistas, racistas… —Los ojos de Jorge brillan. Se siente en estado de gracia—. Destiny ha interpretado que Lorena es lesbiana por algo que haya aprendido de su comportamiento digital, pero obviamente ella no es lesbiana. Al fin y al cabo, los algoritmos los diseñan personas, con sus prejuicios. Me juego lo que quieras a que no hay ni una lesbiana entre los desarrolladores de la app. ¡Es más! Seguro que no hay ninguna chica.

Iván toma nota con su letra nerviosa a la misma velocidad que habla Jorge. Hablan entre ellos, en su idioma. Se pisan, se interrumpen, no se dan cuenta, pero empiezan a gritar. Un par de personas pasan por delante de nuestra salita, de paredes transparentes, y giran sus cuellos hacia el despacho de Arjol&Soriano.

Aún no hemos empezado y ya estamos llamando la atención.

2

Los ojos de Gabi me miran con la paciencia que da ser madre de un niño de 9 años, parada de larga duración y amiga de una loca. Resopla al otro lado de la barra y el aire me acaricia las mejillas.

—Así que vas a demandar a Destiny… Joder, tía, en menudos charcos te metes —me reprocha.

Le he mandado un mensaje por la mañana, antes de entrar con un paciente. El último antes de mis vacaciones de verano. Le he preguntado si podíamos hablar y ella me ha respondido: “Pues como no vengas a Ráfales”. Me he tomado eso como una invitación y me he bajado.

En la carretera no voy sola. Gente más o menos joven ha tomado la misma decisión que yo. Buscan en el Matarraña lo que no encuentran en Zaragoza capital: fresco, paz y naturaleza.

En el coche tampoco voy sola. Me acompañan mis hermanos. Nos vamos

unos días a la playa, para conectar y desconectar, para alejar a mi hermana de su ambiente tóxico y para que las olas del mar arrastren toda nuestra mierda bien hondo.

Vamos directos al bar de la familia de Gabi. Ya he estado aquí en alguna ocasión, pero es la primera vez que veo a mi amiga detrás de la barra. Ha sonreído cuando nos ha visto traspasar la cortinilla de espirales de colores de la puerta del bar. Sigue guapísima. He pedido un cortado con hielo mientras ella va y viene atendiendo a la gente en la barra y en las mesas.

—Nosotros tampoco lo vemos claro —dice Elvira. Luego da un sorbo al batido de chocolate que se ha pedido y paladea antes de continuar—, pero la vamos a apoyar en lo que haga falta.

Le sonrío. Repasa con su lengua el bigote de chocolate. Todavía tiene postillas en los labios y un tono grisáceo en la piel, lo que le da un aspecto cadavérico. Junto a ella, Carlos, que mueve la rodilla nervioso y mira a todos lados, siempre alerta por si le van a calzar una colleja por detrás "por maricón".

El sol juega con los colores de las tiras de la cortina y los refleja en la piel pálida de Gabi. Parece un alienígena; un alienígena que ha vuelto a su planeta.

Hay mucha gente en el bar. La mayoría son turistas, gente de paso maravillada con el encanto de los pueblos del Matarraña. Por fin, entra el padre de Gabi para hacerle el relevo en la barra. El hombre se coloca el mandil y Gabi y yo salimos a dar un paseo. Lorien nos roza con la bici, saluda fugazmente y sigue la estela del resto de sus amigos.

—Sí que se le ve feliz —digo.

—Lo es. Es la primera vez que está deseando que empiece el colegio. Sus amigos de aquí le han contado cosas sobre los profesores, el recreo y las actividades que hacen y está que no caga.

—Entonces… ¿Es definitivo? ¿Os quedáis aquí?

—El otro día me sorprendí buscando trabajo en la zona. El lunes voy a hablar con una mujer que lleva una gestoría en el pueblo de al lado.

—¿Una gestoría?

—Sí. No quiero emocionarme yo también, pero tiene buena pinta —dice.

—Me alegro. De verdad. Aunque te echaré de menos.

Gabi sonríe y se inclina hacia mí hasta que pegamos hombro con hombro.

Nos refugiamos por la parte antigua. Las puertas con arcos de medio punto, la piedra que se revela bajo el yeso de las paredes y el drenaje que parte la calle por la mitad dan buena cuenta del pasado medieval de Ráfales. El pueblo es pequeño pero cada esquina guarda un detalle en el que no has caído antes y eso lo convierte en infinito. Y a pesar de no saber dónde mirar para no perderte nada, yo miro el reloj del móvil. Son cerca de las 7 de la tarde. Me meto en WhatsApp y miro la foto de Ioana. Es un plano general de ella en su bici en la Plaza del Pilar. Se la hice yo.

—¿La has llamado? —me pregunta Gabi.

Apago la pantalla del móvil.

—Vino a por sus cosas un par de días después de que discutiéramos. Estaba muy fría, más ocupada en hacer maletas que en mí. Sólo mostró un poco de emoción cuando vio a Liz. Me dijo que no pasaba nada, que estábamos en momentos diferentes, que ya hablaríamos, pero ya sabes, de esas maneras que lo dices por decir. De hecho, no me ha devuelto las llamadas.

Noto los ojos de Gabi puestos en mí como un martillo hidráulico, taladrándome la cabeza. No dice nada y me exaspera.

—¿Qué? —pregunto.

—¿Tienes cosquillas, Lorena?

—¿Qué dices ahora de si tengo cosquillas?

—Pues eso, que si tienes cosquillas, porque te las van a encontrar.

—¿Quiénes?

—Los abogados de Destiny —responde—. Todo esto me da mala espina, Lorena. Destiny podría ser el nuevo Facebook y tener un departamento legal del tamaño de Teruel. Si es así, van a remover Roma con Santiago para buscarte las cosquillas. Hurgarán en tu pasado, ocuparán todo tu presente y acabarán con tu futuro. Déjalo estar.

Nuestros pasos se detienen en una fuente. El caño dispara un agua fresca y clara que atrae a un grupo de turistas. Nos echamos a un lado para que llenen sus cantimploras.

—Me han jodido la vida, Gabi. Me han hecho creer cosas que no eran, incluida mi sexualidad. Eso es muy grave.

—¡Lorena, por favor! Que ya somos mayorcicas. Asume tu parte en todo esto. No eres una víctima. Si acaso, lo eres de tus deseos de que todas esas señales fueran ciertas porque necesitas creer en algo. ¿No puedes asumir que no siempre existe una explicación, que las cosas simplemente… pasan?

Empiezo a arrepentirme de haber venido a Ráfales.

—Mira, respóndeme a una cosa —me pide—. ¿Te habrías fijado en ella si no te lo hubiera dicho una aplicación móvil?

—Obviamente, no.

—¿Y por qué vuelcas así toda tu fe en un algoritmo?

Por fin se van los turistas y podemos sentarnos tranquilas en el poyete de la fuente. El rumor del agua lejos de darme paz, me desquicia.

—¡Vamos, Gabi! Tú te ibas a venir al pueblo y Jorge iba a su bola. ¡Estaba sola! Necesitaba compañía y Ioana me la dio.

Gabi se levanta de golpe y asusta a unas señoras de floridos vestidos que pasan a nuestro lado.

—¡Ni de coña, tía! Yo sé que Ioana te gusta de verdad. He visto cómo la mirabas, cómo se te iluminaba la cara cuando estabas con ella.

Me da un pinchazo en el corazón y Gabi lo debe notar porque se ablanda y relaja el tono.

—Mira, tienes que dejarte de demandas y centrarte en ti misma. Vale que estés hecha un lío, me da igual que te etiquetes o no, pero, por favor, tienes

que volver con Ioana. Te hace mucho bien.

—Pero si no me habla.

—Cuéntame, ¿por qué lo dejasteis?

—La versión corta es porque me perreó en mitad del pabellón de mi pueblo.

—Vale, puedo hacerme una idea de cómo es la versión larga.

—Se acabó, Gabi. Se acabó el espejismo.

Las dos acompasamos un largo suspiro que rebota en las frescas paredes de piedra gruesa de las casas del pueblo.

—Fue bonito mientras duró. Quédate con eso.

Mi móvil suena y Jorge aparece en pantalla.

—Hay noticias —dice Gabi cuando lo ve.

Descuelgo.

—Han admitido a trámite la demanda —dispara Jorge.

—¿Y eso qué significa?

—Se le comunica a Destiny que ha sido demandada. Sólo tenemos que esperar a ver cómo proceden ellos.

Al constatar que ya no hay marcha atrás, me da un vuelco el estómago.

Cuelgo y miro a Gabi.

—Dice Jorge que…

—Ya lo he oído. Grita mucho cuando habla por teléfono —Gabi se pone en pie. Su pelo rojo se mueve con ella.

Mis hermanos aparecen por un lado de la calle. Elvira está comiendo una palmera de chocolate y Carlos parece más relajado.

—¿Nos vamos? —me preguntan cuando llegan a nuestra altura.

Me despido de Gabi. En el abrazo hunde sus dedos en mi cintura y culebreo. Tengo cosquillas, sí. Tengo muchas cosquillas. Voy a tener que estar quietica para que no me las encuentren los abogados.

3

Hemos llegado a Peñíscola casi de noche. Desde que hemos salido de Ráfales he tenido que escuchar las protestas de mis hermanos por habernos perdido el atardecer en la playa.

El apartahotel está bien, tiene dos camas y un sofá-cama, y la terraza da al paseo marítimo.

Lo recorremos con un helado en la mano que se va escurriendo con cada paso que damos. Hemos hecho la turistada cenando paella en un restaurante con vistas al mar. Además, la he pagado yo porque soy la única con trabajo fijo.

—Tírate el moco, sacamuelas —ha dicho Elvira.

—Ya no sé si eres mi hermana mayor o te ha poseído el espíritu de una

adolescente.

Parece otra. Aunque sigue pálida y con marcas en la cara, el cambio de aires le ha sentado bien. Está lamiendo la segunda bola de helado y la miro de reojo. Siempre ha sido la incomprendida de la familia, siempre hemos tratado de desenmarañar ese nudo que era su personalidad y nunca ha encajado con el papel de hermana mayor, responsable, que da ejemplo y marca la pauta. Ahora que ya sé qué es lo que le atormenta, lo que la motiva a salirse de la norma, de la norma de mis padres, se entiende, me siento más cerca de ella.

—Se te está escurriendo por ahí —le señalo al pulgar.

Elvira gira la cabeza y saca la lengua para atrapar la gota díscola. El azúcar le dilata las pupilas.

Llegamos a los pies del castillo. El paseo ha terminado y nuestros helados también. Tenemos que adentrarnos por callejuelas estrechas de suelo empedrado e inclinación variable que nos llevará hasta la entrada de la fortificación.

Y como nosotros, varias decenas de personas más que nos miran mal por querer estar un rato apoyados en el mirador que hay frente a la puerta de entrada al castillo. Nosotros no queremos fotos; sólo queremos aspirar la brisa del mar, ver las luces del pueblo y vivir ese instante unos minutos para poder retenerlo para siempre.

No tengo grandes recuerdos con mis hermanos. Sólo recuerdo traiciones, chivatazos, peleas y muy poca solidaridad, por no decir ninguna. Hemos ido cada uno a nuestra bola, casi esquivándonos, definiéndonos por contraste, como si nos avergonzáramos del otro. Nuestros padres, además, cebaban esta toxicidad.

Miro a mi hermana, ella me mira. Desvía la mirada hacia Carlos que se la devuelve para luego mirarme a mí. Yo le miro y cerramos el círculo. Hay algo en nuestros ojos que ya es diferente. Nos reímos.

Dejamos el mirador y nos sentamos en un banco de piedra, pero seguimos mudos.

—¿Sabéis que los papas me usaban para espiaros? —confiesa Carlos. Un soplo de aire hace ondear su camisa floreada—. Sólo quería pediros perdón por haber sido tan chivato.

Elvira le coge la cara y le empuja hacia atrás.

—No seas idiota. Nos lo han hecho a nosotras también. Yo me creía especial, la niña de sus ojos. Yo me chivaba de todo lo que hacía o dejaba de hacer Lorena. Que si se saltaba clases, que si se juntaba con esta o con aquella…

—Sí, tardamos mucho tiempo en enterarnos de que éramos la espía de la otra. Luego llegaste tú y supimos que eras el nuevo espía.

—¿Por eso me hacíais el vacío y no queríais jugar conmigo?

Asentimos.

—Pues menudas gilipollas, porque eso hacía que os odiara y que os espiara con más celo.

—Pero tampoco lo hacíamos de manera consciente —se disculpa Elvira —. Es decir, Lore y yo nunca hablamos de hacer piña contra ti. Simplemente, pasábamos de tu culo y si te veíamos por la calle, te esquivábamos para que no nos siguieras.

—Entre eso y mi pluma ya os podéis imaginar cómo ha sido mi infancia.

Carlos agacha la cabeza y su pelo negro le hace sombra en los ojos.

—Lo sentimos mucho, Carlos —digo— Hemos sido unas cabronas. Yo he sido una cabrona tantas veces en mi vida que ya no sé si soy buena persona o no.

—Bueno, tampoco te fustigues —me dice Elvira—. A ti lo que te pasa es que has estado confundida toda tu vida. Y yo tampoco he ayudado. En cuanto me enteré de lo de Esther, me chivé a los papas.

—Me lo imaginaba. Se ponían súper tensos cuando les decía que había estado con ella.

—Co, es que siempre les ha dado igual que fuéramos felices o no, sólo les importaba que no alteráramos su mundo —dice Carlos que se ha levantado como un resorte y se ha plantado frente a nosotras—. Y desde luego en su mundo no entran ni maricones, ni bolleras ni yonkis.

—Yo no soy bollera —digo, y me levanto—. Sólo tengo una ex que es una chica. Ya está.

—Lo que tú digas —ironiza mi hermano—. ¡Que les den!

—¡Si, eso, que les den! —dice Elvira también de pie.

Nos damos un abrazo grupal que por ser a tres y por estar desacostumbrados se hace torpe e incómodo.

—¿Nos bañamos desnudos en la playa? —sugiere Carlos.

—Bueno, bueno, una cosa es este momento de comunión y otra es verte el rabo —contesto.

—¡Pero si no se ve una mierda, co! Venga, vamos.

Carlos nos coge de las manos y tira de nosotras calle abajo. Reímos, nos insultamos, esquivamos turistas. La noche ha caído por completo y la luna es una fina curva en el cielo.

Nuestros pies no tardan en hundirse en la arena. Hemos encontrado un rincón oscuro y alejado del paseo donde nadie nos ve. Nos desvestimos con rapidez, entre risas. La noche nos ampara de la vergüenza.

Ojalá estuviera Ioana aquí. Joder, cómo la echo de menos.

Carlos se quita los pantalones y los agita al aire mientras aúlla, pero algo detiene su desenfreno.

—Mierda.

Hemos llegado al borde, donde las olas se mezclan con la arena. Lo noto porque el suelo bajo mis pies está más firme y húmedo.

—¿Qué pasa?

—Las llaves del apartamento, que las tenía en el bolsillo y han salido volando.

Miramos al mar. O lo que suponemos que es el mar porque no vemos más

que una masa negra con unos destellicos de luces muy débiles.

Nos metemos al agua en busca de las llaves. Cada ola que llega a la orilla es un montón de arena sobre ellas. Usamos los pies y las manos para tantear el fondo. Nos hemos repartido una porción de mar para rastrear, pero ni siquiera estamos seguros de si las llaves han caído por ahí. Nos hemos hecho una idea por la fuerza y la dirección con la que han salido despedidas. Como los cálculos estén mal hechos, vamos a dormir en la calle.

—¡Las encontré! —grita Elvira. Ha notado algo duro en el fondo y se agacha a cogerlo—. Ah, no, son unas gafas de sol—. Se las pone—. ¿Me quedan bien?

—¡Elvira! —le llamo la atención.

Seguimos buscando, cada vez con menos fe.

—¡¡Aquí, aquí!! —grita Carlos que agita las llaves como un loco. Luego respira aliviado y se deja caer hacia atrás generando una gran ola.

También mis músculos se relajan y los huesos no pueden soportar el peso. Me pongo boca arriba y miro las estrellas. De fondo oigo el rumor de las olas, las voces de mis hermanos y nada más. Me embarga la paz, y por un momento, nada me importa. Ni la demanda, ni Ioana, ni mi sexualidad, ni mis padres. Soy yo y el mundo. Un mundo inmenso, inabarcable, inconmensurable que pende sobre mí en este cielo negro pesado y liviano al mismo tiempo. Podría comérmelo; abrir la boca y dejar que entrara, que me llenara hasta reventar.

Cierro los ojos. Los sonidos llegan acolchados.

Una ola.

Dos olas.

Tres olas.

—¿Alguien más tiene hambre?

4

La playa nos hace bien. Yo intento desconectar, Carlos luce palmito y Elvira coge color. La sal del mar le ha curado las heridas de la boca y está cogiendo peso porque no hace más que comer cosas dulces. En algún momento, le tendremos que parar los pies, pero ahora nos conformamos con hacerle andar por la orilla de la playa.

Saco el móvil de la riñonera que nos estamos turnando para llevar. Sigo sin tener ninguna notificación. Igual me he pasado deseando que me inundara la nada.

Abro el chat con Ioana. Es un hábito que he adquirido estos días. Lo abro, miro su foto de perfil, tecleo y borro antes de enviar.

“Que no podamos ser pareja no significa que no podamos hablar como buenas amigas” escribo.

Estoy a punto de posar el pulgar sobre la flecha de borrado cuando Elvira me arrebata el móvil y Carlos me coge de la cintura. Estaba tan absorta en mí que no me daba cuenta de que estaban conspirando.

—Enviado —dice Elvira.

Carlos me suelta.

—¿Pero qué has hecho?

Recupero mi móvil para comprobar que, efectivamente, el mensaje se ha enviado. Para colmo, Ioana entra y lo lee. Yo salgo de inmediato para que no me vea en línea y me siento como la niña que fui un día, dejando una carta en la ventana de la habitación de su mejor amiga para esconderse después en una esquina y ver cómo la amiga se asoma, la ve, la abre y sonríe al leerla.

—Te hemos hecho un favor —dice Carlos—. Si quiere quedar, te escribirá y si no, pasas página y sigues con tu vida. Pesada que eres, co.

Los tres nos quedamos mirando el móvil esperando que suene la notificación. Nos veo reflejados en la pantalla oscura mientras de fondo se escucha la rabieta de un niño, las risas de unos adolescentes, el rumor del mar, una moto acuática al fondo.

—Nada, que pasa de mí —digo.

Mis hermanos parecen tan decepcionados como yo. Seguimos con el paseo hasta que a Elvira le entra el hambre y decidimos dar por concluido el día en la playa y volver al hotel.

Cogemos una pizza de camino y nos la comemos en la terraza del apartamento.

—Oye, los papas no nos pueden desheredar, ¿no? —pregunta Carlos, medio en serio, medio en broma.

—Es dinero manchado de sangre —dice Elvira con la boca llena de tomate.

Yo estoy apoyada en la barandilla mirando las estrellas mientras les escucho hablar. Nos gastamos bromas, nos reímos, recordamos nuestros viejos tiempos de malos hermanos.

Antes de acostarnos, Elvira se come un helado que parece saciarla por fin.

—Tienes una notificación —me avisa mientras chuperretea el palo.

Carlos se lanza sobre mi móvil, pero yo me adelanto. Es un mensaje de Ioana y mi sonrisa me delata.

—¿Es tu novia? —pregunta mi hermano.

—No es mi novia.

No lo es. Su mensaje lo certifica: “Sí, claro, siempre podemos ir a alguna exposición”. Ni emojis, ni signos de exclamación, ni nada que dé a entender el tono en el cual lo dice.

—¿Cuándo vamos a hablar de eso? —pregunta Elvira.

—Después de que hablemos del rollo que tiene Carlos con el imbécil del pueblo.

—¡No es imbécil!

Volvemos a reírnos, a pisarnos al hablar, a hacer bromas con nuestras miserias. Por fin somos unos hermanos como Dios manda.

¿Será este el gran amor que me dijo la tarotista que iba a encontrar?

5

Hace un calor sofocante en Zaragoza, de esos que aparecen en los telediarios, con planos de paneles marcando 42º, personas metiendo los pies en la fuente de la plaza de La Seo, y declaraciones de anónimos diciendo que hace mucho calor. Yo me voy a cruzar la ciudad casi de punta a punta en el tranvía y temo por mi vida.

Cuando tengo agarrada la manilla de la puerta para salir de casa me suena el móvil. Liz viene al instante. Sabe que puede ser Ioana y se pinga en mi pierna para escuchar su voz. Maúlla sin parar y parece que dice "Ionana, Ioana". Desde que volví del pueblo sin Ioana no me habla y se dedica a joderme haciendo polvo los ovillos de lana. Está triste porque la echa de menos y sospecho que cree que la culpa de su ausencia es mía. Si quiero que se arrime a mí y me dé mimos, tengo que ponerme una camiseta de Ioana que escondí para que no se la llevara en su mudanza.

Pero quien llama no es Ioana, sino Jorge.

—Escucha, Lorena —me dice sin más preámbulos—, tenemos respuesta de Destiny. Han contratado un bufete de abogados de Madrid que les representará durante el proceso. Los hemos investigado un poco: son bastante agresivos y han perdido muy pocos casos. No quedes con Ioana, ¿me escuchas? Podrían estar vigilándote ya.

—¿Vigilándome? —le pregunto extrañada.

—Sí, ¿estás en casa?

—Ajá —digo y escondo las llaves en el puño para no delatarme.

—Bien, a partir de ahora de casa al curro y del curro a casa.

—Este control no te lo permitía ni cuando estábamos saliendo. Además, estoy de vacaciones.

—Genial, pues te quedas en casa con el aire acondicionado. Te pago un mes de Filmin, pero no quiero que salgas de casa.

Iba a pedirle dos meses, pero en vista de que no le voy a hacer caso, mejor no abusar.

—Está bien.

Colgamos, suelto las llaves y abro la puerta de casa.

El tranvía no está muy lleno y la temperatura es la correcta. Creo que todo esto son sólo buenas señales para mi encuentro con Ioana. He quedado con ella en Gran Casa y aquí estoy, disfrutando del microclima que hay siempre en los centros comerciales. Estoy nerviosa, como las primeras veces.

Hay mucha gente aquí pero enseguida veo una cabeza familiar a lo lejos y me pongo de puntillas para hacerme más visible. Levanto la mano y la agito hasta que Ioana me ve. Me ha parecido que sonreía. Otra buena señal.

Llega hasta mí y me sorprendo de lo alta que es.

—No te recordaba tan alta —le digo.

Alza una ceja.

—Igual has encogido tú.

Nos reímos y siento un alivio inmediato. Nada es tenso, ni incómodo, porque no empezamos desde el principio, sino un poquico después, pasados los nervios de las primeras quedadas pero antes de que fuéramos conscientes de que eran citas.

Afortunadamente, Ioana no es rencorosa conmigo. Reconozco que si hubiera sido yo quien se hubiera enfadado, ella habría tenido que esperar sentada a que se me bajaran los humos, a que cediera, a que aceptara su perdón.

Elegimos un sitio para tomar un café y algo de bollería. Con dulce todo entra mejor. Ioana me mira y se esfuerza por no sonreír.

—¿Qué? —pregunto con medio dónut en la boca.

—Nada, que… Que estaba muy enfadada contigo. Me sentía de vuelta en el armario, oscuro y maloliente. Pero t-tienes razón: podemos ser amigas.

Ahora me arrepiento de haber dicho aquello. Se me ha cruzado el dónut en la garganta y doy un trago de café. Ella también bebe. El vaso hace un sonido hueco cuando lo deja de nuevo en la mesa.

—¡Qué difícil es esto del amor! O no es la persona o no es el momento —suelta y luego suspira, pero no me mira.

Yo bien sé que encontrar el amor es difícil y, aunque no añado nada a su comentario, lo rumio, junto con lo que queda de donut. Creo que me he complicado demasiado la vida y por extensión el amor, por no hablarme clara a mí misma. Me he tirado piedras a mi propio tejado y he acabado sepultada bajo una pesada losa. Si me gusta Ioana, ¿qué más da lo demás? ¿Qué más dan mis padres, o mi jefe, o la gente de la calle? ¿Qué me importa lo que opine la camarera si le cogiera de la mano a Ioana? ¿O lo que opine esa mujer rubia con aspecto de niña de papá de la mesa de al lado? Si me gusta Ioana, ¿qué más da lo que digan el destino o los algoritmos?

—¿No crees? —me pregunta Ioana.

Enfoco de nuevo la mirada hacia ella. Sonríe con timidez. Quizá es tristeza.

—Sí, sí, es muy difícil —susurro.

Nos quedamos en silencio apurando nuestros cafés.

—¿Me acompañas a la tienda de informática? Necesito algunas cosas —pide Ioana.

Accedo. Le hubiera dicho que sí aunque su idea fuera tirarnos al pozo de San Lázaro para no salir jamás. Ioana no se anda con rodeos y va directa a la sección de almacenamiento digital. La sigo casi corriendo, incapaz de seguirle

sus largos pasos. Me quejo, pero ella me pide paciencia, que enseguida llegamos, que ya ha visto cuál quiere y que no nos llevará mucho tiempo. Y así es, sus ojos parecen un escáner que registra los estantes en busca de algo muy específico. Lo encuentra, lo coge y me lo enseña.

—Ya está. Nos podemos ir.

—Ah, no, ahora te toca a ti acompañarme a mí —le digo—. Necesito una tostadora.

—Pero si la que tienes es nueva.

—Una gofrera. Quería decir una gofrera.

—No te he visto comer gofres en mi vida —replica escéptica Ioana.

—Porque no tenía una gofrera, obviamente.

No me quiero separar de ella y doy un enorme rodeo por la tienda pese a que ella insiste en que vamos en dirección contraria.

—Quiero ver las teles también—digo.

Echa la cabeza para atrás, resignada. Yo me imagino que estamos buscando cosas para nuestra casa y le pregunto si le gusta esto o aquello. El cubo de su paciencia se va llenando poco a poco, pero entra en el juego. Elegimos una tele, un microondas y hasta una nevera de esas de doble puerta que hacen hielo. Cree que la gofrera será un tarro más que guardaré en un armario y que lo más práctico es un pequeño grill porque se pueden hacer sándwiches, bocadillos, tostadas y hasta verduras.

—No voy a sucumbir al pragmatismo; yo estoy aquí por la fantasía —digo mientras cojo la primera gofrera que pillo.

Ioana entorna los ojos, pero luego sonríe. En el mismo instante en que salgo de la tienda sé que la gofrera no va a salir de la caja y que ahí se acaba la magia.

—Siento haberte p-perreado —suelta Ioana—. Sé lo malo que te sabe.

Es una confesión de último momento, como si se le acabara el tiempo para hablar conmigo.

—Sí, yo también lo sentí. Si te hubieras estado quietecica, aun estaríamos juntas.

—No creo, Lorena —dice—. Si no hubiera sido el perreo, hubiera sido que te cogía de la mano por la calle o que te besaba en la cola del súper. Si es que no, es que no —concluye. Luego, mira el reloj—. Tengo que irme. Tengo que ver a un tipo.

—¿Otro proyecto web?

—Sí, del estilo, pero mejor te lo cuento otro día, ¿vale?

Sonrío ante la idea de quedar de nuevo.

—Claro. Llámame cuando quieras.

—¿Tu curro bien? —pregunta Ioana casi yéndose ya.

—Sí, sí, sigo teniendo el jefe más gilipollas de Zaragoza, pero no me quejo.

—Sí que lo haces.

—Bueno, sí que lo hago.

—Ha estado bien vernos, ¿verdad?

Asiento.

Nos quedamos mirándonos a los ojos, palpando con las pupilas la pena que nos da separarnos. Finalmente, Ioana se despide y nos quedamos mi gofrera y yo solas, rodeadas del mar de gente que entra y sale refugiándose del infierno exterior. Cuando salgo a la calle una bofetada de calor me golpea en el estómago. Hasta la chica que bebe café helado en el poste de la publicidad parece sudar.

—Te entiendo, tía.

6

Mis dedos se entrelazan con las agujas. A veces pienso que me fundo con ellas, que yo soy el hilo, que volamos juntas por un cielo de colores que resulta ser un jersey, o un gorro o unos patucos. Luego me salto un punto y se me pasa. Liz descansa a mi lado. Parece que por fin me ha perdonado. O quizá se ha acostumbrado a la ausencia de Ioana en casa. O quizá…

—Liz, ¿tú eres capaz de oler mis pensamientos? —le pregunto.

Sus orejas se mueven, pero no se inmuta. Sólo lo hace cuando suena el teléfono, como ahora.

—Es Gabi —le informo, y la gata vuelve a recostarse.

Me habla rápida y atropelladamente, se come palabras y tiene voz de pito. Me está diciendo que le han cogido en la gestoría y yo pienso que jamás hubiera imaginado que Gabi se pusiera loca de contenta por entrar a trabajar en un negocio de pueblo. Pero, claro, lleva mucho tiempo sin encontrar curro y entiendo que esto le haya devuelto no ya la ilusión, sino la autoestima.

—Me alegro mucho —le digo. Y aunque es verdad no puedo disimular el cariz mustio que le ha salido a mi voz.

—Ya sé que esto certifica que mi mudanza es definitiva —dice—, pero compréndeme, es importante para mí.

Le digo que sí, que la entiendo, que me apena tenerla lejos, pero que al menos sigue en la misma comunidad autónoma y que seguro que nos veremos todos los meses.

—Mi jefa es un encanto —comienza a relatarme—, y los clientes que tiene son de lo más variado, desde agricultores hasta pequeños empresarios. ¡Si hasta tenemos un youtuber! Vale, es el sobrino de mi jefa, pero el chaval tiene no sé cuántos suscriptores a su canal.

Se le nota muy aliviada. Ya está haciendo planes para arreglar la casa de sus abuelos y poder trasladarse allí desde la casa de sus padres.

—Está un poco en la ruina porque no se habita desde hace tiempo, pero el aparejador me ha dicho que es factible recuperarla, que los cimientos son sólidos y que ahora ya no hacen casas como estas. Es de adoba, ¿sabes la de dinero que me voy a ahorrar en energía?

Gabi sigue hablando y yo reflexiono sobre el alivio. Ella está instalada en

el alivio del "joder, por fin", ese que te quita un peso de encima, que te hace crecer. Yo, sin embargo, siempre he vivido el alivio del "fiu, me he librado por los pelos" que sólo pospone el peso y no te permite crecer. El peso es la espera. La espera de Gabi ya ha terminado; la mía sigue sonando como un tic-tac en mi cabeza, y todavía no sé si es un reloj que me marca el tiempo que estoy perdiendo o una bomba a punto de estallar.

7

Un ejemplar del Heraldo de Aragón ha volado ante mis ojos y ha aterrizado sobre la mesa del despacho de Arjol&Soriano. Todo es muy parecido a la vez anterior: el calor sofocante en el exterior, el hombre en traje con los pies en la fuente y la cara de apuro de Iván y Jorge. Sin embargo, hay un par de elementos diferentes. Para empezar, ese Heraldo. No me están enseñando la portada, sino una página interior, una breve nota en un mar de noticias de agosto. Leo: "Una joven zaragozana demanda a una app de citas".

—Esto nos pone en un aprieto —dice una mujer.

Es el otro elemento que difiere en la escena. La he visto antes. Ella a mí también. Yo tomaba un café y un dónut con Ioana y ella nos observaba sin mucho disimulo en la mesa de al lado. Se ha presentado como Begoña García de Pisón López-Aranguren y le he preguntado si le cabía todo eso en el DNI. No le ha hecho gracia. Digamos que entre eso y la dichosa noticia en el periódico, la abogada de Destiny y yo no hemos empezado con muy buen pie. Porque para eso está aquí esta mujer, para representar a la aplicación en la demanda.

—Venía con la intención de alcanzar un acuerdo, pero si esto salta a los medios no me resultará fácil convencer a mis clientes.

Iván y Jorge todavía están asimilando que el pibón que tienen delante es una abogada. De hecho, han saludado como tal al joven que la acompaña, un chico recién salido de la facultad al que se le hace pesado el maletín que lleva en la mano. Lo sé porque veo sus nudillos blancos y su yugular tensionada.

—No es para tanto. Sólo es un periódico local. No saldrá de aquí —explica Jorge—. Zaragoza sólo sale en los medios por sucesos, por el calor o por el día del Pilar.

—Y de refilón —añade Iván.

La abogada parece convencerse con eso. No me ha mirado desde que le preguntara lo del DNI, toda la conversación transcurre entre los abogados, como si yo no estuviera presente.

—Podríamos llegar a valorar un acuerdo, pero mi clienta está realmente afectada.

Iván me señala, la abogada me mira y yo pongo expresión de corazón roto. No parece convencerle.

—La vi el otro día con la mujer con la que Destiny la emparejó. Todo apunta a que la relación sigue adelante.

Mis abogados me miran con los ojos incendiados.

—Fue sólo un café —me defiendo—. Habíamos dejado las cosas mal y tampoco era plan.

—¿Lo dejasteis de mutuo acuerdo? —me pregunta la abogada directamente—. Tenía entendido que fue ella quien la dejó a usted.

Me tiembla todo el cuerpo.

—La dejaron a ella —responde Jorge—. Está claro que Destiny erró en su pronóstico.

—El margen de error está contemplado en las cláusulas de la aplicación —responde la abogada con suficiencia, como cuando te preguntan la lección en clase y sabes dar la respuesta correcta.

—Sí, pero lo que no está contemplado es la lesbofobia del algoritmo —se adelanta Iván.

—¿Perdón?

Algo recorre el cuerpo de la abogada, algo que es visible por todos, que casi restalla en los cristales. A juzgar por la rojez de su frente, parece enfadada.

Iván titubea.

—Consideramos que el algoritmo se basa en estereotipos lesbófobos para establecer sus relaciones. Nuestra clienta nunca había mostrado interés por las mujeres, pero Destiny la consideró lesbiana, o por lo menos, bisexual. ¿En base a qué? ¿A que en su Spotify escucha a Vanesa Martín o Marta Soto? ¿A que en su cuenta de Netflix hay algunas películas románticas de chicas? ¿A que sigue a algunas influencers lesbianas en redes sociales?

Se hace el silencio. Sólo los ruidos de unas voces en la sala contigua llegan amortiguados. La abogada no reacciona pese a que todos la estamos mirando.

—Está bien —dice por fin. Sus dedos tocan la mesa, muy cerca del periódico; muy cerca de mí. Tiene un anillo muy fino que puede pasar desapercibido y me pregunto si estará casada—. Necesito hablar con mis clientes. Les llamaremos.

La abogada le hace un gesto con la cabeza a su compañero y se va. El joven se inclina para despedirse y nos dejan solos en el despacho. Aguantamos la respiración hasta que les vemos doblar la esquina y bajar las escaleras, y entonces exhalamos.

—Lorena, te dije que no quedaras con ella —dice Jorge.

—Lo sé, pero fue ella quien me lo pidió y no quería ser maleducada.

Iván se sienta a mi lado mientras Jorge da un par de vueltas por el despacho.

—Creo que vamos bien, ¿no? —pregunta Iván

—No tengo ni puta idea —le responde Jorge.

Los miro y no me creo que esté metida en una demanda con estos dos. Parecen superados. Jorge se acerca a la mesa y se apoya con las manos. Le cuelga la corbata que le regalé en un aniversario o un cumpleaños. Recuerdo

que la elegí sin ganas porque necesitaba comprarle algo y no se me ocurrió nada mejor y él la recibió muy emocionado, diciendo que se la pondría cuando fuese abogado. Golpea con el dedo el periódico.

—Esto hemos sido nosotros —confiesa—. Queríamos saber cómo iban a reaccionar. Se han puesto nerviosos, como has visto. No les interesa que nada de esto salte a los medios. Deben estar en un proceso de venta o algo así. Eso nos da cierta ventaja —dice. El dedo va de la noticia a mi cara—. Pero no la cagues. No quiero que veas a Ioana hasta que esto acabe.

—Tranquilo. Con Ioana ya he terminado.

—Bien —dice Iván.

Jorge se incorpora y comienza a recoger algunos papeles que hay sobre la mesa.

En mi bolso, mi móvil vibra y no sé por qué me da que es Ioana preguntándome si vamos a quedar más tarde.

8

Salgo del despacho de Iván y Jorge y el sol pulveriza mi memoria y mis promesas. Escribo a Ioana y le pido que venga a mi casa, lejos de miradas de abogadas de apellidos largos. Camino pegada a las paredes, buscando la sombra y refunfuño cuando me encuentro de frente a alguien que me obliga a desviarme. El calor lo derrite todo, hasta mi capacidad de pensar. Al otro lado de la calle, la figura de la abogada también se nubla. Zigzaguea de un lado a otro como el humo de una hoguera. Va sin su ayudante. Me mira y me saluda con la mano. Hago lo mismo y desaparezco de su vista cuando llega mi autobús.

Bajo en Plaza de España y me arrepiento al instante. No hay nada que haga sombra. Incluso la estatua del centro de la plaza parece más un señor al que le ha dado un vahído que un mártir de la patria. Si quiero sombra tengo que entrar a consumir en algún establecimiento. Quiero comprarle algo a Ioana. Entro en la FNAC, busco libros, merchandising y música, pero nada me convence.

—Este funko de "El señor de los anillos" le gustará —oigo que me dicen a mi espalda.

Me giro y veo a la abogada. Lleva en la mano un muñeco cabezón de Frodo.

—¿Me estás siguiendo?

Ella asiente sin reparo. De cerca, sus rasgos se ven finos y agradables, pero no debo dejarme engatusar.

—Le gustan las novelas de Tolkien y, aunque ha buscado funkos, nunca se ha animado a comprar uno. Imagino que le da reparos el precio. Frodo es su favorito.

—¿Sabes todo eso de Ioana?

—Eso y mucho más. Y de ti también. Por eso la aplicación debía saber

que estabais hechas la una para la otra. No ha fallado. Yo lo sé, tú lo sabes, y tus abogados también —dice, y deja el funko en una estantería—. Bueno, ellos no lo saben, van más perdidos que un pulpo en un garaje. Novatos…

—Hablando de los cuales—digo—, me han dicho que no hable contigo. Además, no voy a quedar con Ioana.

—¿Seguro?

—Sí, he venido a comprar algo para mí. Voy a encerrarme en casa hasta que se acabe todo esto —digo señalando el espacio entre nosotras—. Y necesito lectura.

Cojo un libro al azar y me lo llevo a la caja.

—No te va a gustar —dice la abogada—. No es para nada tu estilo.

Pago y me giro para echarle un último vistazo. O el que yo creo que será el último, pero no paro de verla en cada rincón y no sé si es ella o son obsesiones mías. Si compro unas palomitas en El Rincón ahí está ella metiendo golosinas de fresa en una bolsa; si me cuelo por la calle San Miguel para evitar el río de gente de Independencia, ella está en un portal; si me mezclo con los usuarios del tranvía, noto su mirada al fondo del vagón.

Salgo corriendo del tranvía disparada calle abajo, giro a la derecha y me meto en mi calle. Miro a mis espaldas una vez más y me aseguro de que no me sigue. Cierro la puerta del portal tras de mí y me apoyo en ella con la respiración entrecortada. Me estoy volviendo loca. Subiendo las escaleras marco el teléfono de Ioana y ya estoy dentro de casa cuando me lo coge.

—Justo me pillas saliendo de casa —dice.

—Pues vuelve a entrar. No puedes venir.

—¿Por qué?

—Porque me están siguiendo.

—¿Qué?

—Nada, que no vengas. Es una larga historia. Yo te aviso cuando puedas, ¿vale?

—Pero qué…

No le dejo acabar la frase. Cuelgo y voy hacia la ventana. Retiro un poco la cortina y me asomo con disimulo. Un destello me ciega momentáneamente, pero cuando mis ojos se acostumbran de nuevo a la luz, ven a la abogada en la esquina. Me mira y me saluda con la mano.

9

Llevo unos días entregada por completo al aburrimiento y a la desesperación. Y, por qué no decirlo, también a la obsesión. Voy y vengo del sofá a la ventana y me asomo con disimulo para asegurarme de que la abogada no está ahí. Mis vacaciones están consistiendo en una especie de cuarentena forzosa, como si en el exterior hubiera un virus altamente contagioso del que nadie escapa.

Apenas salgo de casa para hacer la compra o airearme un poco. Veo la

cara de la abogada en cualquier mujer rubia y bien vestida que se me cruza por mi camino. Hasta la gata se está volviendo loca. Salta del sofá a la mesa del salón y de ahí a las sillas desde donde se cae al suelo, se lanza hacia las cortinas, pelea a muerte con los cactus... Sabe que Ioana me llama y que yo esquivo sus intentos de comunicarse conmigo. Me llama, me deja mensajes de voz, me amenaza con plantarse en mi casa. Las tres andamos desesperadas.

Por eso, cuando suena el timbre de mi casa ya sé que es ella. Abro la puerta, le agarro de la muñeca y la meto para dentro sin quitar ojo al rellano.

—¿Te ha seguido alguien? —le pregunto.

—Lorena, tú no estás bien. ¿Se puede saber qué te pasa?

La abrazo con fuerza. Siento su cuerpo, su olor, y me parece una eternidad desde la última vez que estuvimos así. Acompaso mi respiración a la suya y logro templar mis nervios. Ioana me sujeta la cara y me obliga a mirarla. Debo transmitirle pena porque su gesto duro se enternece al verme.

—Mi amor, ¿qué te pasa?

—Ay —digo al oír ese "mi amor"—. Es que no sé si puedo contártelo.

Evito mirarla y me siento en el sofá. Ella se sienta a mi lado. Sus rodillas rozan la mesita de café. Me acaricia el muslo y vuelve a mirarme con ternura.

—A mí me lo puedes contar —dice y sus ojos se aguan un poco—. ¿No?

Ahora que tengo que explicarle a Ioana lo que pasa, reflexiono por primera vez sobre lo que he hecho. Y, sobre todo, por qué lo he hecho. He demandado a una aplicación de citas que prometía encontrarme al hombre de mi vida gracias a un sofisticado algoritmo porque resulta que el hombre de mi vida es una mujer y yo no estaba preparada para ello.

Supuestamente.

—Lorena… —insiste Ioana.

Chasqueo la lengua y esquivo sus ojos. Liz aparece en el salón. Ha escuchado, ha olido a Ioana y viene loca de contenta, con sus patitas vendadas. Ioana la coge en brazos.

—¿Y a esta qué le ha pasado?

—Pues que se pelea con los cactus —respondo—. Lo está pasando mal sin ti. Igual te la podrías llevar. Total, aquí sólo nos volvemos más locas la una a la otra.

—No puedo.

—¿Por qué no puedes?

—Porque no puedo, Lorena. Y ahora cuéntame qué está pasando.

El tono duro de Ioana me achanta. Juego con un hilo suelto del sofá y mi voz se torna infantil.

—Pues es que cuando rompiste conmigo estaba tan enfadada, tan enfadada, que lo pagué con Destiny y les he puesto una demanda.

—¿A Destiny?

—Ajá.

—¿La aplicación de las citas?

—Esa misma.

—P-pero… —Ioana se reclina en el sofá. Liz sigue ronroneando en sus brazos, ajena a todo. Su boca se ha congelado formando la o y busca algo de sentido en el mueble de la televisión—. ¿Eso se puede?

—Por lo visto, sí.

—¿Y por qué la has demandado?

—Por daños morales por haberme hecho creer que era lesbiana —respondo—. Y por lesbofobia también, por basarse en prejuicios para emparejarme con una mujer.

Ioana se levanta y suelta a la gata de golpe que cae de pie en el sofá y maúlla de dolor.

—Ay, Dios mío.

Liz bufa al oír esa expresión de nuevo.

—La culpa es tuya —digo mientras me levanto yo también—. Me dejaste destrozada en mitad de la plaza de mi pueblo, de madrugada y con mi hermana en el hospital.

—Lo de tu hermana fue después, que conste. Y, joder, si estás cabreada, te tiras al primero que pilles, o me lanzas indirectas en tus redes sociales, o me lanzas huevos a mi ventana, pero no demandas a una aplicación de móvil. ¡Tienes todas las de perder!

—Bueno, Jorge cree que tenemos posibilidades.

—¿Qué Jorge? ¿Tu Jorge?

Asiento con los labios apretados. Ioana se acerca con expresión entre burlona y confusa.

—¿Tu ex novio es el abogado que te está ayudando a demandar a la aplicación que te ha dicho que eres lesbiana?

Me rasco la nuca, la sien, la nariz. Soy un dique de picores que no puedo contener.

—Sí…

—¿No te das cuenta de la locura que es todo esto?

—Ahora que lo digo todo en voz alta… Puede.

—Y lo de que te espían, ¿también va por lo de la demanda?

—Ah, sí, pero eso es real. La abogada de Destiny me está espiando. Quiere saber todo de mí para poder presionarme y que retiremos la demanda. La he visto siguiéndome varias veces por Zaragoza. Hasta me habló en la FNAC. Por eso no salgo. Y por eso tampoco te escribo. Podrían espiarme el móvil.

—¡Ay, ay, ay!

La desesperación de Ioana va en aumento a juzgar por cómo se agarra el pelo. Tiene los bíceps en tensión y me quedo obnubilada en esa estampa. Ella me está hablando, pero yo sólo la veo tumbada en la cama, enmarañada en mis sábanas, sujetándose el pelo mientras yo le beso el vientre.

—Pero, ¿me estás escuchando? —me dice.

—La verdad es que no —contesto—. Y si sólo has venido a echarme la bronca, prefiero que te vayas.

Gruñe con indignación.

—Venía a ver cómo estabas, pero ya veo que te estorbo. Gilipollas que soy —dice dirigiéndose entre bufidos a la entrada, que ahora para ella es salida.

Esta contradicción me ronda en la mente unos segundos, los justos para que ella, con su larga zancada, llegue hasta la puerta y la abra. Voy tras ella y la cierro de un manotazo. Nos quedamos frente a frente. Tengo a un palmo de mi boca el hueco que queda entre sus clavículas. Sueño con hacerme pequeña y nadar en él.

—Lorena… —me nombra.

Ha rebajado su tono de voz y ahora suena amable y conciliadora. Conozco esa voz, es la voz que ponía cuando me quería llevar a la cama.

—Ioana… —digo yo y cierro los ojos ante lo que se me viene encima—. ¿Puedes salir por el garaje?

El rugido que lanza espanta a la gata y a una bandada de palomas que había en el balcón. Sale de casa y cierra de un portazo.

Por la mirilla veo qué hace. Amaga con bajar por las escaleras, pero finalmente lo hace por el ascensor, directa al garaje. Respiro aliviada con la frente pegada a la puerta.

Un golpe, dos golpes, tres golpes.

Mi móvil suena en el salón. Voy rauda, ansiosa por saber qué otra movida se me avecina ahora.

El peso, la espera. ¿Cuándo llegará el alivio?

No reconozco el número que aparece en la pantalla

—¿Quién es? —pregunto de mal humor.

—¿Por qué me ha llamado una abogada diciéndome si tuve una relación contigo cuando éramos niñas?

Reconozco la voz.

—¿Esther?

—Le he pedido a mi tía que le pida tu teléfono a tu madre. Espero que no te sepa mal.

—No, no… ¿Una abogada has dicho?

—Sí.

—¿Y qué le has contestado?

Hay un silencio al otro lado y por un momento pienso que se ha cortado la llamada.

—¿Hola?

—Mañana voy a Zaragoza. ¿Quedamos y lo hablamos?

Le digo que sí y nos despedimos.

Durante un rato pienso un sitio donde quedar y que no nos vea nadie. Sin embargo, cuando Esther me manda la ubicación y hora de nuestra cita de mañana, compruebo que ella tiene otra idea, mucho menos discreta.

10

Se me hace rarísimo tener a Esther delante. La he visto bajar por las escaleras del hall de su hotel, situado en el Coso, y la luz dorada le sienta bien. Físicamente ha cambiado, pero su trato es el mismo de siempre: dulce, educado y paciente.

—No hacía falta que vinieras a buscarme.

—El tranvía me deja aquí al lado —Espero a que deje las llaves en recepción y que vuelva a mi lado—. ¿Has venido de propio a Zaragoza para verme?

—No, no… Teníamos una reunión de trabajo. He venido con un compañero.

Salimos del hotel. La noche es agradable. Se puede ir en mangas de camisa sin que se te pegue la calor ni que pases frío en alguna volada de aire. Esther parece entusiasmada con nuestra salida.

—Así que quieres ir a El Plata. No sé si quedarán entradas —digo.

—Las he reservado ya. Quiero desconectar un poco de la vida familiar y qué mejor sitio que El Plata, ¿no?

—No te hacía a ti una fan del cabaret. Seguro que en Barcelona tienes cabarets como este.

—Sí, pero a mi mujer no le van. Es muy tímida para estas cosas.

Tenía intención de llevarla a alguno de los locales de moda, pero sus deseos son órdenes. Para evitar el ajetreo de Plaza España, cruzamos la acera y vamos por calle Verónica, en paralelo al tráfico del Coso, más tranquila. Ha sido una decisión medio consciente, porque siempre que vengo por esta zona, me gusta acercarme a ver el teatro romano por esta conexión tan rara que tengo con él. Nos asomamos por la verja y respiramos en silencio la historia del lugar.

—¡Mira, mira, un gato! —exclama siguiendo con la mirada una mancha negra.

—¿No te flipa saber que todo esto estuviera debajo de nuestros pies?

—Y lo que habrá… Ya sabes que aquí, a nada que rasques, te sacan unos restos arqueológicos.

Me vienen a la mente aquella excursión del cole y quiero saber la opinión de Esther.

—Bueno, creo que ni una cosa ni la otra. Está bien sacar las ruinas a la luz, pero eso tampoco puede paralizar el desarrollo de una ciudad. Si no, aun estarías sacando agua a pozales del río para ducharte.

Una pareja de artistas de El Plata han salido a reclamar la atención de los viandantes para captar clientes de última hora. El colorido maquillaje y los enormes tacones que llevan las hacen bien visibles en todo el Casco.

Nos sentamos en una de las mesas de colores del local. Las sillas parecen sacadas de una clase de Primaria. Las luces de colores se reflejan en las canas de Esther, cortitas y puntiagudas. Está guapa. Lleva una camisa blanca abrochada hasta el último botón. Se le nota nerviosa. Tiene los carrillos colorados. Seguro que si le tocase la cara, la tendría caliente.

Vienen a tomarnos nota.

—Buenas, pareja —saluda la camarera—, ¿qué vais a querer tomar?

—No, no somos pareja —respondo un poco azorada.

—No te pongas nerviosa, Lorena, era sólo una expresión —dice Esther.

Doy gracias porque empieza el espectáculo y las luces se atenúan.

—¿Habías venido aquí alguna vez? —me pregunta.

—Sí, para una despedida de soltera. Lo típico.

Aprovechamos los momentos entre espectáculo y espectáculo para hablar un poco. La verdad es que el sitio no invita a la conversación.

—Entonces, ¿estás feliz en Barcelona?

—Mucho —contesta Esther con una sonrisa de oreja a oreja—. Mi familia es increíble, mis amigos también y mi trabajo no es que me llene, pero tampoco me absorbe.

—Muy bien.

Una mujer con muy poca ropa y cargada de chistes verdes baja del escenario. La veo pasear entre las mesas acariciando a hombres y vacilando a mujeres. Entonces, la veo. Begoña, la abogada de Destiny, está en una de esas mesas. Le pide a la artista que se acerque, le susurra algo al oído y nos señala.

—Mierda —digo tratando de taparme con una servilleta.

—¿Qué pasa? —pregunta Esther.

—Que viene, que viene…

Esther se gira y ve a la cabaretera acercarse a nuestra posición. Sonríe y le abre los brazos, pero la mujer la rodea y viene directa a mí.

—Zagalica, esto es un encargo exprés —dice e inmediatamente después agita sus pechos en mi cara.

Los flecos de las pezoneras me hacen cosquillas en la nariz. Esther se ríe, todo el público se ríe. A lo lejos, la abogada brinda por mí.

Doy un largo trago al gin-tonic para recomponerme mientras la artista vuelve al escenario y acaba su espectáculo.

Me dedico a comer y beber hasta que acaba el espectáculo y nos echan.

—Has estado muy callada —dice Esther.

—Tampoco es que se pudiera hablar.

—Es verdad. Tenemos que hablar —responde.

Esther me sigue y no pregunta. Esta vez me toca decidir a mí dónde ir. Voy en dirección contraria al trajín de la gente y nos metemos en el primer bar que vemos.

—Bueno, cuéntame lo de la abogada —me pregunta.

Nos acaban de poner delante un par de cafés de dudosa calidad. Quizá esté condicionada por el hecho de que los pies se me pegan al suelo y las manos a la mesa.

—Nada, una tontada.

—Que haya una abogada de por medio no suele ser por una tontada —dice con gesto de preocupación.

—Ya, bueno, pero me da la sensación de que no es una abogada de esas

que vemos por la tele, sin escrúpulos y eso. Esta sólo se dedica a espiarme.

—¿Te espía?

—Sí, por eso te llamó. Quiere saber cosas de mi pasado.

—Uhm, salseo —dice.

Le da un sorbito al café y su cara se tuerce.

Esther nota mi reticencia a hablar del tema. Cada vez que lo verbalizo queda patente que mi empecinamiento es estúpido, y yo más por no poder dejarlo estar.

—¿No me lo vas a contar?

—Si te lo cuento, se descubre todo.

Las cucharillas tintinean en los vasitos de cristal. Esther me mira sin levantar la vista de la mesa.

—Tarde o temprano, todo se acaba sabiendo —dice—. Mira si no los rumores de la chopera.

Me bebo el café de un trago, como si fuera un chupito de absenta.

Al fin y al cabo, no puedes esconder con una lona un teatro romano.

11

A mi madre le quema la pregunta en la boca. Lo noto en la virulencia con la que bate los huevos, en las miradas de reojo que me lanza mientras pongo la mesa, en cómo se limpia las manos en el mandil una vez ha dejado la tortilla en mitad de la mesa. La conozco. Le corroe saber a santo de qué la del Herrero quería mi número de teléfono.

Atacamos al círculo dorado como si no hubiéramos comido en cinco años. En la mesa también hay ensalada y embutido. No me juzguéis. Ya os he dicho que para fiestas se es más laxo con las normas, incluido, el veganismo.

—El otro día me encontré a la tía de Esther, esa amiguica tuya de la infancia.

Me lleno la boca de lechuga para evitar decirle que manda cojones que venga ahora con lo de que era "mi amiguica" cuando fue ella quien me prohibió expresamente juntarme con Esther.

—Me pidió tu número porque su sobrina se lo había pedido.

Soy consciente ahora de lo que le costaría a la pobre mujer acercarse a mi madre y pedirle algo, aunque no fuese para ella. Otro trozo de tortilla me ayuda a pasar el trago.

—¿Te ha llamado? ¿Qué quería?

Encojo el cuello.

—Hablar.

—Hablar —repite mi madre incrédula—. ¿Hablar de qué?

"¿Ahora tengo que darte cuenta de todas las conversaciones que tengo con la gente?", quiero decirle, pero en su lugar vuelvo a meterme en el caparazón y respondo con un poco convincente "Cosas". Las miradas alborozadas de mis hermanos no ayudan mucho.

Hay un silencio, el que hay antes de que estalle el trueno.

—¿Sigue siendo lesbiana? —pregunta mi madre que es como un dóberman cuando encuentra un hueso.

—Sí, ha renovado su carné para los próximos tres años —respondo.

Me hierve la sangre. Pide a gritos salir por la garganta y gritar yo qué sé. Bueno, sí lo sé, pero me resisto una vez más. Logro controlar el impulso y me callo.

—Vaya manera de complicarse la vida —dice.

En lo que ha durado esta conversación hemos acabado con la tortilla y la ensalada. En mi casa, como te despistes, te quedas sin comer.

Pese al cabreo que llevo encima, recojo la mesa antes de ir un rato al sofá. El reposo en el sofá con toda la familia es mera costumbre, un hábito que nadie disfruta, pero que si te lo saltas ocasionas una afrenta. Mi padre tiene la marca de su culo en un lado del sofá, Carlos se sienta en el otro y en el pequeño hueco que queda entre los dos se sienta Elvira. Mi madre se sienta en una silla. Ella, estoica. Yo me quedo de pie dando a entender que me quedo por puro compromiso, pero que me marcharé en breve.

Mi padre zapea desganado, tan rápido que apenas nos deja ver qué ponen en la tele. Marea y nos quejamos. Él se queja de que la tele es una mierda, pero no suelta el mando. Ante el aumento de las protestas pulsa un botón al azar y deja el mando bien prieto a su muslo, no sea que se lo vayamos a quitar. Es un programa de cotilleos de personas que a nadie de los que estamos allí nos interesan, hasta que salta la noticia.

—Atentos a esto —dice el presentador. Se frota las manos y se ajusta las gafas sobre el puente de la nariz. Una música de tensión suena de fondo—. Esta noticia es muy jugosa: una joven de Zaragoza demanda a una aplicación de citas por emparejarla con una mujer.

De repente, echo en falta una silla.

Busco un sitio en el que agarrarme, mientras el presentador sigue leyendo el teleprónter.

—Por lo visto, la aplicación promete un 95% de fiabilidad a la hora de encontrar a tu pareja ideal, pero en este caso les salió el tiro por la culata. O al menos eso es lo que dice la demandante.

—Vaya chorrada —dice mi padre. Mete la mano bajo su muslo para coger el mando a distancia y cambiar de canal, pero no lo encuentra. Se ha debido caer entre los cojines.

—Pero, ojo, que aquí viene lo bueno —sigue el presentador. La música de fondo aumenta y los colaboradores del programa le miran con expectación —. Hemos encontrado a la cita de esta chica y le hemos preguntado qué opina ella.

—No, no, no… —murmuro.

Mi padre levanta la pierna mientras mira al sofá. Al inclinarse espachurra a Elvira que no puede dejar de ver la tele. Aparece Ioana de lejos, a la salida de su trabajo. El cámara corre hacia ella y la imagen tiembla, pero se aprecia

perfectamente cómo el rostro de Ioana se descompone con cada metro que avanza la cámara. Un micrófono con el logo del programa aparece en el plano y queda a escasos centímetros de Ioana que lo mira como si fuera una araña gigante australiana.

—¿Eres la chica de la aplicación de citas?

—¿Q-Qué?

—¿Pero esa no es…? —dice mi madre que se pone las gafas de lejos para ver mejor.

—Tú eres la cita de la chica que ha demandado a la aplicación de citas por daños morales —afirma el paparazzi.

El reportero se esfuerza en no dar el nombre de la app mientras Ioana se esfuerza en hablar. Quiere pedir que la dejen en paz, que se quiere ir a casa, pero de su boca sólo salen palabras entrecortadas y frases sin sentido. Y cuanto menos puede expresarse más se le descompone el cuerpo y el rostro.

Miro a mis hermanos. Están tan compungidos como yo.

—¡Aquí está! —Mi padre levanta triunfal el mando a distancia y cuando apunta a la tele ve a Ioana—. ¿Pero esa no es…?

—Sí, sí es —dice mi madre ya con las gafas puestas.

Ioana ha sido asaltada en la calle, a traición y por la espalda. Ha quedado en ridículo en la televisión nacional por mi culpa. Toda esa vulnerabilidad que se empeña en proteger, que sólo muestra a personas muy selectas, la mayoría de las cuales están a miles de kilómetros de aquí y ni siquiera pueden protegerla, ha quedado expuesta. Sólo yo puedo protegerla, pero soy yo la causante de sus males. De los suyos, de los míos, de los de Esther… Lo menos que puedo hacer por ella y por nosotras es ser valiente de una puta vez.

—Sí, sí lo es —digo—. Y yo también. Quiero decir, que soy lesbiana, que me gustan las chicas, que siempre me han gustado, pero nunca me he atrevido a vivirlo plenamente por miedo a ti, a vosotros —digo señalando a mis padres.

No sé cómo he conseguido decirlo sin llorar.

Carlos se levanta del sofá con ímpetu.

—Yo también soy gay. Hala, ya está dicho.

Mis padres nos miran a Carlos y a mí, luego se miran entre ellos y finalmente miran a Elvira.

—A mí no me miréis, yo solo soy adicta a la coca.

Hay un silencio de los que llaman atronadores. Lo he leído en muchas novelas y nunca supe a lo que se refería hasta que lo estoy sintiendo en mis propios oídos. Es un silencio lleno de gritos, de cosas rotas contra el suelo, de golpes en los muebles.

Estoy aterrada. Miro a Carlos y está igual. Tiene que ser Elvira quien rompa este silencio.

—Bueno, yo me voy a dar una vuelta —dice.

Pero a lo que se va a levantar del sofá, mi padre la engancha del hombro y la obliga a sentarse de nuevo.

—Tú no te vas a ningún lado.

Elvira se sienta y entonces sí comienzan los gritos, las cosas por el suelo (el mando, las gafas de mi madre) y los golpes en los muebles.

No obstante, me sé el truco, no porque lo haya utilizado yo. Se lo he visto hacer muchas veces a Elvira y funciona. Voy hacia la puerta de casa y la abro. Entonces los gritos cesan. Pasa una señora, mi madre le sonríe con educación.

—Adiós, mamá. Hasta el sábado que viene —digo, y me meto al coche escurriendo la mirada de mi hermano.

Él sí se queda con mis padres de puertas para dentro.

Quinta parte

1

Resulta que es agosto y que los medios andan escasos de noticias. Y resulta también que el Heraldo de Aragón posee 20 Minutos y que así fue como una noticia local saltó a la prensa nacional. La noticia se hizo viral en las redes sociales y de ahí no tardó en llegar a los programas de zapping. Hasta entonces yo era "una joven zaragozana", pero cuando la noticia ha dado el salto a la prensa del corazón ya han conseguido mi nombre, el de Ioana y las direcciones de nuestros trabajos. Como yo estoy de vacaciones, han ido a por ella. Pero que no me preocupe, dice Jorge, que en dos semanas, con la vuelta de las vacaciones, la política y el inicio del año escolar todo quedará olvidado.

Le he invitado a comer a mi casa porque, tras salir del armario con mis padres, no quiero estar sola. Aun me tiemblan las piernas.

No le he dicho nada a Jorge, por supuesto.

—La abogada está que echa humo —dice mientras se lleva a la boca una cucharada de salmorejo—. Se empeña en hablar contigo a solas, pero no es lo más prudente ahora mismo. Aunque es una putada. Toda esta atención mediática nos viene muy bien para la demanda. Se nos pone de cara. Podemos pedir lo que queramos.

Yo sólo quiero hablar con Ioana. La he llamado mil veces, pero no me lo coge. A veces, directamente, me cuelga.

—En mi vida había visto tantas horas de ese programa del corazón —sigue Jorge—. El otro día debatieron acerca de algoritmos. Los comentarios eran tremendos. Se nota que han oído alguna cosa de cómo funcionan, pero el debate les pilla grande. Aun así, mira —pone ante mí su móvil—, la gente está debatiendo acerca de Destiny y de cómo los algoritmos manejan nuestra vida, lo que leemos, lo que escuchamos… Mira lo que dice este: "Es muy turbio cuando las empresas y los gobiernos utilizan la IA y el machine learning para tomar decisiones que afectan nuestras vidas sin que nosotros lo sepamos". O este: "Los algoritmos siempre contienen desigualdades que se traducen en la vida real, porque han sido creados por seres humanos que simplemente están automatizando sus prejuicios".

Saca su libreta y copia esos mensajes. Las redes sociales le están montando la defensa. De pronto, su pantalla parpadea y aparece la cara de Gabi. Jorge descuelga, pone el manos libres y posa el teléfono en la mesa, llena de migas de pan y pelarzos de melocotón.

—¿Qué pasa, Gabi? —saluda Jorge.

Gabi habla antes de que yo pueda saludar. Es una metralleta.

—¿Estás con Lorena?

—Sí, está aquí.

—Vale, no se lo digas, pero en la tele está apareciendo una chica que dice que Lorena es lesbiana de toda la vida, que tuvo una relación con ella, pero que está muy metida en el armario por culpa de sus padres.

Jorge trata de desactivar el manos libres, pero los nervios le traicionan y tira el móvil al suelo. Recibo las palabras de Gabi como aguijonazos. Me lanzo sobre el mando a distancia, enciendo la tele y voy directa al canal de televisión donde emiten el programa que está exhibiendo mi relación con Ioana. De repente, nuestra bonita historia de amor se ha convertido en un show.

—Esto igual os trastoca un poco la defensa. ¿Hola? ¿Jorge, estás ahí? Digo que esto igual os trastoca. No sé de dónde habrá salido esta tía…

En la pantalla veo a Karol con K. La llamábamos así para diferenciarla de la otra Carol del grupo del ciclo de Higiene Bucodental. Karol con K está contando al detalle nuestra primera noche de sexo. Cuenta que "lo gocé todo" y que hubo varias después.

—Se puso a salir con un tío, que ahora es su abogado, por cierto. En Zaragoza nos conocemos todos —apunta Karol.

—Vale, Gabi, genial, te llamo luego.

Jorge agarra su móvil contra el pecho mientras mira la tele, como yo, aterrado.

—¿Quién es esa chica y de dónde ha salido?

Si me asomara a la ventana seguro que me encontraría a la abogada sonriendo triunfal desde la calle.

—Lorena, ¿tienes algo que contarme? Y te pregunto como abogado, pero un poquito también como ex, eh.

Estoy ofuscada, bloqueada. Sigo viendo a Karol en la tele, respondiendo a preguntas de los colaboradores del programa, aunque no escucho nada ya. Doy un par de vueltas por el salón, a ver si así se me baja todo un poco a los pies, y consigo hacerme conmigo misma. ¿Qué me ha preguntado Jorge? Ah, ya, que si tenía algo que contarle. Pues sí, pero no sé cómo hacerlo. Nunca he contado esa parte de mí. La Lorena que conoce es una mentira, una mentira por omisión, pero una mentira al fin y al cabo.

Me asomo a la ventana. Ahí está la acusica. Sí, saluda, saluda, malachandra, que eres una malachandra. Eso se lo decía mi abuela a la abuela de Esther. Lo retiro. Pero acusica es un rato. ¿Quién la aguantará en Madrid?

—Lorena —insiste Jorge desde el sofá.

Hay un boquete en la calle, uno de esos profundos que tienes que evitar pisar con las ruedas del coche si no quieres pegar un bote y darte un coscorrón en la cabeza. Me pregunto si habrá alguna ruina ahí abajo. No, hasta aquí no llegaron los romanos, ni los íberos, ni los árabes. Hasta hace unos años no llegaban ni los propios maños. ¡Qué tonterías digo!

Oigo mi nombre repetido varias veces en la voz de Jorge. Me llega como un eco, cada vez más nítido. Me vuelvo y lo tengo al lado. Con un par de dedos retira la cortina y se asoma a la calle.

—¿Qué miras con tanto interés?

—¡Quita, que nos va a ver!

Le empujo para que no nos vea la abogada.

—¡Pero si no hay nadie en la calle!

Me asomo de nuevo y tiene razón. Ha debido irse para dejarme de loca.

—¿Estás bien? —me pregunta Jorge con cariño.

Su paciencia no tiene límites.

—¿Quieres un café o algo? —le ofrezco—. Puede que me alargue un poco.

—Está bien.

Voy a la cocina y él me acompaña. Con un café en las manos me escucha con atención. Y yo tomo aire, porque creo que lo voy a necesitar. No en vano, voy a contarle por primera vez algo que nunca he contado a nadie.

2

Os conté el primer verano que Esther pasó en el pueblo, pero me callé el segundo.

Los rumores de la chopera tenían razón: Esther era una mini lesbiana.

Me encantaba pasar tiempo a su lado, pero, por otro lado, tanto mis amigas como mi madre me impedían estar con ella. No es que me ataran a una silla o me encerraran en mi habitación. Únicamente, hacían uso de la presión social, las indirectas y las sugerencias veladas. Mis amigas, por ejemplo: Pasábamos por la casa de los abuelos de Esther y, sin venir a cuento, alguien soltaba algún comentario como "qué asco las almejas". Todas se reían. Yo también y, aunque no supiera exactamente a qué se referían, sabía que era algo negativo relacionado con su sexualidad. Quien fuera que lo dijera lo habría escuchado en su casa y sólo repetía lo que oía. Probablemente fuera Vicky.

Sí, seguramente fue ella.

En fin.

Si quería ver a Esther tenía que hacerlo a escondidas. ¿Sabes lo típico de que le dices a tus padres que estás con tus amigas y a tus amigas que te quedas en casa y así, con esa frágil coartada, puedes quedar con quien tú quieras sin preguntas ni excusas? Pues eso hacía yo.

Durante el verano anterior había hecho muy buenas migas con Esther, pero, por miedo a mis padres, no pude mandarle cartas ni casi llamarla por

teléfono. Tú eres chico y no harías esto, pero no era raro que nosotras las chicas intercambiáramos cartas. Eran bonitas, o así nos lo parecía, con dibujos de payasitos o florecicas, y solían estar perfumadas. Pues eso, que no podía escribirle ni llamarle. Y por supuesto, nada de ir a Zaragoza yo sola a pasar la tarde con ella. Por suerte, vino un par de veces al pueblo y así pudimos vernos.

Pedaleaba con fuerza hasta el río y llegaba llena de polvo y sudor, pero todos los males se me pasaban al verla a ella lanzando piedras contra la superficie del agua, haciendo ranas. Yo creía que lo que sentía por Esther era una amistad intensa, pura. Lo que debía ser una amistad, vaya. Hacía tiempo que había comprendido que mis amigas del pueblo no eran realmente amigas, sino unas chicas con las que, por generación, me había tocado convivir. Si les contaba algo mínimamente personal o alguna inquietud o cualquier otra cosa que se saliera de los temas que solíamos tratar (chicos, ropa y más chicos), se reían, me ridiculizaban, me hacían sentir un bicho raro. La profundidad de esa amistad era la misma que la del Ebro en verano. Sin embargo, la de Esther era la del Ebro a finales del invierno, con la fuerza de sus riadas arrasándolo todo a su paso, con la densidad y la consistencia del barro de sus aguas y, por supuesto, con el temor de la gente al verla de cerca.

Ella vivía ajena a los rumores no sé si por ignorancia o porque le daban igual. Si naces en una familia como la suya aprendes a convivir con los rumores y la mala fe de tus vecinos.

Nos metíamos en el río mientras contábamos historias de personas a las que un remolino se las había tragado.

—Si te ves atrapada por un remolino no debes nadar porque eso te hunde más. Lo que tienes que hacer es bucear y cruzarlo por debajo —le dije Esther mientras me dejaba llevar por el agua con el cuerpo boca arriba.

—Yo no podría, no aguanto tanto debajo del agua. Y deja de hacer eso que al final se te va a llevar la corriente.

Me agarró de la nuca y me obligó a levantarme. Era como si me estuviera bautizando. Unas gotas de agua turbia le caían por el labio y al ver que se lo miraba se lo limpió.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada —respondí.

—¿Es que quieres besarme?

—No. No sé.

Mi titubeo la animó. Teníamos unos 15 años, esa edad en la que eres una cría, pero ya no tanto.

—¿Quieres que nos besemos?

Entonces asentí. Volvía a tener gotas en el labio inferior.

Se acercó a mí. Nunca nadie me había transmitido tanta seguridad y a la vez tanta vulnerabilidad.

—¿Pero porque quieres o por fastidiar a tus amiguitas?

La duda me ofendió y ella lo notó. Para evitar que me echara para atrás

ella dio un paso adelante y me volvió a coger de la nuca. Antes de que pudiera decir nada me besó en los labios. Sabíamos a barro, a agua dulce y a alga. Hubiera sido un momento mágico si no me hubiera rozado la pierna un barbo. Di un salto y empecé a gritar mientras señalaba la sombra plateada del pez por debajo del agua. La risa de Esther resonó en el valle e hizo que un grupo de vencejos salieran volando.

—Pensaba que gritabas por el beso.

—No, el beso me ha gustado —confesé.

Lo repetimos unas cuantas veces entre chapoteo y chapoteo, pero el sol caía y teníamos que volver a casa.

—¿Misma hora, mismo lugar? —preguntó Esther.

Le dije que allí estaría, pero rompí mi promesa.

Cuando llegué a casa, mi padre estaba en el corral con el astral en la mano. Estaba cortando leña. O quizá sólo era una excusa. Nunca había visto el filo tan reluciente. Me miró, levantó el hacha y golpeó con fuerza un trozo de madera que descansaba en el tronco. No dijo nada.

El barro en la toalla y el bañador, mi cara de felicidad y, sobre todo, la charla de mi madre con mis amigas les ayudaron a descubrir con quién pasaba realmente las tardes. Mi mejilla fue testigo de su ira. Llevé la marca de los dedos de mi padre durante tres días. Ni despedirme de Esther pude. Mi madre no se separó de mí y mis amigas hicieron de sus cómplices.

—¿Eso es todo? —pregunta suplicante Jorge cuando hago una pausa.

—No, no lo es.

3

Mi época de Instituto la pasé fingiendo ser quien no era. Fue sencillo: sólo repetía patrones. Cada repetición era una capa más de asfalto sobre lo que viví con Esther, hasta que, finalmente, lo olvidé por completo.

Fue en defensa propia.

Sabía que echaba algo de menos, que pasaba algo dentro de mí, pero no era capaz de identificar qué era. Esto me dejaba triste, perdida y muy desilusionada. No tenía ningún objetivo. Suspendía asignaturas que hasta entonces habían sido pan comido para mí, me mostraba desganada todo el rato, la gente me daba igual, me daba igual ir a un sitio que a otro, salir con estos o con aquellos, todo me caía bien, a todo me amoldaba.

Eso sí, el río ni lo pisaba.

En un momento de lucidez pensé en estudiar Odontología. Me parecía que podría encontrar trabajo con facilidad y que podría sacarla si me volvía a aplicar en los estudios. Además, eso me permitiría salir del pueblo, que me ahogaba, y conocer gente nueva. Como me había reformado, véase, transformado en una chica normal, mi madre dijo que bien, que vale, pero que Odontología no, que Huesca estaba lejos, que mejor una formación profesional en Zaragoza. Compraron un piso en el entonces recién nacido

barrio de Valdespartera y me mudé allí.

Era un secarral, te acordarás. Entonces no había tranvía todavía y me movía en bus. Les pedí un coche a mis padres, pero estiré la cuerda del dinero demasiado y me lo denegaron. Ya había levantado celos en mi hermana por haberme comprado un piso. Le prometieron a ella el terreno de los abuelos y le ayudarían a construir la casa. En cuanto estuviera hecha, se casaría con José Luis. Es un arreglo bastante común en los pueblos, a todo el mundo le cae bien, salvo, ahora lo sé, a mi hermana. Tenía 22 años y ya le habían construido la casa y la vida.

Me voy por las ramas. Luego la llamo, a ver qué tal está.

No tardaron en traer el tranvía. Era una de las promesas que se hicieron para la venta de pisos aquí. Aunque seguía siendo insuficiente. La gente pensaba que esto era el culo del mundo. Yo iba a la Universidad a primera hora y no volvía a casa hasta la tardada. Llegaba destrozada, pero fue una de las épocas más felices de mi vida. Tenía nuevas amigas, cada una de su padre y de su madre, con algunas tenía en común que éramos de pueblo; con otras, los sueños y aspiraciones; con todas, las ganas de divertirnos. Quería probarlo todo, sin juzgarme, sin miedo a que me pillaran. Una de esas amigas era Karol con K, con quien conecté muy bien desde el principio. Era… Bueno, ya la has visto. Es muy majica de cara, aunque le fallaban los dientes. Ella vivía en Las Delicias con sus padres y alucinaba con que yo estuviera viviendo sola, sin compartir piso ni gastos con nadie.

—Tus padres tendrán pasta, ¿no?

Nunca me lo había planteado. Jamás se me había pasado por la cabeza que yo pudiera ser más rica que una chica de Zaragoza capital. Al fin y al cabo, yo era de pueblo.

—Mis padres han vendido unos terrenos que tenían. Bueno, mis padres y medio pueblo. Como ahora se construye un montón…

—Pues dicen que es una burbuja y que se está desinflando.

Era 2008. Aquel verano se había celebrado la Expo en Zaragoza y la ciudad se dividía entre los incrédulos y los ilusionados. El padre de Karol se había comprado una licencia de taxi infladísima de precio pensando en amortizarla con la Expo y algunos años más. No le echo en cara que haya salido en la tele. Su familia siempre ha ido muy justa de dinero.

Pero vaya, pese al ambiente dividido, la explosión de la burbuja y el aumento del paro, llegaban las fiestas del Pilar y todo se olvidaba. Además, habían movido las ferias a Valdespartera y el barrio tenía mucho ambiente. Yo notaba cómo se arrimaba la gente a mí dos o tres semanas antes de Pilares. Todo eran atenciones y buenas palabras. Me dejaban apuntes, me pagaban el café, me saludaban con alegría… ¡Cómo no les iba a invitar a mi casa para fiestas!

Este piso se convertía en una trinchera. El baño, la cocina, las habitaciones… Mis amigas llegaban y parecía que entraba una volada de aire que lo revolvía todo. A la mañana siguiente, a todas les dolía la cabeza, tenían

resaca o tenían que irse a casa porque sus padres las iban a matar si no iban a comer. Y yo me quedaba sola con el piso hecho un asco.

Bueno, sola no.

—El año pasado te hicieron lo mismo —dijo Karol cogiendo una toalla húmeda del sofá y metiéndola en un balde—. El año que viene que les den. Seremos sólo tú y yo.

Y me miró con sus ojos oscuros, todavía más oscuros por la sombra de ojos de la noche anterior. Me vino un recuerdo olvidado que no pude capturar en ese momento. Nos separaba el sofá y agradecí esa distancia.

—Me voy a duchar —dije.

Con el correr del agua por mi cuerpo el recuerdo difuso comenzó a tomar forma. El agua que se escurría por mis pies era clara, pero la veía marrón. El suelo de la ducha era blanco y liso, pero lo sentía pedregoso y áspero. Mi piel estaba totalmente enjabonada, pero olía a musgo y a barro.

—Lorena —escuché al otro lado de la puerta.

—Lore, tengo que irme a casa. ¿Quedamos luego?

La voz era de Karol, pero yo escuché a Esther de nuevo. Se me escurrió la alcachofa y cayó al suelo con gran estruendo. Karol abrió la puerta preocupada. Tuvo que ver mi cuerpo desnudo biselado por la mampara de la ducha.

—¿Estás bien?

—Sí, sí… Se me ha caído el telefonillo este.

—¿Seguro?

—Sí, tranquila.

—Vale. Luego te mando un mensaje.

Me quedé inmóvil hasta que escuché el portazo de Karol al salir. Me mandaría un mensaje inmediatamente después: “Perdón. No quería cerrar fuerte, ha sido el viento”.

Desde entonces no la vi igual. Y creo que ella a mí tampoco. Lo que viví con ella no lo definiría como una historia de amor, aunque sí hubo amor, sororidad, cariño, nunca lo interpreté como amor romántico.

Las cosas en su casa empeoraban por momentos y se venía a la mía a estudiar. Y, créeme, sólo estudiábamos. Ella dependía de la beca y necesitaba un mínimo de aprobados. No era muy buena estudiante. Al igual que yo, ella también había visto en el ciclo una salida profesional rápida más que una vocación. Miento, ella sí tenía vocación, aunque no la que todos podríamos imaginar. Sus padres no pudieron permitirse ponerle aparato para arreglar sus dientes torcidos, así que su plan era hipotecarse en una clínica: Ella se pondría aparato, y la clínica se lo descontaría del sueldo.

Nuestra amistad y complicidad fue creciendo a lo largo del curso. Cuando estudiábamos juntas en la biblioteca, el silencio que se generaba entre nosotras era diferente que cuando estudiaba con otra persona. “Esto es un tostón, mira las pintas de esa, tengo hambre, voy fatal, tengo miedo, voy a suspender, me van a quitar la beca, heredaré el taxi (y la deuda) de mi

padre...". Yo le cogía la mano y la apretaba para darle ánimos y sus ojos se iluminaban. A veces la esperaba para comer, aunque su optativa acabara a las tres de la tarde. La gente empezó a llamarnos "la parejita feliz" y no nos importaba.

Si unos años antes estaba deseando que llegara el verano, ahora deseaba que se acabara. Era un sopor. Yo quería estar en Zaragoza y mis amigas se reían de mí. ¿Por qué iba a querer estar en Zaragoza, a todo el calor, cuando ahí tenía la piscina del pueblo, la fresca en la terraza del bar por las noches y la ruta de las fiestas de los pueblos?

—Venga, que luego te irás y no te veremos el pelo.

Les decía que tenían razón y sonreía. Ni se me pasaba por la cabeza decirles que echaba de menos a mi amiga Karol. Al principio nos mandábamos mensajes sin parar, pero luego la cosa se fue enfriando. Yo le escribía y ella me contestaba al rato, de manera seca y distante.

Me lie con un par de tíos sólo para que mis amigas no me dieran la brasa. Como te decía, era la primera vez en mi vida que estaba deseando que empezaran las clases y cuando lo hicieron deseé que no lo hubieran hecho. La frialdad de Karol traspasó la pantalla del móvil y se hizo carne. Apenas pude arrancarle cómo había sido su verano en el camping con su familia.

—Pues una mierda, ¿cómo va a ser?

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Mira, Lorena, tengo que ponerme las pilas este año y no tengo tiempo para movidas, ¿vale?

—¿Movidas? ¿Qué movidas?

—¡Que no me rayes! —me dijo, y se marchó.

Durante los primeros días de clase, Karol seguía en el mismo grupo de amigos, venía al Montesol, se tomaba unas bravas de vez en cuando, y, como siempre, era amable y divertida… con los demás. Conmigo siguió comportándose de manera fría y distante. Me dolió esa aspereza, pero acabé acostumbrándome. Volví a los días en los que no tenía a nadie a quien asirme, a amoldarme a la norma, a que mis días pasaran sin pena ni gloria. Aquel inicio de curso fue una mierda y estaba deseando que llegaran las fiestas del Pilar para irme al pueblo y desconectar.

Mis amigas del pueblo, sin embargo, tenían otros planes. Querían venir, querían aprovechar que yo tenía un piso en Zaragoza para disfrutar de los Pilares y cerrar así su increíble verano de fiesta en fiesta. Tú, como eres un chico de ciudad, no sabes lo que tiene que hacer una persona de los pueblos de alrededor para venir a las fiestas del Pilar. Cuando tú estás cansado, pillas un taxi o un bus y te deja en la puerta de casa. Los de pueblo no. Los de pueblo si estamos cansados nos aguantamos, tenemos que esperar al búho que, con suerte, pasa a cada hora. Una vez que mis amigas y yo vinimos a las fiestas del Pilar, poco antes de que yo viniera a vivir a Zaragoza, se nos fue el bus en las narices. Giramos la esquina y lo vimos salir de la parada. Nos quedamos sentadas en la acera, alguna hasta se quedó dormida apoyada en una pared

llena de meados. Parecía que nos había dejado la riada.

Pero esta vez sería diferente, me dijeron mis amigas, esta vez, si estaban cansadas o rayadas o demasiado borrachas, podrían venir a mi piso y descansar. Genial. En lugar de potar en el bus lo harían en mi baño.

Cuando se lo dije a mi madre, ya no tuve opción de decirles que no. ¡Cómo iba a negarles a la chica del Morenito y a la de los Tejero el piso de Zaragoza! ¡¡Con lo que nos han ayudado ellos!! Joder, me acabo de dar cuenta. Mi madre anda siempre atada a favores del pasado y se siente obligada y, a la vez, algo más liberada cada vez que devuelve uno. Aunque ofrecer tu piso de Valdespartera para las borracheras de las niñas nunca será comparable a esconder a algún familiar cuando los rojos venían a por él o a acusar a los Herreros de lo que sea para quedarse con sus tierras. Mis padres siempre vivirán bajo ese yugo.

Total, que las chicas de mi pueblo vinieron, se lo pasaron pipa, se colaron en Interpeñas, se liaron con no sé cuántos, se montaron en todas las atracciones de las ferias, dejaron seco el Ebro, el Huerva y el Gállego y, a eso de las 7 de la mañana, decidieron que estaban cansadas. Entonces se acordaron de que yo estaba allí, siguiéndolas como una tontalaba en todo lo que hacían. Como un pastor, guie a las ovejicas hacia casa.

Apenas salimos del recinto ferial cuando, sentada en un bordillo, abrazada a sus rodillas, me encontré a Karol. Miré el cielo en busca de la estrella que la hubiera puesto ahí, en mitad de mi camino, pero las luces de los focos iluminaban más.

Me acerqué y me puse de cuclillas frente a ella.

—Karol, ¿estás bien?

—Sí, sólo un poco borracha. En cuanto se me pase, llamo a mi padre.

Escondía la cara en su melena porque no quería que la viera así, con el gesto desencajado y los ojos hundidos.

—Vente a mi casa. Puedes esperar allí.

Protestó un poco, pero sabía que le hacía un favor y se sumó a mi peculiar rebaño.

Ya en mi piso, mis amigas se distribuyeron en las habitaciones, y Karol, en vista de que la alternativa era dormir conmigo, se empeñó en quedarse en el sofá. No insistí y dimos la noche por acabada.

O eso pensaba yo.

A los pocos minutos de acostarme, la puerta de mi habitación se abrió. Me incorporé en la cama. La cabeza de Karol partía el débil haz de luz que entraba por el hueco abierto.

—Tu sofá es un poco incómodo —susurró.

Levanté la colcha y la invité a entrar. Se había quedado en braguitas y tirantes. De puntillas y evitando esbozar una sonrisa de satisfacción, se acercó hasta la cama y se metió bajo las sábanas.

—Gracias.

—No hay de qué.

Karol era como una estufa, desprendía tanto calor que tuve que quitarme el pantalón del pijama, despojarme de la colcha y, cuando no podía más, y con sumo cuidado para no despertarla, acabé quitándome también la parte de arriba del pijama.

Total, que se despertó. Ya tenía preparada la excusa cuando noté sus manos sobre mi espalda. Tiró de mí para que me diera la vuelta y, cuando estuvimos frente a frente, me besó. De nuevo, el sabor a barro y a alga. Le devolví el beso y ya nos enredamos.

4

Jorge me mira desde el otro extremo del sofá. Me escucha con la paciencia de un abogado, pero sus sienes palpitan intranquilas por el bullicio de la sangre, que le enrojece la frente.

—¿Hicisteis el amor?

—Sí —le respondo—, con mucho cuidado para no hacer ruidos que alertaran a mis amigas.

—¿Sólo fue esa vez?

—La verdad es que no. Hubo tres o cuatro veces más, siempre volviendo de fiesta para tener así la excusa del alcohol a la mañana siguiente. Y siempre con la misma conclusión al acabar: "Esto no puede volver a pasar, no se lo podemos contar a nadie, será nuestro secreto, etcétera". Un día, sin saberlo, fue la última vez que lo hicimos.

La tele sigue en mute, pero Karol ya no está en el plató. La apago. El dedo índice de Jorge repasa sus labios con fruición. Se levanta y da un par de vueltas al salón. Yo mantengo la cabeza gacha. Poco tiempo después de acabar el ciclo formativo y de empezar a trabajar en la clínica en la que estoy ahora, conocí a Jorge. Ya se había enfriado la relación con Karol. A las dos nos avergonzaba lo que hacíamos, aunque, como bien se ha encargado de decir por la televisión, lo disfrutábamos mucho.

—Esto lo cambia todo —dice a mi espalda, y no sé si se refiere a mí, a nuestra relación o a la demanda. Rodea el sofá y viene con ímpetu por mi izquierda—. Es que, joder, Lorena… Se nos cae el caso. ¡Nos has mentido! No podemos acusar al algoritmo de lesbófobo porque es evidente que contigo ha acertado. ¡Vamos a hacer el ridículo en nuestro primer caso!

—¡No, no se ha caído del todo! —digo—. Yo no estaba preparada para salir del armario, así que podemos tirar por lo del daño moral.

Parece que una garrampa le sacude todo el cuerpo y se vuelve como de goma, impredecible.

—¿Y el que has ocasionado tú? —me grita y Liz le bufa—. A tus amigas, a Ioana, ¡a mí! Sólo por no querer enfadar a la bruja de tu madre —Su queja me deja desarmada. No sé qué responderle—. Lore, reconoce que Destiny te ha hecho un favor.

—¿Que me ha hecho favor? —Me pongo en pie de un brinco—. Mis

padres no me hablan, temo por la seguridad de mi hermano, Ioana seguramente me odia, y ahora tú también.

—Tú te lo has buscado —dice abriendo los brazos con ímpetu—. ¿Cuánto tiempo pensabas seguir viviendo así, eh? ¿Hasta que se murieran tus padres?

Jorge se está poniendo cada vez más nervioso. Da vueltas por el salón y veo los músculos de su espalda marcándose bajo la camisa. Intenta llamar a alguien. Supongo que a Iván, pero no se lo coge.

—Joder —dice mientras marca de nuevo. Cuelga furioso porque sigue sin responderle—. ¿Y en qué lugar me deja esto a mí, a tu ex? ¿Sabes la comida de tarro que he llevado durante años porque pensaba que había hecho algo mal, porque no sabía qué me faltaba para que te casaras conmigo? Joder, Lorena, que te quería como no he querido nunca a nadie.

—Lo siento, yo… —trato de disculparme aunque no me salgan las palabras. Liz nota que estoy triste porque se sube al reposabrazos del sofá y me lame los nudillos.

—¿Por qué no me lo dijiste? Jamás se lo hubiera contado a nadie. ¡Ni siquiera a Gabi!

—Yo también te quería. Te sigo queriendo, Jorge.

—Que sí, que yo también.

Me acerco a él para tocarle, pero me rechaza.

—Déjame en paz un poco, Lorena.

En ese instante le suena el móvil, coge su americana del respaldo de una silla y se marcha de mi piso saludando a Iván por las escaleras.

Yo voy corriendo a la ventana para verle salir por el portal, como si una fuerza invisible me moviera. Me he asentado tantas veces en esta atalaya que mi movimiento ha sido mecánico. Veo a Jorge salir con la americana ya puesta. Le estará contando a Iván todo, le estará diciendo que he tenido líos con mujeres antes que con Ioana, que les he engañado, que tenemos el caso perdido, que una retirada a tiempo es mejor que una derrota. Jorge se gira y mira hacia mi ventana. No sé si me llega a ver o si sólo ve la cortina moviéndose. “Sí, es mejor retirarse”, le estará diciendo a Iván.

Le escribo un mensaje a Ioana, pero no lo envío. Creo que es mejor que la llame. Un tono, dos tonos… diez tonos. No me lo coge.

¿Qué estará haciendo?

Me sobreviene el cansancio y caigo rendida en el sofá. Liz viene a acurrucarse en mi regazo. Me siento muy sola, como desterrada, por mi familia, por mis amigos, por mi novia.

Nunca le había contado a nadie lo que le he contado a Jorge. Me daba miedo decirlo en alto, decir que he besado, que me he acostado y que me he enamorado de una mujer. Y ahora, si vuelvo a encender la tele, veré mi vida aireada en la televisión. Han dado con las tres personas que me conocían así. Para mí ellas eran compartimentos estancos, incomunicados, donde mi yo secreto estaba a salvo. Ahora están excavando en sus vidas y en la mía propia,

diciendo medias verdades, reconstruyendo las lagunas con suposiciones y conjeturas, cimentando un relato a medida del espectador que no es real, que no es leal. El leal, el auténtico, sólo lo tengo yo, pero lo he sepultado en una vida llena de mentiras.

5

Creo que todavía tengo el número de Karol. He cambiado miles de veces de teléfono y siempre me he asegurado de que su número no se perdiera con los cambios de SIM. La sigo teniendo con el nombre de "Karol clase". Tengo que prepararme mentalmente antes de llamarla. No encuentro valor, pero sí rabia. Suficiente como para marcar.

—¿Diga? —responde Karol al otro lado.

—Karol, me cago en todo, ¿qué coño estás haciendo?

—¿Lorena?

—Sí, no te hagas ahora la sorprendida.

—Perdí el teléfono y algunos números se me borraron…

—Típica excusa.

—¿Crees que te hubiera cogido el teléfono si hubiera sabido que eras tú?

Su voz suena segura y limpia, aunque sigue ceceando cuando la lengua roza sus dientes torcidos.

—Pensaba que querías llevar nuestra historia con más discreción —le increpo.

—Co, no soy yo la que ha demandado a una aplicación de citas por sacarla del armario.

—¡No pensaba que se iba a salir tanto de madre!

Se ríe ligeramente.

—En eso tú y yo nos parecemos: hacemos las cosas sin pensarlas —dice.

A pesar de la distancia, nos cubre el mismo silencio y firmamos una tregua sin mediar palabra. Es como si volviéramos a la cafetería a la que solíamos ir cuando esquivábamos a nuestras compañeras de clase, con un par de cervezas sobre la mesa y un pincho de tortilla para las dos.

—Entonces, ¿estás fuera del armario? —le pregunto.

—Sí, acabé saliendo. De una manera más discreta y controlada que la tuya, pero sí: bollera y orgullosa.

—¿Y qué tal?

—Pues mis padres se lo tomaron bien lo cual hizo que me sintiera bastante gilipollas por habérselo ocultado tanto tiempo. ¿Y los tuyos qué tal? Recuerdo que eran bastante fachillas, ¿no?

—Lo siguen siendo. Y no, no se lo han tomado nada bien. Estaba con ellos cuando saltó la noticia en el programa ese de cotilleos. Apareció Ioana, la pobre… Ellos la conocían porque la he llevado al pueblo en fiestas, me preguntaron y se lo solté.

—¿Y qué dijeron?

—Pues es que no salí sólo yo del armario, mi hermano pequeño también lo hizo aprovechando el tirón. Aún no sé cómo no se les paró el corazón de los gritos que pegaron. No he hablado con ellos desde entonces. Salí de casa y me vine a Zaragoza. Tenía muchas cosas que solucionar, pero no hago más que estropearlo todo.

—Tampoco hace falta que te fustigues.

—Esperaba que la cosa escampara, pero has aparecido tú aireando lo nuestro y lo has empeorado todavía más.

—Sólo he aprovechado una oportunidad.

—¿Oportunidad para qué? ¿Qué ganas con esto? ¿Fama?

—Dinero, Lorena. No todo el mundo tiene la casa pagada y los dientes perfectos como tú.

—¿No me digas que todo esto lo haces por unos brackets?

—¡No lo digas como si fuera algo ridículo! Hay estudios que concluyen que las personas con buena dentadura tienen más probabilidades de encontrar un buen trabajo y, por lo tanto, un mejor salario.

—Pero, ¿no te ibas a financiar el aparato en la clínica en la que trabajases?

—¡Por favor, Lorena! ¿Qué clínica dental iba a contratar a alguien con unos dientes como los míos? Trabajo dando clases extra a niños en una academia, ahorrando para ponerme aparato y dar por fin uso a mi título y tener un salario digno. Así que sí, en cuanto vi el caso en la tele, me lancé a por él. Sin pensarlo. Era la oportunidad que siempre había esperado. Puede que sea rastrera y ventajista, pero, llegados a este punto, no podía permitirme ponerme exquisita. Quizá debía haberte avisado, pero sabía que me dirías que no, y tampoco quería rogarte haciéndome la víctima.

—Pues me has jodido. Si tenía alguna oportunidad de que Ioana me volviera a hablar, con tu aparición estelar se ha ido a la mierda.

—Pues mañana va su ex, una tal Blanca, Bea…

—¿Belén?

—Sí, esa.

—No me lo puedo creer.

Karol suspira profundamente al otro lado.

—El cadáver está en el suelo y los buitres se han lanzado a por él.

—Joder, joder, joder. Tengo que avisar a Ioana.

—Escucha, escucha —repite Karol para tranquilizarme—. No vas a conseguir nada, y mucho menos que te hable. Se va a enfadar contigo igual o más. Seguro que no ve la tele desde que salió en ella. Eso que se ahorra.

—¿Y qué hago?

—Mira, en breve empieza la temporada de realities y se olvidarán de toda esta historia. Vamos, eso espero. Yo sólo quiero rascar algo para el aparato y, luego, si te he visto, no me acuerdo.

—¿Y si no se olvidan? ¿Y si les gusta la historia y van a más?

—Eso también dependerá de ti, de vosotras dos. No sé. ¿Has pensado en

retirar la demanda?

—¿Retirarla?

—Sí. Bueno, a ver, no sé en qué punto estará, pero si no quieres medios de comunicación… Quizá sea lo mejor.

Empiezo a conectar cosas, a comprender cómo funciona esto. Chasqueo la lengua.

—Te ha llamado Begoña, ¿verdad?

—¿Qué Begoña?

Acaricio a Liz que sigue ronroneando en mi regazo y parezco una jodida mafiosa.

—La abogada. Venga, no te hagas la tonta. Es ella la que te paga, ¿verdad?

—No conozco a ninguna abogada que se llame Begoña. Es más, creo que no conozco a ninguna abogada.

—Karol, por nuestra amistad, por todo lo que hemos vivido… Creo que me debes la verdad por una vez.

—¿Cómo que por una vez? ¿Cuándo te he mentido yo? Acaso tú habrás sido la mentirosa de la relación.

—¿Mentirosa yo? ¿De qué?

Karol suspira y espera con paciencia a que caiga en la cuenta de que gano por goleada en el terreno de las mentiras.

—Lo nuestro fue real. No he caído hasta ahora, pero lo fue —pienso en voz alta.

—Sí, lo fue. Yo también tardé en darme cuenta.

Suspiramos.

—¿Estás con alguien? —le pregunto.

—¿No estarás ligando conmigo? Joder, Lorena, eres un caso. Mira, no sé quién es esa tal Begoña, ni ninguna abogada se ha puesto en contacto conmigo. Y ahora, tengo que colgar, me están esperando.

—Sí, muy conveniente.

—No quiero… Lorena, tenía muchas ganas de volver a hablar contigo. Cuando pase todo esto podríamos quedar y echar una charradica, como antes, ¿te parece?

—Sí, a mí también me gustaría.

—Bueno, te dejo. Me guardo tu número.

—Guarda, guarda.

—Adiós, un besico.

Cuelgo. Un besico, un besico… Menuda jetas está hecha esta Karol.

Me asomo de nuevo a la ventana, retiro la cortina y ahí está la abogada con su traje de chaqueta gris de marca. ¡Es que lo sabía! Abro una hoja y asomo medio cuerpo fuera con el puño en alto.

—¡Te crees muy inteligente, ¿verdad?! —le grito—. Pues si crees que voy a retirar la demanda, vas lista, guapa.

Da un respingo. Se ve desde lejos que la he dejado en fuera de juego.

—¡Lorena, Lorena! —oigo que me llama alguien. Miro abajo, hacia el portal. Son Carlos y Elvira con sendas mochilas al hombro —Ábrenos, anda.

6

He intentado hablar con Ioana varias veces y no me lo ha cogido en ninguna ocasión, así que me he venido a su casa y estoy esperando en el portal a que alguien conteste el telefonillo. El día está nublo, pero el calor sigue siendo pegajoso. No sé si lo hubiera hecho si mis hermanos no me hubieran obligado a ello.

En una semana llega septiembre y no veo el momento. Tengo la sensación de que el día 1 mis problemas se acabarán: mi vida dejará de ser aireada por televisión, Ioana volverá conmigo y mis padres se dignarán a llamarme. Aunque esto último no sé qué día 1 de septiembre de qué año será. Según me ha dicho Carlos, siguen encerrados en su casa.

—¿Quién es? —me contesta el compañero de Ioana por el telefonillo.

—Soy Lorena, ¿está Ioana?

—No, Ioana se ha ido.

—¿Dónde se ha ido?

—A Madrid. Hace un rato. Tenía una entrevista de trabajo.

—¿En Madrid?

—Sí, lo siento, no sé más. Y si lo supiera, tampoco te lo diría. Chau.

Nunca me gustó este chico.

Bien, ahora es cuando tengo que poner a prueba mi estado de forma porque tengo que correr desde una remota calle de La Almozara hasta la estación Delicias, que no es mucho, pero es.

Empiezo la carrera y apenas llego a la avenida Soria me detengo en seco. Me parece que llevo horas, pero apenas han pasado cinco minutos. Mi corazón no da para más, se me va a salir por la boca en alguna de estas toses que me golpean el pecho.

Conforme me vuelve el riego sanguíneo a la cabeza, recapacito. ¿Qué voy a hacer cuando llegue? ¿La abordo en la cola de embarque? ¿Y qué le digo? ¿Que lo siento?

—¿El qué sientes? —me preguntará.

Y no sabré qué responderle. ¿Siento haber estado en el armario? ¿Haberla escondido? ¿Siento que la demanda haya saltado a los medios, que la hayan abordado, que la hayan expuesto como una tartamuda delante de toda España? ¿Siento no haber sido la pareja que ella esperaba de mí?

Un momento.

¡Como si yo pudiera manejar las expectativas que la gente tiene de mí!

¡Cómo si yo pudiera saber que mi vida y la suya fueran a ser públicas!

¡Cómo si yo pudiera perderle el miedo a salir del armario así como así!

—La pregunta no es esa —dice alguien.

Me giro. Un autobús espera a que su semáforo se ponga en rojo. Hay un

chico en el anuncio que adorna uno de sus laterales que me está interpelando. Lleva una barra de pan y una camiseta del Basket Zaragoza. Debe ser uno de sus jugadores, aunque yo no lo reconozco.

—¿Y cuál es la pregunta?

El semáforo se pone en verde y el autobús arranca. La voz del jugador se desvanece, pero oigo que me responde.

—La pregunta es si vas a perder una nueva oportunidad.

Una nueva oportunidad… ¿de qué? Corro tras el autobús.

—¿De qué? ¿Una oportunidad de qué? —grito entre jadeos.

Persiguiendo al autobús avanzo un poco más y me planto en la pasarela que cruza la avenida hasta el otro lado, donde está la entrada a la estación. Creo que es la primera vez que la uso y me sorprendo al pisar los tablones de madera del suelo. No esperaba que fuera así. Es como un paseo marítimo, pero en lugar de olas hay coches pasando por debajo. En fin, Zaragoza.

Entro por una de las puertas de la estación y llego enseguida a la cola de embarque del AVE a Madrid. No me ha hecho falta mirar el panel, es la única que está formada en ese momento.

Reviso una a una las caras de las personas que están en la cola. Algunas me miran raro, otras no aprecian mi presencia.

—Ioana, estás aquí.

Ella es de las que me miran raro. A pesar de eso, se quita los cascos para escucharme.

Intento recuperar el aliento, pero la fila avanza y tengo que hablar.

—Lo siento.

—¿El qué sientes? —pregunta de manera muy seca.

Mierda.

Me quedo muda, nada sale por mi boca. Ioana se pone los auriculares de nuevo.

—Ya me parecía a mí…

Y yo veo cómo avanza y mete la mochila por el detector de seguridad, y recoge sus cosas, y se interna en la zona de pasajeros, lejos de mi vista, y la pierdo.

Y todo esto, en directo.

Sí, porque, agazapados en una esquina, un par de reporteros lo han grabado todo.

7

Cuando he vuelto a casa, la visión era desoladora: mis hermanos tirados en el sofá, la cocina sin recoger y un montón de bolsas de patatas y mierdas varias encima de la mesita y hasta por el suelo. Es su venganza por haber huido de casa de mis padres sin ellos.

Para colmo, están viendo las imágenes que los paparazzi han grabado hace escasos treinta minutos. Veo la tele de pie, detrás del sofá. Han intentado

hablar con Ioana, pero ella estaba con los cascos y les ha ignorado. Un guardia de seguridad ha pedido a los periodistas que se retiraran, que estaban alborotando la fila de acceso al AVE. Las imágenes temblorosas por los empujones muestran la placa de la compañía de Seguridad de la estación y el rostro emborronado del agente. Luego aparezco yo, con la cara amoratada por el esfuerzo, buscando a Ioana desesperadamente. Los reporteros me han grabado desde la distancia. Un experto en lectura de labios traduce lo que me dice Ioana y el plano se acerca hacia mi cara, ahora amoratada y compungida.

—Menudo cuadro, Lorena —dice Elvira.

Los paparazzi me han avasallado disparando un galimatías de preguntas que ni ahora, viéndolo por la tele, sabría responder. Les he dicho que no iba a dar declaraciones, pero les ha dado igual, lo que querían era minutos de mi cara en la tele.

Por fin, me han cazado.

He tenido que volver a correr para esquivarles. Vamos, como ha dicho mi hermana: un cuadro.

Me siento entre mis dos hermanos, apoyo los pies en la mesa y abro el cubo de helado dulce de leche que he comprado en el camino de vuelta.

—Co, yo quiero de eso —dice mi hermano.

—Pues si encuentras una cucharilla limpia te doy.

—¡Yo también! —le grita Elvira a Carlos cuando va a la cocina. Luego me mira—. Estás hecha un asco. Por suerte para ti, tengo la solución.

Antes de dármela clava la cucharilla que le trae mi hermano en el cubo y come un poco de helado. Luego otro poco, y otro. Carlos le llama la atención. Como si fuéramos bestias, nos acabamos el cubo sin apenas respirar.

Con la boca dulce y la tripa llena todo se ve diferente. Hasta parece que las paredes se tornan de color caramelo. En la televisión, Belén, la ex de Ioana, habla de sus intimidades e intenta colar de vez en cuando su cuenta de Instagram donde, dice, va contando más cosas en sus stories. Viéndolo todo como una espectadora no puedo negar que es entretenido. Porque mi historia se ha convertido en eso, puro entretenimiento, mera ficción, y, como tal, tiene lagunas, mentiras sinceras, medias verdades y la complicidad del espectador para creérselas. Se me agria el dulce de leche al descubrir que, en cierto modo, me he convertido en mi madre: Sólo quiero quedarme en casa y no salir nunca más.

—¿Cuál decías que era la solución, Elvira?

Mi hermana me mira. Tiene la cara más redonda y con mejor tono de piel, y un montón de graciosas arrugas se le apretujan en los rabillos del ojo. Reconozco esa mirada, es la mirada de las trastadas, las jugarretas y las ideas de bombero que solían arrastrarme de pequeña a aventuras en las que acababa con moraduras o cuqueras, y una bronca de mi madre mientras Elvira se iba de rositas porque, ¡tonta de mí!, me quería ganar su respeto guardando sus secretos. Premiaba mi discreción y se hizo costumbre. Se aprovechó de eso en la adolescencia, cuando la veía en la peña sentada en el sofá cochambroso,

rodeada de gente de mala fama y con rastros de cocaína en una bandeja de flores.

La miro con reservas.

Elvira salta por encima del sofá y va al baño. Cuando vuelve acuna en sus brazos cuatro cajas de tinte para el pelo del mismo color.

—¿Mi solución es teñirme el pelo?

Asiente.

—Los tres.

—¡Ni de coña! —dice Carlos.

—Será como un pacto entre hermanos.

—Ya tenemos la misma sangre, no hace falta nada más —responde mi hermano.

Elvira suelta las cajas en la mesa del salón.

—La sangre no se ve. Además, ¿te imaginas la cara de la mama cuando nos vea con el mismo color de pelo?

—Sí, esa es la mayor de sus preocupaciones —digo yo con ironía.

Con teatralidad, mi hermana saca una silla y despliega una toalla.

—¿Quién empieza?

Carlos y yo dejamos la respuesta en el aire unos segundos. Se ve a Elvira tan entusiasmada que me da pena.

—En fin, hemos venido a jugar —digo, y me siento en la silla.

Mi hermana lo prepara todo: las sillas, las toallas, los mejunjes. Habla de que quiere abrir un canal de YouTube, que lo lleva pensando un tiempo.

—Pondré una cámara detrás del espejo y haré entrevistas a la gente mientras la peino. ¿Qué os parece? —nos pregunta.

He sido la primera en ponerme en sus manos y ahora tengo el pelo despeluchau, con un mechón mirando a cada lado, y todo pringado de tinte, esperando a que actúe. No tengo ninguna fe en que esto salga bien, pero me da igual porque no voy a salir de casa en mucho tiempo.

Suena mi teléfono.

—¿Diga? —pregunto.

—Lorena, soy Iván, ¿qué haces?

—Pues…

—Tienes que venir al despacho ahora mismo.

—¿Ahora, ahora? ¿No podemos hacer una videollamada o algo?

—No. Es importante.

—Créeme, no hay nada más importante ahora mismo que acabar con lo que estoy haciendo.

—Pues acaba rápido y ven.

A Elvira le fastidia que tenga que lavarme el pelo antes de la media hora que, según la caja del tinte, es necesaria para que haga efecto. A mí me jode más, después de haber aguantado sus tirones y resoplidos, pero tengo que irme.

A ver qué me cuentan estos.

8

—Tenemos que retirar la demanda—me dice Jorge.

—¿Qué?

Le miro, miro a Iván y miro a Begoña, la abogada de Destiny, que sonríe triunfal con su traje de chaqueta de marca y los brazos entrelazados en el pecho, como si posara para el cartel electoral de un partido liberal en lo económico, conservador en lo social.

—Pero, ¿por qué?

—Es lo mejor, Lorena —dice Iván—, dados tus antecedentes.

Me siento traicionada por Jorge y así se lo hago saber.

—¡Pues claro que se lo he contado! Somos tus abogados, debíamos tener toda la verdad, sino es muy difícil defender tu posición.

—Mi posición sigue siendo la misma.

—¿Y cuál es? Porque aún no me ha quedado claro de qué nos acusas —dice la abogada. Ha soltado los brazos para apoyarse en la mesa y tratar de intimidarme—: ¿De que la app es lesbófoba cuando está claro que ha dado en el clavo contigo o de que no dar con tu media naranja, esa a la que fuiste a buscar desesperadamente a la estación en busca de una segunda oportunidad?

Se incorpora de nuevo y me sonríe con autosuficiencia.

—De haberme sacado del armario —Gasto mi última bala—. A mis padres casi les da un infarto, ninguno me habla, mi hermano se ha tenido que ir de casa y mi vida está siendo aireada en la televisión. Yo debía decidir cuándo y cómo contarlo, no tú —señalo a la abogada—, ni tú —señalo a Jorge —, ni la tele, ni Karol ni nadie. Eso es un daño moral irreparable, por no hablar de intromisión a la intimidad. Hay jurisprudencia de eso, ¿no? —pregunto a Jorge—. Por eso cuando hay fotos de famosas con su novia por la calle se dice de ellas que son "buenas amigas", ¿verdad?

Los tres abogados se miran entre sí. Saben que tengo razón, pero sus gestos denotan cierta fatiga, como si estuvieran cansados del caso. O de mí.

—Ah, ya entiendo…

Jorge me mira extrañado.

—Ya sé lo que ha pasado aquí —Miro a mi alrededor, a estas paredes de cristal que han hecho de despacho a Arjol&Soriano durante este caso… pero no de los siguientes—. Habéis conseguido lo que queríais, ¿no? Habéis conseguido posicionaros como abogados en Zaragoza. Seguro que ya tendréis algún caso entre manos. La prensa, la tele… Eso da mucha publicidad.

—No, Lorena… —replica Jorge.

—¿Acaso no es verdad?

Jorge mira con culpabilidad a su socio.

—No pienses que te hemos utilizado, Lore. No ha sido así. De verdad que queríamos defenderte, queríamos ganar, pero…

—¿Pero qué?

—Nos lo has puesto difícil. Tu relato no es consistente. Se caía a pedazos a nada que escarbaras un poco. Entiendo que te duela que te hayan sacado del armario, lo sé. Te conozco, conozco a tus padres, a tu hermano. No me puedo imaginar por lo que estáis pasando —Jorge se ha sentado junto a mí y me tiene cogida la mano.

Siento como un hormigueo los recuerdos de nuestra relación. Hacíamos un buen equipo, pero me faltaba algo. Nunca se lo pude decir porque ni yo misma lo sabía.

—No digo que haya estado bien —continúa Jorge—, pero ya te lo dije el otro día: te han hecho un favor. No creo que tú lo hubieras hecho nunca y hubieras vivido siempre una vida que no era la tuya.

Se inclina hacia mí y me abraza. Esto me pilla de sorpresa. Le rodeo con los brazos, le aprieto junto a mi cuerpo, noto su calidez, su espalda, su olor. Por un momento, cierro los ojos. Sé que me quiere, que lo que hace, lo hace por mi bien.

—Es lo correcto —me susurra.

Casi me convence, pero sé que esto sólo les beneficia a ellos. Destiny gana, Arjol&Soriano ganan y yo me quedo sola con mi gofrera. Me despego de él, de su abrazo y de su olor.

—No, no, no. Quiero seguir adelante con la demanda. Tenemos caso y lo vamos a ganar. Así que poneos las pilas.

—Lore…

—Ni Lore ni hostias.

Jorge se levanta de la silla y las patas chirrían contra el suelo.

—Vale, un momento —interviene la abogada. Se acerca a la mesa y se sienta en la silla que ha dejado Jorge—. ¿Podemos hablar? —pregunta, pero no me mira a mí, sino a Jorge—. Quiero decir a solas, ella y yo.

Mis abogados se miran.

—No sé si… —responde Iván.

—Será sólo un momento. Es una conversación de mujer a mujer.

Entorno los ojos al oír esa pachuchada, pero parece que cuela y los hombres de la habitación cogen sus americanas y se marchan. Les veo a través del cristal dirigirse hacia la máquina de café. De vez en cuando miran de reojo a la sala donde la abogada me habla, pero yo no la oigo.

—¿Lorena, me escuchas?

—¿Eh? Sí, sí.

Me giro y descubro que se ha quitado la chaqueta y que ha dejado al descubierto sus brazos y su escote. Los pechos son perfectamente redondos y tersos. Un 10 para el cirujano. Alarga la mano para coger su bolso y saca su móvil. Busca algo y cuando lo encuentra me lo pone delante de las narices. Es una foto en la que sale ella con el pelo alborotado por el viento, unas enormes gafas de sol y una sonrisa de oreja a oreja. Le acompaña otra mujer de media melena morena que ríe con la boca abierta.

—Se llama Mar y es mi mujer —dice, y me quedo de piedra—. Te

entiendo, Lorena. Sé por lo que estás pasando porque yo estuve en una situación similar. Tienes tu vida montada de una manera, sin sobresaltos, sin movidas, crees que todo será siempre así de plácido, pero un día todo cambia. Haces algo tan nimio como descargarte una aplicación de citas o entrar a una tienda de ropa y, ¡zas! Ya nada volverá a ser igual. Bueno, tú pensabas que era algo nimio, pero en realidad era algo que siempre habías deseado hacer. Paseabas por la calle, mirabas el escaparate y veías de refilón a la dependienta, día tras día. Y una mañana, te atreves, te lanzas y entras a la tienda.

—¿Seguimos hablando de mí?

La miro.

Me mira.

Está a contraluz, pero me ilumina.

—¿Eres lesbiana? —le pregunto.

—Bisexual. Estoy casada con una mujer. Una maravillosa mujer que me va a matar si paso un día más lejos de casa porque va a salir de cuentas en breve y no voy a estar allí con ella.

La revelación me sorprende.

—Entonces esto no va de mí, va de ti —le digo.

—¡Va de las dos!

Al alzar la voz su cuerpo ha tomado impulso y se levanta de la silla. Va hasta la ventana y una vez allí se mete las manos en los bolsillos de su pantalón de pata de elefante.

—Salir del armario es, a veces, un viaje largo, difícil, lleno de mentiras y secretos —Se gira con dramatismo, como si fuera una actriz de teatro—. La paternidad o la maternidad es… complicada. Los bebés no vienen con un libro de instrucciones, ya te lo imaginarás. La familia es un núcleo tan pequeño, tan frágil, tan difícil de construir que entiendo que nuestras madres la defiendan con ferocidad. Aunque eso suponga torturar a sus hijos. Da miedo que salgan al mundo porque está lleno de peligros que desconocemos.

—No, mi madre no es por miedo a que nos hagan daño, es por temor a que la critiquen a ella, a perder su estatus. Si tenía oculta esa parte de mí no era por lesbofobia interiorizada, era porque tenía que protegerme a mí misma de un entorno hostil, ese que dices que es tan pequeño y frágil. Me has expuesto, con tus llamaditas a los medios, con tu colegueo con los presentadores de la tele diciéndoles dónde trabajamos para que vinieran a acosarnos, a presionarnos para que la única solución que viera fuera la retirada de la demanda. Vale que fuera lesbiana, que lo ocultara o que mintiera, pero ¿merecía por ello tal castigo?

—Yo no he llamado a ningún periodista.

—Ya, claro.

Begoña se arma de paciencia. Mueve su melena rubia y se frota las cejas.

—Destiny está en el ojo del huracán justo cuando iban a venderla.

—¡Lo sabía! No venden la aplicación, venden los datos de la gente, el

algoritmo… ¿En manos de quién esta nuestra vida amorosa?

—¡Ahora no te pongas en modo ciberactivista! Escucha, Lorena, Destiny ya ha abierto un proceso de selección para hacer más diversa su plantilla de desarrolladores. Hasta van a incluir a una mujer lesbiana.

—¡Oh, gracias por la deferencia! —digo con sarcasmo.

—Está bien —dice la abogada—. No tenía que apelar a esto, pero no me dejas otra opción.

Begoña rebusca en su bolso y saca una carpeta marrón que lanza sobre la mesa. Se sienta en ella y abre la carpeta. En ella hay un taco de folios y una foto vuelta del revés sujeta con un clip.

—¿Qué es eso?

—Esta era tu cita a ciegas —dice.

—¿Qué?

—Este era el chico con el que Destiny te citó, no con Ioana. He tenido a varios desarrolladores investigando qué pudo pasar con la aplicación para que te destinara con una mujer y la verdad es que no pasó nada, porque tu cita no era Ioana. ¿Te imaginas? Unos tipos de Silicon Valley urgando en la vida de una chavala de Zaragoza.

—¿Y entonces por qué apareció Ioana?

—Eso se lo tendrás que preguntar a ella —Begoña se levanta de la mesa y coge la carpeta—. Tienes que retirar la demanda porque por muchas tierras que tengan tus padres no te van a dar para pagar los costes judiciales.

Estoy desolada. Ioana no es mi media naranja. Mi media naranja existe y es un chico. Begoña debe leerme la mente porque me ofrece la carpeta.

—¿Quieres saber quién es él? Puedo pedir que volváis a hacer match.

La miro a ella, miro la carpeta.

Todo se reduce a esto: un montón de folios llenos de palabras que, por lo visto, desentrañan mi destino.

Extiendo la mano y siento la aspereza del cartón acariciándome las yemas de los dedos.

9

El tiempo se acaba, el de mis vacaciones y el del verano de noticias tontas en un diario regional.

La carpeta estaba sobre la mesa del salón, en el mimo sitio donde la dejé ayer, justo donde solía sentarse Ioana a trabajar, entre la gofrera, todavía metida en su caja precintada, y Liz, que husmea todo objeto extraño que entra en sus dominio. He vuelto a acariciar el cartón marrón. Seguía siendo áspero. El de la caja de la gofrera, por el contrario, era liso, suave y brillante. El pragmatismo frente a la fantasía. Me lo he tomado como una señal, quizá la última, y se me ha ocurrido una idea, seguramente, también la última.

¿Y si...?

No, es una estupidez.

Pero puede funcionar.

O me corono o me estrello.

Y aquí estoy, sentada en un portal esperando a que la chica de la que estoy enamorada baje a tirar la basura para darle una bolsa llena de táperes.

Repaso con la uña el borde roto del escalón de piedra de su portal. Tiene ese estampado de terrazo granate tan clásico de los edificios de los 70. Me recuerda al de la casa de Karol. Las mismas grietas formadas por décadas de pisadas, de carros de la compra que suben y bajan, de niños que se sientan a la hora de la merienda, de fregonas empapadas de agua y lejía.

El ruido de una puerta que se abre me alerta. Me pongo en pie de un salto, pero quien baja no es Ioana sino otra vecina que me mira raro al verme cargada con la bolsa hasta los topes. Sonrío.

—¿Vas a entrar? —me pregunta.

—No, gracias, estoy esperando.

Y me vuelvo a sentar.

Sé que Ioana está en Zaragoza porque lo he visto en la tele. Todavía la siguen porque su ex no deja de aprovecharse de la situación.

Hace buena noche. Bendito septiembre zaragozano de noches templadas y lunas claras. Son las 8 de la tarde y todavía es de día.

Otra puerta se abre y sé que es ella. Me lo dice mi corazón que palpita debajo de la piel. Con cada escalón que Ioana baja, las pulsaciones aumentan y cuando por fin aparece en el rellano, se para. No puede ocultar su sorpresa al verme, ni el chispazo de ilusión en sus ojos.

—¿Qué haces aquí?

—¿En este portal o en este universo alternativo? —digo.

Las dos llevamos una bolsa de plástico en la mano, pero la suya es de basura. Cruza la acera, abre el contenedor y lanza la bolsa al interior. Va en chanclas y pijama, si por pijama entendemos una camiseta vieja y unos pantalones de algodón que le cubren justo los glúteos.

Vuelve a pasar a mi lado y hace como que no estoy.

—Ioana…

Abre la puerta, me mira de reojo y entra en el portal. Antes de que cierre la puerta, meto el pie en el quicio.

—Sé que no eras mi cita —digo.

Es entonces cuando Ioana, por fin, me mira. Lo siguiente que se escucha es un alarido que emana de mi garganta. Las dos miramos abajo: mi pie ha quedado atrapado por la pesada puerta y mis metatarsianos han quedado aplastados.

—¿Pero qué haces, loca? —grita Ioana.

Abre la puerta para liberar mi pie. El bíceps se le tensa cuando tira del pomo. Me coge del brazo y me ayuda a sentarme en el primer escalón. Apenas me sale la voz y sólo se me ocurre darle la bolsa. Dentro del portal es casi de

noche y Ioana enciende la luz de la escalera.

—¿Qué es esto?

Ioana despliega las asas y se asoma. Intrigada, coge un táper y lo abre.

—¿Esto es…?

—Son gofres veganos —respondo—. De calabacín, de espinacas, de patata y tomate, con aceitunas, y también de chocolate y de frutos rojos.

Noto un pinchazo en el pie y me quejo.

—¿Te duele mucho?

Vuelvo a asentir.

—Anda, ven.

Ioana me coge de la cintura y me eleva a los cielos. O al menos a mí me lo parece, aunque sólo me esté aupando por encima de los escalones. Y saltito a saltito vamos llegando a su puerta.

En el olor que me inunda al entrar al piso adivino alguna brizna del perfume de Ioana. Pregunto por su compañero de piso y me dice que se ha ido al pueblo ese fin de semana.

—Estamos solas —dice cuando me trae una bolsa con hielos envuelta en un paño.

Me dejo caer en el sofá y ella vuelve a la cocina a poner en orden los táperes.

—¿Pero cuántos hay? —la oigo desde el salón.

Me descalzo mientras escucho al microondas dar vueltas. Las manos de Ioana hurgan en el cajón de los cubiertos. Podría acostumbrarme a esos sonidos, a este olor. Quiero hacerlo.

No tarda en venir con un par de platos que pone en la mesita del salón. Ella se sienta en un sillón, lejos de mi alcance.

—Toma —me da un tenedor—. Ya puedes ayudarme porque no me pienso comer todo esto yo sola.

Durante un buen rato sólo se escuchan nuestras mandíbulas masticar, algún gemido de aprobación y el sonido metálico de los cubiertos contra el plato.

Acabamos llenas y nos recostamos con la intención de hacer hueco en nuestro interior para que la respiración fluya.

—Al final sí que es práctica la gofrera —admite.

Mi pie reposa en el suelo, todavía enrojecido.

—¿Te duele mucho?

—No sé, ahora mismo lo tengo tan congelado que no siento nada.

Por fin se levanta del sillón y se acerca a mí para echarle un ojo al pie.

—Parece un poco hinchado.

Me reclino.

—¿Tú crees? Mira que siempre he sido de hueso ancho.

—Conozco cómo son tus pies, Lore, y este está hinchado.

Ioana levanta la mirada y se encuentra con mi cara más cerca de lo que esperaba. La bolsa de hielo le viene al pelo para enfriar la situación y, de paso,

mi pie. El frío entra por el talón y me llega hasta la nuca. Ioana parece disfrutar.

Nos quedamos un rato en silencio. Hay muchas cosas que le quiero contar y se me atoran las palabras. No sé si a ella le pasa lo mismo o simplemente es que no tiene nada que decirme.

—He retirado la demanda —le suelto.

Ella asiente con desgana y su indiferencia me confunde.

—Era lo que querías, ¿no? —insisto.

Se encoge de hombros.

—¿Qué pasa ahora, Ioana? Sí, lo sé, lo siento. La he cagado, la he cagado muy fuerte —digo cansada—. Sólo espero que puedas perdonarme. Con que me dieras tu amistad, sería la mujer más feliz de Zaragoza.

Ioana sigue muda, apenas repara en mí.

—No obstante...

Me mira intrigada.

—No obstante… ¿qué?

—Pues eso, que tú no eras mi cita a ciegas aquel día. Creo que tú también me debes una explicación.

Ioana menea la cabeza y se sienta a mi lado. A modo de tregua, me invita a poner el pie encima de su regazo.

—¿Qué quieres que te cuente?

Debería enfadarme más con ella, pero ha sido tan paciente conmigo que no me creo con derecho. Ioana retira el hielo de mi tobillo y lo rodea con su mano. Su calor me calma.

—Pues eso, ¿que cómo te colaste, por qué?… Tú también has mentido.

—Fue una mentira que se hizo verdad. La primera vez que nos vimos… ¿Te acuerdas?

—Sí, en el baño del restaurante.

—Me gustaste. Mucho. Te había observado en tu cita. Estabas muy graciosa intentando meter baza en la conversación. Luego te vi en el espejo del baño y, ¡buah! De cerca eras mucho más guapa.

—¿Qué dices? —digo mientras me acaricio las mejillas con el dorso de la mano.

—Que sí. Yo vi tu verdad, Lorena. La vi clarísima.

Di un respingo.

—¿Acaso tengo pluma? ¿Se me nota?

—Tienes… algo —dice mientras me mira por encima de la cabeza, como si pudiera verme el aura.

—Mira, ahora no te pongas mística, eh —digo, y ella ríe—. ¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo supiste que iba a estar en ese sitio a esa hora?

Ioana hace un gesto con los dedos de la mano, como si tecleara algo.

Mi pequeña hacker.

Sonrío.

Luego caigo y dejo de sonreír.

Con torpeza me pongo en pie. Mi cabeza está empezando a hacer conexiones: la entrevista de trabajo en Madrid, la promesa de Destiny de incorporar en su equipo a una desarrolladora lesbiana y ahora Ioana confesando que manipuló la app para saber dónde podía encontrarme y adelantarse a mi verdadera cita.

—¿Qué pasa, Lore? ¿Estás bien?

Le digo que no. Viene hacia mí y tengo que detenerla poniéndole una mano en su esternón.

—Un momento... Necesito pensar.

Ioana, una vez más, me da el espacio y el tiempo que necesito.

Con Ioana he revivido todo lo que me había hecho feliz y no me había atrevido a vivirlo en plenitud. Me lo dijo Jorge: la vida me está dando una oportunidad, quizá la última, para ser yo. Todo se ha repetido como un círculo vicioso, con Esther, con Karol… con Ioana, que me mira con semblante confuso.

O me corono o me estrello.

O vivo mi verdad, o me entierro en mis mentiras para siempre.

No, no quiero mentirme más. Sí, Ioana se coló, pero el destino fue tozudo y nos seguía reuniendo. Eso no lo hacen los algoritmos, eso no se puede hackear.

El aire se me atasca en los pulmones.

—¿Estás bien, mi amor?

—No, Ioana, no estoy bien.

—Sé que hice mal, que no debí hackear la aplicación, pero yo sabía que era por una buena causa. Sé que ese t-tipo no era tu persona. Tu persona soy yo, Lorena —dice, y casi se le rompe la voz.

Eso lo sé. No me he pegado la noche en vela decidiendo qué hacer con la carpeta que me dio Begoña antes de quemarla en un cubo en el balcón sin mirar si quiera el nombre del chico. Lo que me aterra…

—Lo que me aterra… —digo en voz alta— es que te vayas a Madrid, que aceptes ese trabajo, que te dejes embriagar por las oportunidades de la gran ciudad y me dejes.

—No me voy a ir a Madrid —aclara.

—¿No?

—No —responde con seguridad. Lentamente, reduce el espacio que nos separa—. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué? —pregunto esperando una gran declaración de amor.

—¿Por qué iba a querer irme de Zaragoza? El cierzo es un coñazo, sí, pero se lleva la contaminación Ebro abajo; me encantan las borrajas y tener discusiones eternas con la gente cabezuda; con el carril bici puedo ir a casi todos lados, ¡y ahora, además, soy la reina del guiñote! No quise irme a Rumanía y no quiero irme a Madrid porque no me apetece empezar de cero otra vez.

—Ya, claro… —respondo un poco decepcionada.

Ioana mete la mano por mi pelo y me lo echa hacia atrás de manera que mi cuello queda al descubierto.

—Y luego está esto —dice, y me besa en la garganta—. Y esto, y esto…

Me sigue besando el cuello y me muerdo los labios para contener la sangre que palpita en ellos.

—¿Estás preparada para salir del armario? —me pregunta.

Ay, qué cortada de rollo.

—¡Claro que lo estoy! —Me despego de ella—. He salido con mis padres, ¡he salido para toda España!

—No has salido, te han sacado.

Huyo de sus largos brazos que tratan de retenerme.

—¿Eso importa?

—Bueno, no lo sé. ¿Me llevarías ahora al pueblo como tu novia y no como tu pareja de guiñote? ¿Iríamos de la mano por la calle? ¿Perrearíamos en el baile, en medio del pabellón, delante de toda la gente?

Las imágenes que todas esas preguntas proyectan en mi cabeza me agarrotan los músculos y me inmovilizan.

—¿Entiendes lo que quiero decir, Lorena? Todas tus ex, incluida yo, estamos en paz con nosotras mismas, con nuestra sexualidad, con nuestra vida… Tú no. ¿Quién no me dice a mí que no me enterrarás sobre un montón de mentiras y silencios a la mínima que alguien te haga algún comentario, alguna broma tonta? ¿Quién me dice a mí que no me soltarás la mano cuando nos encontremos con alguien que conozcas por la calle, que me presentarás como tu amiga?

—¿Y no me puedes dar un poco de tiempo? Necesito acostumbrarme a todo esto. Quiero estar contigo, Ioana.

Ahora la busco yo a ella, que me acoge en su pecho. Está caliente. Ahora que la tengo así no quiero soltarla nunca más. No quiero que se convierta en otra historia que ocultar.

—Puedo esperarte, Lore, pero no es cuestión de t-tiempo porque nunca se deja de salir del armario. Será una constante en tu vida, estarás todo el día corrigiendo a la gente cuando te pregunte por tu novio o tu marido, cada vez que cambies de trabajo, cada vez que te p-presenten a alguien, cada vez que tengas que hacer un papeleo. Tendrás muchas oportunidades de meterte en el armario, de hacerte una bolita, de mentir de nuevo. Y todo lo que habías construido, tu seguridad, tu autoestima, nuestra relación… Se agrietará.

—Entonces, si no es una cuestión de tiempo, ¿qué es lo que tengo que hacer?

—Como decís aquí, coger el toro por los cuernos.

—¿Y qué toro es ese?

Me parece increíble que sea capaz de leer la mente de Ioana sólo con ver sus ojos. Jamás pensé tener una compenetración tal con una persona. Ni destino, ni algoritmos, ni hackeos de aplicaciones; esto es pura brujería.

—¿Cómo fue eso que me dijiste en el baño la primera vez que nos

vimos? ¡Ah, sí! Afronta esto como la adulta que eres.

Ioana me pide un último esfuerzo, uno enorme.

—A mi madre le va a dar algo...

—Deja de pensar en tu madre. No te hace nada bien.

No quiero hacer lo que me pide; no puedo, me supera.

Y sin embargo…

10

La luz me escuece en los ojos. Llevo un rato sentada aquí y aun no me acostumbro. Intento no mirar al techo, como me han aconsejado, pero la luz es tan potente que ni siquiera hace falta mirar a los focos directamente para que me afecte.

Acaricio el terciopelo del sofá. Es de un precioso gris marengo.

—Me tenéis que decir dónde lo habéis comprado —digo sin dirigirme a nadie en especial.

El presentador me sonríe con educación. De cerca no parece gran cosa. Es verdad eso de que la tele engorda porque le veo más delgado en persona. Por otro lado, por televisión parece que tiene más canas. Imagino que será un efecto visual de los focos. Es algo en lo que me he fijado: el color de pelo de los colaboradores es diferente a como se ve en la televisión.

—Claro, luego le preguntamos a las de atrezzo. ¿Estás bien? ¿Quieres agua o algo?

Le digo que sí, que quiero agua, y enseguida viene una chica con un botellín. Mientras me lo da escucho por sus auriculares una voz autoritaria que dice algo sobre un plano demasiado escorado. Vierto el agua en un vaso que hay en la mesa que tengo al lado y trato de no beber con demasiada ansiedad.

Aquello parece un gallinero. Un animador entretiene al público. De vez en cuando, un colaborador se hace el campechano y cruza algunas palabras con la gente, pero por lo general, miran el móvil y se hablan de una punta a otra. Nada de las pulladas que se han lanzado hace escasos minutos cuando estaban en el aire. La pausa para la publicidad es también la pausa de su teatrillo.

—¡Prevenidos! —dice la chica del auricular que me ha dado el agua.

Levanta la mano y todos se ponen en alerta. Público incluido. A mí se me va a salir el corazón por la boca cuando baja el brazo.

—¡Buenas noches de nuevo! Hoy tenemos a una invitada muy especial. Se podría decir que ha sido la persona más buscada este verano —dice.

No sé qué coño hago aquí.

El presentador está lleno de tics. Se ajusta la chaqueta, se peina por encima de la oreja, se estira la manga de la camisa. Quiero pensar que está

igual de nervioso que yo y eso me tranquiliza de alguna manera. Al fin y al cabo, sólo somos dos personas hablando.

—Un fuerte aplauso para Lorena Usón, la chica que demandó a Destiny.

El público aplaude. Me fijo en una señora que aun rumia el bocadillo de tortilla que ha comido en el descanso. ¿Toda esta gente sabe quién soy?

—¿Podemos mencionar a Destiny en el programa? —pregunta el presentador medio en serio, medio en broma—. Tengo entendido que sus abogados son bastante tiburones.

Cuando se gira para dirigirse al sillón que hay junto al mío noto algo raro. Su cara está desfigurada. La cara de todos los colaboradores está desfigurada. El plató sisea como si el suelo ardiese por el calor de los focos.

No sé cómo se me verá desde fuera, pero por dentro estoy intentando centrar todo eso, detenerlo en un punto lo más parecido a la realidad en la que estaba hace dos minutos.

He venido dispuesta a contar toda la historia desde el principio, desde Esther hasta Ioana, pasando por Karol y por Destiny. Tenía un plan para soslayar a mis padres y una respuesta preparada por si preguntaban por mis hermanos. Nada de mentiras. Sólo la verdad.

De verdad.

Pero algo ha hecho clic en mi cabeza en cuanto se ha encendido luz roja de mi cámara.

—Hemos estado muy pendientes de tu historia este verano. Ha habido mucha especulación, muchas mentiras —dice el presentador.

—Hombre, no la llames mentirosa, que no ha abierto la boca —dice una colaboradora.

—Todavía —dice otro sin levantar la vista del móvil.

—Bueno, pues no voy a decir mentiras, sino medias verdades y secretos —corrige el presentador que me mira buscando mi complicidad.

Sonrío forzadamente mientras en mi mente se disuelven los recuerdos como una aspirina en un vaso de agua. ¿Quién estará viendo esto? Gabi seguro. Se habrá tragado su orgullo de mujer que no ve este tipo de programas y estará sentada en una de las mesas del bar de su padre, pidiendo a los clientes que se callen para poder oír mientras sube el volumen de la tele. Jorge e Iván han quedado para verlo. Para ellos es el cierre de su primer caso como abogados independientes en Zaragoza. Mis padres y mis hermanos estarán en el salón. Mi madre hará como que no le interesa, pero lo mirará de reojo y lamentará no llevar puestas las gafas. Mi padre soltará exabruptos, uno detrás de otro. ¿Qué pensarán mis compañeras de la clínica? ¡Dios mío, mi jefe! ¿Me despedirá?

—Ahora tienes la oportunidad de contar tu historia. La única y verdadera.

Parpadeo demasiado. O esa es la sensación que me da. ¿Estaré quedando como una idiota, como una impostora? Estoy segura de que el micrófono que llevo en el pecho está recogiendo los latidos arrítmicos de mi corazón. ¿Cómo era eso de contar mi relato?

—¿Lorena? —me llaman de nuevo.
Me temo que esto, lejos de acabar, no ha hecho más que empezar.
Tomo aire.
¿Por dónde empiezo?

Agradecimientos

A Ana, Marta Catalá Vilá y Laura Sanz Suárez por poner sus ojos sobre mis palabras.

A mis hermanas, por su apoyo y sus ánimos.

A mi novia, por su paciencia, su cariño y su comprensión durante este largo periplo.

A mis mecenas, por apostar por mí:

Mamen de Luxemburgo, Nancy, Laura Sanz Suárez, Mabel, Pablo McCann, Diana Cardiel, Elena, Nuria Parra, Xampa, Vanesa U. S., Ro, Lerele, Paula, Nicky Tobar, Coral, Sandra y Mayanita.

De nuevo, muchas gracias :)

Sobre la autora

“Mi mentira más sincera” es la séptima novela de A. M. Irún. Para saber más, visita su página web **nicoporfavor.com**

La autora agradecería una reseña de la novela en tu plataforma favorita de reseñas literarias, redes sociales, Amazon o en su propia web.

¿La autora está escribiendo esto en tercera persona para parecer más profesional?

Por supuesto que sí.

Esta novela acabó de escribirse el 26 de abril de 2021, Día de la Visibilidad Lésbica.